

CRIMEN & CIA.

P.D. James
**NO APTO
PARA
MUJERES**



La primera de las muertes que ocurren en este libro es sin duda un suicidio: Bernie Pryde se dispara un tiro y deja a su joven socia Cordelia Gray como propietaria única de una agencia de detectives privados. También le deja una misión llena de riesgos: reabrir la investigación sobre la muerte —supuesto suicidio— de un estudiante de Cambridge, Mark Callender. Cordelia ingresa así en el ámbito de Cambridge: estudiantes que llevan vidas donde se mezclan el refinamiento y el exotismo de las costumbres y las pasiones más violentas.



P. D. James

No apto para mujeres

Cordelia Gray - 1

Crimen & Cia. - 3

ePub r1.1

Ledo 17.06.14

Título original: *An Unsuitable Job for a Woman*

P. D. James, 1972

Traducción: Joan Godó

Editor digital: Ledo

ePub base r1.1



*Para Jane y Peter,
que tuvieron la amabilidad de permitir
que dos de mis personajes viviesen
en el número 57 de la calle Norwich*

Nota de la autora

Un autor de novelas policíacas, en virtud de este arte tan poco agradable, tiene la obligación de crear por lo menos un personaje de características censurables en cada uno de sus libros y tal vez sea inevitable que de vez en cuando sus malas acciones sanguinarias salpiquen las moradas de los justos. Un escritor cuyos personajes han decidido desarrollar su tragicomedia en una antigua ciudad universitaria debe enfrentarse a especiales dificultades. Naturalmente, puede llamar a esa ciudad Oxbridge, inventarse colegios con nombres de santos inexistentes y enviar a sus personajes a pasear en barca por el río Cámesis, pero esta tímida solución sólo sirve para confundir a los personajes, a los lectores y también al propio autor, con el resultado de que nadie sabe con exactitud dónde se encuentra, y así ofrece a dos comunidades, en vez de a una, la ocasión de sentirse ofendidas.

La mayor parte de esta historia se sitúa, sin que nos arrepintamos de ello, en Cambridge, ciudad en la que no puede negarse que vivan y trabajen policías, científicos e incluso, qué duda cabe, mayores retirados. Ninguno de ellos, que yo sepa, guarda la más ligera semejanza con su homólogo en este libro. Todos los personajes, hasta los más desagradables, son ficticios; la ciudad, por fortuna para todos, no lo es.

P. D. James

I

En la mañana de la muerte de Bernie Pryde —o quizá fuese en la mañana siguiente, puesto que Bernie murió a su propia conveniencia y no creyó que valiese la pena dejar registrada la hora en que iba a salir de este mundo— Cordelia se vio atrapada en una avería de la línea Bakerloo, fuera de Lambeth North, y llegó a la oficina con media hora de retraso. Salió del metro en Oxford Circus hacia el brillante sol del mes de junio, pasó presurosa por delante de las madrugadoras tiendas, echando una rápida ojeada a los escaparates de Dickins and Jones, y se sumergió en la cacofonía de la calle Kingly atravesando la reluciente masa de coches y furgonetas que obstruían la angosta calle. Sabía que aquella prisa era irracional, síntoma de su obsesión por el orden y la puntualidad. En su agenda no figuraba cita alguna; no había clientes para ser entrevistados; ningún caso que esperara ser resuelto; ni siquiera un informe final que escribir. Ella y la señorita Sparshott, la mecanógrafa por horas, estaban haciendo circular, a sugerencia de la propia Cordelia, información relativa a la agencia a todos los abogados de Londres con la esperanza de obtener clientela; en ese momento la señorita Sparshott seguramente estaría ocupada en esa tarea, mirando furtivamente su reloj, pulsando con irritación las teclas de la máquina a cada minuto de retraso de Cordelia. Era una mujer antipática, de labios permanentemente apretados, como para impedir que sus prominentes dientes saltasen fuera de su boca, una barbilla huidiza con un único pelo áspero y recalcitrante que volvía a brotar tan pronto como era arrancado, y unos cabellos rubios peinados en rígidas y solidificadas ondas. Aquella barbilla y aquella boca se le antojaban a Cordelia como la refutación viviente de la idea de que todos los seres humanos nacen iguales, y trataba de vez

en cuando de tenerle cariño y simpatizar con la señorita Sparshott, cuya vida transcurría en habitaciones de pensión, se medía en monedas de cinco peniques con que alimentar la estufa de gas y se hallaba circunscrita por costuras sobrecosidas y dobladillos hechos a mano. Porque la señorita Sparshott era una hábil modista que frecuentaba con asiduidad las clases nocturnas de la Corporación Metropolitana. Sus vestidos estaban bien hechos, pero eran tan intemporales, que nunca estaban realmente de moda; faldas rectas en gris o en negro que constituían meros ejercicios de cómo coser un pliegue o insertar una cremallera; blusas con cuellos y puños de hombre en desvaídos tonos pasteles sobre las que distribuía sin discreción su colección de bisutería; vestidos de complicado corte y dobladillos con el largo justo para hacer resaltar sus informes piernas y el grosor de sus tobillos.

Cordelia no tuvo la menor premonición de tragedia cuando abrió la puerta de la calle, que siempre se mantenía con el pestillo echado para conveniencia de los discretos y misteriosos inquilinos y de sus igualmente misteriosos visitantes. La nueva placa de bronce en el lado izquierdo de la puerta brillaba intensamente al sol en incongruente contraste con la sucia capa de pintura. Cordelia le dirigió una breve mirada de aprobación.

AGENCIA DE DETECTIVES PRYDE

(Propietarios: Bernard G. Pryde & Cordelia Gray)

A Cordelia le había llevado algunas semanas de paciente y discreta persuasión el llegar a convencer a Bernie de que resultaría inadecuado agregar las palabras «exagente del Departamento de Investigación Criminal de la Policía Metropolitana» a su nombre o la fórmula «Señorita» al de ella. No había habido problema alguno acerca de la placa, puesto que Cordelia no había aportado a la sociedad cualificaciones especiales ni una importante experiencia, y ciertamente ningún capital, si se exceptúa su cuerpo esbelto pero macizo de veintidós años, una considerable inteligencia, que Bernie, sospechaba ella, había encontrado en ocasiones más desconcertante que digna de admiración, y un afecto, medio exasperado, medio

compasivo, hacia el propio Bernie. Muy pronto resultó evidente para Cordelia que de un modo exento de dramatismo pero definitivo, la vida se había vuelto en contra de aquel hombre. Ella reconoció los signos. Bernie jamás conseguía en el autobús el envidiable asiento de la izquierda; no podía admirar la vista desde la ventanilla del tren sin que otro tren llegara enseguida a ocultársela; cuando se le caía una rebanada de pan, invariablemente era la cara untada de mantequilla la que daba contra el suelo; el coche Mini, bastante seguro cuando lo conducía ella, se le atascaba a Bernie en los cruces más concurridos y más inoportunos. A veces se preguntaba si, al aceptar su ofrecimiento de formar sociedad con él, en un acceso de depresión o de perverso masoquismo, no estaría haciendo suya, voluntariamente, la mala suerte de aquel hombre. Ciertamente, jamás se consideró a sí misma lo suficientemente fuerte para cambiarla.

La escalera olía como siempre a sudor rancio, a barniz de muebles y a desinfectante. Las paredes eran de color verde oscuro y estaban invariablemente húmedas, fuera cual fuese la estación del año, como si segregasen un miasma de desesperada respetabilidad y derrota. Los peldaños, con su balaustrada de hierro forjado, estaban cubiertos con un linóleo agrietado y manchado que el casero remendaba con diversos y desentonados colores sólo cuando algún inquilino se quejaba. La agencia estaba en el tercer piso. No se oía teclear cuando entró Cordelia y vio a la señorita Sparshott ocupada en limpiar su máquina de escribir, una vieja Imperial que era causa constante de quejas justificadas. Levantó los ojos, con expresión de enojo en la cara, y con la espalda tan rígida como la barra espaciadora de la máquina.

—Me he estado preguntando cuándo llegaría usted, señorita Gray. Estoy preocupada por el señor Pryde. Creo que debe de estar en el despacho interior, pero allí reina el silencio, un gran silencio, y la puerta está cerrada con llave.

Cordelia, acongojada, movió el pomo de la puerta.

—¿Por qué no ha hecho usted algo?

—¿Qué quería que hiciese, señorita Gray? Di unos golpecitos en la puerta, y le llamé. No me correspondía a mí hacer eso, yo sólo soy la mecanógrafa provisional. Aquí no tengo autoridad. Me habría

encontrado en una situación embarazosa si él hubiese respondido. Al fin y al cabo, tiene derecho a utilizar su propio despacho, supongo. Además, no estoy segura de que esté ahí dentro.

—Tiene que estar. La puerta está cerrada con llave y su sombrero está aquí.

El sombrero de Bernie, con el ala manchada y vuelta hacia arriba todo en derredor, el sombrero de un comediante, colgaba del perchero como un símbolo de irremediable decrepitud. Cordelia revolvió en su bolso en busca de su propia llave. Como de costumbre, el objeto más necesitado había ido a parar al fondo del bolso. La señorita Sparshott empezó a hacer sonar las teclas como si se disociase a sí misma del inminente trauma. Por encima del ruido, dijo en tono defensivo.

—Hay una nota sobre la mesa.

Cordelia rasgó el sobre para abrirlo. La nota era breve y explícita. Bernie había sido siempre capaz de expresarse de manera sucinta cuando tenía algo que decir:

«Lo siento, socia, me han dicho que tengo cáncer y voy a seguir el camino más fácil. He visto lo que el tratamiento le hace a la gente y no van a hacérmelo a mí. He hecho mi testamento y lo tiene mi notario. Encontrarás su nombre en la mesa. Te he dejado el negocio. Todo, incluido todo el equipo. Buena suerte y gracias».

Debajo, con la falta de consideración propia de los condenados, había garrapateado una súplica final:

«Si me encuentras con vida, te ruego por Dios que esperes antes de pedir ayuda. Confío en que lo harás, socia. Bernie».

Cordelia abrió la puerta del despacho interior, entró, y la cerró con cuidado tras de sí.

Fue un alivio ver que no había necesidad de esperar. Bernie estaba muerto. Yacía con el cuerpo doblado encima de la mesa, como en un estado de extrema extenuación. Su mano derecha estaba medio cerrada y una navaja abierta se había deslizado encima de la mesa, dejando un fino rastro de sangre como la huella de un caracol, y se había detenido en precario equilibrio junto al borde. Su muñeca izquierda, marcada con dos corte paralelos, estaba con la palma hacia arriba dentro de la palangana esmaltada que Cordelia utilizaba para lavar. Bernie la había llenado de agua,

pero en ese momento estaba colmada de un líquido rosado pálido que despedía un olor morbosamente dulzón, a través del cual los dedos, doblados como en actitud de súplica y con aspecto blanco y delicado como los de un niño, brillaban tan lisos como la cera. La mezcla de sangre y agua se había derramado por la mesa y el suelo, empapando la llamativa alfombra rectangular que Bernie había comprado recientemente con la esperanza de impresionar a sus visitas con su status social y de la que Cordelia pensaba que no hacía más que llamar la atención hacia lo viejo y raído del resto del despacho. Uno de los cortes era de tanteo y superficial, pero el otro había penetrado hasta el hueso y los bordes separados de la herida, secos de sangre, se abrían claramente como una ilustración en un libro de texto de anatomía. Cordelia recordó que Bernie había hablado una vez de que había encontrado a un hombre que había intentado suicidarse, cuando él estaba haciendo la ronda, en la época en que era policía. Se trataba de un anciano acurrucado a la puerta de un almacén, que se había cortado la muñeca con una botella rota, pero que luego había vuelto de mala gana a la vida porque un gran coágulo de sangre había obstruido las venas cortadas. Bernie, recordando esto, había tomado precauciones para que no se le coagulase la sangre. Había tomado, observó Cordelia, otra precaución; había una taza de té vacía, aquella en la que le servía el té de la tarde, sobre la parte derecha de la mesa con un grano o dos de polvo, aspirina quizás o un barbitúrico, manchando el borde y el lado. Un reguero seco de mucosidad, también manchado, colgaba de la comisura de la boca. Sus labios estaban fruncidos y entreabiertos como los de un niño dormido, confiado y vulnerable. Cordelia asomó la cabeza por la puerta del despacho y dijo sosegadamente con una serenidad de la que ella misma se sorprendió:

—El señor Pryde está muerto; no entre. Voy a llamar a la policía desde aquí.

El mensaje telefónico fue recibido con calma, alguien se presentaría. Se sentó junto al cadáver a esperar y sintiendo que necesitaba hacer algún gesto de piedad y consuelo, Cordelia pasó suavemente la mano por los cabellos de Bernie. La muerte aún no había tenido poder para disminuir aquellas frías células inertes y los

cabellos resultaban al tacto áspera y desagradablemente vivos como los de un animal. Rápidamente apartó la mano y tocó con cuidado el costado de la frente. La piel estaba viscosa y muy fría. Eso era la muerte; así era también al tacto la piel de su padre cuando estaba muerto. Lo mismo que con él, el gesto de piedad carecía de significado y de importancia. No hubo más comunicación en la muerte de la que había habido en vida.

Cordelia se preguntaba cuándo había muerto Bernie exactamente. Nadie lo sabría jamás. Quizá ni el propio Bernie lo había sabido. Tuvo que haber, suponía ella, un segundo mensurable en el tiempo en el que había dejado de ser Bernie para convertirse en aquella insignificante pero engorrosamente pesada masa de carne y huesos. Qué extraño que un momento tan importante para él tuviera que transcurrir sin su conocimiento. Su segunda madre adoptiva, la señora Wilkes, habría dicho que Bernie sí lo supo, que aquel fue un momento de gloria indescriptible, torres relucientes, cánticos incesantes, cielos de triunfo. ¡Pobre señora Wilkes! Viuda, con su único hijo muerto en la guerra, su pequeña casa perpetuamente llena del ruido de los hijos adoptivos que constituían su medio de vida, había tenido necesidad de sus sueños. Había vivido su vida con consoladoras máximas almacenadas como trozos de carbón para el invierno. Cordelia pensó entonces en ella por primera vez desde hacía años y volvió a oír la cansada y resueltamente animada voz que le decía: «Si el Señor no nos visita cuando sale, nos visitará cuando vuelva». A Bernie no le había visitado a la ida ni al regreso.

Resultaba extraño, pero en cierto modo característico de Bernie, el hecho de que hubiese conservado un tenaz e invencible optimismo acerca del negocio, incluso cuando no tenían en la caja más que unas pocas monedas para el contador del gas, y, sin embargo, hubiese abandonado la esperanza de vida sin luchar siquiera. ¿Acaso había reconocido subconscientemente que ni él ni la agencia tenían un verdadero futuro y había decidido que de ese modo podría abandonar a la vez la vida y su medio de sustento con algo de honor? Lo había hecho con eficacia pero suciamente, cosa sorprendente en un expolicía versado en las maneras de morir. Y luego se dio cuenta de por qué había escogido la navaja y las

drogas. La pistola. No había tomado realmente el camino más fácil. Podría haber usado la pistola, pero quiso que la tuviera ella; se la había legado junto con los viejos ficheros, la antigua máquina de escribir, los objetos para estudiar el lugar del crimen, el Mini, su reloj de pulsera a prueba de golpes y sumergible, la alfombra empapada en sangre, la gran reserva de papel de escribir con el membrete de *Agencia de detectives Pryde. Ponemos orgullo en nuestro trabajo. Todo el equipo*; había subrayado la palabra todo. Seguramente su intención había sido hacerle recordar la pistola.

Cordelia abrió el pequeño cajón de la base de la mesa de Bernie, del que sólo ella y él tenían la llave, y sacó la pistola. Todavía estaba dentro de la bolsa de cuerda que ella había confeccionado, con tres balas empaquetadas por separado. Era una semiautomática del 38; Cordelia nunca supo cómo se había hecho con ella Bernie, pero estaba segura de que carecía de licencia. Nunca la había considerado un arma mortífera, quizá porque Bernie con su infantil e ingenua obsesión por ella la había reducido a la impotencia de un juguete infantil. Él le había enseñado a conseguir —al menos en teoría— una buena puntería. Para hacer prácticas habían ido al interior del bosque de Epping y el recuerdo que ella tenía de la pistola iba asociado a la sombra de los árboles y al agradable olor de las hojas muertas. Bernie había puesto un blanco en un árbol adecuado; la pistola estaba cargada con balas de fogueo. Todavía le parecía oír las órdenes dadas con voz rápida y enérgica. «Dobla las rodillas ligeramente. Separa los pies. Extiende completamente el brazo. Ahora coloca la mano izquierda contra el cañón, sosteniéndolo. No apartes los ojos del blanco. ¡El brazo estirado, socia, el brazo estirado! ¡Bien! No está mal; no está mal; no está nada mal». «Pero, Bernie —le había dicho ella—, ¡nunca podremos dispararla! ¡No tenemos licencia!». Él había sonreído, con la sonrisa astuta de autosatisfacción del que se siente superior «Si alguna vez hacemos fuego, encolerizados, será para salvar nuestra vida. En semejante eventualidad, la cuestión de una licencia carece de importancia». Le había gustado esta rotunda frase y la había repetido, levantando su pesado rostro hacia el sol, igual que un perro. ¿Qué era, se preguntaba ella, lo que había visto él en su imaginación? ¿Los dos agazapados detrás de una gran piedra en

algún desolado terreno pantanoso, mientras las balas rebotaban en el granito y la pistola pasaba humeante de mano en mano?

Él había dicho: «Tendremos que andar con cuidado con las municiones. No es que no pueda obtenerlas, naturalmente...». La sonrisa se le había vuelto triste, como por efecto del recuerdo de aquellos misteriosos contactos, aquellos ubicuos y obsequiosos conocidos suyos a los que una simple llamada hacía salir del mundo de las sombras.

De modo que le había dejado la pistola a ella. Había sido su posesión más preciada. Sin sacarla de la bolsa, la deslizó hacia el interior de su bolso. Seguramente era improbable que la policía examinase los cajones de la mesa en un caso de evidente suicidio, pero tampoco había que correr el riesgo. Bernie había tenido la intención de que ella tuviese la pistola y no estaba dispuesta a cederla fácilmente. Con el bolso a sus pies, volvió a sentarse junto al cadáver. Rezó una breve oración aprendida en el convento al Dios de cuya existencia ella dudaba por el alma que Bernie nunca había creído poseer, y se puso a esperar tranquilamente a la policía.

El primer agente que llegó era eficiente pero joven, aún no lo suficientemente experimentado para disimular su conmoción y aversión a la vista de una muerte violenta ni su desaprobación ante el hecho de que Cordelia estuviese tranquila. No pasó mucho rato en el despacho interior. Cuando salió, reflexionó sobre la nota de Bernie, como si un minucioso examen pudiera extraer algún profundo significado de la simple frase sobre la muerte. Luego la dobló y la guardó.

—De momento, tendré que quedarme con esta nota, señorita. ¿Qué vino él a hacer aquí?

—No vino a hacer nada. Este era su despacho. Era detective privado.

—¿Y usted trabaja para este señor Pryde? ¿Era su secretaria?

—Era su socia. Tengo veintidós años. Bernie era el socio más antiguo; fue el que inició el negocio. Había trabajado para la Policía Metropolitana en el Departamento de Investigación Criminal con el comisario Dalgliesh.

Lamentó estas palabras apenas las hubo pronunciado. Eran una defensa demasiado propiciatoria, demasiado ingenua del pobre

Bernie. Y vio que el nombre de Dalglish nada significaba para él. ¿Por qué había de significar algo? Era sólo uno de la rama local uniformada. No cabía esperar que él supiera cuántas veces había escuchado ella, con impaciencia cortésmente disimulada, los nostálgicos recuerdos de Bernie de sus años de trabajo en el DIC, antes de abandonarlo, sus elogios de las virtudes y del saber de Adam Dalglish. «El Comi —bueno, entonces sólo era inspector— siempre nos enseñó... El Comi una vez describió un caso... Si había algo que el Comi no podía soportar...».

Algunas veces se había preguntado ella si ese modelo había existido realmente o si había surgido impecable y omnipotente del cerebro de Bernie, como héroe y mentor necesario. Posteriormente vio con sorpresa en un periódico una foto del comisario Dalglish, una cara oscura, sardónica, que, mirada más cerca, se desintegró en una ambigüedad de ordenados micropuntos que nada revelaban. No se percibía allí aquel saber que Bernie tanto había ensalzado. Gran parte de ello, sospechaba Cordelia, era la propia filosofía de él. Ella, a su vez, había ideado una letanía de desdén privada: ceñudo, superior, sarcástico Comi, qué sabiduría, se preguntaba ella, tendría entonces para consolar a Bernie.

El policía había hecho discretas llamadas telefónicas. En ese momento se paseaba por el despacho exterior casi sin molestarse en disimular su intrigado desdén por los viejos muebles de segunda mano, el fichero con un cajón entreabierto que revelaba la tetera y unas tazas, el gastado linóleo. La señorita Sparshott, rígida junto a la antigua máquina de escribir, le miraba con fascinado desagrado. Al fin dijo el agente.

—Bien, supongo que se harán ustedes una taza de té mientras yo espero al médico de la policía. ¿Hay algún lugar para hacer té?

—Hay una pequeña despensa al fondo del pasillo que compartimos con los otros ocupantes de este piso. Pero no necesitarán ustedes un médico. ¡Bernie está muerto!

—No está oficialmente muerto hasta que lo diga un médico cualificado. —Hizo una pausa y añadió—. Es sólo una precaución.

«¿Contra qué? —se preguntó Cordelia—, ¿juicio, condenación, decadencia?». El policía volvió al despacho interior.

—¿No podría dejar que la señorita Sparshott se marchase? Viene

de una agencia de secretarias y tenemos que pagarle por horas. No ha trabajado desde que yo he llegado y dudo de que lo haga ahora.

Cordelia vio que él se quedaba un poco sorprendido por la aparente frialdad que su preocupación por un detalle tan mercenario evidenciaba, mientras permanecía de pie muy cerca del cadáver de Bernie, casi tocándolo, pero dijo, en tono bastante amable:

—Sólo hablaré unas palabras con ella y luego podrá irse. No es un lugar agradable para una mujer.

Su tono implicaba que nunca lo había sido.

Después, esperando en el despacho exterior, Cordelia respondió a las inevitables preguntas.

—No, no sé si estaba casado. Tengo la impresión de que estaba divorciado; nunca hablaba de su esposa. Vivía en el número 15 de la calle Cremona, SE2. Me cedió una habitación allí, pero no nos veíamos mucho.

—Conozco la calle Cremona, mi tía vivía allí cuando yo era pequeño, una de esas calles próximas al Museo Imperial de la Guerra.

El hecho de conocer la calle pareció tranquilizarlo y humanizarlo. Estuvo un instante sumido felizmente en sus recuerdos.

—¿Cuándo vio con vida al señor Pryde por última vez?

—Ayer, hacia las cinco, cuando salí pronto del trabajo para hacer algunas compras.

—¿No volvió a casa anoche?

—Oí que estaba en la casa, pero no le vi. Tengo un hornillo de gas en mi habitación y suelo cocinar allí, a menos que sepa que él está fuera. Esta mañana no le he oído, lo cual no es frecuente, pero pensé que tal vez estuviese acostado. Lo hace en ocasiones cuando le toca ir al hospital.

—¿Tenía que ir hoy al hospital?

—No, tuvo una cita el pasado miércoles, pero pensé que podían haberle dicho que volviese. Debió de salir de casa anoche muy tarde o antes de que yo despertase esta mañana temprano. No le he oído.

Era imposible describir la delicadeza casi obsesiva con que se evitaban el uno al otro, tratando de no molestar, preservando la

intimidad del otro, escuchando por si se oía el ruido del agua del lavabo, andando de puntillas para cerciorarse de si la cocina o el cuarto de baño estaban libres. Se habían esforzado increíblemente en no ser una molestia el uno para el otro. Viviendo en la misma casita con terraza, apenas se veían si no era en la oficina. Cordelia se preguntaba si Bernie no habría decidido suicidarse en su despacho para evitar que la casita sufriera contaminación y molestias a causa de su muerte.

La oficina estaba por fin vacía y Cordelia se quedó sola en ella. El médico de la policía había cerrado su maletín y se había ido; el cadáver de Bernie había sido hábilmente bajado por la angosta escalera, mientras varios pares de ojos le observaban desde las puertas entreabiertas de otras oficinas; el último policía se había marchado. La señorita Sparshott se había ido para no volver: una muerte violenta era un insulto peor que una máquina de escribir con la que una experta mecanógrafa no había esperado encontrarse o un lavabo al que no estuviera acostumbrada. Sola en medio de aquel vacío y de aquel silencio, Cordelia sintió la necesidad de acción física. Se puso a limpiar vigorosamente el despacho interior, fregó las manchas de sangre de la mesa y de la silla y enjugó la empapada alfombra.

A la una se encaminó ágilmente hacia el bar adonde solía ir con Bernie. Se le ocurrió la idea de que ya no había razón alguna para seguir siendo clienta del Faisán de Oro, pero siguió caminando, incapaz de resolverse a cometer tan temprana deslealtad. A ella jamás le había gustado aquel bar ni su dueña, y a menudo había deseado que Bernie hubiese encontrado un establecimiento más cercano, preferiblemente uno que tuviese una camarera de senos opulentos y corazón de oro. Sospechaba que ese era un tipo más frecuente en la ficción que en la vida real. La clientela habitual de la hora de la comida se arracimaba alrededor de la barra, que, al otro lado estaba presidida por Mavis, con su sonrisa ligeramente amenazadora y su aire de extrema respetabilidad. Mavis se cambiaba el vestido tres veces al día, el peinado una vez al año y la sonrisa nunca. Las dos mujeres jamás se habían gustado la una a la

otra, aunque Bernie andaba entre ellas como un afectuoso perro viejo, pareciéndole conveniente creer que eran grandes amigas y sin darse cuenta o no queriendo ver el choque casi físico de antagonismo que existía entre las dos. Mavis le recordaba a Cordelia una bibliotecaria que había conocido en su infancia y que escondía bajo el mostrador los libros nuevos para que no se los mancharan. Quizás el pesar reprimido de Mavis se debía a que se veía obligada a exhibir sus mercancías de un modo tan ostentoso, forzada a medir su simpatía ante unos ojos vigilantes. Empujando de un lado al otro de la barra una jarra de cerveza con gaseosa y un huevo escocés en respuesta a la petición de Cordelia, dijo:

—He oído decir que han tenido ustedes a la policía en su oficina.

Observando sus ávidos rostros, Cordelia pensó: «Ya están enterados, naturalmente, y ahora quieren oír los detalles; pues que los oigan». Dijo:

—Bernie se cortó las muñecas dos veces. La primera vez no llegó a la vena, la segunda sí. Puso el brazo en agua para facilitar el desangramiento. Le habían dicho que tenía cáncer y no pudo enfrentarse al tratamiento.

Vio que pensaban que eso era diferente. Los integrantes del pequeño grupo que rodeaba a Mavis se miraron unos a otros, después apartaron sus miradas rápidamente y bebieron de sus vasos. El cortarse las venas era algo que también lo hacían otras personas, pero el pequeño siniestro cangrejo introdujo sus pinzas de temor en sus mentes. Incluso Mavis parecía como si viese la terrible enfermedad acechando por entre sus botellas. Dijo:

—Supongo que buscará usted otro empleo, ¿no? Al fin y al cabo, es difícil que usted sola pueda llevar adelante la agencia. No es un trabajo adecuado para una mujer.

—No es diferente de trabajar detrás de una barra; se conoce a toda clase de personas.

Las dos mujeres se miraron y un rápido y mudo diálogo se desarrolló entre ellas, claramente oído y comprendido por ambas.

—Y no piense usted, ahora que él está muerto, que la gente va a continuar dejando mensajes para esta agencia aquí.

—No tenía intención de pedirle tal cosa.

Mavis se puso a frotar vigorosamente un vaso, sin apartar los

ojos del rostro de Cordelia.

—Me parece que su madre no aprobaría que llevase el negocio usted sola.

—Yo sólo tuve madre durante la primera hora de mi vida, de modo que no tengo que preocuparme por eso.

Cordelia vio enseguida que aquella observación les había afectado profundamente y volvió a preguntarse acerca de la facilidad de las personas mayores para sentirse ofendidas por hechos simples cuando en apariencia son capaces de admitir cualquier dosis de opiniones perversas o chocantes. Pero el silencio de ellos, grávido de censura, por lo menos la dejó en paz. Se llevó la cerveza con gaseosa y el huevo escocés a un asiento junto a la pared y se puso a pensar en su madre sin sentimentalismo. Gradualmente, a partir de una infancia privada de cariño, había ido elaborando una filosofía de la compensación. En su imaginación, había disfrutado de una vida de amor en sólo una hora sin contrariedades ni pesares. Su padre nunca le había hablado de la muerte de su madre y Cordelia había evitado preguntarle acerca de ello, temerosa de saber que su madre nunca la había tenido en sus brazos, nunca recobró el conocimiento, nunca quizá llegó a saber que tenía una hija. Esta creencia en el amor de su madre era la única fantasía que no podía permitirse perder todavía, aun cuando, con el paso de los años, cada vez sentía menos real la necesidad de entregarse a ella. Entonces, en la imaginación, consultó a su madre. Era justo lo que esperaba: su madre pensaba que aquello era un trabajo perfectamente adecuado para una mujer.

El pequeño grupo de la barra había vuelto a sus bebidas. Entre los hombros de ellos podía ver su propia imagen reflejada en el espejo que había encima de la barra. La cara de ese día no era diferente de la cara del día anterior; unos cabellos tupidos, ligeramente castaños, enmarcando unos rasgos que parecían hechos como si un gigante hubiese puesto una mano sobre la cabeza de ella y la otra debajo de su barbilla y, suavemente, hubiese ido estrujando su rostro; bajo su flequillo, unos ojos grandes entre verdes y pardos; pómulos también grandes; una boca graciosa, como de niña. «Una cara de gato», pensó ella, pero serenamente decorativa en medio del reflejo de botellas de colores y del intenso

brillo del bar de Mavis. A pesar de su aspecto de engañosa juventud, podía ser un rostro impenetrable, poco comunicativo. Cordelia había aprendido a ser estoica a edad temprana. Todos sus padres adoptivos, con amabilidad y buena intención, según sus diversas maneras de ser, le habían exigido una sola cosa: tenía la obligación de ser feliz. Rápidamente, había aprendido que mostrar infelicidad era arriesgarse a perder amor. Comparados con esta primitiva disciplina de disimulo, todos los engaños subsiguientes habían resultado fáciles.

El Jeta se dirigía hacia ella. Fue a sentarse en el banco, con su grueso cuerpo casi tocando el de ella. El Jeta le resultaba antipático, aun sabiendo que había sido el único amigo de Bernie. Bernie le había explicado que el Jeta era un confidente de la policía y que lo hacía bastante bien. Y había otras fuentes de ingresos. Algunas veces sus amigos robaban cuadros famosos o joyas valiosas. Entonces, el Jeta, convenientemente instruido, sugería a la policía el lugar donde podía encontrarse el botín. Había una recompensa para el Jeta, que luego se repartía, naturalmente, entre los ladrones, y también una cantidad para el detective, que, en definitiva, había hecho la mayor parte del trabajo. Como había indicado Bernie, la compañía de seguros ahorrraba dinero, los dueños recibían sus bienes intactos, los ladrones no corrían peligro de parte de la policía y el Jeta y el detective obtenían su paga. Este era el sistema. Cordelia, sorprendida, no había tenido ganas de protestar demasiado. Sospechaba que Bernie también había sido confidente en su día, aunque nunca con tanta habilidad y con resultados tan lucrativos.

El Jeta tenía los ojos llorosos, y la mano con que cogía el vaso de whisky le temblaba.

—Pobre viejo Bernie, yo ya se lo había visto venir. Había estado perdiendo peso durante el año pasado y tenía aquel aspecto grisáceo que mi padre solía decir que era el color del cáncer.

Por lo menos, el Jeta lo había notado, ella, en cambio, no. Bernie le había parecido siempre grisáceo y enfermizo. Un muslo grueso y caliente se acercó todavía más.

—El pobre, nunca tuvo suerte. Los del DIC se lo sacaron de encima. ¿No se lo dijo? Fue el comisario Dalgliesh, que entonces era

inspector. Se portó como un auténtico hijo de puta. No le quiso dar una segunda oportunidad, esto se lo digo yo.

—Sí, Bernie me lo contó —mintió Cordelia. Luego añadió—. No parecía particularmente amargado por ello.

—Nada se gana con estar amargado, ¿verdad? Hay que tomar las cosas tal como vienen, este es mi lema. Supongo que estará usted buscando otro trabajo, ¿no?

Lo dijo ansiosamente, como si la defección de ella tuviera que abrirle a él las puertas de la agencia para explotarla por su cuenta.

—No, por ahora —dijo Cordelia—. No voy a buscar un nuevo trabajo por ahora.

Había tomado dos decisiones: continuaría en el negocio de Bernie hasta que no quedase con qué pagar el alquiler, y jamás, mientras viviera, volvería a poner los pies en el Faisán de Oro.

Esta decisión de continuar haciendo funcionar el negocio sobrevivió a los cuatro días siguientes, sobrevivió al descubrimiento del contrato del alquiler y el acuerdo que revelaba que Bernie, después de todo, no era el propietario de la casita de la calle Cremona y que la habitación que él le había cedido la estaba ocupando ella de manera ilegal, y ciertamente el balance del crédito de Bernie apenas bastaría para pagar los gastos del funeral; sobrevivió al hecho de enterarse de esto a través del director del banco, y de que los del garaje le comunicaran que el Mini tenía que ser revisado dentro de poco; sobrevivió al desalojo de la casa de la calle Cremona. Por todas partes encontraba los tristes detritus de una vida solitaria y desorganizada.

Las latas de estofado irlandés y de judías cocidas —¿acaso aquel hombre nunca había comido otra cosa?— estaban apiladas en una pirámide cuidadosamente construida como en el escaparate de una tienda de ultramarinos; grandes latas de barniz para metal y para el suelo, por la mitad, con su contenido seco y solidificado; un cajón de trapos viejos utilizados como bayetas para quitar el polvo, pero rígidas por una mezcla de barniz y porquería; un cesto de ropa sucia sin vaciar; pantalones de lana tiesos por haber sido lavados a máquina y con manchas de color marrón alrededor de la

bragadura... ¿cómo pudo haber dejado todo aquello para que alguien algún día lo descubriera?

Iba diariamente a la oficina, limpiaba, quitaba el polvo, ordenaba los ficheros. No había llamadas ni clientes y, con todo, parecía siempre ocupada. Hubo que asistir a la indagación, deprimente con todo su frío formalismo y su inevitable veredicto. Hubo que efectuar la visita al notario de Bernie. Era un hombre de aspecto apocado, entrado en años, con un despacho inconvenientemente situado cerca de la estación de Mile End, que recibió la noticia de la muerte de su cliente con la misma lúgubre resignación que si se tratase de una afrenta personal, y, tras una breve búsqueda, encontró el testamento de Bernie y se inclinó sobre él con aire de suspicacia y extrañeza, como si no fuese el documento redactado por él mismo poco tiempo antes. Consiguió dar a Cordelia la impresión de entender que ella había sido la amante de Bernie —¿por qué, si no, había de dejarle en herencia el negocio?— pero como él era hombre de mundo no le concedía la menor importancia. No tomó parte alguna en lo referente al funeral, excepto el hecho de proporcionar a Cordelia el nombre de una empresa de pompas fúnebres; ella sospechó que probablemente le darían una comisión. Se sintió aliviada, tras una semana de deprimente solemnidad, al encontrar que el director de la funeraria era además una persona simpática y competente. Una vez que descubrió que Cordelia no iba a deshacerse en lágrimas o entregarse a las histriónicas escenas de las que no quieren resignarse a una pérdida, se alegró de poder discutir el precio y las ventajas del entierro y de la cremación con franqueza propia de un conspirador.

—Siempre es preferible la cremación. ¿Me ha dicho que no hay seguro privado? Entonces haga que todo se realice de la forma más rápida, fácil y barata posible. Créame, esto es lo que los fallecidos querrían nueve de cada diez veces. Una tumba es un lujo caro en estos días, inútil para él, inútil para usted. El polvo al polvo, las cenizas a las cenizas; pero ¿qué hay del proceso intermedio? No es bonito pensar en ello, ¿verdad? Así, ¿por qué no acabar lo más rápidamente posible y por los más asépticos métodos modernos? Piense, señorita, que le estoy aconsejando en contra de mis propios intereses.

Cordelia dijo:

—Es usted muy amable. ¿Piensa que deberíamos poner una corona?

—¿Y por qué no?, ello dará un poco de color. Pero de eso ya me encargaré yo.

De modo que hubo una cremación y una corona. La corona había sido un cojín vulgarmente inapropiado de lirios y claveles medio marchitos ya y que parecían oler a muerto. El servicio de cremación fue pronunciado por un sacerdote con rapidez cuidadosamente controlada y en un tono que sugería disculpa, como si quisiera asegurar a sus oyentes que, aun cuando disfrutaba de una especial revelación, no esperaba de ellos que creyesen lo increíble. Bernie pasó al proceso de incineración de su cuerpo al son de música sintética y sólo en el momento preciso, a juzgar por el movimiento impaciente del cortejo que ya estaba esperando para entrar en la capilla.

Después, Cordelia se encontró sola bajo la clara luz del sol, sintiendo el calor de la grava a través de las suelas de sus zapatos. El aire estaba inundado por el aroma de las flores. Invasa de pronto por un sentimiento de desolación y una cólera defensiva en favor de Bernie, buscó un chivo expiatorio y lo halló en cierto inspector de Scotland Yard. Había expulsado de un puntapié a Bernie del único trabajo que siempre deseó hacer; no se había preocupado por saber qué había sido luego de él; y, lo peor de todo, ni siquiera se había molestado en asistir al funeral. Bernie había necesitado ser detective como otros hombres necesitaban pintar, escribir, beber o fornicar. Seguramente el DIC era lo suficientemente grande para acomodar el entusiasmo y la ineficiencia de un solo hombre, ¿no? Por primera vez Cordelia lloró por Bernie, ardientes lágrimas le nublaban la vista y multiplicaban la larga hilera de coches fúnebres que estaban esperando con sus coloridas coronas, de suerte que parecían extenderse en una infinidad de reluciente metal y trémulas flores. Quitándose el pañuelo de gasa negra que cubría su cabeza, su única concesión al duelo, Cordelia empezó a caminar hacia la estación del metro.

Tenía sed cuando llegó a Oxford Circus y decidió tomar un té en el restaurante de Dickins and Jones. Esto era inusual y

extraordinario, pero también había sido un día inusual y extraordinario. Se entretuvo el tiempo suficiente para sacar el mayor provecho a su cuenta y eran más de las cuatro y cuarto cuando llegó a la oficina.

Tenía una visita. Allí estaba una mujer esperando, con los hombros apoyados contra la puerta, una mujer que contrastaba fría e incongruentemente con la sucia pintura y las grasientas paredes. Cordelia se sorprendió y sintió que le subían los colores a la cara. Sus ligeros zapatos no hicieron ruido en la escalera y por espacio de breves segundos pudo ver a su visitante sin ser observada. Obtuvo una impresión, directa y vívida, de competencia y autoridad y una impecable elegancia en el vestir. La mujer llevaba un vestido gris con cuello abierto que mostraba una estrecha franja de algodón blanco en la garganta. Sus zapatos negros eran evidentemente caros; colgaba de su hombro un gran bolso negro con bolsillos superpuestos. Era alta y sus cabellos, prematuramente blancos, estaban cortados cortos y amoldados a su cabeza como un gorro. Su cara era pálida y alargada. Estaba leyendo *The Times*, doblado para poderlo sostener con su mano derecha. Tras un par de segundos, notó la presencia de Cordelia y los ojos de ambas se encontraron. La mujer miró su reloj de pulsera.

—Si es usted Cordelia Gray, llega con dieciocho minutos de retraso. Esta nota dice que usted volvería a las cuatro.

—Lo sé, lo siento —dijo Cordelia, subiendo presurosa los últimos peldaños, y puso la llave en la cerradura. Abrió la puerta—. ¿Quiere usted pasar?

La mujer la precedió hacia el despacho exterior y volvió el rostro hacia ella sin mirar siquiera la habitación.

—Esperaba ver al señor Pryde. ¿Tardará mucho?

—Lo siento; acabo de llegar de su cremación. Quiero decir que... que Bernie está muerto.

—Evidentemente. Nuestra información era que estaba vivo hace diez días. Debe de haberse muerto con notable rapidez y discreción.

—Con discreción no. Bernie se suicidó.

—¡Qué extraordinario! —La visitante parecía sorprendida por esta revelación. Juntó las manos y por espacio de unos segundos deambuló inquieta por la habitación en una curiosa pantomima de

desolación—. ¡Qué extraordinario! —volvió a decir. Soltó una risita.

Cordelia no habló, pero las dos mujeres se miraron una a otra con gravedad. Entonces dijo la visitante:

—Bien, me parece que he hecho un viaje en vano.

Cordelia emitió un «¡Oh, no!» casi inaudible y resistió un absurdo impulso de arrojar a la mujer contra la puerta.

—Tenga la bondad de no irse antes de hablar conmigo. Yo era la socia del señor Pryde y ahora el negocio es mío. Estoy segura de que podría ayudarla. ¿No querrá usted sentarse, por favor?

La visitante hizo caso omiso de la silla que se le ofrecía.

—Nadie puede ayudar, nadie en el mundo. Sin embargo, algo puede hacerse. Hay algo que mi jefe quiere saber particularmente, alguna información que él necesita, y había decidido que el señor Pryde era la persona idónea para proporcionársela. No sé si él la consideraría a usted una sustituta eficaz. ¿Hay aquí un teléfono privado?

—Ahí dentro, por favor.

La mujer entró en el despacho interior, sin volver a dar muestras de que lo trono de la estancia le causara impresión alguna. Se volvió hacia Cordelia.

—Lo siento. Debí haberme presentado. Mi nombre es Elizabeth Leaming y mi jefe es sir Ronald Callender.

—¿El naturista?

—Yo no debería permitir que él la oyese llamarle así. Él prefiere ser llamado microbiólogo, que es lo que es. Dispénsame, por favor.

Cerró la puerta con firmeza. Cordelia se sintió repentinamente débil y se sentó ante la máquina de escribir. Sus teclas, símbolos familiares dentro de unos medallones negros, desplazaron su dibujo ante los cansados ojos de la joven, luego, en un instante, volvió a ser todo normal. Se agarró a los lados de la máquina, fríos y pegajosos al tacto, y habló consigo misma tratando de persuadirse de que debía recobrar la calma. El corazón le latía con violencia.

«Tengo que estar tranquila, debo demostrarle que soy dura. Esta tontería se debe únicamente a la tensión causada por el funeral de Bernie y a haber estado demasiado tiempo de pie bajo el ardiente sol».

Pero la esperanza era traumática; estaba encolerizada consigo

misma por preocuparse tanto.

La llamada telefónica sólo duró un par de minutos. La puerta del despacho interior se abrió; la señorita Leaming se estaba poniendo los guantes.

—Sir Ronald me ha preguntado si podía verla. ¿Puede usted venir ahora?

«¿Ir adónde?», pensó Cordelia, pero no lo preguntó.

—Sí, ¿voy a necesitar mi equipo?

El equipo era el maletín del escenario del crimen, cuidadosamente diseñado y preparado por Bernie, con sus pinzas, tijeras, objetos necesarios para tomar huellas dactilares, frascos para recoger muestras; Cordelia aún no había tenido ocasión de utilizarlo.

—Depende de lo que sea eso que usted denomina su equipo, pero creo que no. Sir Ronald quiere verla antes de decidir si le ofrece el trabajo. Ello significa un viaje en tren hasta Cambridge, pero usted debería regresar esta noche. ¿Hay alguien a quien deba usted decírselo?

—No, sólo soy yo.

—Quizá debería identificarme —dijo la señorita Leaming, abriendo su bolso—. Ahí tiene un sobre con una dirección. No soy una tratante de blancas en caso de que las haya y en caso de que esté usted asustada.

—Estoy asustada por muchas cosas, pero no por los tratantes de blancas, y si lo estuviese, un sobre con dirección apenas lograría tranquilizarme. Me empeñaría en telefonar a sir Ronald Callender para comprobarlo.

—¿Tal vez le agradecería hacerlo? —sugirió la señorita Leaming, sin enfadarse.

—No.

—¿Vamos, pues?

La señorita Leaming se encaminó hacia la puerta. Cuando salieron al rellano y Cordelia se volvió para cerrar con llave la puerta de la oficina, su visitante le indicó el taco de papel que junto con un lápiz pendía de un clavo de la pared.

—¿No sería mejor que cambiase usted la nota?

Cordelia arrancó su mensaje interior y, después de pensar un

instante, escribió:

He tenido que salir para un caso urgente. Cualquier mensaje que me dejen por debajo de la puerta, recibirá mi inmediata y personal atención cuando regrese.

—Eso —dijo la señorita Leaming— debería tranquilizar a sus clientes.

Cordelia se preguntó a sí misma si el comentario era sarcástico; resultaba imposible de decir a causa del tono indiferente con que fue pronunciado. Pero no sentía que la señorita Leaming se estuviera burlando de ella y se sorprendió por su propia falta de resentimiento ante la manera en que su visitante se había hecho cargo de los acontecimientos. Siguió dócilmente a la señorita Leaming al bajar la escalera y salir a la calle Kingly.

Fueron por la línea central hasta la calle Liverpool y tomaron el tren de las 17:36 para Cambridge con tiempo de sobra. La señorita Leaming compró el billete de Cordelia, fue a la consigna a recoger una máquina de escribir portátil y una cartera con documentos y se encaminó hacia un vagón de primera clase. Dijo:

—Tendré que trabajar en el tren; ¿lleva usted algún libro o revista para leer?

—Eso está bien. Tampoco a mí me gusta conversar cuando estoy viajando. Tengo el *Trumpet Major*, de Ardí. Siempre llevo en el bolso algo para leer.

Cuando hubieron pasado Bishops Stortford, se quedaron solas en el compartimiento, pero solamente una vez levantó la señorita Leaming los ojos de su trabajo para hacer una pregunta a Cordelia.

—¿Cómo llegó usted a trabajar en la agencia con el señor Pryde?

—Cuando salí de la escuela fui a vivir con mi padre al continente. Hicimos muchos viajes. Falleció en Roma el pasado mes de mayo, de un ataque cardíaco, y yo regresé a casa. Yo sola había aprendido taquigrafía y mecanografía y encontré trabajo en una agencia de secretarías. Me enviaron a Bernie y, después de transcurridas unas pocas semanas, me dejó que le ayudase en uno o dos casos. Decidió entrenarme y yo accedí a trabajar con él, de modo permanente. Hace dos meses que me hizo su socia.

Todo aquello quería decir que Cordelia renunció a un sueldo fijo a cambio de las inseguras recompensas de éxito en forma de una

participación igual en los beneficios junto con el disfrute gratuito de una habitación en la casa de Bernie. Él no había tenido la intención de estafarla. El ofrecimiento de la sociedad había sido hecho con la seguridad de que ella sabría apreciarlo en su justa medida, no como un premio a la buena conducta, sino como una muestra de confianza.

—¿A qué se dedicaba su padre?

—Era un poeta marxista itinerante y un revolucionario aficionado.

—Debe de haber tenido usted una infancia interesante.

Al recordar la sucesión de madres adoptivas, los inexplicados e incomprensibles traslados de una casa a otra, los cambios de escuela, las caras preocupadas de los funcionarios locales de la Seguridad Social y las maestras de escuela, que se preguntaban a sí mismas desesperadamente qué hacer con ella durante las vacaciones, Cordelia respondió a esta afirmación como lo hacía siempre, con gravedad y sin ironía.

—Sí, fue muy interesante.

—¿Y qué tal fue el entrenamiento que recibió del señor Pryde?

—Bernie me enseñó algunas de las cosas que él aprendió en el DIC: cómo examinar debidamente el escenario de un crimen, cómo recoger muestras, algunos elementos de autodefensa, cómo descubrir y tomar huellas dactilares..., esa clase de cosas.

—Se trata de habilidades que me parece que encontrará usted poco apropiadas para este caso.

La señorita Leaming inclinó la cabeza sobre sus papeles y ya no volvió a hablar hasta que el tren llegó a Cambridge.

Fuera de la estación, la señorita Leaming echó una breve ojeada al aparcamiento de coches y se encaminó hacia una furgoneta negra. De pie junto a ella, tieso como un chófer uniformado, se hallaba un fornido joven con una camisa blanca de cuello abierto, pantalón oscuro y botas altas, al que la señorita Leaming, sin el menor tipo de ceremonia ni explicación, presentó como «Lunn». El joven hizo un breve saludo con la cabeza, pero no sonrió. Cordelia le tendió la mano. El apretón fue momentáneo pero notablemente fuerte, y le

aplastó los dedos; Cordelia, reprimiendo una mueca de dolor, vio un centelleo en aquellos ojos de color pardo oscuro y se preguntó si no le habría hecho daño adrede. Aquellos ojos destacaban ciertamente por su belleza, unos ojos húmedos con pobladas pestañas y con el mismo aspecto de turbado dolor ante los impredecibles terrores del mundo. Pero esa belleza más bien acentuada, compensaba la falta de atractivo del resto de aquel hombre. Era, pensó Cordelia, como un siniestro esbozo en blanco y negro, con su cuello grueso y corto, y unos poderosos hombros que parecían querer reventar las costuras de su camisa. Poseía una abundante mata de pelo negro, un rostro ligeramente picado de viruelas y una boca húmeda y sin gracia; la cara de un querubín libertino. Era un hombre que sudaba profusamente; la camisa estaba manchada de sudor debajo de los brazos y llevaba la ropa tan ajustada al cuerpo que hacía resaltar la pronunciada curva de la espalda y los vigorosos bíceps.

Cordelia comprendió que los tres tendrían que ir apretujados en la furgoneta. Lunn mantuvo abierta la portezuela sin disculparse, excepto para decir:

—El Rover está aún en reparación en el taller.

La señorita Leaming se quedó un poco atrás, de modo que Cordelia se vio obligada a subir la primera y sentarse al lado del hombre. Pensó: «Estos dos no se tienen simpatía y él tampoco me la tiene a mí».

Se preguntaba a sí misma cuál debía de ser el papel que desempeñaba aquel individuo en el hogar de sir Ronald Callender. El de la señorita Leaming ya lo había adivinado; ninguna secretaria corriente, por mucho tiempo que llevase en el servicio, por muy indispensable que fuese, tenía aquel aire autoridad o hablaba de «mi jefe» en aquel tono de posesiva ironía. Pero se preguntaba a sí misma acerca de Lunn. No se comportaba como un subordinado y a Cordelia tampoco le parecía un científico. Claro que los científicos eran seres extraños para ella. Sor Mary Magdalen era la única científica que había conocido. La hermana les enseñaba lo más elemental de las ciencias, una mezcla de física, química y biología, todo revuelto. Los temas científicos en general merecían poca consideración en el Convento de la Inmaculada Concepción, aunque las artes sí se enseñaban bien. Sor Mary Magdalen era una tímida

monja ya entrada en años, con unos ojos que miraban intrigados desde detrás de sus gafas de montura de acero, con los torpes dedos permanentemente manchados de productos químicos, y que al parecer se quedaba tan sorprendida como sus alumnas ante las extraordinarias explosiones y humos que sus actividades con el tubo de ensayo y la redoma provocaban en ocasiones. Se había preocupado más de demostrar lo incomprensible del universo y lo inescrutable de las leyes de Dios que de revelar principios científicos, y en esto ciertamente había tenido éxito. Cordelia sabía que sor Mary Magdalen no le habría sido de ayuda alguna al tratar con sir Ronald Callender; el sir Ronald Callender que había hecho su campaña en la causa de la conservación de la vida mucho antes de que su interés se convirtiera en una obsesión popular, y que había representado a su país en las Conferencias Internacionales sobre Ecología y había sido condecorado por sus servicios prestados a la conservación. Todo esto Cordelia, lo mismo que el resto del país, lo sabía por sus apariciones en televisión y los suplementos dominicales de los periódicos. Era el científico oficial, cuidadosamente no comprometido políticamente, que personificaba, para tranquilidad de todos, al muchacho pobre que había hecho una buena carrera. ¿Cómo, se preguntaba Cordelia, se le había pasado por la cabeza contratar los servicios de Bernie Pryde?

Insegura de hasta qué punto gozaba Lunn de la confianza de su jefe o de la señorita Leaming, preguntó con cautela:

—¿Cómo fue que sir Ronald oyó hablar de Bernie?

—John Bellinger le habló de él.

¡De modo que al fin llegaba el premio Bellinger! Bernie siempre lo había esperado. El caso Bernie había sido su éxito más lucrativo, quizá su único éxito. John Bellinger era el director de una pequeña empresa familiar que fabricaba instrumentos científicos especializados. El año anterior, su oficina se había visto invadida por una profusión de cartas obscenas y, no queriendo llamar a la policía, había telefoneado a Bernie. Este, introducido entre el personal de la empresa, según su propia sugerencia, en calidad de mensajero, había resuelto con rapidez un problema que no era muy difícil. Las cartas habían sido escritas por la secretaria personal de Bellinger, mujer de mediana edad y muy bien considerada.

Bellinger quedó agradecido. Bernie, tras reflexionar ansiosamente y consultar con Cordelia, había enviado una factura cuya cuantía asombraba a los dos, pero que fue pagada pronta y religiosamente. Aquel dinero mantuvo en marcha la agencia durante un mes. Bernie había dicho: «El caso Bellinger será como un premio para nosotros, ya lo verás. En esta clase de trabajo todo puede suceder. Él nos eligió simplemente tomando nuestro nombre de la guía telefónica, pero ahora nos recomendará a sus amistades. Este caso podría ser el comienzo de algo grande».

Y entonces, pensaba Cordelia, en el día del funeral de Bernie, había llegado el premio Bellinger.

Ya no hizo más preguntas, y el viaje, que duró menos de treinta minutos, transcurrió en silencio. Los tres estaban sentados muslo con muslo, pero distanciados. Cordelia nada vio de la ciudad. Al final de la calle Station, junto al monumento a la guerra, el coche viró a la izquierda y pronto estuvieron en el campo. Había amplias extensiones de trigo verde, de vez en cuando la moteada sombra de hileras de árboles, desordenados pueblecitos de casitas con techo de paja y achaparradas quintas de color rojo esparcidas a lo largo de la carretera, colinas bajas desde las cuales podía ver Cordelia las torres y chapiteles de la ciudad, brillando con engañosa proximidad bajo los rayos del sol poniente. Finalmente pasaron otro pueblecito, con un delgado cinturón de olmos bordeando la carretera, un largo muro curvo de rojos ladrillos y la furgoneta entró por unas puertas abiertas de hierro forjado. Habían llegado.

La casa era evidentemente georgiana, quizá no del mejor estilo georgiano, pero sólidamente construida, agradablemente proporcionada y con el aspecto de toda buena arquitectura nacional que se ha desarrollado naturalmente fuera de su ambiente. El suave ladrillo, adornado con glicinas, brillaba luminosamente bajo el sol vespertino, haciendo refulgir el verdor de la planta trepadora y dando a toda la casa el aspecto artificial de un decorado de película. Era esencialmente una casa familiar, una casa acogedora. Pero en ese momento un pesado silencio gravitaba sobre ella y las hileras de ventanas elegantemente proporcionadas eran como ojos sin vida.

Lunn, que había conducido rápida pero hábilmente, paró delante del porche. Permaneció en su asiento mientras las dos mujeres se apeaban y entonces llevó la furgoneta hacia uno de los lados del edificio. Al deslizarse desde su alto asiento, Cordelia pudo vislumbrar una serie de edificios bajos, rematados por ornamentales torrecillas, que ella tomó por establos o garajes. A través de la puerta de amplio arco pudo ver cómo los terrenos iban paulatinamente dejando paso a una perspectiva lejana de la llana campiña del condado de Cambridge, adornada con los suaves matices verdes y leonados de una temprana primavera. La señorita Leaming dijo:

—El bloque de establos ha sido convertido en laboratorios. La mayor parte del lado este es vidrio. Fue un hábil trabajo de un arquitecto sueco, funcional pero atractivo.

Por primera vez desde que se habían conocido, su voz sonaba interesada, casi entusiástica.

La puerta principal estaba abierta. Cordelia entró en un espacioso vestíbulo adornado con paneles con una escalera que giraba a la derecha. Percibió un olor de rosas y de espliego, alfombras suntuosas en un encerado entarimado, el amortiguado tictac de un reloj.

La señorita Leaming se encaminó hacia una puerta que se encontraba en el extremo del vestíbulo. Daba acceso a un estudio, una habitación elegante, repleta de libros, con una vista de amplias extensiones de césped y un grupo de árboles. Frente a las puertaventanas había un escritorio de estilo georgiano y detrás del escritorio un hombre sentado.

Cordelia había visto sus fotografías en la prensa y sabía a qué atenerse. Pero era a la vez más bajo y más impresionante de lo que ella había imaginado. Sabía que se encontraba frente a un hombre de autoridad y de gran inteligencia; de él se desprendía una energía que era como una fuerza física. Pero cuando se levantó de su asiento y le hizo con la mano una seña para que se sentase, vio que era más esbelto de lo que sus fotografías sugerían, puesto que los pesados hombros y la impresionante cabeza hacían que pareciera en conjunto más corpulento. Tenía una cabeza finamente perfilada, con una nariz de puente alto, ojos hundidos, cuyos párpados

parecían pesados, y una boca flexible y bien modelada. Sus cabellos negros, aún no encanecidos, le caían sobre la frente. En su semblante se adivinaba una sombra de cansancio, y, cuando Cordelia se acercó más a él, pudo percibir la contracción de un nervio en su sien izquierda y el color casi imperceptible de las venas en el iris de sus hundidos ojos. Pero su cuerpo compacto, tenso por la energía y un latente vigor, no hacía concesiones a la fatiga. Mantenía muy erguida la arrogante cabeza, los ojos tenían una mirada viva y escrutadora bajo los pesados párpados. Pero, por encima de todo, su aspecto era el de un triunfador. Cordelia había visto antes aquel aspecto, lo había reconocido en medio de las gentes que contemplaban impertérritas el paso notorio —con ese brillo casi físico, relacionado con el magnetismo de la sexualidad y no empañado por la fatiga o por la falta de salud— de hombres que conocían y disfrutaban las realidades del poder.

La señorita Leaming dijo:

—Esto es todo lo que queda de la Agencia de detectives Pryde: la señorita Cordelia Gray.

Aquellos ojos vivos clavaron su mirada en los de ella.

—«Ponemos orgullo en nuestro trabajo», ¿verdad?

Cordelia, cansada después de su viaje al final de una movida jornada, no estaba de humor para bromas acerca del patético juego de palabras de Bernie. Dijo:

—Sir Ronald, he venido porque su secretaria me dijo que quizá podría usted utilizar mis servicios. Si está equivocada, me alegraría de saberlo cuanto antes para poder regresar a Londres enseguida.

—No es mi secretaria ni está equivocada. Debe usted perdonar mi descortesía; resulta un poco desconcertante esperar a un corpulento expolicía y encontrarse con usted. No me quejo, señorita Gray: usted podría hacerlo muy bien. ¿Cuáles son sus honorarios?

La pregunta podía sonar ofensiva, pero no lo era; era sencillamente un hombre práctico. Cordelia se lo dijo, un poco demasiado rápido, un poco demasiado ansiosa.

—Cinco libras al día y los gastos, pero intentamos que estos sean lo más bajos posibles. A cambio de ello, naturalmente, usted tendrá mis servicios exclusivos. Quiero decir con ello que no trabajaré para otro cliente hasta que su caso esté concluido.

—¿Y existe otro cliente?

—Bueno, por el momento no, pero podría muy bien haberlo. —Y se apresuró a añadir—. Tenemos una cláusula de juego limpio. Si yo decido, en cualquier fase de la investigación, que preferiría no continuar con ella, usted tiene derecho a toda la información que yo haya obtenido hasta ese momento. Si decido no dársela, entonces no le cobro el trabajo ya realizado.

Ese había sido uno de los principios de Bernie. Había sido un hombre de arraigados principios. Incluso cuando no había habido caso alguno durante una semana, era capaz de discutir felizmente hasta qué punto estaría justificado decirle al cliente menos de la verdad completa, el momento en el que había que hacer intervenir a la policía en una investigación, la ética del engaño o la mentira al servicio de la verdad. «Pero nada de chantajes —solía decir Bernie—, estoy firmemente en contra. Y no vamos a tocar el sabotaje industrial».

La tentación para lo uno o lo otro no era grande. Nunca se había presentado la oportunidad para el chantaje y en ningún momento había sido Bernie invitado a tocar el sabotaje industrial.

Sir Ronald dijo:

—Eso suena razonable, pero no creo que este caso vaya a presentarle a usted la menor crisis de conciencia. Es relativamente sencillo. Hace dieciocho días, mi hijo se ahorcó. Quiero que usted averigüe por qué. ¿Puede usted hacerlo?

—Me gustaría intentarlo, sir Ronald.

—Me doy cuenta de que usted necesita cierta información básica acerca de Mark. La señorita Leaming se la escribirá a máquina, luego podrá usted leerla y hacernos saber qué más necesita.

Cordelia dijo:

—Me gustaría que me lo contase usted mismo, por favor.

—¿Es preciso?

—Me serviría de ayuda.

Sir Ronald volvió a sentarse, cogió un resto de lápiz y comenzó a darle vueltas en sus manos. Al cabo de un rato, se lo metió distraídamente en el bolsillo. Sin mirar a Cordelia, comenzó a hablar:

—Mi hijo Mark cumplió veintiún años el veinticinco de abril de

este año. Se hallaba en Cambridge estudiando Historia en mi antiguo colegio y estaba en su último año. Hace cinco semanas, y sin previo aviso, abandonó la universidad y tomó un trabajo de jardinero con un comandante llamado Markland, que vive en una casa llamada Summertrees en las afueras de Duxford. Mark no me dio explicación alguna de esta acción ni entonces ni más tarde. Vivía solo en una cabaña en los terrenos del comandante Markland. Dieciocho días más tarde, fue encontrado por la hermana de su patrón colgando por el cuello de una cuerda anudada a un gancho del techo del cuarto de estar. El veredicto de la investigación fue que se quitó la vida en un momento en que su mente estaba desequilibrada. Yo sé poco acerca de la mente de mi hijo, pero rechazo ese cómodo eufemismo. Era una persona racional. Tuvo una razón para hacer lo que hizo. Quiero saber cuál fue.

La señorita Leaming, que había estado mirando por las puertaventanas hacia el jardín, se volvió y dijo con repentina vehemencia:

—¡Dale con ese afán de saber! ¡Eso ya es ser entrometido! Si él hubiese querido que lo supiésemos, nos lo habría dicho.

Sir Ronald dijo:

—No estoy dispuesto a continuar en esta incertidumbre. Mi hijo está muerto. «Mi hijo». Si yo soy de algún modo responsable, prefiero saberlo también.

Cordelia miró a uno y a otro. Preguntó:

—¿Dejó alguna nota?

—Dejó una nota, pero no una explicación. Fue encontrada en su máquina de escribir.

Tranquilamente, la señorita Leaming empezó a hablar.

«Descendiendo por la sinuosa caverna, recoríamos a tientas nuestro tedioso camino, hasta que debajo de nosotros apareció un inmenso vacío como el cielo inferior, y nos agarramos a las raíces de los árboles y quedamos suspendidos sobre esa inmensidad; pero yo dije: si te parece, nos entregaremos a este vacío y veremos si también aquí está la providencia».

La voz ronca, curiosamente profunda, se apagó. Estaban silenciosos. Entonces dijo sir Ronald:

—Usted pretende ser detective, señorita Gray. ¿Qué deduce de

eso?

—Que su hijo leía a William Blake. ¿No es eso un pasaje de *Las bodas del cielo y del infierno*?

Sir Ronald y la señorita Leaming se miraron. Sir Ronald dijo:

—Eso es lo que me han dicho.

Cordelia pensó que la exhortación de Blake, sencilla y delicada, desprovista de violencia o desesperación, era más apropiada para suicidarse ahogándose o envenenándose —un flotar ceremonioso o un hundirse en el olvido— que el trauma de ahorcarse. Y, con todo, estaba la analogía del caer o lanzarse al vacío. Pero esta especulación era mera fantasía. El caso es que él había elegido Blake: había elegido ahorcarse. Quizá no tuviera a mano otro medio más delicado; quizás había obrado por repentino impulso. ¿Qué era lo que siempre había dicho el Comi? «Nunca teorices adelantándote a tus hechos». Cordelia debería echar un vistazo a la cabaña.

Sir Ronald preguntó con un leve movimiento de impaciencia:

—Bien, ¿acepta usted el trabajo?

Cordelia miró a la señorita Leaming, pero los ojos de esta no se encontraron con los suyos.

—Me hace mucha ilusión. Me estaba preguntando a mí misma si realmente quería usted que lo aceptase.

—Se lo estoy ofreciendo. Preocúpese por sus propias responsabilidades, señorita Gray, y yo me ocuparé de las mías.

Cordelia dijo:

—¿Hay algo más que pueda usted decirme? Las cosas corrientes. ¿Gozaba su hijo de buena salud? ¿Parecía preocupado por su trabajo o por sus asuntos amorosos? ¿Por cuestiones de dinero?

—Mark habría heredado una fortuna considerable de su abuelo materno si hubiese llegado a la edad de veinticinco años. Entretanto, recibía de mí una asignación adecuada, pero a partir de la fecha en que abandonó el colegio universitario, transfirió de nuevo el saldo a mi propia cuenta corriente y dio instrucciones al director de su banco para que hiciese lo mismo con cualquier pago futuro. Es de suponer que vivió de lo que ganaba durante las dos últimas semanas de su vida. La autopsia no reveló enfermedad alguna y su preceptor testificó que su labor académica era satisfactoria. Yo, naturalmente, nada sé de este asunto. Él no

confiaba en mí en cuanto a sus asuntos amorosos (¿qué hombre joven lo hace con respecto a su padre?). Si tuvo alguna relación amorosa, espero que haya sido heterosexual.

La señorita Leaming abandonó su contemplación del jardín y se volvió. Extendió las manos en un gesto que pudo haber sido de resignación o de desesperación.

—Nada sabíamos de él, ¡nada! Entonces, ¿por qué esperar a que estuviese muerto para empezar a investigar?

—¿Y sus amigos? —preguntó Cordelia en tono bajo.

—Raramente le visitaban aquí, pero había dos que yo reconocí en la investigación y en el funeral: Hugo Tilling, de su mismo colegio, y su hermana, que es una estudiante posgraduada en New Hall que estudia Filología. ¿Recuerda usted cómo se llamaba, Eliza?

—Sophie. Sophie Tilling. Mark la trajo aquí a cenar una o dos veces.

—¿Podría usted decirme algo acerca de los primeros años de la vida de su hijo? ¿Dónde se educó?

—Fue a una escuela de párvulos cuando tenía cinco años y después a una preparatoria. Yo no podía tener aquí a una criatura entrando y saliendo del laboratorio sin que alguien la vigilara. Posteriormente, conforme al deseo de su madre (falleció cuando Mark contaba nueve meses), fue a una Fundación Woodard. Mi mujer era lo que creo se llama una alta anglicana, y quiso que el niño se educase en aquella tradición. Que yo sepa, no tuvo sobre él efecto pernicioso alguno.

—¿Era feliz en la escuela preparatoria?

—Supongo que era tan feliz como la mayoría de los niños de ocho años, lo que quiere decir que era desgraciado la mayor parte del tiempo, junto con períodos de gran vivacidad. ¿Es importante todo esto?

—Cualquier cosa podría serlo. Ya ve usted que tengo que tratar de conocerle.

¿Cuál era la enseñanza del arrogante, sapiente, sobrehumano Comi? «Hay que conocer al muerto. Nada relacionado con él es demasiado trivial, demasiado carente de importancia. Los muertos pueden hablar. Pueden conducir directamente hasta su asesino». Sólo que esta vez, naturalmente, no había un asesino. Dijo:

—Sería de mucha ayuda si la señorita Leaming pudiese escribir a máquina la información que usted me ha dado y añadiese el nombre de su colegio universitario y el de su tutor. Y tenga la bondad de proporcionarme una nota por la cual me autoriza a efectuar investigaciones.

Sir Ronald abrió un cajón de la izquierda del escritorio, sacó una hoja de papel y escribió en ella; luego se la entregó a Cordelia. El membrete impreso decía: De sir Ronald Callender, F. R. C., Garforth House, Cambridgeshire. Debajo había escrito: «Autorizo a la señorita Cordelia Gray a efectuar investigaciones por mi cuenta sobre la muerte de mi hijo Mark Callender, acaecida el veintiséis de mayo». Lo había firmado y fechado. Luego preguntó:

—¿Algo más?

Cordelia dijo:

—Usted ha hablado de la posibilidad de que alguien más fuese responsable de la muerte de su hijo. ¿No está usted conforme con el veredicto?

—El veredicto fue conforme a la evidencia, que es todo cuanto cabe esperar de un veredicto. Un tribunal no está constituido para establecer la verdad. Yo la empleo a usted para que haga un intento en ese sentido. ¿Tiene usted todo lo que necesita? No creo que podamos ayudarla con más información.

—Me gustaría tener una fotografía.

Se miraron extrañados. Sir Ronald dijo a la señorita Leaming.

—Una fotografía. ¿Tenemos una fotografía, Eliza?

—Su pasaporte estará en algún lugar, pero no sé dónde. Tengo la fotografía que le hice en el jardín el verano pasado. Se le ve bastante bien, me parece. Voy a buscarla.

Salió de la habitación. Cordelia dijo:

—Y me gustaría ver su habitación, si puede ser. Supongo que estaba aquí durante sus vacaciones, ¿no?

—Sólo ocasionalmente, pero, por supuesto, tenía aquí una habitación. Se la voy a enseñar.

La habitación se hallaba en el segundo piso y en la parte trasera. Una vez dentro, sir Ronald hizo caso omiso de Cordelia. Se dirigió a la ventana y miró hacia el césped como si ni la joven ni la habitación tuvieran el menor interés para él. La habitación nada le

decía a Cordelia acerca del Mark adulto. Estaba amueblada con sencillez, el lugar de refugio de un escolar, y parecía como si nada hubiese cambiado en ella durante los diez últimos años. Había un armario bajo, blanco, adosado a una de las paredes, con la usual hilera de juguetes arrinconados: un oso de peluche, con la piel gastada de tanto ser acariciada y con un ojo de vidrio colgando; trenes y camiones de madera pintada; un arca de Noé, llena de animales de rígidas patas y con un Noé de cara redonda y su mujer; una barca con la vela desprendida; un tablero de tiro al blanco en miniatura. Por encima de los juguetes había dos hileras de libros. Cordelia se acercó a examinarlos. Allí estaba la biblioteca ortodoxa de un niño de clase media, los clásicos permitidos y transmitidos de generación en generación. Cordelia había tenido acceso a ellos cuando fue adulta; no había encontrado sitio en su infancia dominada por los tebeos de los sábados y la televisión. Dijo:

—¿Y sus libros actuales?

—Están guardados en cajas en el sótano. Los mandó aquí cuando abandonó el colegio universitario, y aún no hemos tenido tiempo de desempaquetarlos. No creo que eso tenga mucha importancia.

Junto a la cama había una mesita redonda y encima de esta una lámpara y una brillante piedra redonda complicadamente horadada por el mar, tesoro recogido quizás en alguna playa durante unas vacaciones. Sir Ronald la tocó suavemente con los dedos, luego empezó a hacerla rodar bajo la palma de su mano sobre la superficie de la mesa. Después, al parecer distraídamente, la dejó caer en su bolsillo.

—Bien —dijo—. ¿Bajamos, ahora?

Se encontraron al pie de la escalera con la señorita Leaming. Esta levantó los ojos hacia ellos mientras bajaban despacio, uno al lado del otro. Había tal intensidad controlada en su mirada que Cordelia casi temía lo que pudiera decirles. Pero se volvió, bajando los hombros como si la hubiese invadido una repentina fatiga, y todo cuanto dijo fue:

—He encontrado la fotografía. Cuando haya usted terminado con ella, le agradecería que me la devolviese. La he puesto en el sobre junto con la nota. No hay un tren rápido de regreso a Londres hasta las nueve y treinta y siete minutos, de modos que quizá no le

importaría quedarse a cenar, ¿verdad?

La cena fue una experiencia interesante pero algo extraña, la comida misma fue una mezcla de aspectos formales e informales que Cordelia percibió como el resultado de un esfuerzo más consciente que casual. Se dio cuenta de que con ello se perseguía algún fin, pero no estaba segura de si se trataba de un grupo de colaboradores que se reunían amistosamente para una comida en común o de la ritual imposición de orden y ceremonia a una compañía diferente. El grupo de comensales estaba formado por diez personas: sir Ronald Callender, la señorita Leaming, Chris Lunn, un profesor visitante estadounidense, cuyo impronunciable nombre olvidó Cordelia tan pronto como sir Ronald la hubo presentado, y cinco jóvenes científicos. Todos los hombres, Lunn incluido, llevaban esmoquin y la señorita Leaming lucía una larga falda de trocitos de raso de varios colores y una blusa sencilla, sin mangas. Los preciosos azules, verdes y rojos brillaban y cambiaban a la luz de las velas cuando ella se movía, lo que hacía resaltar la pálida plata de sus cabellos y su piel casi incolora. Cordelia se quedó un poco confundida cuando su anfitriona la dejó en el salón y subió la escalera para ir a cambiarse. Habría deseado llevar algo más competitivo que la falda de color marrón claro y la blusa verde, en una época en que se da más valor a la elegancia que a la juventud.

Se le indicó dónde estaba el dormitorio de la señorita Leaming para que fuera a lavarse y se quedó intrigada por la elegancia y sencillez de los muebles, que contrastaban con la opulencia del cuarto de baño contiguo. Mientras examinaba su rostro cansado en el espejo y manejaba su lápiz de labios, deseaba haber llevado consigo alguna sombra de ojos. Obedeciendo a un impulso, y con un sentimiento de culpa, abrió un cajón del tocador. Estaba lleno de una variedad de productos de maquillaje, viejos lápices de labios de colores que hacía tiempo que estaban pasados de moda, frascos de crema de base por la mitad, lápices de ojos; cremas hidratantes, frascos de perfume por la mitad. Revolvió y llegó a encontrar una barrita de sombra de ojos que, en vista de la gran cantidad de

artículos desechados, utilizó sin grandes remordimientos. El efecto fue extraño pero sorprendente. No podía competir con la señorita Leaming, pero al menos parecía cinco años mayor. El desorden del cajón la había sorprendido y había tenido que resistir la tentación de mirar si el guardarropa y los otros cajones estaban tan desordenados. ¡Cuán incongruentes e interesantes eran los seres humanos! Pensó que resultaba asombroso que una mujer tan escrupulosa, puntual y competente pudiera sentirse satisfecha de vivir en medio de semejante desorden.

El comedor se hallaba en la parte delantera de la casa. La señorita Leaming colocó a Cordelia entre ella misma y Lunn, asiento que presentaba escasas perspectivas de conversación amena. Los restantes comensales se sentaron donde desearon. El contraste entre sencillez y elegancia se manifestaba en el arreglo de la mesa. No había luz artificial y tres candelabros de plata habían sido colocados a distancias regulares sobre la mesa. Entre ellos había cuatro jarras de vino de un grueso vidrio verde con el pico curvo, como las que Cordelia había visto a menudo en restaurantes italianos baratos. Los manteles individuales eran de simple corcho, pero las cucharas y tenedores eran de plata antigua. Las flores estaban puestas en unos cuencos bajos, no arregladas con habilidad, sino con aspecto de víctimas materiales de una tormenta en el jardín, flores que habían sido arrancadas por el viento y que alguien había tenido la caritativa idea de poner en agua.

Los jóvenes aparecían incongruentes en sus esmóquines, no porque se sintieran incómodos con ellos, no en vano disfrutaban de la esencial autoestima de los individuos inteligentes y que tienen éxito, sino porque parecía que los hubiesen cogido de un establecimiento de prendas de segunda mano o participaran en una mascarada. Cordelia se vio sorprendida por la juventud de aquellos hombres; le pareció que sólo uno de ellos tenía más de treinta años. Tres de ellos eran hombres desaliñados, inquietos, que hablaban deprisa con voces altas y enfáticas, y que no hicieron el menor caso de Cordelia después de su presentación. Los otros dos eran más tranquilos, y uno de ellos, un muchacho alto de cabellos negros y acusadas facciones irregulares, le sonreía a través de la mesa y parecía satisfecho de estar sentado a una distancia desde la cual

pudiesen conversar.

La comida era servida por un sirviente italiano y su mujer, que dejaban los manjares cocinados en platos calientes encima de un trinchero. La comida era abundante y el olor casi intolerablemente apetitoso para Cordelia que hasta entonces no se había percatado de lo hambrienta que estaba. Había una fuente con un gran montón de reluciente arroz, una gran cacerola de ternera con una succulenta salsa de setas, un cuenco de espinacas. A su lado, en la mesa fría, había un jamón enorme, un solomillo de buey y un interesante surtido de ensaladas y fruta. Los comensales se servían ellos mismos, llevando sus platos de nuevo a la mesa con la combinación de comida, caliente o fría, que les apetecía. Los científicos jóvenes llenaron sus platos a rebosar y Cordelia siguió su ejemplo.

Cordelia ponía poco interés en la conversación, pero observó que esta versaba predominantemente sobre ciencia y que Lunn, aunque hablaba menos que los otros, lo hacía como su igual. Cordelia pensó que Lunn debía de haber resultado ridículo con su esmoquin más bien estrecho, pero, sorprendentemente, se mostraba con la mayor soltura, y era en el comedor la segunda personalidad más poderosa. Cordelia intentó analizar la razón de ello, pero fracasó. Lunn comía despacio, prestando una gran atención a la disposición de la comida en su plato, y de vez en cuando sonreía secretamente mirando el vino de su vaso.

En el otro extremo de la mesa, sir Ronald estaba pelando una manzana y hablaba a su huésped, con la cabeza inclinada. La fina y verde piel resbalaba por entre sus largos dedos y descendía ondulada hacia su plato. Cordelia miró a la señorita Leaming. Esta tenía fijos los ojos en sir Ronald con un interés tan imperturbable que Cordelia sintió con incomodidad que todos los ojos allí presentes debían de verse inevitablemente atraídos hacia aquella máscara pálida y desdeñosa. Entonces, la señorita Leaming pareció percatarse de su mirada. Se relajó y, volviéndose hacia Cordelia, le dijo:

—Cuando veníamos en el tren, usted estaba leyendo a Hardy.
¿Le gusta?

—Muchísimo, pero todavía me gusta más Jane Austen.

—Entonces debe intentar encontrar una ocasión para visitar el

Museo Fitzwilliam de Cambridge. Tiene una carta escrita por Jane Austen. Creo que la encontrará interesante.

Hablaba con la artificial y controlada simpatía de una anfitriona que intenta encontrar un tema que pudiera interesar a una invitada difícil. Cordelia, con la boca llena de ternera y setas, se preguntaba cómo se las arreglaría para seguir comiendo. Pero, afortunadamente, el profesor estadounidense había captado la palabra «Fitzwilliam» y llamó la atención de toda la mesa con sus preguntas acerca de la colección de mayólicas del museo, en la que, al parecer, se hallaba interesado. La conversación se hizo general.

Fue la señorita Leaming la que condujo en coche, esta vez a la estación de Audley End en lugar de la de Cambridge; cambio para el cual no se indicó razón alguna. Durante el trayecto en automóvil no hablaron sobre el caso. Cordelia estaba extenuada por el cansancio, la comida y el vino, y se dejó llevar al tren sin intentar obtener alguna otra información. Ni siquiera pensaba realmente que hubiera de obtenerla. Cuando el tren se puso en marcha, cogió el grueso sobre blanco que le había entregado la señorita Leaming y sacó y leyó la nota que contenía. Estaba muy bien mecanografiada y redactada, pero le dijo poco más de lo que ya sabía. Con la nota estaba la fotografía. Vio la imagen de un muchacho que reía, con la cabeza medio vuelta hacia la cámara y con una mano protegiéndose los ojos de los rayos del sol. Llevaba un pantalón tejano y una camiseta y estaba medio tendido en el césped, con una pila de libros a su lado, sobre la hierba. Quizás había estado allí trabajando bajo los árboles cuando ella se asomó a la ventana con su cámara fotográfica y le llamó imperiosamente para que sonriera. La fotografía nada le dijo a Cordelia, salvo que, por un solo segundo, registrado finalmente, el muchacho había conocido el modo de ser feliz. Cordelia volvió a meter la fotografía en el sobre; sus manos se juntaron en ademán protector encima de él, y se quedó dormida.

II

A la mañana siguiente, abandonó la calle Cremona antes de las siete. A pesar del cansancio de la noche anterior, había hecho sus preparativos principales antes de acostarse. No le habían llevado mucho tiempo. Tal como Bernie le había enseñado, comprobó sistemáticamente el maletín del escenario del crimen, rutina innecesaria, ya que nada de ello había sido tocado desde el día en que, para celebrar la fundación de su sociedad, él había diseñado ese maletín para ella. Dejó preparada la cámara polaroid; puso en orden los mapas de carreteras, que estaban confundidos con otros objetos en un extremo de su mesa escritorio; sacudió su saco de dormir y lo enrolló para dejarlo preparado; llenó una bolsa con latas de comida sacadas del almacén que Bernie tenía de sopa enlatada y judías cocidas; consideró y finalmente decidió tomar el ejemplar que tenían del libro sobre medicina forense del profesor Simpson y su propia radio Hacker portátil; comprobó el botiquín de primeros auxilios. Finalmente, buscó para ella una nueva agenda, en la que puso el encabezamiento de Caso Mark Callender, y reservó las últimas páginas para anotar la cuenta de sus gastos. Estos preliminares siempre habían constituido la parte más satisfactoria de un caso, antes de que el aburrimiento o el disgusto hicieran su aparición, antes de que la ilusión se convirtiese en decepción y fracaso. Los planes de Bernie siempre habían sido meticulosos y trazados con éxito; lo que la hacía desplomarse era la realidad.

Finalmente, consideró su ropa. Si continuaba aquel tiempo caluroso, su vestido a lo Jaeger, comprado con sus ahorros después de pensarlo mucho para poder llevarlo en toda clase de entrevistas, resultaría demasiado caluroso, pero podría tener que entrevistar al

director de un colegio universitario y había que aspirar al dignificado profesionalismo ejemplificado del mejor modo en un vestido. Decidió viajar con su falda de color marrón claro, con una blusa de mangas cortas y unos tejanos y blusas de más abrigo para cualquier trabajo de campo. A Cordelia le encantaba la ropa, disfrutaba haciendo proyectos sobre ella y comparándola, placer limitado menos por la pobreza que por su obsesiva necesidad de poder empaquetar todo su guardarropa en una sola maleta mediana, como una refugiada perpetuamente preparada para huir.

Una vez se hubo liberado de los tentáculos del norte de Londres, Cordelia disfrutó de su viaje en coche. El Mini se deslizaba velozmente por la carretera, y Cordelia pensó que nunca había funcionado tan bien. Le agradaba la campiña del este de Inglaterra, las anchas calles de las ciudades con mercado, el modo en que los campos crecían, sin setos divisorios, hasta el borde mismo de la carretera, la claridad y libertad de los lejanos horizontes y los anchos cielos. El campo armonizaba con su propio estado de ánimo. Había llorado por Bernie y volvería a llorar por él, echando de menos su camaradería y su afecto desinteresado, pero este, en cierto sentido, era el primer caso de ella y estaba contenta de tratar de resolverlo sola. Era un caso que pensaba que ella podía resolver. No la asustaba ni le desagradaba. Conduciendo ilusionada el Mini a través de los campos bañados por el sol, con su equipo bien empaquetado en el maletero, se sentía inundada por la euforia de la esperanza.

Cuando finalmente llegó al pueblo de Duxford, al principio tuvo dificultad en dar con la finca Summertrees. Al parecer, el comandante Markland creía que su importancia justificaba el omitir en sus señas el nombre de la carretera. Pero la segunda persona a la que Cordelia preguntó era un aldeano que pudo indicarle el camino, procurando darle toda clase de detalles, como si temiera que una respuesta demasiado superficial pudiera significar descortesía. Cordelia tuvo que buscar un lugar adecuado para girar y luego retroceder un par de kilómetros, porque ya había pasado Summertrees.

Y esta, al fin, tenía que ser la casa. Era un gran edificio victoriano de ladrillo rojo, con un amplio margen de césped entre la

carretera y la puerta de madera abierta, que daba acceso al camino que conducía hasta la casa. Cordelia se preguntaba por qué se le había ocurrido a alguien construir una casa tan impresionantemente fea, o, habiendo decidido construirla, había colocado una monstruosidad suburbana en medio del campo. Quizás había sustituido una casa anterior, más agradable. Condujo el Mini hacia la hierba pero a alguna distancia de la puerta, y se dirigió hacia el camino. El jardín armonizaba con la casa; era formal hasta el punto de resultar artificial y demasiado bien cuidado. Incluso las plantas rupestres aparecían, como mórbidas excrescencias, a intervalos meticulosamente planeados entre las piedras que pavimentaban la terraza. Había dos parterres rectangulares en el césped, cada uno de ellos con rosales de rosas rojas y bordeados con franjas alternadas de lobelia y alhelí. Parecían una exposición patriótica en un parque público. Cordelia pensó que allí faltaba un asta para una bandera.

La puerta principal estaba abierta, y por ella se veía un oscuro zaguán pintado de color marrón. Antes de que Cordelia pudiese llamar al timbre, una mujer entrada en años apareció por la esquina de la casa empujando una carretilla llena de plantas. A pesar del calor llevaba botas Wellington, una blusa y una larga falda de tweed y un pañuelo atado a la cabeza. Al ver a Cordelia, dejó caer las varas de la carretilla y dijo:

—Buenos días. Seguramente viene usted por lo de la tómbola de la iglesia, ¿verdad?

Cordelia dijo:

—No, no es por la tómbola. Vengo de parte de sir Ronald Callender. Se trata de su hijo.

—Entonces espero que haya venido a buscar sus cosas. Nos preguntábamos cuándo iba sir Ronald a mandar por ella. Todavía están en la cabaña. No hemos estado allá desde que Mark murió. La llamábamos Mark, ¿sabe usted? Bueno, él jamás nos dijo quién era, lo cual no estuvo muy bien.

—No se trata de las cosas de Mark. Quiero hablar sobre él. Sir Ronald me ha contratado para tratar de averiguar por qué se mató su hijo. Mi nombre es Cordelia Gray.

Esta noticia pareció más bien intrigar que desconcertar a la señora Markland, que miró rápidamente a Cordelia con ojos

extraviados, algo estúpidos, y se agarró las varas de la carretilla, como en busca de apoyo.

—¿Cordelia Gray? Entonces no nos hemos visto antes, ¿verdad? No creo conocer a alguien llamado Cordelia Gray. Quizá sería mejor que pasase usted a la sala y hablase con mi marido y mi cuñada.

Dejó la carretilla donde estaba, en medio del sendero, y se encaminó hacia la casa, quitándose el pañuelo de la cabeza y tratando inútilmente de arreglar sus cabellos con la mano. Cordelia la siguió a través del zaguán, que olía a cera y estaba escasamente amueblado, con un montón de bastones, paraguas e impermeables colgados del pesado perchero de roble, y hacia el interior de una estancia situada en la parte trasera de la casa.

Era una habitación horrible, desproporcionada, sin libros, amueblada no con mal gusto, sino sin el menor gusto en absoluto. Un enorme sofá de repelente diseño y dos butacas rodeaban la chimenea, y una pesada mesa de caoba con adornos tallados y balanceándose sobre su pie ocupaba el centro de la habitación. Había pocos muebles más. Los únicos cuadros eran fotografías de grupo enmarcadas, pálidas caras alargadas, demasiado pequeñas para poderlas identificar, que posaron en fila ante la cámara. Una fotografía era la de un regimiento; la otra presentaba un par de remos cruzados por encima de dos filas de corpulentos adolescentes, todos los cuales llevaban gorras bajas de pico y pantalones a rayas. Cordelia supuso que era el club de remo de una escuela.

Pese a lo caluroso del día, aquella habitación, sin sol, estaba fría. Las puertaventanas estaban abiertas. Afuera, en el césped, había una mecedora con un dosel guarnecido con un fleco, tres sillas de caña con suntuosos cojines de una llamativa cretona azul, cada una de ellas con su apoyo para los pies, y una mesa de madera. Estos muebles parecían formar parte de un grupo en el que el diseñador no había logrado el efecto adecuado. Todos los muebles del jardín parecían nuevos y no utilizados. Cordelia se preguntaba por qué la familia se empeñaba en permanecer dentro de la casa en una mañana de verano, aunque el césped estaba amueblado mucho más confortablemente.

La señora Markland presentó a Cordelia barriendo el aire con el brazo, en un amplio gesto de abandono, y diciendo con voz débil a

la compañía en general:

—La señorita Cordelia Gray. No viene por lo de la tómbola de la iglesia.

Cordelia estaba sorprendida por la semejanza que el marido, la mujer y la señorita Markland guardaban entre sí. Los tres le recordaban las caras de los caballos. Sus caras eran largas y huesudas, las bocas, estrechas por encima de robustas barbillas cuadradas, los ojos desagradablemente juntos y los cabellos, que las dos mujeres llevaban con espesos flequillos que les llegaban hasta los ojos, grises y ásperos. El comandante Markland estaba tomando café en una inmensa taza blanca, muy oscurecida en el borde y los lados, colocada sobre una bandeja redonda de estaño. Tenía en las manos *The Times*. La señorita Markland estaba haciendo calceta, ocupación que Cordelia consideró vagamente inadecuada para una calurosa mañana de verano.

Las dos caras, hostiles, sólo en parte curiosas, la miraron con un ligero disgusto. La señorita Markland podía seguir haciendo calceta sin mirar las agujas, lo cual le permitía clavar en Cordelia unos ojos de mirada dura e inquisitiva. Invitada por el comandante Markland a sentarse, Cordelia se apoyó en el borde del sofá, casi esperando que el liso cojín emitiese un desagradable ruido al hundirse bajo su peso. Sin embargo, lo encontró inesperadamente duro. Compuso su semblante en una expresión apropiada, seriedad combinada con eficiencia y un toque de humildad propiciatoria le pareció que estaría bien, pero no estaba segura de tener éxito en el empeño. Mientras se hallaba allí sentada, con las rodillas recatadamente juntas, con el bolso a sus pies, era consciente, con desagrado, de que probablemente parecía más una ansiosa adolescente de diecisiete años enfrentándose a su primera entrevista que una madura mujer de negocios, única propietaria de la Agencia de detectives Pryde.

Entregó la nota de autorización de sir Ronald y dijo:

—Sir Ronald estaba muy afligido por ustedes, quiero decir que fue terrible que tuviera que suceder en su propiedad, con lo amables que habían sido al procurar a Mark un trabajo que era de su agrado. Su padre espera que no les importe hablar de ello; lo único que él quiere es saber qué fue lo que le indujo a suicidarse.

—¿Y él la ha enviado a usted?

La voz de la señorita Markland era una combinación de incredulidad, diversión y desdén. Cordelia no se dio por ofendida ante su rudeza. Supuso que la señorita Cordelia tendría algún motivo. Dio lo que esperaba que fuese una explicación digna de crédito. Probablemente era verdad.

—Sir Ronald piensa que tiene que haber algo relacionado con la vida de Mark en la universidad. Abandonó repentinamente el colegio universitario, como quizá sepan ustedes, y a su padre jamás se le dijo por qué. Sir Ronald creyó que yo podría tener más éxito hablando con los amigos de Mark que el tipo más usual de detective privado. Le pareció que no podía molestar a la policía; al fin y al cabo, no es esta realmente su clase de trabajo.

La señorita Markland dijo con semblante grave:

—Yo creía que este era precisamente su trabajo; es decir si sir Ronald piensa que hay algo extraño en la muerte de su hijo...

Cordelia la interrumpió:

—¡Oh no, no pienso que haya la menor sugerencia de ese tipo! Él está plenamente satisfecho con el veredicto. Sólo quiere saber qué fue lo que le impulsó a hacerlo.

La señorita Markland dijo en un tono repentinamente desabrido:

—Era un fracasado. Fracasó en la universidad, al parecer, fracasó en sus obligaciones familiares, finalmente fracasó en la vida. Así, literalmente.

Su cuñada emitió un débil sonido de protesta.

—Vamos, Eleonor, ¿es del todo justo lo que dices? Aquí trabajó realmente bien. A mí el muchacho me gustaba. No creo que...

—No niego que el dinero se lo ganase. Eso no altera el hecho de que no se le crio ni educó para trabajar en el oficio de jardinero. Por lo tanto, fue un fracasado. No conozco la razón de ello y no tengo interés alguno en descubrirla.

—¿Cómo fue que le dieron ustedes el empleo? —preguntó Cordelia.

Fue el comandante Markland el que respondió.

—Vio mi anuncio en el *Cambridge Evening News*, en el que pedía un jardinero, y se presentó aquí una tarde en su bicicleta. Supongo que vino pedaleando desde Cambridge. Debe de hacer de eso unas

cinco semanas, un martes, me parece.

Nuevamente intervino la señorita Markland:

—Era martes, el nueve de mayo.

El comandante la miró con el ceño fruncido, como si le irritase el que no pudiera equivocarse en la información.

—Sí, bien, el martes, día nueve. Dijo que había decidido dejar la universidad y coger un trabajo y que había visto mi anuncio. Admitió que no sabía mucho de jardinería, pero dijo que era fuerte y estaba dispuesto a aprender. Su inexperiencia no me preocupaba; le queríamos para el césped y para las hortalizas. Nunca puso las manos en el jardín; lo atendemos mi mujer y yo. De todos modos, a mí me gustó el aspecto del muchacho y creí que debía darle una oportunidad.

La señorita Markland dijo:

—Lo aceptaste porque era el único solicitante que estuvo dispuesto a trabajar por la miseria que tú le ofrecías.

El comandante, lejos de mostrarse ofendido por esta franqueza, sonrió complacido.

—Le pagué lo que él valía. Si hubiese más patronos que estuviesen dispuestos a hacerlo, el país no sufriría esta plaga de inflación.

Hablaba como alguien para quien la economía no tuviera secretos.

—¿No pensó usted que era raro ese cambio de ocupación? —preguntó Cordelia.

—¡Por supuesto que lo pensé! Creí que probablemente había sido expulsado: bebida, drogas, revolución, ya sabe usted cómo están ahora las cosas en Cambridge. Pero le pregunté el nombre de su tutor universitario y le llamé por teléfono, un sujeto llamado Horsfall. No puedo decir que haya sido muy amable, pero me aseguró que el muchacho se había ido voluntariamente y para usar sus propias palabras, su conducta, mientras estuvo en el colegio universitario, había sido irreprochable casi hasta el aburrimiento. No teníamos razón alguna para temer que el aire de Summertrees resultase contaminado.

La señorita Markland interrumpió su labor de punto e intervino en la exclamación de su cuñada de «¿Qué pudo haber querido decir

con eso?» con este seco comentario:

—Un poco más de esa clase de aburrimiento procedente de la ciudad de los llanos sería bien recibida.

—¿Le dijo a usted el señor Horsfall por qué había abandonado Mark el colegio?

—No se lo pregunté. No era de mi incumbencia. Le hice una pregunta sencilla y obtuve una respuesta más o menos sencilla, tan sencilla como cabe esperar de esos tipos académicos. Nosotros ciertamente no tuvimos motivo de queja del muchacho mientras estuvo aquí. Le digo lo que siento.

—¿Cuándo se fue a vivir a la cabaña? —preguntó Cordelia.

—Enseguida. No fue idea nuestra, por supuesto. Nunca dijimos en el anuncio que el empleo fuera residencial. Sin embargo, él evidentemente había visto la cabaña y le había gustado el sitio y nos preguntó si no nos importaría que fuese a vivir allí. No le era posible venir desde Cambridge en bicicleta todos los días, nos hacíamos perfectamente cargo de ello, y, que supiéramos, no había en el pueblo alguien que pudiese darle alojamiento. No le puedo decir que me hiciese gracia la idea; la cabaña necesita muchos arreglos. En realidad, tenemos pensado pedir una concesión de conversión y desembarazarnos de ella. En su estado actual no sería apropiada para una familia, pero al muchacho parecía entusiasmarle la idea de vivir allá, de modo que accedimos.

Dijo Cordelia:

—De modo que él debió de inspeccionarla antes de venir a pedir el empleo, ¿no?

—¿Inspeccionar? Oh, no lo sé. Probablemente anduvo figoneando para ver cómo era la propiedad antes de llegar realmente a la puerta. No sé si debo censurarle por ello, yo habría hecho lo mismo.

La señora Markland intervino:

—Estaba muy ilusionado con la cabaña, muchísimo. Le indiqué que no había gas ni electricidad, pero dijo que no le importaba; se compraría un infiernillo campestre y se las arreglaría con linternas. Hay instalada agua, naturalmente, y la parte principal del tejado está realmente del todo bien. Al menos, así lo creo. Nunca vamos allí, ¿sabe? Parece que estaba muy contento de haberse instalado

allí. Nosotros realmente nunca le visitamos. No había necesidad, pero por lo que pude ver, sabía perfectamente cuidar de sí mismo. Naturalmente, como ha dicho mi marido, era muy inexperto; había una o dos cosas que tuvimos que enseñarle, como venir a la cocina cada mañana temprano a recibir las órdenes. Pero el muchacho me agradaba; siempre le veía trabajar de firme, cuando me hallaba en el jardín.

Cordelia dijo:

—Me pregunto si tendría inconveniente en que yo echase un vistazo a la cabaña...

Esta petición les desconcertó. El comandante Markland miró a su mujer. Hubo un silencio embarazoso y por un momento Cordelia temió que la respuesta fuese no. Entonces la señorita Markland dejó clavadas sus agujas en el ovillo y se puso de pie.

—Iré con usted ahora mismo —dijo.

Los terrenos de Summertrees eran extensos. Primero había la rosaleda propiamente dicha, con los rosales plantados unos muy cerca de otros y agrupados según la variedad y el color, como en un puesto de venta, con los rótulos colocados exactamente a la misma altura del suelo. A continuación venía el huerto, dividido en dos por un sendero de grava, que en las escardadas hileras de lechugas y coles y en las porciones de tierra revuelta mostraba evidencias del trabajo realizado por Mark Callender. Finalmente, pasaron por una puerta que daba a un pequeño huerto de viejos manzanos sin podar. La hierba segada, que olía agradablemente a heno, yacía en densos montones alrededor de los nudosos troncos.

En el extremo del huerto había un grueso seto, tan crecido que la portezuela que daba acceso al jardín posterior de la cabaña resultaba, al principio, difícil de ver. Pero la hierba que crecía alrededor había sido recortada y la portezuela se abrió fácilmente, cediendo a la presión de la mano de la señorita Markland. Al otro lado había un grueso seto de zarzas, oscuro e impenetrable y que era evidente que se había dejado crecer libremente durante una generación. Alguien había abierto un camino a través del seto, pero la señorita Markland y Cordelia tuvieron que inclinarse mucho para evitar que se les enredasen los cabellos en sus enmarañados tentáculos de espinas.

Una vez libre de esta barrera, Cordelia levantó la cabeza y pestañeó bajo los claros rayos del sol. Lanzó una ligera exclamación de placer. En el breve período que Mark Callender había vivido allí había creado un pequeño oasis de orden y belleza, sacándolo del caos y el abandono. Antiguos parterres de flores habían sido descubiertos y las plantas supervivientes cuidadas; el sendero de piedras había sido limpiado de hierba y de musgo; un pequeño cuadrado de césped a la derecha de la cabaña había sido cortado y escardado. Al otro lado del sendero se había cavado en parte una parcela de algo más de un metro cuadrado. La laya estaba aún en la tierra, hincada profundamente a unos cincuenta centímetros de distancia del final de la hilera.

La cabaña era una construcción achaparrada de ladrillo, bajo una techumbre de pizarra. Bañada por los rayos del sol vespertino, y a pesar de su puerta erosionada por la lluvia, sus podridos marcos de ventana y la vista de unas desnudas vigas en el tejado, la cabaña poseía el suave y melancólico encanto de la vejez que aún no había degenerado en ruina. Fuera de la cabaña, junto a la puerta, dejados caer fortuitamente uno al lado del otro, había un par de zapatos de jardinero con abundante tierra incrustada.

—¿De él? —preguntó Cordelia.

—¿De quién, si no?

Estuvieron allí de pie, juntas un instante, contemplando la tierra revuelta. Ninguna de las dos habló. Luego se encaminaron hacia la puerta trasera. La señorita Markland introdujo la llave en la cerradura. Le dio la vuelta con facilidad, como si la cerradura hubiera sido recientemente untada con aceite. Cordelia la siguió al interior del cuarto de estar de la cabaña.

En contraste con el calor que reinaba en el jardín, el aire resultaba fresco pero no era puro, sino ligeramente viciado. Cordelia vio que el plano de la cabaña era sencillito. Había tres puertas: una, enfrente, que evidentemente daba acceso al jardín anterior, pero estaba cerrada y atrancada, con las junturas cubiertas de telarañas, como si no se hubiese abierto durante generaciones; la puerta de la derecha daba, como conjeturó Cordelia, a la cocina; la tercera puerta estaba abierta y la joven pudo entrever a través de ella una escalera de madera, sin alfombra, que conducía al piso

superior. En medio de la habitación había una mesa con un tablero de madera, con la superficie desgastada de puro restregada, y con dos sillas de cocina, una a cada extremo. En el centro de la mesa un florero azul contenía un ramillete de flores muertas, negros y frágiles tallos que sostenían tristes pingajos de plantas inidentificables, cuyo polen manchaba la superficie de la mesa como un polvillo dorado. Chorros de luz solar cruzaban el aire tranquilo; en medio de ellos una miríada de partículas de polvo y vida infinitesimal danzaba grotescamente.

A la derecha había una chimenea. Mark había estado quemando leña y papeles; había un montón de ceniza blanca en la parrilla, y una pila de madera para encender el fuego y pequeños leños preparados para la noche siguiente. A un lado de la chimenea había una silla baja de madera, con un cojín raído y en el otro lado una silla con las patas aserradas, quizá con el objeto de hacerla lo suficientemente baja para dar el pecho a una criatura. Cordelia pensó que debía de haber sido una hermosa silla antes de su mutilación.

Dos vigas inmensas, ennegrecidas por los años, atravesaban el techo. En medio de una de ellas estaba clavado un gancho de acero, probablemente utilizado en otro tiempo para colgar tocino. Cordelia y la señorita Markland lo miraron sin hablar; no había necesidad de preguntar y responder. Pasado un instante, se encaminaron, como de mutuo acuerdo, hacia las dos sillas que estaban a ambos lados de la chimenea y se sentaron. La señorita Markland dijo:

—Yo fui la que le encontré. No había venido a la cocina a recibir las órdenes del día, de modo que después de desayunar bajé aquí para ver si se había quedado dormido. Eran las nueve y veintitrés minutos exactamente. La puerta no estaba cerrada con llave. Llamé con los nudillos, pero no hubo respuesta, entonces la abrí empujándola. Colgaba de ese gancho con un cinturón de cuero alrededor del cuello. Llevaba sus pantalones de algodón azules, los que solía llevar para trabajar, y estaba descalzo. Esa silla estaba caída sobre un lado en el suelo. Le toqué el pecho. Estaba completamente frío.

—¿Cortó usted la correa para descolgarlo?

—No. Era evidente que estaba muerto y pensé que era mejor

dejar el cadáver hasta que llegase la policía. Pero puse la silla en su posición normal y la coloqué de manera que sostuviese sus pies. Fue una acción irracional, ya lo sé, pero no podía soportar verle allí colgando sin aliviar la presión sobre su garganta. Fue, ya se lo he dicho, irracional.

—Creo que fue muy natural. ¿Observó algo más en él, en la habitación?

—Había un jarro por la mitad de lo que parecía café encima de la mesa y una gran cantidad de ceniza en la parrilla de la chimenea. Parecía como si hubiera estado quemando papeles. Su máquina de escribir portátil estaba donde la ve ahora, sobre esa mesa auxiliar; la nota del suicida estaba aún en la máquina. La leí, luego volví a la casa, les dije a mi hermano y a mi cuñada lo que había sucedido y llamé a la policía. Cuando llegó la policía los traje a esta cabaña y les confirmé lo que había visto. No he vuelto aquí hasta este momento.

—¿Vio usted, o el comandante o la señora Markland, a Mark la noche en que murió?

—Ninguno de nosotros le vio después de que terminó de trabajar hacia las seis y media. Era un poco más tarde aquel día porque quería terminar de segar la hierba de la parte de delante. Todos le vimos cómo apartaba la segadora y luego atravesaba el jardín en dirección al huerto. Ya no volvimos a verle con vida. No estábamos en casa aquella noche. Tuvimos una cena en Trumpington, en casa de un antiguo compañero de armas de mi hermano. No regresamos hasta pasada la medianoche. Por entonces, según las pruebas médicas, Mark debía de llevar unas cuatro horas muerto.

Cordelia dijo:

—Hábleme de él, por favor.

—¿Qué puedo decirle? Sus horas de trabajo eran de ocho y media de la mañana a seis de la tarde, con una hora para almorzar y media para el té. Al atardecer, solía trabajar en el jardín, aquí o alrededor de la cabaña. A veces, durante su hora de almuerzo, cogía la bicicleta y se iba a la tienda del pueblo. Yo le encontraba allí de vez en cuando. No compraba mucho, un pan integral, mantequilla, el trozo de bacon más barato, té, café, las cosas corrientes. No hablábamos cuando nos encontrábamos, pero él solía sonreír. Por

las noches, cuando había oscurecido, solía leer o escribir a máquina en esa mesa. Yo podía ver su cabeza contra la luz de la lámpara.

—Creo que el comandante Markland ha dicho que ustedes no visitaban la cabaña.

—Ellos no. Les recuerda cosas desagradables. Yo sí.

Hizo una pausa y miró hacia la chimenea sin fuego.

—Mi prometido y yo solíamos pasar una parte muy grande de nuestro tiempo aquí, antes de la guerra, cuando él estaba en Cambridge. Fue muerto en 1937, combatiendo en España por la causa republicana.

—Lo siento —dijo Cordelia. Sintió lo inadecuado y la falta de sinceridad de su respuesta y, con todo, ¿qué otra cosa podía decir? Todo ello había sucedido hacía unos cuarenta años. No había oído hablar de él anteriormente. El espasmo de pena, tan breve que apenas se sintió, no era más que una incomodidad transitoria, un pesar sentimental por todos los amantes que murieron jóvenes, por lo inevitable de una pérdida humana.

La señorita Markland hablaba con súbita pasión, como si alguna fuerza la obligase a proferir las palabras:

—No me gusta su generación, señorita Gray. No me gusta la arrogancia de ustedes, su egoísmo, su violencia, la curiosa selectividad de su compasión. Nada pagan ustedes con su propia moneda, ni siquiera sus propios ideales. Denigran y destruyen, nunca construyen. Invitan al castigo como niños rebeldes, luego chillan cuando se les castiga. Los hombres que yo conocí y con los que me crie no eran así.

Cordelia dijo suavemente:

—Tampoco creo que fuera así Mark Callender.

—Probablemente no. Al menos, la violencia la practicó contra sí mismo. —Levantó los ojos hacia Cordelia con mirada retadora—. No me cabe duda de que usted dirá que estoy celosa de los jóvenes. Es un síndrome bastante común en mi generación.

—No tendría que ser. Jamás puedo comprender por qué han de ser celosas las personas. Al fin y al cabo, la juventud no es una cuestión de privilegio, todos tenemos la misma porción de ella. Algunas personas pueden nacer en una época más fácil o ser más ricas o más privilegiadas que otras, pero eso nada tiene que ver con

ser joven. Y ser joven es a veces terrible. ¿Recuerda cuán terrible pudo ser?

—Sí, lo recuerdo, pero también recuerdo otras cosas.

Cordelia estaba allí sentada en silencio, pensando que la conversación era extraña pero en cierto modo inevitable y que, por alguna razón, no le pesaba. La señorita Markland levantó los ojos.

—Su amiga le visitó una vez. Al menos supongo que era su amiga, si no, ¿por qué había de venir? Fue unos tres días después de que empezara a trabajar.

—¿Cómo era?

—Hermosa. Muy rubia, con un rostro como el de un ángel de Botticelli, suave, ovalado, poco inteligente. Era extranjera, francesa, creo. También era rica.

—¿Cómo puede usted decir eso, señorita Markland? —dijo Cordelia, intrigada.

—Porque hablaba con acento extranjero; porque llegó conduciendo un Renault blanco que yo consideré que era suyo; porque su ropa, aunque extraña e inadecuada para el campo, no era barata; porque se dirigió hacia la puerta principal de la casa y anunció que deseaba verle con la arrogancia, la confianza en uno mismo, que se asocia a las personas ricas.

—¿Y él la vio?

—En aquellos momentos, él estaba trabajando en el huerto, segando la hierba. La conduje hacia donde estaba él. La saludó tranquilamente y sin turbación, y la invitó a que le esperase sentada en la cabaña hasta que llegase el momento en que él terminase su trabajo. Parecía bastante complacido de verla, pero no me pareció demasiado entusiasmado ni sorprendido con su visita. No me la presentó. Los dejé juntos y regresé a casa antes de que tuviera ocasión de hacerlo. Ya no la volví a ver. —Antes de que Cordelia pudiese hablar, añadió de pronto—: Piensa usted vivir aquí algún tiempo, ¿verdad?

—No les importará, supongo. No quisiera pedírselo si van a decirme que no.

—No lo sabrán, y si lo supiesen, no les importaría.

—¿A usted tampoco le importa?

—No, no se preocupe por mí, no me importa.

Hablaban en voz baja, como en una iglesia. Entonces la señorita Markland se levantó y se encaminó hacia la puerta. Al llegar a ella se volvió.

—Usted se ha encargado de este trabajo por el dinero, ¿verdad? ¿Por qué no? Pero si yo fuese usted, lo dejaría como está. No es sensato dejarse implicar demasiado personalmente en los asuntos de otro ser humano. Y cuando ese ser humano está muerto, además de no ser sensato, hasta puede resultar peligroso.

La señorita Markland bajó por el sendero del jardín y desapareció por la portezuela. Cordelia se alegró de ver que se iba. Ardía en impaciencia por examinar la cabaña. Este era el lugar donde todo había sucedido; este era el lugar donde realmente comenzaba su trabajo.

¿Qué era lo que había dicho el Comi? «Cuando estés examinando un edificio, míralo como si mirases una iglesia rural. Primero camina a su alrededor. Mira toda la escena dentro y fuera de ella; después haz tus deducciones. Pregúntate qué has visto, no lo que esperabas ver, sino lo que has visto».

Entonces, él debía de ser un hombre a quien gustaban las iglesias rurales y eso al menos era un punto en su favor; ya que esto, con seguridad, era un genuino dogma de Dalglish. La reacción de Bernie ante las iglesias, ya fuesen rurales o urbanas, había sido de cautela semisupersticiosa. Cordelia decidió seguir el consejo.

Primero dirigió sus pasos hacia el lado este de la cabaña. Allí, discretamente situado y casi oculto por el seto, había un retrete de madera con su puerta con cerrojo, como la de un establo. Cordelia echó una mirada a su interior. El retrete estaba muy limpio y parecía que había sido repintado recientemente. Cuando tiró de la cadena, vio con alivio que fluía agua por la taza. Había un rollo de papel higiénico suspendido por un cordel de la puerta y, clavada junto a él, una pequeña bolsa de plástico contenía una arrugada colección de papeles de envolver naranjas y otros suaves envoltorios. Había sido un hombre ahorrador. Junto al retrete había un gran cobertizo en estado ruinoso en el que se guardaba una bicicleta de hombre, vieja, pero bien cuidada, una gran lata con pintura de emulsión blanca con la tapa muy apretada y un pincel

limpio dentro de un tarro de mermelada, una bañera de estaño, unos cuantos sacos limpios y una colección de aperos de jardinería. Todos estaban limpios y brillantes y dispuestos ordenadamente contra la pared o sostenidos por clavos.

Se dirigió hacia la entrada de la cabaña. Contrastaba intensamente con el aspecto que ofrecía el lado sur. Aquí Mark Callender no había hecho el menor intento de desenmarañar las ortigas y las hierbas, altas hasta la cintura, que asfixiaban el pequeño jardín delantero y casi borraban el sendero. Un grueso arbusto trepador salpicado de florecillas blancas había extendido sus negras y espinosas ramas hasta tapar las dos ventanas de la planta baja. La puerta que conducía a la vereda se había atascado y sólo se abría lo suficiente para dejar pasar con dificultad a un visitante. A cada lado montaba guardia un árbol de acebo, con sus hojas grises por el polvo. El seto delantero, de alheña, alcanzaba la altura de la cabeza. Cordelia pudo ver que, a uno y otro lado del sendero, había habido en otro tiempo parterres gemelos bordeados por piedras redondas pintadas de blanco. Entonces la mayor parte de estas piedras se había hundido en medio de las malas hierbas, y de los parterres sólo quedaban unos cuantos rosales silvestres dispersos.

Cuando dirigía una última mirada al jardín delantero, vio que brillaba un objeto de color, medio pisoteado entre las hierbas del lado del sendero. Era una página arrugada de una revista ilustrada. La extendió y la alisó y vio que era una fotografía, en color, de una mujer desnuda. La mujer daba la espalda a la cámara y se inclinaba hacia adelante, exhibiendo unas grandes nalgas por encima de unos muslos cubiertos por altas botas. Sonreía descaradamente por encima de su hombro en una evidente invitación, aún más grotesca por la larga cara andrógina que ni siquiera una discreta iluminación podía evitar que resultase repulsiva. Cordelia observó la fecha en la parte superior de la página; era la edición del mes de mayo. De modo que la revista, o al menos la fotografía, pudo haber sido llevaba a la cabaña mientras él residía en ella.

Se detuvo con el recorte en la mano para analizar la naturaleza de su asco, que se le antojaba excesivo. La fotografía era vulgar y obscena, pero no más ofensiva ni indecente que muchas de las que

se veían en las calles secundarias de Londres. Sin embargo, mientras doblaba la hoja y la guardaba en su bolso —porque representaba alguna clase de prueba—, se sentía contaminada y deprimida. ¿Había sido la señorita Markland más perspicaz de lo que ella imaginaba? ¿Estaba ella, Cordelia, en peligro de resultar sentimentalmente obsesionada con el muchacho muerto? La fotografía probablemente nada tenía que ver con Mark; fácilmente podía habersele caído a algún visitante de la cabaña. Pero deseaba no haberla visto.

Dio la vuelta hacia el lado oeste de la cabaña e hizo otro descubrimiento. Escondido detrás de unas matas de saúcos había un pequeño pozo de algo más de un metro de diámetro. No tenía estructura superior, pero estaba cubierto por una tapa abovedada hecha de fuertes tablillas de madera y ajustada a la parte superior con un aro de hierro. Cordelia vio que la cubierta estaba unida por un candado al borde de madera del pozo, y la cerradura, aunque herrumbrosa por la edad, resistió firmemente a su tirón. Alguien se había tomado la molestia de evitar que el pozo no constituyese un peligro para niños o vagabundos curiosos.

Y entonces había llegado el momento de explorar el interior de la cabaña. Primero la cocina. Era una pequeña pieza con una ventana encima del fregadero que miraba hacia el este. Era evidente que había sido pintada hacía poco y la gran mesa que ocupaba la mayor parte de la estancia había sido cubierta con un mantel de plástico rojo. Había una astrosa despensa que contenía media docena de latas de cerveza, un tarro de mermelada, una escudilla con mantequilla y un trozo de pan enmohecido. Fue allí, en la cocina, donde Cordelia encontró la explicación del olor desagradable que percibió al entrar en la cabaña. Encima de la mesa había una botella de leche abierta y más o menos medio llena, con la tapa plateada arrugada junto a ella. La leche se había solidificado y cubierta de putrefacción; una hinchada mosca estaba chupando en el borde de la botella y continuó pegada a su festín cuando Cordelia, instintivamente, trató de ahuyentarla. Al otro lado de la mesa había un infiernillo de queroseno de dos quemadores, con una pesada marmita sobre uno de ellos. Cordelia tiró de la tapa, muy ajustada, que cedió súbitamente y dejó salir un olor

fuertemente repulsivo. Abrió el cajón de la mesa y removió con una cuchara el contenido de la marmita. Parecía estofado de buey. Trozos de carne verdosa, patatas que parecían jabón y legumbres inidentificables flotaban entre la espuma, como carne ahogada y putrefacta. Al lado del fregadero había una caja de naranjas puesta sobre uno de sus lados y que hacía las veces de almacén de verduras. Las patatas estaban verdes, las cebollas se habían encogido y echado brotes, las zanahorias estaban arrugadas y flojas. Así que nada había sido limpiado, nada había sido quitado. La policía se había llevado el cuerpo y todas las pruebas que necesitaba, pero nadie, ni los Markland ni la familia ni los amigos del muchacho se había molestado en volver para limpiar los residuos patéticos de su joven vida.

Cordelia subió la escalera. El rellano conducía a dos dormitorios, uno de los cuales era evidente que no se había utilizado desde hacía años. Allí el marco de la ventana estaba podrido, el yeso del techo se había ido desprendiendo y un ajado papel con dibujos de rosas se estaba despegando a causa de la humedad. El segundo cuarto, más espacioso, era el único en el que él había dormido. Había una sola cama de hierro con un colchón de crin y sobre ella un saco de dormir con un cojín doblado en dos para hacer una almohada alta. Al lado de la cama había una vieja mesa con dos velas, pegadas con su propia cera a un plato agrietado, y una caja de cerillas. Su ropa estaba colgada en el único armario, un pantalón de pana de color verde claro, una o dos camisas, jerséis y un traje de etiqueta. Algunas prendas de ropa interior, limpias pero sin planchar, estaban dobladas en el anaquel superior. Cordelia tocó los jerséis. Estaban hechos a mano en lana gruesa y complicados dibujos, había cuatro. Alguien, pues, se había preocupado por él lo suficiente para tomarse algunas molestias. Cordelia se preguntaba quién.

Pasó las manos por su escaso guardarropa, palpando en busca de bolsillos. Nada encontró, excepto una delgada cartera de cuero marrón en el fondo del bolsillo izquierdo del traje. Emocionada, la llevó hacia la ventana con la esperanza de que contuviese una pista, una carta, quizás, una lista de nombres y direcciones, una nota personal. Pero la cartera estaba vacía salvo un par de billetes de una libra, su permiso de conducir y una tarjeta de donante de

sangre expedida por el servicio de transfusión de sangre de Cambridge, que indicaba que su grupo era B Rh negativo.

La ventana sin visillos daba al jardín. Sus libros estaban colocados sobre el estante de la ventana. Había sólo unos pocos: *Historia Moderna de Cambridge*; algo de Trollope y Hardy; obras completas de William Blake; volúmenes de libros de texto escolares de Wordsworth, Browning y Donne; dos libros de bolsillo sobre jardinería. Al final de la hilera había un libro encuadernado en piel blanca que Cordelia vio que era un libro de oraciones. Estaba provisto de un cierre de latón finamente labrado y parecía muy usado. Se sentía contrariada con los libros; le decían poco más que los gustos superficiales del muchacho. Si había abrazado aquella vida solitaria con el fin de estudiar, escribir o filosofar, lo había hecho singularmente mal equipado.

Lo más interesante de la habitación estaba encima de la cama. Era una pequeña pintura al óleo de unos sesenta centímetros cuadrados. Cordelia la examinó. Era, desde luego, italiana y probablemente, pensó, de finales del siglo xv. Mostraba un monje tonsurado muy joven, leyendo sentado a una mesa, con sus delicados dedos introducidos entre las páginas de su libro. La cara larga, controlada, estaba tensa por la concentración, con los ojos de pesados párpados fijos en la página. Detrás del monje, se veía, a través de la ventana abierta representada en el cuadro, una deliciosa miniatura. Cordelia pensó que uno jamás se cansaría de contemplarla. Era una escena toscana que mostraba una ciudad amurallada con torres, rodeada de cipreses, un río que serpenteaba como un hilo de plata, una procesión con vestidos de vivos colores, precedida por estandartes, y bueyes uncidos que trabajaban en los campos. Vio el cuadro como un contraste entre los mundos de la inteligencia y de la acción e intentó recordar dónde había visto pinturas parecidas. Los camaradas —como designaba siempre al ubicuo grupo de revolucionarios amigos de su padre— habían sido muy aficionados a intercambiar mensajes en el interior de galerías de arte, y Cordelia se había pasado horas paseando lentamente de un cuadro a otro, esperando al fortuito visitante que se detuviese a su lado y le susurrase unas palabras de advertencia o de información. El truco siempre le había parecido una manera infantil

e innecesariamente histriónica de comunicación, pero, al menos, en las galerías se estaba caliente y ella disfrutaba mirando los cuadros. Aquel cuadro le gustaba; era evidente que también le había gustado a Mark. ¿Le había gustado también la vulgar ilustración que ella había encontrado en el jardín delantero? ¿Eran ambos una parte esencial de su naturaleza?

Terminada la vuelta de inspección, se hizo café, utilizando un paquete del armario y poniendo agua a hervir en el infiernillo. Cogió una silla de la sala de estar y fue a sentarse fuera, en la puerta trasera, con la taza sobre el regazo, con la cabeza echada hacia atrás para sentir la caricia del sol. Se sentía inundada de una suave felicidad mientras estaba allí sentada, contenta y relajada, escuchando el silencio, con los ojos medio cerrados por efecto del sol. Había examinado la cabaña conforme a las instrucciones del Comi. ¿Qué sabía entonces acerca del muchacho muerto? ¿Qué era lo que había visto? ¿Qué podía deducir?

Había sido un muchacho obsesivamente limpio y ordenado. Sus útiles de jardinería habían sido limpiados después de su uso y cuidadosamente guardados, su cocina había sido pintada y estaba limpia y aseada. Sin embargo, había dejado la tarea de revolver la tierra a menos de medio metro de distancia del final de una hilera; había dejado la laya sin limpiar clavada en la tierra; había dejado caer sus zapatos de jardinero negligentemente junto a la puerta trasera. Al parecer, había quemado todos sus papeles antes de matarse, pero había dejado sin lavar su taza de café. Se había hecho un estofado para cenar y no lo había probado. La preparación de las verduras tuvo que haberla realizado a una hora más temprana de aquel mismo día, o quizás el día anterior, pero era evidente que el estofado era para cenar aquella noche. La marmita estaba aún sobre el infiernillo, y llena hasta el borde. No era una comida recalentada que hubiese quedado de la noche anterior. Esto seguramente indicaba que no había tomado la decisión de matarse hasta después de haber preparado el estofado y haberle puesto al fuego para que se cociese. ¿Por qué había de molestarse en preparar una comida si sabía que no estaría vivo para comerla?

Pero ¿era lógico, se preguntaba, que un joven sano, que entraba en la cabaña después de una o dos horas de duro trabajo de

revolver tierra y con una comida caliente esperando, se encontrase en aquel estado de melancolía, acidia, angustia o desesperación que pudiera llevarle al suicidio? Cordelia podía recordar tiempos de intensa infelicidad, pero no podía recordar que hubiera seguido a un ejercicio al aire libre con un fin concreto, al sol y con una comida en perspectiva. ¿Y por qué la taza de café, la que la policía se había llevado para analizar? Había latas de cerveza en la despensa; si tenía sed cuando llegó de revolver la tierra, ¿por qué no abrir una de ellas? La cerveza habría sido el medio más rápido, más obvio, de apagar la sed. Seguramente nadie, por mucha sed que tuviese, prepararía y bebería café justamente antes de comer. El café venía después de la comida.

Pero supongamos que alguien le hubiese visitado aquella tarde. No era probable que hubiese sido alguien que pasaba por allí con un recado sin importancia; fue importante para Mark el interrumpir el trabajo de revolver la tierra cuando sólo le faltaba medio metro de una hilera, e invitar al visitante a entrar en la cabaña. Probablemente era un visitante al que no le gustaba la cerveza o no quería beberla, ¿podría tratarse de una mujer? Era una visita de la que no se esperaba que se quedase a cenar, pero, sin embargo, estuvo en la cabaña el tiempo suficiente para que se le ofreciese algo de beber. Quizás era alguien que se disponía a ir a tomar su propia cena. Evidentemente, el visitante no había sido invitado con antelación a cenar, o de haber sido así, ¿por qué habían empezado la cena tomando café y por qué había estado Mark trabajando hasta tan tarde en el jardín en vez de entrar en la cabaña a cambiarse de ropa? De modo que se trataba de una visita inesperada. Pero ¿por qué había una sola taza de café? Seguramente, Mark lo habría compartido con el invitado o, si él prefería no tomar café, habría abierto una lata de cerveza para sí mismo. Pero ninguna lata de cerveza vacía había en la cocina, y tampoco una segunda taza. ¿Tal vez había sido lavada y guardada? Pero ¿por qué había de lavar Mark una taza y no la otra? ¿Era para ocultar el hecho de que había recibido una visita aquella tarde?

El jarro de café sobre la mesa de la cocina estaba casi vacío y sólo medio llena la botella de leche. Seguramente más de una persona había tomado leche y café. Pero tal vez fuese esta una

deducción peligrosa y sin garantía; también habría podido el visitante volver a llenar su taza.

Pero supongamos que no hubiera sido Mark el que había deseado ocultar el hecho de que el visitante había estado con él aquella noche; supongamos que no hubiera sido Mark el que había lavado y guardado la segunda taza; supongamos que hubiera sido la visita la que había deseado ocultar el hecho de su presencia. Pero ¿por qué debía molestarse en hacer eso?, ya que no podía saber que Mark iba a suicidarse. Cordelia hizo un brusco movimiento de impaciencia. Esto, naturalmente, era absurdo. Era evidente que el visitante no habría lavado la taza si Mark hubiese estado aún allí y con vida. Sólo habría borrado la prueba de su visita si Mark hubiera estado ya muerto. Y si Mark hubiera estado muerto, hubiera estado colgando de aquel gancho antes de que su visitante se hubiese ido de la cabaña, entonces, ¿podía ser esto realmente un suicidio? Una palabra que danzaba en el fondo de la mente de Cordelia, una mezcla amorfa de letras, tomó forma de pronto y, por primera vez, apareció nítidamente deletreada la palabra manchada de sangre: asesinato.

Cordelia continuó sentada al sol durante otros cinco minutos, terminando su café, luego lavó la taza y la colgó de un gancho de la despensa. Bajó por la vereda en dirección a la carretera, donde había dejado aparcado el Mini, en el margen de hierba fuera de Summertrees, contenta del instinto que la había inducido a dejar el coche fuera de la vista de la casa. Soltando con cuidado el embrague, lo hizo descender despacio por la vereda mirando con cuidado de un lado a otro en busca de un posible sitio para aparcar; dejar el coche simplemente fuera de la cabaña no habría hecho más que delatar la presencia de su dueña. Era una lástima que Cambridge no estuviese más cerca; entonces podría haber usado la bicicleta de Mark. El Mini no era necesario para su trabajo, pero sería inconvenientemente visible dondequiera que lo dejase.

Pero tuvo suerte. A unos cincuenta metros vereda abajo, en la entrada de un campo, había un amplio margen de hierba con un pequeño matorral a un lado. Este matorral tenía un aspecto húmedo

y siniestro. Era imposible creer que pudieran brotar flores de aquella tierra inficionada y entre esos árboles maltrechos y deformes. El suelo estaba cubierto de viejos pots y sartenes, se veía el armazón de un cochecillo de niño, un infiernillo de gas roto y herrumbroso. Junto a un roble achaparrado, una pila de mantas se desintegraban en la tierra. Pero encontró al fin espacio para sacar el Mini de la carretera y ponerlo, en cierto modo, a cubierto. Si lo cerraba con llave, estaría mejor allí que cerca de la cabaña y por la noche, pensó, nadie advertiría su presencia.

Pero entonces volvió con el coche a la cabaña y empezó a desempaquetar. Colocó a un costado del estante la ropa interior de Mark y puso la de ella a su lado. Extendió su saco de dormir sobre la cama, encima del saco de él, pensando disfrutar así de una comodidad extra. Había un cepillo de dientes rojo y un tubo de pasta dentífrica por la mitad en un tarro vacío de conserva, encima del alféizar de la ventana de la cocina; al lado puso su cepillo amarillo y su propio tubo de pasta. Colgó su toalla junto a la de él en el cordel que había tendido entre dos clavos, debajo del fregadero de la cocina. Luego hizo un inventario del contenido de la despensa y una lista de las cosas que iba a necesitar. Sería mejor que las comprase en Cambridge; no haría más que llamar la atención hacia su presencia si efectuaba compras en el pueblo. La cacerola de estofado y la media botella de leche le preocupaban. No podía dejarlas en la cocina, so pena de contaminar la cabaña con el olor de descomposición, pero también se sentía reacia a tirar su contenido. Pensó en fotografiarlo, pero decidió no hacerlo, pues los objetos tangibles constituían una prueba mejor. Al final lo llevó al cobertizo y lo tapó con un trozo de arpillera vieja.

Finalmente, pensó en la pistola. Era un objeto demasiado pesado para llevarlo encima todo el tiempo, pero se sentía desgraciada ante la idea de separarse de ella, aunque sólo fuese provisionalmente. Aun cuando la puerta trasera de la cabaña podía cerrarse, y la señorita Markland le había dejado la llave, un intruso no encontraría dificultad en entrar por la ventana. Decidió que el mejor plan sería esconder las municiones entre su ropa interior en el armario del dormitorio, pero ocultar la pistola por separado, dentro de la cabaña o cerca de ella. Encontrar el lugar exacto le

costó pensar un poco, pero luego recordó las gruesas y retorcidas ramas del saúco que había junto al pozo; levantándose sobre las puntas de sus pies pudo encontrar, palpando donde se bifurcaba una rama, una concavidad en la que deslizó la pistola, aún envuelta dentro de la bolsa de cuerda, que quedó escondida por las hojas.

Ya estaba lista para ir a Cambridge. Miró su reloj; eran las diez y media; podría estar en Cambridge a las once y dispondría de dos horas para hacer gestiones. Decidió que su mejor plan sería visitar primero la oficina del periódico y leer el informe de la investigación, luego iría a la policía; después de esto, iría en busca de Hugo y Sophie Tilling.

Se alejó de la cabaña con una sensación parecida al pesar como si estuviera abandonando el hogar. Era, pensaba, un lugar curioso, de atmósfera pesada y que mostraba dos caras diferentes al mundo, como facetas de una personalidad humana; el norte, con sus ventanas tapadas por las plantas espinosas, la mala hierba que crecía junto a la cabaña, con su siniestro seto de alheña, era un ominoso escenario de horror y tragedia. En cambio, la parte trasera, donde él había vivido y trabajado, había limpiado y cultivado el huerto y atado las escasas flores, había escardado el sendero y abierto al sol las ventanas, era un lugar apacible como un santuario. Estando allí sentada junto a la puerta, había sentido que nada malo podría sucederle; era capaz de pensar sin temor en la posibilidad de pasar allí la noche sola. ¿Era esta atmósfera de tranquilidad curativa, se preguntaba, lo que había atraído a Mark Callender? ¿La había percibido él antes de tomar el empleo, o era en cierto misterioso modo el resultado de su transitoria y trágica estancia allí? El comandante Markland había tenido razón; evidentemente Mark había mirado la cabaña antes de subir a la casa. ¿Era la cabaña o el empleo lo que él quería? ¿Por qué los Markland eran tan reacios a ir a aquel sitio, tan reacios que evidentemente no lo habían visitado siquiera para limpiarlo después de su muerte? ¿Y por qué le había espiado la señorita Markland, ya que seguramente de ningún otro modo podía calificarse la minuciosa observación a que lo había sometido? ¿Le había confiado aquel relato acerca de su amante muerto solamente para justificar su interés por la cabaña, su obsesiva preocupación por lo que el nuevo jardinero estaba

haciendo? ¿Y era incluso cierta aquella historia? ¿Aquella mujer entrada en años, llena de fuerza latente, con aquella expresión equina de perpetuo descontento, pudo haber sido realmente joven un día, haber yacido, quizá, con su amante en la cama de Mark durante los largos y calurosos atardeceres de unos veranos ya muy lejanos? Cuán remoto, cuán imposible y grotesco le parecía todo ello.

Cordelia bajaba con su coche por la calle Hills, pasó por delante de la vigorosa estatua conmemorativa de un joven soldado de 1914, por delante de la iglesia católica romana y entró en el centro de la ciudad. De nuevo deseaba haber podido cambiar el coche por la bicicleta de Mark. Todo el mundo parecía montar en bicicleta y el aire resonaba con los timbres como un festival. En aquellas calles angostas y atestadas de gente, circular con el sólido Mini constituía incluso un riesgo. Decidió aparcarlo tan pronto como pudiese encontrar un sitio y emprender a pie la búsqueda de un teléfono. Había decidido variar su programa e ir en primer lugar a ver a la policía.

Pero no le sorprendió oír, cuando al fin llamó a la puerta de la comisaría, que el sargento Maskell, que había llevado el caso Callender, estaría ocupado toda la mañana. Eso de que las personas que uno quería entrevistar estuvieran preparadas, sentadas en casa o en la oficina, con energía, tiempo e interés suficiente sólo sucedía en la ficción. En la vida real, estaban entregadas a sus propios asuntos, y uno dependía de la conveniencia de ellas, incluso si, cosa algo rara, prestaban su atención a la Agencia de detectives Pryde. Generalmente no lo hacían. Cordelia mencionó la nota de autorización de sir Ronald para impresionar a su oyente con la autenticidad de su asunto. El nombre no carecía de influencia. El policía que había recibido a Cordelia se alejó para ir a preguntar. Transcurrido menos de un minuto volvió para decir que el sargento Maskell podría atender a la señorita Gray a las dos y media de aquella tarde.

De modo que la oficina del periódico venía, pues, en primer lugar Los ficheros antiguos al menos, eran accesibles y no había inconveniente en que se consultaran. Rápidamente encontró lo que buscaba. El informe de la investigación era breve, redactado en el

usual lenguaje formalista de un informe de los tribunales. Poca cosa le dijo que fuese nuevo para ella. Pero tomó buena nota de la prueba principal. Sir Ronald testificó que no había hablado con su hijo durante las dos semanas anteriores a su muerte, cuando Mark le telefoneó para comunicarle su decisión de dejar el colegio universitario y tomar un trabajo en Summertrees. No había consultado a sir Ronald antes de tomar su decisión ni había explicado sus razones. Después sir Ronald había hablado con el director, y las autoridades del colegio estaban dispuestas a volver a admitir a su hijo para el siguiente año académico si mudaba de parecer. Su hijo nunca le había hablado de suicidio y, que él supiera, no tenía preocupaciones de salud ni de dinero. El testimonio de sir Ronald iba seguido de una breve referencia a otra prueba. La señorita Markland describió cómo había encontrado el cadáver; un patólogo forense declaró que la causa de la muerte era asfixia debida a estrangulación; el sargento Maskell refirió las medidas cuya aplicación creyó más oportunas y entregó un informe del laboratorio científico forense que declaraba que se había analizado una taza de café que se había encontrado sobre la mesa y había sido hallada inocua. El veredicto fue que el fallecido murió por su propia mano durante un desequilibrio mental. Cuando cerró el pesado legajo de periódicos, Cordelia se sentía deprimida. La labor de la policía parecía exhaustiva. ¿Era realmente posible que aquellos experimentados profesionales hubiesen pasado por alto el significado de la interrupción del trabajo de revolver la tierra, los zapatos de jardinero dejados caer descuidadamente junto a la puerta trasera, la cena sin tocar?

Y entonces, a mediodía, estaba libre hasta las dos y media. Podía explorar Cambridge. Compró la guía más barata que pudo encontrar en Bowes and Bowes, resistiendo la tentación de leer un trozo de aquí y otro de allá de los libros de la librería, porque el tiempo era corto y había que racionar el placer. Llenó su bolso de pastel de cerdo y de fruta que compró en un puesto del mercado y entró en la iglesia de Santa María, para sentarse tranquilamente y preparar su itinerario. Luego, durante una hora y media, deambuló por la ciudad y sus colegios universitarios, extasiada de felicidad.

Estaba contemplando Cambridge en su aspecto más bello. El

cielo era una inmensidad azul desde cuyas traslúcidas profundidades brillaba el sol, sin nubes, pero con suave claridad. Los árboles de los jardines de los colegios y las avenidas que conducían a los Backs, aún no afectados por el ardor del verano, levantaban sus verdes ramas, teniendo como fondo la piedra y el río y el cielo. Las bateas pasaban veloces bajo los puentes, asustando a las vistosas aves acuáticas y, al levantarse el nuevo puente de Garret Hostel, los sauces inclinaban sus pálidas y pesadas ramas sobre el oscuro verdor del río Cam.

Cordelia incluyó todas las vistas especiales en su itinerario. Caminó solemnemente a lo largo de la biblioteca del Trinity, visitó las viejas facultades, se sentó tranquilamente en la parte posterior de la capilla del

King's

College, contemplando maravillada la ascensión vertical de la gran bóveda de John Wastell, que se extendía en curvos abanicos de delicado mármol blanco. La luz del sol, que se derramaba a través de los grandes ventanales, tiñendo el sereno aire con los colores azul, carmesí y verde. Las rosas de los Tudor bellamente labradas, los animales heráldicos que sostenían la corona, sobresalían de los paneles con arrogante orgullo. A pesar de lo que Milton y Wordsworth habían escrito, ¿era cierto que esta capilla había sido construida para la gloria de un soberano terrenal y no para el servicio de Dios? En cualquier caso, ello no invalidaba su propósito ni era menoscabo de su belleza. No dejaba de ser un edificio supremamente religioso. ¿Podía un no creyente proyectar y realizar aquel soberbio interior? ¿Había una unidad esencial entre motivo y creación? Esta era la pregunta que solamente Carl, entre los camaradas, habría tenido interés en explorar, y Cordelia le evocó en su prisión griega, tratando de no pensar en lo que pudieran estarle haciendo y deseando tener a su lado la rechoncha figura de aquel amigo.

Durante su visita de la ciudad se concedió algunos pequeños placeres. Compró un mantel de lino para la mesita de té, estampado con un grabado de la capilla desde el coro, junto a la puerta oeste; se tendió sobre la hierba a la orilla del río, junto al puente del King's

, y dejó que el agua fría y verde le acariciase los brazos; paseó por entre los puestos de libros de la plaza del mercado y, tras un cálculo minucioso, compró una pequeña edición de Keats, impresa en papel de China, y un caftán de algodón estampado en tonos verde, azul y marrón. Si el tiempo caluroso continuaba, esta prenda resultaría más fresca que una camisa o tejanos para llevar por las noches.

Finalmente, volvió al

King's

College. Había una fila de asientos adosada al gran muro de piedra que se extendía desde la capilla hacia la orilla del río y se sentó allí, al sol, para comer su almuerzo. Un gorrión privilegiado daba saltitos a través del immaculado césped y la miraba con ojos brillantes y despreocupados. Cordelia le tiraba trocitos de la corteza de su pastel de cerdo y sonreía ante sus graciosos y agitados picoteos. Del río subía el sonido de voces desde el otro lado del agua, la áspera llamada de un pato. Todo lo que la rodeaba —los guijarros brillantes como joyas en el sendero de grava, los pequeños tallos de hierba en el margen del césped, las frágiles patas del gorrión— lo veía con una extraordinaria intensidad, como si la felicidad le hubiese aclarado la vista.

Luego, la memoria le trajo el recuerdo de las voces. Primero la de su padre:

—Nuestra pequeña fascista fue educada por los papistas. Resulta extraordinario. ¿Cómo pudo suceder semejante cosa, Delia?

—¿No te acuerdas, papá? Me confundieron con otra C. Gray, que era católica romana. De once, únicamente las dos superamos la media del examen el mismo año. Cuando descubrieron el error te escribieron para preguntarte si te importaba que me quedase en el convento, porque yo me había instalado allí.

El padre, en realidad, no había contestado. La reverenda madre había intentado ocultar discretamente el hecho de que él no se había molestado en contestar y Cordelia pasó en el convento los seis años más tranquilos y felices de su vida, aislada, por el orden y la ceremonia, del caos y la inmundicia de la vida exterior, incorregiblemente protestante, sin coacciones, amablemente

compadecida como una persona que vive en una ignorancia invencible. Por primera vez, aprendió que no tenía necesidad de ocultar su inteligencia, aquella mente despejada que una sucesión de madres adoptivas habían considerado en cierto modo una amenaza. Sor Perpetua había dicho:

—No debería haber la menor dificultad acerca de tu bachillerato si puedes continuar como vas ahora. Eso quiere decir que proyectamos tu ingreso en la universidad dentro de dos años a partir de este octubre. Cambridge, me parece. Realmente no veo por qué no podrías aspirar a una beca.

La propia sor Perpetua había estado en Cambridge antes de entrar en el convento y todavía hablaba de la vida académica, no con anhelo o nostalgia, sino como si hubiera sido un sacrificio digno de su vocación. Incluso la quinceañera Cordelia había reconocido que sor Perpetua era una verdadera humanista y había pensado que había sido injusto por parte de Dios conceder una vocación a alguien que, como ella, era tan feliz y útil al mundo. Pero, para la propia Cordelia, el futuro parecía, por primera vez, estabilizado y lleno de promesas. Iría a Cambridge y la hermana iría a visitarla allá. Tenía una romántica visión de amplios céspedes bajo el sol y ellas dos paseando por el paraíso de Donne. «Allí, ríos de saber hay, de allí fluyen las artes y las ciencias; jardines cercados; profundidades insondables de inescrutables consejos». Con la ayuda de su propia inteligencia y las oraciones de la hermana, ganaría la beca. Las oraciones la preocupaban ocasionalmente. No dudaba en absoluto de su eficacia, puesto que Dios debía forzosamente escuchar a una persona que con tal sacrificio personal le había escuchado a Él. Y si la influencia de la hermana le daba a ella, a Cordelia, una injusta desventaja sobre los otros candidatos, bueno, ¿qué le íbamos a hacer? En asunto de tal importancia, ni Cordelia ni sor Perpetua estaban dispuestas a discutir sobre sutilezas teológicas.

Por aquel entonces, papá había contestado a la carta. Había descubierto que necesitaba a su hija. No hubo bachillerato ni beca, y a los dieciséis años terminó Cordelia su educación convencional y comenzó su vida errabunda cumpliendo las funciones de cocinera, enfermera, mensajera y vivandera general de papá y sus camaradas.

Pero entonces, por qué caminos tan tortuosos y con qué extraño

propósito, había llegado al fin a Cambridge. La ciudad no la decepcionó. En sus idas y venidas por el mundo había visto lugares más hermosos, pero ninguno en el que se hubiera sentido más feliz y más en paz. Cómo, pensaba, podía ciertamente el corazón sentirse indiferente ante una ciudad así, en la que la piedra y las vidrieras de colores, el agua y los verdes céspedes estaban dispuestos en tan ordenada belleza al servicio de la enseñanza. Pero cuando, con nostalgia, se levantó para marcharse y sacudió de su falda unas migas de pan, acudió a su mente una cita que no había buscado. La oyó con tal claridad que las palabras podían haber sido pronunciadas por una voz humana, una joven voz masculina, no reconocida y, sin embargo, misteriosamente familiar: «Entonces vi que había un camino hacia el infierno incluso desde las puertas del cielo».

El edificio de la comisaría era moderno y funcional. Representaba autoridad atemperada con discreción; el público debía sentirse impresionado, no intimidado. El despacho del sargento Maskell y el propio sargento se ajustaban a esta filosofía. Era sorprendentemente joven e iba elegantemente vestido, y su rostro, anguloso y de duras facciones, reflejaba experiencia. Llevaba el pelo algo largo, pero muy bien peinado y cuidado. Fue muy cortés, sin ser galante, y esto tranquilizó a Cordelia. No iba a ser una entrevista fácil, pero ella no deseaba ser tratada con la indulgencia que se le muestra a una niña linda pero inoportuna. A veces servía de ayuda el desempeñar el papel de una joven vulnerable e ingenua ansiosa de información — papel que Bernie había tratado frecuentemente de asignarle—, pero se daba cuenta de que el sargento Maskell respondería mejor a una entrevista en la que ella demostrase competencia sin coquetería. Quería parecer eficiente, pero no en exceso. Y sus secretos debían permanecer con ella; estaba allí para obtener información, no para ofrecerla.

Explicó concisamente el asunto y le mostró la nota de autorización de sir Ronald. Maskell se la devolvió y observó sin reticencia alguna:

—Sir Ronald nada me dijo que sugiriese que no quedaba

satisfecho con el veredicto.

—No creo que el veredicto deba cuestionarse. Él no sospechó que se hubiese trabajado mal. Si lo hubiese sospechado, habría recurrido a usted. Pienso que siente la curiosidad de un científico por saber qué fue lo que indujo a su hijo a suicidarse, y no podía satisfacer esa curiosidad a expensas del erario público. Las miserias privadas de Mark no son realmente problema de ustedes, ¿verdad?

—Podrían serlo, si las razones para su muerte descubriesen un hecho delictivo, chantaje o intimidación, pero jamás hubo sospecha alguna de esta clase.

—¿Está usted personalmente satisfecho con la explicación de que se suicidó?

El sargento la miró con la repentina y aguda inteligencia de un perro cazador que olfatea una pista.

—¿Por qué me lo pregunta, señorita Gray?

—Lo supongo por la molestia que usted se tomó. He entrevistado a la señorita Markland y he leído el informe de la investigación publicado en el periódico. Usted llamó a un patólogo forense, hizo fotografiar el cuerpo antes de que fuera descolgado y analizó los restos de café de la taza en que él había bebido.

—Yo traté el caso como una muerte sospechosa. Es mi práctica habitual. Esta vez las precauciones resultaron innecesarias, pero pudieron no haberlo sido.

Cordelia dijo:

—Pero algo le preocupaba a usted, algo que no parecía lógico, ¿no es cierto?

Maskell, como haciendo memoria, contestó:

—Oh, fue algo bastante normal. Casi lo de siempre. Tenemos más suicidios que la ración que nos corresponde. Aquí tenemos a un joven que abandonó su curso universitario sin una razón aparente y se fue a vivir a su aire con alguna incomodidad. Tenemos la imagen de un estudiante introvertido, más bien solitario, que no confía en su familia ni en sus amigos. Al cabo de tres semanas de abandonar el colegio universitario, es hallado muerto. No hay señales de lucha; ningún desorden en la cabaña: deja convenientemente una nota de suicidio en la máquina de escribir, muy parecida a la nota de suicidio que cabría esperar. Admitamos que se tomó la molestia de

destruir todos los documentos en la cabaña y, sin embargo, dejó la laya sin limpiar y su trabajo a medias, y se molestó en hacerse una cena que no comió. Pero todo eso nada prueba. La gente se comporta irracionalmente, sobre todo los suicidas. No, ninguna de esas cosas fue la que me dio motivo de preocupación; fue el nudo. —De pronto, se inclinó y se puso a revolver el cajón izquierdo de su mesa de escritorio—. Mire —dijo—. ¿Cómo emplearía usted esto para ahorcarse, señorita Gray?

La correa medía aproximadamente metro y medio de largo y poco más de veinticinco milímetros de ancho y estaba hecha de un cuero marrón fuerte pero flexible, oscurecido en algunos puntos a causa de los años. Uno de los extremos iba haciéndose más estrecho y presentaba una serie de ojetes metálicos, en el otro había una fuerte hebilla de latón. Cordelia la tomó en sus manos; el sargento Maskell dijo:

—Eso fue lo que usó. Es evidente que se trata de una correa, pero la señorita Leaming testificó que él la llevó dos o tres veces alrededor de la cintura como cinturón. Bien, señorita Gray, ¿cómo haría usted para ahorcarse?

Cordelia hizo pasar la correa a través de sus manos.

—Primeramente, claro, haría pasar el extremo más estrecho a través de la hebilla para hacer un lazo corredizo. Después, con el lazo corredizo alrededor de mi cuello, me pondría de pie sobre una silla debajo del gancho del techo y haría pasar el otro extremo de la correa por encima del gancho. La pondría bastante tensa y daría un par de tirones para mantenerla firme. Tiraría fuertemente de la correa para asegurarme de que no se deshacía el nudo y de que el gancho aguantaba bien. Entonces apartaría la silla de un puntapié.

El sargento abrió el archivador que tenía ante sí y lo empujó a través de la mesa.

—Mire eso —dijo—. Es una fotografía del nudo.

La fotografía hecha por la policía, en blanco y negro, mostraba el nudo con admirable claridad. Era una bolina en el extremo de un lazo bajo y pendía aproximadamente treinta centímetros del gancho.

El sargento Maskell dijo:

—Dudo de que él pudiera atar este nudo con sus manos por

encima de su cabeza, nadie podría hacerlo. De modo que primero tuvo que hacer el lazo corredizo, tal como lo ha hecho usted, y después, atar la bolina. Pero esto tampoco puede ser. Solamente había unos cuantos centímetros de correa entre la hebilla y el nudo. Si él lo hubiera hecho así, la correa no habría tenido suficiente espacio para que él pudiera pasar el cuello a través del lazo corredizo. Sólo hay una manera por la que hubiera podido hacerlo. Primero hizo el lazo corredizo, tiró de él hasta que la correa se adaptó a su cuello como un collar y después ató la bolina. Luego se subió a la silla, colocó el lazo por encima del clavo y dio el puntapié a la silla. Mire, esto le mostrará lo que quiero decir. —Pasó otra hoja del archivador y de pronto se la tendió a ella.

La fotografía, de ruda claridad, brutal surrealismo en blanco y negro, habría parecido tan artificial como una broma morbosa si el cuerpo no hubiera estado tan evidentemente muerto. Cordelia sintió martillar su corazón dentro de su pecho. Comparado con este horror, la muerte de Bernie resultaba suave. La joven bajó la cabeza sobre el archivador y sus cabellos cayeron hacia adelante, formando una pantalla al lado de sus mejillas, y se puso a examinar con atención la espantosa fotografía que tenía ante sí.

El cuello se había estirado tanto que los descalzos pies, con los dedos de puntillas como los de un bailarín, colgaban a un palmo del suelo. Los músculos del estómago estaban tensos. Por encima de ellos, la caja torácica parecía tan frágil como la de un pájaro. La cabeza colgaba grotescamente sobre el hombro derecho, como una horrible caricatura de un muñeco descoyuntado. Los ojos habían rodado hacia arriba bajo unos párpados entreabiertos. La lengua tumefacta se había abierto paso a través de los labios.

Cordelia dijo con calma:

—Ya veo lo que quiere usted decir. Apenas hay diez centímetros de correa entre el cuello y el nudo. ¿Dónde está la hebilla?

—En la nuca, debajo de la oreja izquierda. Más adelante, en el archivador, hay una fotografía del corte que produjo en la carne.

Cordelia no miró. ¿Por qué, se preguntaba, le había mostrado esta fotografía? No hacía falta para probar su argumento. ¿Había esperado impresionarla, al hacer que se diera cuenta de aquello en lo que se estaba entrometiendo? ¿Quería castigarla por invadir el

terreno de él? ¿Quería contrastar la brutal realidad de su profesionalismo con la intromisión de una aficionada como ella? ¿Quería advertirle tal vez? Pero ¿advertirle de qué? La policía no tenía una verdadera sospecha de que hubiese alguna irregularidad; el caso estaba cerrado. ¿Se trataba quizá de la inconsciente malicia, del incipiente sadismo de un hombre que no podía resistir el impulso de hacer daño o causar una fuerte impresión? ¿O acaso era consciente de sus propios motivos?

Cordelia dijo:

—Convengo en que él pudo haberlo hecho de la manera que usted ha descrito, si es que lo hizo. Pero suponga que alguien más apretó el lazo corredizo alrededor de su cuello, y luego le colgó del gancho. Él habría pesado, habría sido un peso muerto. ¿No habría sido más fácil hacer primero el nudo y luego subirlo a la silla?

—¿Habiéndole pedido primero que entregase su cinturón?

—¿Por qué emplear un cinturón? El asesino pudo haberlo estrangulado con un cordón o una corbata. ¿O habría dejado una marca más profunda e identificable bajo la impresión de la correa?

—El patólogo buscó una marca así. Y no estaba.

—Sin embargo, hay otras maneras: una bolsa de plástico, una de aquellas bolsas finas en las que se envuelven las prendas de vestir, dejada caer sobre su cabeza y apretada fuertemente contra su cara; un pañuelo de cabeza fino; una media de mujer.

—Veo que sería usted una asesina con muchos recursos, señorita Gray. Es posible, pero habría hecho falta un hombre fuerte y habría tenido que haber un elemento de sorpresa. Y no encontramos la menor señal de lucha.

—Pero ¿pudo haberse hecho de ese modo?

—Naturalmente, pero no había prueba alguna en absoluto de que se hubiese hecho.

—Pero ¿y si antes le hubiesen drogado?

—Esa posibilidad también se me ocurrió a mí; por eso hice analizar el café. Pero no estaba drogado, la autopsia lo confirmó.

—¿Cuánto café había bebido?

—Sólo media taza, más o menos, según el informe de la autopsia, y murió inmediatamente después. Entre las siete y las nueve de la noche.

—¿No es raro que tomase café antes de cenar?

—No hay una ley que lo prohíba. No sabemos cuándo tenía intención de cenar. De todas maneras, usted no puede pretender establecer un caso de asesinato basándose en el orden en que una persona escoge comer y beber.

—¿Y qué me dice de la nota que dejó? Supongo que no es posible sacar huellas dactilares de las teclas de una máquina de escribir, ¿verdad?

—No es fácil en esa clase de teclas. Lo intentamos, pero no había nada identificable.

—De modo que al final admitió usted que era un suicidio, ¿no?

—Al final admití que no había posibilidad de demostrar otra cosa.

—Pero ¿tuvo usted alguna corazonada? El antiguo colega de mi socio, es un comisario del DIC, siempre hacía caso de sus corazonadas.

—Bueno, ellos pueden permitirse ese lujo. Si yo hiciese caso de todas mis corazonadas, no haría un solo trabajo; no es lo que uno sospecha, sino lo que uno puede probar, lo que cuenta.

—¿Puedo llevarme la nota del suicida y la correa?

—¿Por qué no, si usted firma que se las lleva? No parece que alguien más las necesite.

—¿Podría ver la nota ahora, por favor?

Maskell la sacó del archivador y se la entregó. Cordelia empezó a leer para sí las primeras palabras recordadas a medias:

«Hasta que debajo de nosotros apareció un inmenso vacío como el cielo inferior...».

Cordelia estaba sorprendida, no por primera vez, por la importancia de la palabra escrita, la magia de los símbolos ordenados. ¿Mantendría la poesía su teúrgia si los versos estuviesen escritos como prosa o la prosa sería tan fascinante sin el modelo y el énfasis de la puntuación? La señorita Leaming había recitado el pasaje de Blake como si reconociese su belleza y, sin embargo, allí, espaciado sobre la página, ejercía un poder aún más intenso.

Fue entonces cuando la sorprendieron dos cosas relacionadas con esta cita. La primera no era algo que ella tuviese intención de compartir con el sargento Maskell, pero no había razón para que no

pudiese comentar la segunda.

—Mark Callender debió de haber sido un excelente mecanógrafo —dijo—. Esto fue hecho por un experto.

—No lo creo. Si usted se fija bien, verá que una o dos de las letras están más débilmente marcadas que el resto. Esto es siempre la señal de un aficionado.

—Pero las letras débiles no son siempre las mismas. Generalmente son las teclas de los bordes del teclado las que el mecanógrafo inexperto pulsa más ligeramente. Y el espaciado aquí es bueno hasta casi el final del pasaje. Parece que el mecanógrafo de pronto se hubiera dado cuenta de que tenía que disimular su competencia, pero no hubiese tenido tiempo de volver a picar todo el pasaje. Y es extraño que la puntuación sea tan exacta.

—Es muy probable que haya sido copiado directamente de la página impresa. Había un ejemplar de Blake en el dormitorio del muchacho. La cita es de Blake, como usted sabe.

—Sí, lo sé. Pero, si la mecanografió del libro, ¿por qué se molestó en volver a llevarlo a su dormitorio?

—Era un chico ordenado.

—Pero no lo suficiente para lavar su taza de café ni limpiar su laya.

—Eso nada prueba. Como dije, la gente se comporta de un modo absurdo cuando planea matarse. Sabemos que la máquina de escribir era suya y que la había tenido durante un año. Pero no pudimos comparar el mecanografiado con su trabajo. Todos sus papeles habían sido quemados.

El sargento Maskell miró su reloj y se puso de pie. Cordelia vio que la entrevista había terminado. Firmó un vale por la nota del suicida y el cinturón de cuero, luego estrechó la mano del sargento y le dio las gracias por su ayuda. Cuando le abrió la puerta, él dijo, como obedeciendo a un impulso:

—Hay un detalle intrigante que puede que le interese conocer. Parece que estuvo con una mujer durante algún rato el día en que murió. El patólogo encontró un rastro muy ligero, sólo una fina línea, de un lápiz de labios de color púrpura sobre el labio superior del muerto.

III

New Hall, con su aspecto bizantino, con su patio hundido y su brillante vestíbulo con cúpula como una naranja mondada, trajo a la mente de Cordelia la idea de un harén; de acuerdo, un harén propiedad de un sultán de ideas liberales y con extraña predilección por las chicas inteligentes, pero un harén, al fin y al cabo. El colegio universitario era seguramente demasiado bonito para que pudiese inducir a un estudio serio. Tampoco estaba segura de si aprobaba la agresiva feminidad de su ladrillo blanco, la amanerada belleza de los estanques, poco hondos, en los que unos peces rojos se deslizaban como sombras de sangre por entre los nenúfares, con sus vástagos hábilmente plantados. Cordelia concentró su crítica en el edificio; ello contribuyó a evitar que se sintiera intimidada.

No había ido a la portería a preguntar por la señorita Tilling, temiendo que esta quisiera conocer el asunto que la llevaba allí o se negase a recibirla; parecía prudente limitarse a entrar y confiar en la suerte. La suerte estuvo con ella. Después de preguntar dos veces infructuosamente por la habitación de Sophie Tilling, una estudiante que caminaba de prisa volvió la cabeza para decirle:

—No vive en el colegio, pero ahora está allí sentada en el césped con su hermano.

Cordelia salió de la sombra del patio hacia el claro sol y por el césped mullido como musgo en dirección al pequeño grupo. Había cuatro estudiantes recostados en la olorosa hierba. Los dos Tilling eran inconfundiblemente hermano y hermana. El primer pensamiento que tuvo Cordelia fue que le recordaban a un par de retratos prerrafaelistas, con su cabeza robusta de cabellos oscuros, sostenida por un cuello insólitamente corto, y su nariz recta por encima de un labio superior curvo y breve. Al lado de la vigorosa

distinción de los dos hermanos, la segunda muchacha era toda suavidad. Si era la que había visitado a Mark en la cabaña, la señorita Markland tuvo razón al decir que era hermosa. Poseía un rostro ovalado con una fina nariz, boca pequeña pero bien formada y ojos rasgados, de un azul sorprendentemente profundo, que conferían a su cara un aspecto oriental en contraste con el color claro de su piel y su larga cabellera rubia. Llevaba un vestido que le llegaba a los tobillos, de fino algodón estampado de color malva, abrochado en la cintura pero sin otra sujeción. El apretado corpiño le sostenía los turgentes senos y la falda caía abierta mostrando unos ajustados pantalones cortos del mismo tejido. Por lo que Cordelia pudo observar, no llevaba nada más. Iba descalza y sus piernas largas y bien torneadas no habían sido bronceadas por el sol. Cordelia reflexionó sobre el hecho de que aquellos muslos blancos y voluptuosos debían encerrar mayor carga erótica que una ciudad entera de extremidades tostadas por el sol y de que la muchacha lo sabía. La belleza morena de Sophie Tilling sólo servía de fondo a esta otra belleza más fina, más seductora.

A primera vista, el cuarto miembro del grupo era de aspecto más corriente. Era un joven robusto, con barba, pelo rojizo rizado y cara ancha, y se hallaba recostado al lado de Sophie Tilling.

Todos ellos, excepto la chica rubia, llevaban tejanos viejos y camisas de algodón de cuello abierto.

Cordelia se había acercado al grupo y estuvo de pie, junto a ellos, por espacio de unos breves segundos, antes de que tuvieran tiempo de advertir su presencia. Dijo:

—Estoy buscando a Hugo y Sophie Tilling. Mi nombre es Cordelia Gray.

Hugo Tilling levantó los ojos y dijo:

—Lo que Cordelia debe hacer es amar y callar.

Cordelia dijo:

—Las personas que sienten la necesidad de hacer chistes con mi shakesperiano nombre, generalmente me preguntan por mis hermanas. Resulta muy aburrido.

—Tiene que serlo. Lo siento. Yo soy Hugo Tilling, esta es mi hermana, ella es Isabelle de Lasterie y él es Davie Stevens.

Davie Stevens se incorporó como un muñeco en una caja de

resorte y emitió un amistoso «Hola».

Miró a Cordelia fijamente, como intrigado. Cordelia se preguntaba acerca de este Davie. Su primera impresión del pequeño grupo, influida quizá por la arquitectura del colegio universitario, había sido la de un sultán que estaba reposando con dos de sus favoritas y asistido por el capitán de la guardia. Pero, al tropezarse sus ojos con la firme e inteligente mirada de Davie Stevens, aquella impresión se desvaneció. Sospechó que, en aquel serrallo, era el capitán de la guardia la personalidad dominante.

Sophie Tilling inclinó la cabeza y dijo:

—Hola.

Isabelle no habló, pero una sonrisa bella aunque inexpresiva se extendió por su cara. Hugo dijo:

—¿No quieres sentarte, Cordelia Gray, y explicarnos la naturaleza de tus necesidades?

Cordelia se arrodilló con cuidado, temiendo mancharse con la hierba la fina cabritilla de su falda. Era una extraña manera de entrevistar a unos sospechosos —sólo que, naturalmente, aquellas personas no eran sospechosas—, arrodillada como un ser suplicante delante de ellos. Dijo:

—Soy una detective privada. Sir Ronald Callender me ha contratado para averiguar por qué murió su hijo.

El efecto de sus palabras fue asombroso. Los miembros del pequeño grupo, que hasta aquel momento habían estado allí relajados, descansando como guerreros extenuados, se pusieron instantáneamente rígidos por la sorpresa, como si se hubiesen convertido en mármol. Después, casi imperceptiblemente, fueron tranquilizándose. Cordelia podía oír el lento fluir de su reprimida respiración. Miró la cara de aquellos muchachos. Davie Stevens parecía el menos afectado. Esbozó una sonrisa medio triste, con interés pero sin preocupación, y dirigió una rápida mirada a Sophie como de complicidad. La mirada no fue correspondida; ella y Hugo miraban fijamente al frente. Cordelia tuvo la impresión de que los dos Tilling evitaban cuidadosamente mirarse el uno al otro. Pero era Isabelle la que parecía más afectada. Abrió la boca y se llevó la mano a la cara, como una actriz de segunda categoría, simulando sorpresa. Sus ojos se ensancharon hasta insondables profundidades

de un azul violeta y luego los volvió hacia Hugo, en desesperada demanda de ayuda. Estaba tan pálida que Cordelia casi esperaba que se desmayase. Pensó. «Si me encuentro en medio de una conspiración, ya sé quién es el más débil de sus miembros».

Hugo Tilling dijo:

—Nos dices que Ronald Callender te ha empleado para averiguar por qué murió Mark, ¿no?

—¿Es eso tan extraordinario?

—Lo encuentro increíble. No mostró particular interés por su hijo cuando estaba vivo, ¿por qué empieza a tenerlo ahora que está muerto?

—¿Cómo sabes que no mostró interés?

—Esa es la idea que yo tenía.

Cordelia dijo:

—Bien, está interesado ahora, aunque sólo se trate del impulso de un científico por descubrir la verdad.

—Entonces, más le valdría que no se apartase de su microbiología y descubriese el modo de hacer que el plástico fuese soluble en agua salada, o cosas así. Los seres humanos no son susceptibles de su clase de tratamiento.

Davie Stevens dijo, afectando indiferencia:

—No sé cómo puedes apechugar con ese arrogante fascista.

Esta frase tocó demasiadas fibras en la memoria de Cordelia. Voluntariamente ignorante, dijo:

—Yo no pregunté cuál es el partido político que apoya sir Ronald.

Hugo se echó a reír.

—Davie no quiere decir eso. Con la palabra fascista Davie quiere decir que Ronald Callender sustenta algunas opiniones insostenibles. Por ejemplo, que todos los hombres puede que no hayan sido creados iguales, que el sufragio universal es posible que no contribuya forzosamente a la felicidad general de la humanidad, que las tiranías de la izquierda no son perceptiblemente más liberales ni soportables que las tiranías de la derecha, que el hecho de que los negros maten negros supone una pequeña mejora con respecto al hecho de que los blancos maten negros en lo que se refiere a las víctimas y que el capitalismo puede que no sea

responsable de todos los males que son herencia de la carne, desde la adicción a las drogas hasta la mala sintaxis. Yo no sugiero que Ronald Callender defienda todas o alguna de estas reprensibles opiniones. Pero Davie piensa que sí.

David lanzó un libro contra Hugo y dijo sin enfadarse:

—¡Cállate! Hablas como el *Daily Telegraph*. Y estás aburriendo a nuestra visitante.

Sophie Tilling preguntó de pronto:

—¿Fue sir Ronald el que sugirió que nos interrogase?

—Él dijo que erais amigos de Mark; os vio en la investigación y en el funeral.

Hugo se echó a reír.

—Por Dios, ¿es esa la idea que él tiene de la amistad?

Cordelia dijo:

—Pero ¿estuvisteis o no?

—Fuimos a la investigación, sí, todos nosotros, menos Isabelle, que, pensamos, habría resultado más decorativa que fiable. Fue algo aburrido. Hubo una gran cantidad de irrelevantes pruebas médicas acerca del estado del corazón, pulmones y aparato digestivo de Mark. A juzgar por ellas, habría seguido viviendo eternamente si no se hubiese puesto un cinturón alrededor de su cuello.

—Y al funeral, ¿fuisteis también?

—Estuvimos en el crematorio de Cambridge. Una ceremonia poco lucida. Sólo éramos seis los presentes, además de los dos de la funeraria; nosotros tres, Ronald Callender aquella secretaria o ama de llaves suya y una vieja vestida de negro, que proyectó un aire más bien lúgubre a todo aquello, pensé yo. En realidad, hasta tal punto parecía una vieja criada de la familia, que sospecho que era una policía disfrazada.

—¿Por qué? ¿Tenía ese aspecto?

—No, pero es que tú tampoco tienes el aspecto de una detective.

—¿No tienes idea de quién pudiera ser?

—No, no fuimos presentados; no fue un funeral con camaradería. Ahora lo recuerdo, ninguno de nosotros dijo una sola palabra a los otros. Sir Ronald llevaba una máscara de duelo público: el rey llorando la muerte del príncipe heredero.

—¿Y la señorita Leaming?

—Hacia el papel de reina consorte; tenía que haber llevado un velo negro sobre el rostro.

—Yo pensé que su dolor era bastante real —dijo Sophie.

—No puedes decirlo. Nadie puede decirlo. Define el dolor, vamos, define lo que es real.

De pronto, Davie Stevens habló, dejándose caer boca abajo sobre la hierba como un perro juguetero.

—A mí la señorita Leaming me pareció bastante afectada. Digamos también de paso que a aquella vieja la llamaban Pilbeam; de todas maneras, ese era el nombre que figuraba en la corona.

Sophie se echó a reír.

—¿Aquella horrible cruz de rosas con la tarjeta con el borde negro? Yo podía haber adivinado que procedía de ella, pero ¿cómo lo sabes tú?

—Porque miré, cielo. Los de la funeraria sacaron la corona del ataúd y la apoyaron contra la pared, y yo eché una ojeada. La tarjeta rezaba: «Con sincera condolencia de Tata Pilbeam».

Sophie dijo:

—Ahora me acuerdo de que lo hiciste. ¡Qué gesto tan bellamente feudal! ¡Pobre viejecita, debió de gastarse mucho dinero en esa cruz!

—¿Habló Mark alguna vez acerca de una tal Tata Pilbeam? —preguntó Cordelia.

Se miraron rápidamente unos a otros. Isabelle negó con la cabeza. Sophie dijo:

—A mí, no.

Hugo Tilling respondió:

—Nunca habló de ella, pero pienso que la vi una vez antes del funeral. Llegó al colegio hará una seis semanas, precisamente el día en que Mark cumplía veintiún años, y pidió hablar con él. Yo estaba en aquel momento en la portería y Robbins me preguntó si Mark estaba en el colegio. Ella subió a la habitación de él y estuvieron juntos como cosa de una hora. Yo la vi cuando se marchaba, pero él no me la mencionó entonces ni más tarde.

Y poco después, pensó Cordelia, dejó la universidad. ¿Podía haber alguna relación? Había sólo una ligera pista, pero tendría que seguirla.

Movida por una curiosidad que parecía a la vez perversa e irrelevante, preguntó:

—¿Había otras flores?

—Encima del ataúd había un sencillo ramo de flores de jardín. Ninguna tarjeta. De la señorita Leaming, supongo. No creo que fuese el estilo de sir Ronald.

Cordelia dijo:

—Vosotros erais sus amigos. Habladme de él, por favor.

Se miraron unos a otros como para decidir quién debía hablar. Su perplejidad era casi palpable. Sophie Tilling estaba arrancando hojitas de hierba y las hacía rodar en sus manos. Sin levantar los ojos, dijo:

—Mark era una persona muy reservada. No estoy segura de hasta qué punto le conocía cualquiera de nosotros. Era callado, amable, autosuficiente, poco ambicioso. Era inteligente sin ser listo. Era muy amable; se preocupaba por las personas, pero sin abrumarlas con su interés por ellas. Tenía poco amor propio, pero esto no parecía preocuparle. No creo que haya más que podamos decir sobre él.

De pronto, Isabelle habló con voz tan baja que Cordelia apenas pudo oírla. Dijo:

—Era de una gran dulzura.

Hugo dijo con súbita impaciencia airada:

—Era dulce y está muerto. Eso es todo. No podemos decirte más que esto acerca de Mark Callender. Ninguno de nosotros le vio después de largarse del colegio. No nos consultó antes de marcharse y tampoco nos consultó antes de matarse. Era, como te ha dicho mi hermana, una persona muy reservada. Sugiero que le dejes en su carácter reservado.

—Oye —dijo Cordelia—, fuisteis a la investigación, fuisteis al funeral. Si habíais dejado de verle, si tan poco interés sentíais por él, ¿por qué os molestasteis?

—Sophie fue por afecto. Davie fue porque fue Sophie. Yo fui por curiosidad y respeto; mi aire de despreocupado no debe hacerte pensar que no tengo corazón.

Cordelia continuó obstinadamente:

—Alguien le visitó en la cabaña en la tarde en que murió.

Alguien tomó café con él. Yo tengo la intención de averiguar quién fue esa persona.

¿Fue su imaginación la que hizo creer que esta noticia les sorprendería? Sophie Tilling estaba a punto de hacer una pregunta, cuando su hermano intervino rápidamente:

—Ninguno de nosotros fue allí. La noche en que Mark murió, nosotros estábamos en la segunda fila de la galería del Arts Theatre viendo una obra de Pinter. No sé si podría probarlo. Dudo de que la taquillera conserve la lista de aquella noche, pero yo reservé las localidades y es posible que ella me recuerde. Si te empeñas en ser aburridamente meticulosa, probablemente pueda presentarte a un amigo que conocía mi intención de llevar a un grupo a ver la obra; a otro que vio por lo menos a alguno de nosotros en el bar durante el descanso; y a otro con el que posteriormente hablé de la representación. Esto nada probará, mis amigos forman un conjunto homogéneo. Sería para ti más sencillo que admitieses que estoy diciendo la verdad. ¿Por qué habría de mentir? Los cuatro estuvimos en el Arts Theatre la noche del veintiséis de mayo.

Davie Stevens dijo en tono sosegado:

—¿Por qué no le dices a ese arrogante cabrón de Callender que se vaya al infierno y deje a su hijo en paz y luego tú te buscas un lindo y sencillo caso de robo?

—O de asesinato —dijo Hugo Tilling.

Como obedeciendo a algún código, empezaron a levantarse, juntando sus libros y sacudiéndose los trocitos de hierba de su ropa. Cordelia les siguió a través de los patios y fuera del colegio. Formando aún un grupo silencioso, se encaminaron hacia un Renault blanco aparcado en el patio anterior.

Cordelia llegó hasta ellos y habló directamente a Isabelle.

—¿Te gustó la obra de Pinter? ¿No te dio miedo aquella terrible escena última, cuando Wyatt Gillman es muerto a tiros por los nativos?

Resultó tan fácil, que Cordelia casi se despreció a sí misma. Los inmensos ojos violeta se agrandaron intrigados.

—¡Oh, no!, no tuve miedo en absoluto. Estaba con Hugo y los otros, ¿sabes?

Cordelia se volvió hacia Hugo Tilling.

—Al parecer, tu amiga no conoce la diferencia entre Pinter y Osborne.

Hugo se estaba acomodando en el asiento del conductor. Torció el cuerpo para abrir la portezuela trasera para Sophie y Davie. Dijo tranquilamente:

—Mi amiga, como dices tú, vive en Cambridge, y va a los sitios sin la mirada escrutadora de una carabina, me complazco en decirlo, con el fin de aprender inglés. Hasta ahora sus progresos han sido irregulares y en algunos aspectos decepcionantes. Uno nunca puede estar seguro de hasta qué punto mi amiga ha comprendido.

Empezó a oírse el ruido del motor. El coche comenzó a moverse. Fue entonces cuando Sophie Tilling sacó la cabeza por la ventanilla y dijo, como obedeciendo a un impulso:

—No me importa hablar de Mark si piensas que va a servirte de algo. No te servirá, pero, si quieres, puedes venir a mi casa esta tarde, el 57 de la calle Norwich. No tardes; Davie y yo iremos al río. Tú también puedes venir, si te apetece.

El coche aceleró la marcha. Cordelia lo siguió con los ojos hasta que se perdió de vista. Hugo levantó la mano en irónica despedida, pero ninguno de ellos volvió la cabeza.

Cordelia fue murmurando la dirección para sí misma hasta que quedó anotada con seguridad: el número 57 de la calle Norwich. ¿Era esa la dirección donde se alojaba Sophie, o quizás una casa de huéspedes para estudiantes, o es que su familia vivía en Cambridge? Bien, pronto lo averiguaría. ¿Cuándo debía llegar? Demasiado pronto indicaría que estaba excesivamente ansiosa; si llegaba demasiado tarde, a lo mejor ya se habrían ido al río. Sea cual fuere el motivo que había inducido a Sophie Tilling a hacer aquella tardía invitación, Cordelia ya no tenía que perder contacto con ellos.

Sabían algo sospechoso; eso había sido evidente. ¿Por qué, si no, habían reaccionado tan fuertemente a su llegada? Querían que los hechos de la muerte de Mark Callender quedasen tal como estaban. Tratarían de persuadirla, engatusarla, incluso avergonzarla, para que abandonase el caso. ¿La amenazarían también?, se preguntaba. Pero ¿por qué? La teoría más verosímil era que estaban encubriendo a alguien. Pero, de nuevo, ¿por qué? Un asesinato no era un asunto como llegar tarde al colegio, una infracción venial de las reglas que

un amigo perdonaría y ocultaría automáticamente. Mark Callender había sido amigo suyo. Alguien a quien él conocía y en quien había confiado le había atado fuertemente una correa al cuello, había contemplado y escuchado su agonía por asfixia y había suspendido su cuerpo de un gancho como si se tratara del cuerpo de una res muerta. ¿Cómo podía compaginarse aquel espantoso conocimiento con la mirada ligeramente divertida y apesadumbrada que Davie Stevens dirigió a Sophie, con la cínica tranquilidad de Hugo, con los ojos amistosos y llenos de interés de Sophie? Si eran conspiradores, entonces eran unos monstruos. ¿E Isabelle? Si estaban encubriendo a alguien, lo más probable era que fuese a ella. Pero Isabelle de Lasterie no podía haber asesinado a Mark. Cordelia recordaba aquellos frágiles hombros inclinados, aquellas manos inútiles, casi transparentes al sol, las largas uñas pintadas, como elegantes garras rosadas. Si Isabelle era culpable, no había actuado sola. Sólo una mujer alta y muy robusta podía haber levantado aquel cuerpo inerte hasta la silla para suspenderlo del gancho.

La calle Norwich era de dirección única y, al principio, Cordelia se acercó a ella desde la dirección equivocada. Tardó algún tiempo en hallar el camino para retroceder hasta la calle Hills, pasar por delante de la iglesia católica romana y bajar por la cuarta a la derecha. La calle estaba escalonada con pequeñas casas de ladrillo, evidentemente victorianas de la primera época. También era evidente que la calle estaba en su punto ascendente. La mayoría de las casas parecían bien cuidadas; la pintura de las puertas principales, idénticas, era reciente y brillante; sencillos visillos habían sustituido los encajes de las ventanas de la planta baja. El número cincuenta y siete tenía la puerta principal pintada de negro, con el número en blanco. Cordelia vio con alivio que había sitio para aparcar el Mini. No había señales del Renault entre la hilera casi continua de viejos coches y estropeadas bicicletas que se alineaban al borde de la acera.

La puerta principal estaba abierta de par en par. Cordelia pulso el timbre y entró lentamente en un estrecho zaguán pintado de blanco. El interior de la casa le resultó enseguida familiar. A partir de los siete años de edad había vivido dos años en una de estas casitas victorianas con la señora Gibson, en las afueras de Romford.

Reconoció la escalera empinada y angosta inmediatamente delante, con la puerta de la derecha, que daba acceso a la sala anterior, y la segunda puerta, que conducía a la sala posterior y a través de esta a la cocina y al patio. Sabía que habría armarios y un hueco a cada lado de la chimenea; sabía dónde encontrar la puerta debajo de la escalera. El recuerdo era tan intenso que imponía en aquel interior limpio y soleado el fuerte olor de servilletas no lavadas, de col y de grasa, que había impregnado la casa de Romford.

Casi podía oír las voces de los niños llamándola por su nombre desde el patio de la escuela primaria situada al otro lado de la calle, pateando el asfalto con las botas Wellington que llevaban en todas las estaciones del año, agitando sus delgados brazos cubiertos por los jerseys: «¡Cor, Cor, Cor!».

La puerta más lejana estaba entreabierta, y Cordelia pudo vislumbrar una habitación pintada de amarillo claro e inundada por la luz del sol. Apareció la cabeza de Sophie.

—¡Oh, eres tú! Entra. Davie ha ido al colegio a recoger unos libros y a comprar comida para esta tarde. ¿Quieres tomar té ahora o prefieres que esperemos? Enseguida termino de planchar.

—Preferiría esperar, gracias.

Cordelia se sentó y estuvo mirando mientras Sophie enrollaba el cordón eléctrico alrededor de la plancha y doblaba la ropa. Echó una mirada por la habitación. Resultaba acogedora y atractiva, amueblada sin un estilo particular, una mezcla agradable de cosas baratas y valiosas, de cosas sin pretensión y de cosas agradables. Había una robusta mesa de roble arrimada a la pared; cuatro sillas de comedor más bien feas; una silla Windsor con un gran cojín amarillo; un elegante sofá victoriano tapizado de terciopelo marrón bajo la ventana; tres figuras, buenas, de Staffordshire sobre la repisa de la chimenea. Una de las paredes estaba casi totalmente cubierta con un tablón de anuncios de corcho de color oscuro en el que se exhibían carteles, tarjetas, memoranda y fotografías recortadas de revistas. Dos de estas, vio Cordelia, eran desnudos bellamente fotografiados y atractivos.

A través de la ventana de visillos amarillos se veía el pequeño jardín exuberante de verdor, rodeado por una pared. Una inmensa malva loca llena de flores crecía junto a un enrejado; había rosas

plantadas en tinajas de Alí Babá y una hilera de macetas de geranios rosados en lo alto de la pared.

Cordelia dijo:

—Me gusta esta casa. ¿Es tuya?

—Sí, es mía. Nuestra abuela murió hace dos años y nos dejó a Hugo y a mí una pequeña herencia. Yo empleé la mía para el pago al contado de esta casa y obtuve del Ayuntamiento un préstamo para los gastos de reformas. Hugo se gastó todo el dinero en comprar viñedos. Se estaba asegurando el futuro. Yo me aseguré el presente. Supongo que esta es la diferencia que hay entre nosotros dos.

Dobló sobre un extremo de la mesa la ropa que había planchado y la guardó en uno de los armarios. Cuando se sentó frente a Cordelia, le espetó a bocajarro:

—¿Te gusta mi hermano?

—No mucho. Me pareció algo rudo conmigo.

—No tenía intención de serlo.

—Pues me parece aún peor. La rudeza debería ser intencionada, de lo contrario indica falta de sensibilidad.

—Hugo no muestra lo mejor de sí mismo cuando se encuentra con Isabelle. Ella tiene ese efecto sobre él.

—¿Estaba enamorada de Mark Callender?

—Tendrás que preguntárselo a ella misma, Cordelia, pero yo no lo creo. Apenas se conocían. Mark era mi amante, no el suyo. Pensé que era mejor hacerte venir aquí para decírtelo yo misma, puesto que alguien va a hacerlo más tarde o más temprano si andas por Cambridge averiguando hechos relacionados con él. No vivía aquí conmigo, por supuesto. Él tenía alojamiento en el colegio. Pero fuimos amantes casi todo el año pasado. La cosa terminó poco después de Navidad, cuando conocí a Davie.

—¿Estabais enamorados?

—No estoy segura. Toda relación sexual es una especie de explotación, ¿no? Si te refieres a si explorábamos nuestras propias identidades a través de la personalidad del otro, entonces supongo que estábamos o creíamos estar enamorados. Mark necesitaba creer en el amor. Yo no estoy segura de lo que significa esa palabra.

Cordelia sintió un impulso de simpatía. Ella tampoco estaba

segura. Pensaba en sus dos amantes: en George, con el que se había acostado porque era amable y desgraciado y la llamaba Cordelia, su nombre real, no Delia, el de la pequeña fascista de papá; y en Carl, que era joven y colérico y le gustaba tanto que le parecía una descortesía no demostrárselo de la única manera que a él le parecía importante. Ella nunca había considerado la virginidad más que como un estado provisional e inconveniente, parte de la inseguridad general y de vulnerabilidad de la juventud. Antes de George y Carl, ella había sido solitaria e inexperta. Después, continuó siendo solitaria, pero con un poco más de experiencia. Ninguna de las dos relaciones le había dado la anhelada seguridad en el trato con papá ni con las patronas, ninguna de ellas había influido de un modo extraordinario en su corazón. Pero por Carl había sentido ternura. Fue cuando él se marchó a Roma, antes de que la relación sexual llegase a ser demasiado placentera para él y el hombre demasiado importante para ella. Era intolerable pensar que esa extraña gimnasia pudiera un día hacerse necesaria. Hacer el amor, había decidido Cordelia, estaba superado, algo no doloroso, pero sorprendente. La separación entre pensamiento y acción era así completa. Dijo:

—Supongo que yo sólo quería decir si sentíais afecto el uno por el otro y si os gustaba ir a la cama juntos.

—Las dos cosas.

—¿Por qué terminó, entonces, la relación? ¿Os peleasteis?

—Nada de eso, tan natural como poco civilizado. Nadie se peleaba con Mark. Esa era una de las dificultades que había con él. Le dije que no quería seguir con la relación y él aceptó mi decisión tan tranquilamente, como si sólo estuviese cancelando una cita para ir a ver una obra en el Arts. No intentó discutir ni disuadirme. Y si te preguntas si la ruptura tuvo algo que ver con su muerte, pues te diré que estás equivocada. No creo que alguien se matase por mí, y menos que menos Mark. Probablemente me gustaba más él a mí que yo a él.

—Entonces, ¿por qué terminó todo?

—Yo me sentía como si estuviera bajo un escrutinio moral. No era cierto: Mark no era un pedante. Pero eso era lo que yo sentía o me imaginaba sentir. No podía vivir a la altura de su modo de ser y

tampoco quería. Estaba Gary Webber, por ejemplo. Quisiera hablarte de él; ello explica muchas cosas con respecto a Mark. Se trata de un niño autista, uno de esos autistas incontrolables, violentos. Mark le conoció a él y a sus padres y sus otros dos hijos en Jesus Green, hará cosa de un año, los niños estaban allí jugando en los columpios. Mark habló a Gary y el niño le respondió. Los niños siempre lo hacen. Se comprometió a visitar a la familia y a cuidar de Gary una noche por semana, para que los Webber pudieran ir al cine. Durante sus dos últimas vacaciones, se quedó en la casa cuidando él solo de Gary mientras que la familia en pleno se iba de vacaciones por su lado. Los Webber no podían soportar la idea de mandar al niño al hospital; ya lo habían intentado una vez y no resultó. Pero se sentían perfectamente felices dejándolo con Mark. Yo solía ir algunas tardes a verlos juntos. Mark sentaba al niño en sus rodillas y lo balanceaba hacia atrás y hacia adelante durante horas enteras. Era la única manera de poder calmarlo. No estábamos de acuerdo con respecto a Gary. Yo pensaba que estaría mejor muerto y así se lo dije. Todavía pienso que sería mejor que se muriese, mejor para sus padres, mejor para el resto de la familia, mejor para él. Mark no estaba conforme. Recuerdo que yo le decía: «Bien, si crees que es razonable que los niños sufran para que tú puedas disfrutar de la emoción de aliviarles...». Después de esto, la conversación se volvió aburridamente metafísica. Mark dijo: «Ni tú ni yo estaríamos dispuestos a matar a Gary. Él existe. Su familia existe. Ellos necesitan una ayuda que nosotros podemos darles. No importa lo que sintamos. Las acciones son importantes, los sentimientos no».

Cordelia dijo:

—Pero las acciones nacen de los sentimientos.

—¡Oh, Cordelia, no empieces tú ahora! Ya he tenido precisamente esta clase de conversación demasiadas veces. ¡Claro que las acciones nacen de los sentimientos!

Guardaron silencio un instante. Entonces Cordelia, temerosa de destruir el tenue lazo de confianza y amistad que percibía se estaba formando entre ambas, hizo un esfuerzo para preguntar:

—¿Por qué se suicidó, si es que se suicidó?

La respuesta de Sophie fue tan categórica como un portazo.

—Dejó una nota.

—Una nota quizá sí, pero, como indicó su padre, no dejó una explicación. Es un hermoso pasaje de prosa, al menos así lo creo yo, pero, como justificación para un suicidio, no es precisamente convincente que digamos.

—Convenció al jurado.

—A mí no me convence. ¡Piensa, Sophie! Seguramente sólo hay dos razones para suicidarse. Para escapar de algo o hacia algo. Lo primero es racional. Si una persona se encuentra en medio de un dolor intolerable, desesperada o mentalmente angustiada y no hay probabilidad razonable de curación, entonces quizá se comprende que prefiera acabar con todo. Pero no es comprensible que uno se suicide con la esperanza de ganar una existencia mejor o de ampliar la propia sensibilidad con la experiencia de la muerte. No se puede experimentar la muerte. Ni siquiera estoy segura de si es posible experimentar el morir. Uno sólo puede experimentar los preparativos para la muerte, e incluso esto parece inútil, puesto que no puede luego hacer uso de la experiencia. Si hay alguna clase de existencia después de la muerte, todos nosotros ya lo sabremos bastante pronto. Si no la hay, no existiremos para quejarnos de que hemos sido engañados. Las personas que creen en una vida después de la muerte son perfectamente razonables. Son las únicas que están a salvo de una decepción póstuma.

—Has pensado mucho en todo ello, ¿verdad? No estoy segura de que lo hagan los suicidas. El acto es probablemente a la vez impulsivo e irracional.

—¿Era Mark impulsivo e irracional?

—Yo no conocí a Mark.

—¡Pero fuisteis amantes! ¡Te acostabas con él!

Sophie la miró y rompió a llorar, con dolor y con ira al mismo tiempo.

—¡Yo no le conocía! Yo pensaba que sí, ¡pero en realidad nada sabía de él en absoluto!

Estuvieron sentadas sin hablar por espacio de casi dos minutos. Luego preguntó Cordelia:

—Tú fuiste a cenar a Garforth House, ¿verdad? ¿Qué te pareció?

—La comida y el vino estaban estupendos, pero supongo que no

era a esto a lo que te referías. Los comensales nada tenían de particular. Sir Ronald estuvo bastante amable cuando se dio cuenta de que yo estaba allí. La señorita Leaming, cuando era capaz de desviar su obsesiva atención del genio que presidía la mesa, me miraba como una suegra en potencia. Mark estaba más bien callado. Creo que me había llevado allá para demostrarme algo, o quizá para demostrárselo a sí mismo; no estoy segura de qué. Nunca me habló sobre la velada ni me preguntó qué me había parecido. Un mes después, fuimos a cenar allí Hugo y yo, los dos. Fue cuando conocí a Davie. Era el invitado de uno de los investigadores de biología y Ronald Callender estaba tratando de pescarlo. Davie hizo allí un trabajo de vacaciones en su último año de carrera. Si quieres conocer detalles del interior de Garforth House, deberías preguntarle a él.

Cinco minutos después, llegaron Hugo, Isabelle y Davie. Cordelia había subido al cuarto de baño y desde allí oyó detenerse el coche y rumor de voces en el vestíbulo. Oyó ruidos de pasos por debajo de donde estaba, en dirección a la sala trasera. Abrió el grifo del agua caliente. El calentador de gas de la cocina inmediatamente emitió un rugido, como si la pequeña casa fuese activada por una dinamo. Cordelia dejó abierto el grifo, luego salió del cuarto de baño y cerró con cuidado la puerta tras de sí. Fue subiendo sigilosamente hasta lo alto de la escalera. No estaba bien hacerle desperdiciar a Sophie tanta agua caliente, pensó con sentimiento de culpa; pero aún era peor el sentimiento de traición y vulgar oportunismo cuando bajó los tres primeros peldaños y se puso a escuchar. La puerta de la calle había sido cerrada, pero la de la sala de atrás estaba abierta. Oyó la voz de Isabelle que decía:

—Pero si ese sir Ronald le paga para que investigue sobre Mark, ¿por qué no puedo pagarle yo para que deje de investigar?

Luego la voz de Hugo, divertida, un tanto desdeñosa:

—Querida Isabelle, ¿cuándo te enterarás de que no todo el mundo puede ser comprado?

Entonces habló Sophie.

—Desde luego, a ella no se la compra. Esta mujer me gusta.

—Nos gusta a todos —repuso su hermano—. La cuestión es cómo desembarazarnos de ella.

Luego, durante unos minutos, hubo un murmullo de voces, voces indistinguibles, interrumpidas por Isabelle al decir:

—Me parece que ese trabajo no es apto para mujeres.

Se oyó el sonido de una silla rozando el suelo y rumor de pies. Cordelia corrió, culpable, otra vez al cuarto de baño y cerró el grifo. Recordó la complaciente advertencia de Bernie en respuesta a la pregunta que ella le había hecho sobre si necesitaban aceptar un caso de divorcio: «Uno no puede hacer, querida socia, el trabajo que hacemos, y al mismo tiempo ser un caballero». Se quedó, pues, mirando hacia la puerta entreabierta. Hugo e Isabelle se marchaban. Esperó hasta que oyó que se cerraba la puerta de la calle y que el coche se alejaba. Entonces bajó a la sala. Sophie y Davie estaban juntos, sacando el contenido de una gran bolsa de comestibles. Sophie sonrió y dijo:

—Isabelle da una fiesta esta noche. Tiene una casa muy cerca de aquí, en la calle Pantón. El tutor de Mark, Edward Horsfall, probablemente estará allí y pensamos que podría ser útil que le hablastes de Mark. La fiesta es a las ocho, pero puedes venir a buscarnos aquí. Ahora estamos empaquetando una merienda; pensábamos coger una batea para navegar por el río durante una hora más o menos. Ven, si quieres. Es realmente la manera más agradable de ver Cambridge.

Posteriormente, Cordelia recordaba la excursión por el río como una serie de breves pero vívidos cuadros, momentos en los que la vista y el sentimiento se fundían y el tiempo parecía detenerse momentáneamente, mientras la imagen, iluminada por el sol, quedaba impresa en su mente. La luz del sol brillando sobre el río y dorando el vello que cubría el pecho y los brazos de Davie; Sophie levantando el brazo para secarse el sudor de la frente, mientras descansaba un momento después de utilizar la vara con que, apoyándola en el fondo del río, hacía avanzar la batea; hierbas de un verde negruzco arrastradas por la vara desde las misteriosas profundidades, que se retorcían sinuosamente por debajo de la superficie del agua; un pato que movía su blanca cola antes de desaparecer en las agitadas aguas verdes. Cuando cruzaron por

debajo del puente de la calle Silver, un amigo de Sophie pasó nadando junto a la embarcación, deslizándose como una nutria, con los negros cabellos cubriéndole las mejillas. Apoyó las manos en la batea y abría la boca para ser cebado con trozos de bocadillo que le daba una Sophie que no cesaba de protestar. Las bateas y canoas se rozaban y chocaban unas con otras en la turbulencia de la blanca agua que corría rápida bajo el puente. El aire resonaba con las voces y las risas, y las verdes orillas estaban pobladas de cuerpos semidesnudos que yacían tumbados con la cara hacia el sol.

Davie manejó la vara de la batea hasta que llegaron al nivel más alto del río y Cordelia y Sophie se tendieron sobre los cojines en extremos opuestos de la embarcación. Así distanciadas era imposible sostener una conversación de carácter privado; Cordelia supuso que era esto precisamente lo que Sophie había planeado. De vez en cuando, soltaba fragmentos de información como para hacer resaltar que la excursión era estrictamente educativa.

—Esa especie de pastel de boda es

John's

, estamos pasando por debajo del puente de Clare, uno de los más bonitos, creo. Fue construido por Thomas Grumbald en 1639. Dicen que sólo le pagaron tres chelines por el diseño. Ya conoces esa vista, naturalmente; es una buena vista de Queen's

.

Cordelia sintió que le fallaba el valor ante la idea de interrumpir esta inconexa charla de turista con la brutal pregunta de «¿Matasteis tú y tu hermano a tu amante?».

Allí, balanceándose agradablemente en el río bañado por la luz del sol, la pregunta parecía a la vez inoportuna y absurda. Cordelia corría el peligro de adormecerse en una amable aceptación de la derrota; de considerar todas sus sospechas como un anhelo neurótico de dramatismo y notoriedad, una necesidad de justificar lo que habría de cobrarle a sir Ronald Callender. Ella creía que Mark Callender había sido asesinado porque quería creerlo. Se había identificado con él, con su soledad, su autosuficiencia, su alienación con respecto a su padre, su infancia solitaria. Había llegado —esta era la presunción más peligrosa de todas— a

considerarse su vengadora. Cuando Sophie se encargó de la batea, cuando acababan de pasar por delante del hotel Garden House, y Davie anduvo por el borde de la batea, que se balanceaba suavemente, y fue a tenderse al lado de ella, Cordelia sabía que sería incapaz de mencionar el nombre de Mark. Fue una vaga curiosidad lo que la impulsó a preguntar:

—¿Es sir Ronald un buen científico?

Davie cogió un pequeño canaleta y empezó a remover perezosamente la brillante agua del río.

—Su ciencia es perfectamente respetable, como dirían mis queridos colegas. Algo más que respetable, en realidad. Actualmente, el laboratorio está trabajando sobre el modo de extender el uso de los monitores biológicos para fijar la contaminación del mar y de los estuarios; esto significa estudios regulares de vegetales y animales que podrían servir como indicadores. Y el año pasado realizaron una labor preliminar, muy útil, sobre la degradación de los plásticos. El propio Ronald Callender no es tan bueno, que digamos, pero, al fin y al cabo, no se puede esperar mucha ciencia original a partir de los cincuenta. Pero es un gran descubridor de talentos y ciertamente conoce el modo de dirigir un equipo, si tú te imaginas que lo es esa pandilla de hermanos devotos, uno para todos. Yo no. Incluso publican sus artículos como Laboratorio de Investigación Callender, no bajo nombres individuales. Eso no es para mí. Cuando yo publico algo es para la mayor gloria de David Forbes Stevens y, de paso, para satisfacción de Sophie. A los Tilling les gusta el éxito.

—¿Fue por eso por lo que no te quedaste con ellos cuando te ofrecieron un empleo?

—Sí, entre otras razones. Paga muy generosamente y exige demasiado. No me gusta que me compren ni estoy dispuesto a ponerme cada noche un esmoquin como si fuese un mono que se exhibe en un parque zoológico. Yo soy un biólogo molecular. No estoy buscando el Santo Grial. Papá y mamá me educaron en la fe metodista y no veo razón para rechazar una religión perfectamente buena y que me ha servido mucho durante doce años, sólo para poner en su lugar el gran principio científico o a Ronald Callender. Desconfío de esos científicos sacerdotales. Es un milagro que ese

pequeño grupo de Garforth House no haga tres genuflexiones diarias en dirección al Cavendish.

—¿Y qué me dices de Lunn? ¿Cómo encaja en el grupo?

—¡Oh, ese muchacho sí que es un milagro! Ronald Callender lo encontró en un hogar de niños cuando contaba quince años, no me preguntes cómo, y lo preparó para ser ayudante de laboratorio. No podrías encontrar algo mejor. No se inventa un solo instrumento que Chris Lunn no pueda aprender a manejar y cuidar. Él mismo ha desarrollado uno o dos, y Callender los ha patentado. Si en el laboratorio hay alguien que sea indispensable, ese es probablemente Lunn. Ciertamente Ronald Callender tiene más interés por él del que tuvo por su hijo. Y Lunn, como puedes suponer, considera a Callender un Dios todopoderoso, cosa que resulta muy satisfactoria para ambos. Realmente, es extraordinario que toda aquella violencia que solía manifestarse en peleas callejeras haya sido domesticada y encauzada para el servicio de la ciencia. Esto tienes que atribuirlo a Callender. No hay duda de que sabe cómo escoger a sus esclavos.

—¿Y la señorita Leaming es una esclava?

—Bueno, yo no sabría decirte qué es realmente Eliza Leaming. Ella es responsable de la gerencia del negocio y, al igual que Lunn, probablemente es indispensable. Lunn y ella parecen tener una relación amor-odio
, o quizás una relación odio-odio

. No soy muy ducho en detectar estos matices psicológicos.

—Pero ¿cómo demonios paga sir Ronald todo eso?

—Bueno, ahí está la cuestión de los mil dólares, ¿no? Se rumorea que la mayor parte del dinero provenía de su mujer y que entre él y Elizabeth Leaming lo invirtieron con bastante inteligencia. Ciertamente necesitaban hacerlo. Y luego él saca cierta cantidad de trabajo contratado. Aun así, es una afición costosa. Mientras yo estuve allí les oí decir que los de la Compañía Wolvington estaban interesados. Si obtuvieran algo grande, y supongo que no consideran digno de ellos obtener algo pequeño, entonces se acabarían las preocupaciones de Ronald Callender. La

muerte de Mark tuvo que afectarle. Mark tenía que entrar en posesión de una bonita fortuna dentro de cuatro años y le dijo a Sophie que tenía la intención de entregar la mayor parte de ella a su padre.

—¿Por qué tenía que hacer eso?

—Dios lo sabe. Algún cargo de conciencia, quizá. De todos modos, era evidente que pensaba que era algo que Sophie tenía que saber.

Cargo de conciencia ¿por qué?, se preguntaba Cordelia, somnolienta. ¿Por no amar bastante a su padre? ¿Por rechazar su entusiasmo? ¿Por ser menos que el hijo que él había esperado que fuese? ¿Y qué le ocurriría entonces a la fortuna de Mark? ¿Quién iba a salir ganando con la muerte de Mark? Cordelia supuso que tendría que consultar el testamento del abuelo y averiguarlo. Pero eso significaría un viaje a Londres. ¿Valía realmente la pena?

Levantó la cara hacia el sol y sumergió una mano en la corriente. El agua levantada por la vara de la batea la salpicó en los ojos. Los abrió y vio que la batea se estaba acercando a la orilla, bajo la sombra de unos árboles que se extendían por encima del agua. Justo frente a ella, una rama desgajada, hendida en el extremo y gruesa como el cuerpo de un hombre, pendía por un hilo de corteza, y giró suavemente cuando la batea pasó por debajo de ella. Cordelia fue consciente de la voz de Davie; debía de haberle estado hablando durante mucho rato. Qué raro que no pudiera recordar lo que le estaba diciendo.

—Uno no necesita una razón para suicidarse; lo que uno necesita es una razón para no suicidarse. Fue suicidio, Cordelia, yo lo dejaría tal como está.

Cordelia pensó que debía de haberse quedado dormida un instante, puesto que él parecía responder a una pregunta que ella no recordaba haberle hecho. Pero entonces había otras voces, más fuertes y más insistentes. La de sir Ronald Callender: «Mi hijo está muerto. “Mi” hijo. Si yo soy de algún modo responsable, preferiría saberlo. Si alguien más es responsable, quiero saberlo también». La del sargento Maskell: «¿Cómo usaría usted esto para ahorcarse, señorita Gray?». La sensación del tacto del cinturón, liso y sinuoso, deslizándose como un ser vivo a través de sus dedos.

Se incorporó rápidamente, rodeando con sus manos las rodillas, de manera tan repentina que la embarcación se balanceó violentamente y Sophie tuvo que agarrarse a una rama que sobresalía de la orilla para mantener el equilibrio. Su cara morena, con el dibujo que sobre ella proyectaba la sombra de las hojas, miraba hacia Cordelia como desde una inmensa altura. Los ojos de las dos jóvenes se encontraron. En aquel momento, Cordelia fue consciente de lo cerca que había estado de abandonar el caso. Había sido sobornada por la belleza del día, por el sol, la indolencia, la promesa de camaradería, incluso de amistad, a cambio de olvidar la razón por la que se encontraba allí. Al darse cuenta de ello, se horrorizó. Davie había dicho que sir Ronald era un buen cazador de talentos. Bien, la había cazado a ella. Este era su primer caso y nadie iba a impedirle que lo resolviera.

Dijo, con toda seriedad:

—Habéis sido muy amables al dejarme venir aquí con vosotros, pero no quiero perderme la fiesta de esta noche. Tendría que hablar con el tutor de Mark y quizás haya allí otras personas que puedan contarme algo. ¿No es hora de que pensemos en regresar?

Sophie se volvió para mirar a Davie. Este se encogió casi imperceptiblemente de hombros. Sin hablar, Sophie hundió fuertemente la vara contra la orilla. La batea empezó a girar lentamente.

La fiesta de Isabelle debía empezar a las ocho, pero eran casi las nueve cuando llegaron Sophie, Davie y Cordelia. Se encaminaron hacia la casa, que distaba sólo cinco minutos de la calle Norwich; Cordelia nunca supo la dirección exacta. Le gustaba el aspecto de la casa y se preguntaba cuánto le costaría el alquiler al padre de Isabelle. Era una quinta larga, blanca, de dos plantas, con altas ventanas curvas y postigos verdes, muy apartada de la calle, con un semisótano y un tramo de escalera que conducía a la puerta principal. Un tramo similar descendía desde la sala de estar hacia el largo jardín.

La sala de estar se hallaba ya bastante llena de gente. Al mirar a los otros invitados, Cordelia se alegró de haberse comprado el

caftán. La mayoría de las personas parecían haberse cambiado de ropa, aunque no necesariamente, pensó ella, para resultar más atractivas. Lo que se pretendía era la originalidad, la espectacularidad, la extravagancia, incluso.

La sala de estar había sido amueblada con elegancia, pero de modo poco consistente, e Isabelle había impreso en ella su propia feminidad desordenada, poco práctica e iconoclasta. Cordelia dudaba de si habían sido los propietarios de la casa los que habían puesto allí la ornamentada habitación, o los numerosos cojines de seda que conferían a las austeras proporciones de la estancia algo de la ostentosa opulencia del gabinete de una cortesana. También los cuadros debían de ser de Isabelle. Ningún dueño de una casa que alquilase su propiedad dejaría cuadros de aquella calidad en las paredes. Uno de ellos, que colgaba encima de la chimenea, era de una niña abrazando un perrito. Cordelia lo miró con placer emocionado. Seguramente no pudo dejar de reconocer aquel azul inconfundible del vestido de la niña, el maravilloso colorido de las mejillas y los torneados brazos, que simultáneamente absorbía y reflejaba la luz... carne hermosa, tangible. Involuntariamente lanzó una exclamación que hizo que la gente se volviese a mirar hacia ella:

—¡Pero si es un Renoir!

Hugo la tocó por el codo y se echó a reír.

—Sí; pero no te sorprendas tanto, Cordelia. Es sólo un Renoir pequeño. Isabelle le pidió a papá un cuadro para su sala de estar. No esperarías que le regalase una reproducción del Haywain o una de aquellas reproducciones baratas de aburrida carne vieja de Van Gogh.

—¿Habría notado Isabelle la diferencia?

—Oh, sí. Isabelle reconoce cualquier objeto caro cuando lo ve.

Cordelia se preguntaba si la amargura, el punto de desdén que había en la voz de Hugo iba dirigido hacia Isabelle o hacia él mismo. Miraron a través de la habitación hacia donde se encontraba ella, de pie, sonriéndoles. Hugo se encaminó hacia ella como un hombre que anda en medio de un sueño y le cogió la mano. Cordelia miraba. Isabelle había peinado sus cabellos en forma de una elevada torre de rizos, al estilo griego. Llevaba un vestido, largo

hasta los tobillos, de seda crema mate, con un escote bajo cuadrado y mangas cortas con complicados pliegues. Era evidentemente un modelo y, pensó Cordelia, tenía que haber resultado por completo fuera de lugar en una fiesta que no fuera de etiqueta. Pero no era así. Simplemente hacía que el vestido de las demás mujeres pareciese una improvisación y reducía el suyo, cuyos colores le habían parecido discretos cuando lo compró, a la ínfima categoría de un trapo vistoso y chillón.

Cordelia estaba resuelta a encontrarse a solas con Isabelle en algún momento de la velada, pero comprendió que no iba a resultarle fácil. Hugo estaba tenazmente pegado a ella, guiándola por entre sus invitados, rodeándola por la cintura con una mano posesiva. Parecía estar bebiendo constantemente, y el vaso de Isabelle estaba siempre lleno. Quizá cuando hubiera transcurrido más tiempo, estarían un poco más descuidados y habría una ocasión para separarlos. Entretanto, Cordelia decidió explorar la casa, y la manera más práctica de hacerlo era buscar dónde se encontraba el lavabo antes de que tuviera necesidad de utilizarlo. Era la clase de fiesta en la que a los invitados se les dejaba que averiguasen estas cosas por sí mismos.

Subió al primer piso y al bajar por el pasillo abrió, empujándola suavemente, la puerta de la habitación que se encontraba en el extremo del mismo. El olor de whisky le llenó inmediatamente la nariz; era tan fuerte que Cordelia instintivamente se deslizó en el interior del cuarto y cerró la puerta tras de sí, temiendo que aquel olor pudiera impregnar toda la casa. La habitación, que se hallaba en un desorden indescriptible, no estaba desierta. En la cama, y medio cubierta por la colcha, yacía una mujer, una mujer de cabellos rojizos que vestía una bata de color rosa. Cordelia se acercó al lecho y miró a la mujer. Se hallaba inconsciente a causa de la bebida. Estaba allí tendida, emitiendo bocanadas de un aliento repugnante, cargado de whisky, que se elevaban como invisibles bolas de humo desde una boca entreabierta. El labio y la mandíbula inferiores estaban tensos y arrugados, lo que daba al semblante una expresión de austera censura, como si desaprobase fuertemente su

propia condición. Sus finos labios estaban muy pintados, y el intenso púrpura se había infiltrado en las grietas que rodeaban la boca, de suerte que el cuerpo parecía como yerto por el frío. Las manos, los nudosos dedos, teñidos de marrón por la nicotina y cargados de anillos, yacían tranquilamente posados sobre la colcha. Dos de las uñas, parecidas a garras, estaban rotas y el barniz rojo ladrillo de las otras estaba agrietado o se había saltado.

La ventana estaba obstruida por un tocador. Apartando los ojos del batiburrillo de ropa arrugada, frascos de crema facial abiertos, polvos derramados y tazas medio vacías de lo que parecía café, Cordelia introdujo su cuerpo entre el tocador y la ventana y la abrió de par en par. Llenó sus pulmones de aire fresco, purificador. Debajo de ella, en el jardín, pálidas sombras se movían silenciosas por la hierba y por entre los árboles, como fantasmas de libertinos muertos mucho tiempo atrás. Dejó abierta la ventana y volvió junto a la cama. Nada había que pudiera ella hacer allí, pero puso aquellas frías manos bajo la colcha y, cogiendo de un gancho que había en la puerta una segunda bata de más abrigo, arrojó con ella el cuerpo de la mujer. Esto, al menos, la compensaría del aire fresco que corría por encima de la cama.

Hecho esto, Cordelia se deslizó de nuevo hacia el pasillo, en el instante preciso para ver cómo Isabelle salía de la habitación contigua. Extendió un brazo y casi arrastró a la joven hacia el interior del dormitorio. Isabelle lanzó un pequeño grito, pero Cordelia apretó firmemente su espalda contra la puerta y dijo en voz baja y apremiante:

—Cuéntame lo que sabes acerca de Mark Callender. Los ojos de color violeta pasaron de la puerta a la ventana, buscando desesperadamente la salida.

—Yo no estaba allí cuando lo hizo.

—¿Cuando quién hizo qué?

Isabelle se retiró hacia el lecho, como si aquella inerte figura, que en ese momento gemía ruidosamente, pudiera ofrecerle algún apoyo. De pronto, la mujer se volvió de lado y emitió un fuerte ronquido, como un animal que está sufriendo. Las dos jóvenes la miraron sobresaltadas. Cordelia repitió:

—¿Cuando quién hizo qué?

—Cuando Mark se suicidó, yo no estaba allí.

La mujer de la cama lanzó un pequeño suspiro. Cordelia bajó la voz:

—Pero tú estuviste allí algunos días antes, ¿no? Fuiste a la casa y preguntaste por él. La señorita Markland te vio. Después te sentaste en el huerto y aguardaste a que él hubiese terminado su trabajo.

¿Fueron imaginaciones de Cordelia o realmente la muchacha pareció de pronto más relajada, aliviada por la inocuidad de la pregunta?

—Yo sólo fui a ver a Mark. Me dieron su dirección en el colegio Lodge. Fui a hacerle una visita.

—¿Por qué?

La brusquedad de la pregunta pareció desconcertarla. Respondió sencillamente:

—Porque era amigo mío.

—¿Era también tu amante? —preguntó Cordelia. Esta brutal franqueza era seguramente mejor que preguntar si habían dormido juntos o si se habían acostado juntos, estúpidos eufemismos que quizás Isabelle no habría entendido: resultaba difícil decir, a juzgar por aquellos bellos pero asustados ojos, hasta qué punto la joven comprendía.

—No, Mark nunca fue mi amante. Estaba trabajando en el huerto y yo tuve que esperarle en la cabaña. Me dio una silla al sol y un libro hasta que él quedara libre.

—¿Qué libro?

—No me acuerdo, era muy aburrido. Yo también estaba aburrida hasta que vino Mark. Luego tomamos té con unas tazas muy graciosas que tenían una franja azul, y después del té fuimos a dar un paseo y luego cenamos. Mark preparó una ensalada.

—¿Y luego?

—Cogí el coche y regresé a casa.

Ya estaba completamente tranquila. Cordelia continuó apremiándola, consciente del sonido de pasos arriba y abajo de la escalera, del rumor de las voces.

—¿Y la vez anterior a eso? ¿Cuándo le viste antes de que tomaseis el té en la cabaña?

—Fue unos días antes de que Mark abandonase el colegio. Fuimos en mi coche a hacer una excursión a la orilla del mar. Pero primero paramos en una ciudad, la ciudad de St. Edmunds, ¿verdad?, y Mark fue a ver a un médico.

—¿Por qué? ¿Estaba enfermo?

—Oh no, no estaba enfermo, y no estuvo el tiempo suficiente para lo que podría llamarse... un examen. Sólo estuvo en la casa unos pocos minutos. Era una casa muy pobre. Yo le esperé en el coche, pero no delante mismo de la casa, como comprenderás.

—¿Dijo él por qué había ido?

—No, pero creo que no consiguió lo que quería. Después estuvo triste un rato, pero luego fuimos al mar y volvió a sentirse feliz.

También ella parecía feliz en ese momento. Sonrió a Cordelia, con aquella su sonrisa dulce, inexpresiva. Cordelia pensó: «Es solamente la cabaña lo que la aterra. No le importa hablar del Mark vivo, es en la muerte de él en lo que no quiere pensar». Y, con todo, esta repugnancia no provenía de una pena personal. Había sido su amigo; era dulce; a ella le gustaba. Pero podía muy bien pasar sin él.

Llamaron a la puerta. Cordelia se hizo a un lado y entró Hugo. Levantó una ceja mirando a Isabelle, sin hacer caso de la presencia de Cordelia, y dijo:

—Es tu fiesta, ¿no, querida?; ¿bajas conmigo?

—Cordelia quería hablarme de Mark.

—Sin duda. Espero que le hayas contado que pasaste un día con él yendo en coche al mar y una tarde en Summertrees, que después ya no le volviste a ver.

—Me lo ha contado —dijo Cordelia—. Ha estado prácticamente perfecta a ese respeto. Pienso que ahora ya puede ir donde quiera.

Hugo dijo con calma:

—No deberías ser sarcástica, Cordelia, no te va. El sarcasmo está muy bien para algunas mujeres, pero no para las mujeres que son tan guapas como tú.

Bajaban juntos la escalera en dirección al vestíbulo, donde estaba reunidos muchos de los invitados. El cumplido irritó a Cordelia. Dijo:

—Supongo que la mujer que está en la cama es la carabina de

Isabelle. ¿Se emborracha a menudo?

—¿Mademoiselle de Congé? No está borracha con tanta frecuencia como eso, pero admito que raramente está sobria.

—Entonces, ¿no deberías hacer algo para evitarlo?

—¿Qué quieres que haga? ¿Entregarla a la Inquisición del siglo XX..., a un psiquiatra como mi padre? ¿Qué nos ha hecho para merecer eso? Además, es fastidiosamente consciente en las pocas ocasiones en que está sobria. Sucede que sus compulsiones y mi interés coinciden.

Cordelia dijo con severidad:

—Eso puede ser muy cómodo, pero no creo que sea muy responsable, y, desde luego, no es amable.

Él se detuvo y se volvió hacia ella, sonriéndole directamente a los ojos.

—Oh, Cordelia, hablas como la hija de unos padres progresistas que ha sido criada por un aya no conformista y educada en una escuela de monjas. ¡De veras que me gustas!

Todavía le estaba sonriendo, cuando Cordelia se escabulló y se infiltró en el grupo de invitados a la fiesta. Pensó que el diagnóstico de Hugo sobre ella no era muy equivocado.

Se sirvió un vaso de vino, luego empezó a deambular despacio por la sala, escuchando descaradamente retazos de conversación, esperando oír a alguien mencionando el nombre de Mark. Lo oyó solamente una vez. Dos chicas y un hombre muy guapo, algo soso, estaban de pie detrás de ella. Una de las chicas decía:

—Sophie Tilling parece que se ha recobrado muy deprisa del suicidio de Mark Callender. Ella y Davie fueron a la cremación, ¿sabéis? Es típico de Sophie el llevar a su amante actual a ver cómo incineran al anterior. Supongo que esto la excitó un poco.

Su compañera se echó a reír.

—Y el hermanito se apodera de la chica de Mark. Si no puedes tener belleza, dinero e inteligencia, confórmate con las dos primeras cosas. ¡Pobre Hugo! Padece de complejo de inferioridad. No es bastante guapo, no es bastante listo, las brillantes notas obtenidas por su hermana en los exámenes tienen que haberle traumatizado, no es lo suficientemente rico. No es extraño que tenga que confiar en el sexo para tenerse a sí mismo por algo.

—E incluso en eso, tampoco es que...

—Querida, tendrías que saberlo.

Se echaron a reír y se alejaron. Cordelia sintió que la cara le ardía. Le tembló la mano, y casi derramó el vino. Se sorprendía al descubrir cuánto se preocupaba por Sophie, hasta qué punto había llegado a simpatizar con ella. Pero eso, naturalmente, formaba parte del plan, era la estrategia Tilling. Si no puedes avergonzarla y hacer que abandone el caso, sobórnala; llévala al río; sé amable con ella; tenla a tu lado. Y era verdad, estaba al lado de ellos, al menos contra sus maliciosos detractores. Se consoló con la severa reflexión de que aquellos individuos eran tan detestables como los invitados de una fiesta de barrio. Nunca en su vida había asistido a una de aquellas insulsas y aburridas reuniones organizadas para la rutina del chismorreó, la ginebra y los canapés, pero, al igual que su padre, que tampoco había asistido a una de ellas, no encontraba dificultad en creer que constituían caldos de cultivo de esnobismo, despecho e insinuaciones de carácter sexual.

Sintió que un cuerpo caliente se arribaba a ella. Se volvió y vio a Davie. Llevaba tres botellas de vino. Era evidente que había oído por lo menos parte de la conversación, y sin duda las chicas habían tenido la intención de que así fuese, pero sonrió amistosamente.

—Es gracioso ver cómo las mujeres que Hugo ha desdeñado llegan siempre a odiarle tanto. Con Sophie es algo completamente diferente. Sus examantes abarrotan la calle Norwich con sus bicicletas y sus coches. Siempre me los encuentro en la sala de estar bebiéndose mi cerveza y confiándole a ella las terribles cuitas que tienen con sus chicas actuales.

—¿Te preocupa?

—No, si no pasan de la sala de estar. ¿Te diviertes?

—No mucho.

—Ven a conocer a un amigo mío. Me estaba preguntando quién eres.

—No, gracias, Davie. Tengo que mantenerme libre para el señor Horsfall. No quiero perdmelo.

Davie sonrió, como si la compadeciese, pensó ella, y pareció que iba a decir algo. Pero cambió de idea y se alejó, estrechando las botellas contra su pecho y profiriendo animados gritos de

advertencia al abrirse paso por entre la multitud.

Cordelia continuó deambulando por la habitación, mirando y escuchando. Estaba intrigada por aquella manifiesta sexualidad; ella había creído que los intelectuales respiraban un aire demasiado enrarecido para interesarse tanto por la carne. Evidentemente, estaba equivocada. Recordó que los camaradas, de quienes cabía suponer que vivían en desordenada promiscuidad, habían sido curiosamente juiciosos y serios. A veces había pensado que sus actividades sexuales obedecían más al deber que al instinto, era más un arma revolucionaria o un gesto contra las costumbres burguesas que ellos despreciaban, que una respuesta a una necesidad humana. Sus energías básicas estaban todas ellas dedicadas a la política. No resultaba difícil ver hacia dónde estaban dirigidas las energías de los allí presentes.

No tenía por qué preocuparse del éxito de su caftán. Cierta número de hombres se mostraban dispuestos o incluso ansiosos por separarse de sus respectivas parejas por el placer de hablar con ella. Con uno particularmente, un joven historiador decorativo e irónicamente divertido, comprendió Cordelia que podía haber pasado una entretenida velada. Disfrutar de la atención exclusiva de un hombre agradable y ninguna atención en absoluto de todos los demás era todo lo que ella había esperado siempre de una fiesta. Ella no era de natural gregaria y, separada durante los últimos seis años de su propia generación, se encontraba intimidada por el ruido, por la despreocupación y las convenciones medio entendidas de aquellas reuniones tribales. Y se decía firmemente a sí misma que no estaba allí para divertirse a expensas de sir Ronald. Ninguna de sus posibles parejas conocía a Mark Callender ni mostraba interés alguno por él, muerto o vivo. No debía atarse durante la velada a una gente que no tenía la menor información que darle. Cuando esto parecía un peligro o la charla se hacía demasiado seductora, murmuraba un pretexto y se escabullía hacia el cuarto de baño o hacia las sombras del jardín, donde había pequeños grupos sentados en el césped fumando un porro. Cordelia no podía equivocarse con aquel olor evocador. Aquellos jóvenes no manifestaban disposición alguna a charlar y aquí, al menos, podía pasear entregada a sus pensamientos y hacer acopio de valor para la

siguiente correría, para la siguiente pregunta, hecha hábilmente como quien no quiere la cosa, la siguiente respuesta inevitable.

—¿Mark Callender? Lo siento mucho. No le conocí. ¿No fue uno que abrazó una vida sencilla y acabó por ahorcarse o algo parecido?

Una vez fue a refugiarse a la habitación de Mademoiselle de Congé, pero vio que la inerte figura había sido tirada sin contemplaciones sobre un montón de almohadones, encima de la alfombra, y que la cama estaba ocupada para un fin completamente diferente.

Se preguntaba cuándo llegaría Edward Horsfall o si llegaría en realidad. Y si llegaba, ¿se acordaría Hugo o se molestaría en presentarla? No podía ver ninguno de los dos Tilling en la multitud de cuerpos que gesticulaban y que atestaban la sala de estar e invadían el vestíbulo y parte de la escalera.

Empezaba a pensar que aquella sería una velada perdida, cuando Hugo posó una mano sobre su brazo y le dijo:

—Ven a conocer a Edward Horsfall. Edward, ella es Cordelia Gray, que quiere hablar acerca de Mark Callender.

Edward Horsfall fue otra sorpresa. Cordelia había evocado subconscientemente la imagen de un caballero entrado en años, un poco distraído, con el peso de su erudición, un benévolo aunque despistado mentor de jóvenes. Pero Horsfall no debía de tener mucho más de treinta años. Era muy alto, con el cabello largo que le caía sobre un ojo, con su flaco cuerpo curvado como una corteza de melón, comparación reforzada por la plisada pechera de la camisa amarilla bajo una combada corbata.

Si Cordelia, medio conscientemente, medio avergonzada, había alimentado la esperanza de que el hombre sentiría enseguida interés por ella y se mostraría feliz de dedicarle su tiempo mientras estuviesen juntos, pronto se desvaneció tal esperanza. Los ojos de Horsfall se clavaban inquietos en la puerta.

Cordelia supuso que deseaba estar solo, manteniéndose deliberadamente libre de la compañía hasta que llegase la persona a la que esperaba. Se mostraba tan impaciente que no resultaba difícil sentirse contagiado por tal impaciencia, Cordelia dijo:

—No tiene que estar usted conmigo toda la velada, ¿sabe? Yo únicamente quiero alguna información.

La voz de Cordelia tuvo la virtud de hacerle ser consciente de la presencia de ella y de que hiciera algún intento de ser más cortés.

—Eso no representaría precisamente una penitencia. Lo siento. ¿Qué quiere usted saber?

—Todo lo que pueda contarme sobre Mark. Usted le enseñaba Historia, ¿no es cierto? ¿Era buen estudiante?

No era una pregunta particularmente importante, Cordelia la juzgó adecuada para empezar a charlar con un profesor

—Era más gratificante enseñársela a él que a algunos otros estudiantes con los que tengo que pelear. No sé por qué eligió Historia. Podía muy bien haber estudiado Ciencias. Sentía una viva curiosidad por el fenómeno físico. Pero decidió estudiar Historia.

—¿Cree usted que lo hizo para no complacer a su padre?

—¿Para no complacer a sir Ronald? —dijo Horsfall, mientras alargaba un brazo para alcanzar una botella. ¿Qué bebe usted? Las fiestas de Isabelle de Lasterie tienen una cosa, y es que la bebida es excelente, supongo que es cosa de Hugo. Hay una admirable ausencia de cerveza.

—¿Es que Hugo no bebe cerveza, pues? —preguntó Cordelia.

—Él pretende no beberla. ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí, de no complacer a sir Ronald. Mark decía que había escogido Historia porque no tenemos oportunidad de comprender el presente si no comprendemos el pasado. Esta es la clase de irritante explicación estereotipada que la gente saca en las entrevistas, pero es posible que él lo creyera. En realidad, naturalmente, la verdad es lo contrario, nosotros interpretamos el pasado mediante el conocimiento que tenemos del presente.

—¿Iba bien en la asignatura? —preguntó Cordelia—. Quiero decir si habría obtenido un sobresaliente.

Un sobresaliente, creía ingenuamente Cordelia, era lo más elevada inteligencia que el que lo obtenía podía ostentar orgulloso a lo largo de toda su vida. Quería saber si la inteligencia de Mark era merecedora de un sobresaliente.

—Esas son dos preguntas separadas y distintas. Parece que usted confunde el mérito con el logro. Imposible predecir la nota de Mark, difícil era la de un sobresaliente. Mark era capaz de una labor extraordinariamente buena y original, pero limitaba su material al

número de sus ideas originales. El resultado tendía a ser más bien exiguo. A los examinadores les gusta la originalidad, pero uno tiene antes que haberse tragado los hechos admitidos y las opiniones ortodoxas, aunque sólo sea para demostrar que las ha aprendido. Una memoria excepcional y una escritura rápida y que sea legible: he ahí el secreto de un sobresaliente. A propósito, ¿dónde está usted?

Horsfall percibió en Cordelia una breve mirada de incompreensión.

—¿En qué colegio universitario?

—En ninguno; trabajo. Soy detective privada.

Horsfall acogió esta información con aire distraído.

—Mi tío —dijo— empleó a uno de esos detectives privados para averiguar si su mujer le engañaba con el dentista. Le engañaba, sí, pero él podía haberlo averiguado más fácilmente por el sencillo medio de preguntárselo directamente a ellos. De aquel modo perdió los servicios de una mujer y de un dentista simultáneamente y pagó por una información que podía haber obtenido a cambio de nada. El asunto produjo en aquel tiempo un gran revuelo en la familia. Yo habría creído que ese trabajo...

Cordelia terminó la frase por él:

—Era inadecuado para una mujer, ¿verdad?

—No, en absoluto, enteramente adecuado, habría creído yo, porque requiere, me imagino, una ilimitada curiosidad, una paciencia ilimitada y una tendencia a interferir en los asuntos de otras personas. —Su atención volvía a desviarse. Un grupo a su lado estaba conversando y hasta ellos llegaban retazos de la conversación:

—... lo típico de la escritura académica de la peor clase. Un desprecio de la lógica; una generosa profusión de nombres en boga; profundidad espúrea y una gramática horrorosa.

El tutor prestó a los que hablaban la atención de un segundo, desdeñó la charla académica que sostenían, como indigna de tal atención, y condescendió a trasladar esta, aunque no su mirada, otra vez hacia Cordelia.

—¿Por qué demuestra usted tanto interés por Mark Callender?

—Su padre me empleó para que averiguase por qué murió. Yo

esperaba que usted pudiera ayudarme. Quiero decir si alguna vez le sugirió él la idea de que pudiera ser desgraciado, lo suficientemente desgraciado para suicidarse. ¿Le explicó a usted por qué abandonó el colegio?

—No, a mí no. Nunca tuve la impresión de estar cerca de él. Se despidió de mí de una manera formal, me dio las gracias por lo que él quiso considerar que era mi ayuda, y se fue. Yo pronuncié las frases habituales para expresar que sentía que se fuese. Nos estrechamos la mano. Yo me sentía cohibido, pero Mark no. Pienso que no era hombre susceptible de sentirse cohibido.

Hubo una pequeña conmoción junto a la puerta y un grupo de recién llegados se abrió paso ruidosamente entre los invitados. Entre ellos se encontraba una joven alta, morena, con una blusa encarnada, abierta casi hasta la cintura. Cordelia vio que el tutor se ponía rígido, con los ojos clavados en la chica recién llegada, con una mirada intensa, ansiosa, suplicante, que ella había visto en él antes. Se daría por afortunada si pudiera obtener alguna otra información. Tratando desesperadamente de recuperar la atención de Horsfall, dijo:

—No estoy segura de que Mark se suicidase. Pienso que pudo haber sido asesinado.

Horsfall habló distraídamente, con los ojos puestos en los que acababan de llegar.

—No es probable. ¿Quién le habría asesinado? ¿Por qué razón? Era una personalidad que pasaba inadvertida. Ni siquiera provocaba un ligero desagrado, salvo, posiblemente, por parte de su padre. Pero Ronald Callender no pudo haberlo hecho, si es eso lo que está usted suponiendo. Estaba cenando en Hall, en High Table, la noche en que Mark falleció. Aquella noche se celebraba una fiesta en el colegio universitario. Yo estaba sentado a su lado. Su hijo le telefoneó.

Cordelia preguntó ansiosa, casi tirándole de la manga.

—¿A qué hora?

—Poco después de que empezásemos a cenar, supongo. Benskin, que es uno de los sirvientes del colegio, entró y le dio el mensaje. Debí de ser entre las ocho y las ocho y cuarto. Callender desapareció por espacio de unos diez minutos, luego regresó y

continuó con su sopa. Los demás aún no habíamos llegado al segundo plato.

—¿Dijo lo que quería Mark? ¿Parecía contrariado?

—Ni lo uno ni lo otro. Apenas habló durante la cena. Sir Ronald no malgasta sus dotes de conversador con los que no son científicos. Discúlpeme, ¿quiere?

Y se marchó, abriéndose paso entre la concurrencia en dirección a su presa. Cordelia dejó su vaso y fue en busca de Hugo.

—Oye, Hugo —le dijo—, quiero hablar con Benskin, un sirviente de tu colegio. ¿Estará allí esta noche?

Hugo dejó la botella que tenía en la mano.

—Es posible. Es uno de los pocos que vive en el colegio. Pero dudo de que tú sola logres hacerle salir de su cubil por tus propios medios. Pero si es tan urgente, será mejor que yo te acompañe.

El portero del colegio se aseguró con curiosidad de que Benskin estaba en el colegio y le hizo llamar. Acudió tras cinco minutos de espera, durante los cuales Hugo charló con el portero y Cordelia salió de la portería y se entretuvo leyendo los anuncios del colegio. Llegó Benskin, sin prisa, imperturbable. Era un anciano de cabellos plateados, correctamente vestido, con la cara arrugada y la piel gruesa como una naranja sanguina anémica, que habría parecido, pensó Cordelia, el anuncio del mayordomo ideal de no haber sido por una expresión de lúgubre y astuto desdén.

Cordelia le enseñó su nota de autorización de sir Ronald y entró enseguida y de lleno en las preguntas. Nada iba a obtener con sutilezas, y, dado que había conseguido la ayuda de Hugo, no tenía más remedio que hablar claro. Dijo:

—Sir Ronald me ha pedido que investigue las circunstancias de la muerte de su hijo.

—Ya lo veo, señorita.

—Me han dicho que el señor Mark Callender telefoneó a su padre mientras sir Ronald estaba cenando en High Table, la noche en que su hijo murió, y que usted le pasó el mensaje a sir Ronald poco después de que comenzase la cena. ¿Es cierto?

—En aquel momento, yo estaba bajo la impresión de que era el

señor Callender el que estaba llamando por teléfono, señorita, pero estaba equivocado.

—¿Cómo puede usted estar seguro de eso, señor Benskin?

—El propio sir Ronald me lo dijo, señorita, cuando le vi en el colegio algunos días después de la muerte de su hijo. Yo conozco a sir Ronald desde que era un simple estudiante y me atreví a manifestarle mi pésame. Durante nuestra breve conversación, hice referencia a la llamada telefónica del veintiséis de mayo y sir Ronald me dijo que yo estaba equivocado, que no era el señor Callender el que había llamado.

—¿Dijo quién había sido?

—Sir Ronald me informó de que había sido su ayudante de laboratorio, el señor Chris Lunn.

—¿Le sorprendió a usted? Estar equivocado, quiero decir.

—Confieso que me quedé algo sorprendido, sí, señorita, pero el error era tal vez disculpable. Mi subsiguiente referencia al incidente fue fortuita y, dadas las circunstancias, lamentable.

—¿Cree usted realmente que oyó mal el nombre?

Aquella vieja cara obstinada no se relajó.

—Sir Ronald no podía tener la menor duda acerca de la persona que le telefoneó.

—¿Era habitual que el señor Callender llamase a su padre por teléfono mientras estaba cenando en el colegio?

—Yo nunca había cogido anteriormente una llamada de él, pero, al fin y al cabo, contestar al teléfono no forma parte de mis obligaciones normales. Es posible que alguno de los otros sirvientes del colegio pueda ayudarle a usted, pero no creo que una investigación sirviese de algo o que la noticia de que los sirvientes del colegio han sido interrogados pudiera ser del agrado de sir Ronald.

—Cualquier investigación que contribuyese a descubrir la verdad es casi seguro que resultase agradable a sir Ronald —dijo Cordelia.

«Realmente —pensó—, el estilo de la prosa de Benskin se está haciendo contagioso». Añadió de manera más natural:

—Sir Ronald está muy ansioso por averiguar todo lo posible acerca de la muerte de su hijo. ¿Hay algo que pueda usted decirme,

alguna ayuda que pueda usted ofrecerme, señor Benskin?

Esto se parecía peligrosamente a una apelación, pero no obtuvo respuesta alguna.

—Nada, señorita. El señor Callender era un señorito tranquilo y agradable, que parecía, según pude yo observar, gozar de buena salud y un feliz estado de ánimo hasta el momento en que nos dejó. Su muerte ha sido muy sentida en el colegio. ¿Hay algo más, señorita?

Estaba esperando pacientemente que se le despidiera y Cordelia le dejó ir. Cuando ella y Hugo salieron juntos del colegio y se encaminaron de regreso hacia la calle Trumpington, dijo amargamente:

—Ese hombre no se preocupa, ¿verdad?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Benskin ha estado en el colegio durante sesenta años y las ha visto de todos los colores. Desde su punto de vista mil años no son más que una noche. Solamente vi a Benskin trastornado una vez, por el suicido de un estudiante, y este era hijo de un duque. Benskin pensaba que había algunas cosas que este colegio no debía permitir que sucediesen.

—Pero no estaba equivocado sobre la llamada de Mark. Podías haberlo visto por toda su manera de comportarse, al menos yo pude verlo. Sabe bien lo que oyó. No va a admitirlo, por supuesto, pero él sabe en su interior que no estaba equivocado.

Hugo dijo:

—Se ha mostrado como el antiguo sirviente del colegio, muy correcto, muy propio; así es Benskin. «Los señoritos ya no son lo que eran cuando yo vine por primera vez al colegio». ¡Espero que no! Entonces llevaban patillas y los nobles lucían batas de fantasía para distinguirse de los plebeyos. Benskin volvería a traer todo aquello, si pudiese. Es un anacronismo viviente, que añora un pasado más majestuoso y solemne.

—Pero no está sordo. Yo le hablaba deliberadamente en voz baja y me oía perfectamente. ¿Crees tú de veras que se equivocó?

—Chris Lunn y «su hijo» suenan de un modo muy parecido.

—Pero Lunn no se anuncia a sí mismo de esa manera. Mientras yo estuve con sir Ronald y la señorita Leaming, sola mente le llamaban Lunn.

—Mira, Cordelia, ¿no es posible que sospeches que Ronald Callender ha podido tener algo que ver en la muerte de su hijo! Tienes que ser lógica. Tú admites, supongo, que un asesino racional espera no ser descubierto. Admites, sin duda que Ronald Callender, aun siendo un cabrón, es un ser racional. Mark está muerto y su cadáver ha sido incinerado. Nadie más que tú ha mencionado el asesinato, entonces sir Ronald te emplea a ti para que remuevas las cosas. ¿Por qué habría de hacerlo, si tuviese algo que ocultar? Ni siquiera necesita alejar las sospechas, puesto que no hay sospecha.

—Naturalmente que yo no sospecho que él haya matado a su hijo. Él no sabe cómo murió Mark y necesita desesperadamente saberlo. Por eso me ha contratado. Pude decirlo en nuestra entrevista; no podía equivocarme sobre eso. Pero no comprendo por qué habría de mentir acerca de la llamada telefónica.

—Si miente, podría haber una docena de explicaciones inocentes. Si fue Mark el que llamó al colegio, debe de haberse tratado de algo muy urgente, quizás algo que su padre no querría que se hiciese público, algo que da una pista del suicidio de su hijo.

—Entonces, ¿para qué emplearme a mí para que averigüe por qué se suicidó?

—Es cierto, sabia Cordelia; lo intentaré de nuevo. Mark pidió ayuda, quizás una visita urgente a la que papá se negó. Puedes imaginar su reacción. «No seas ridículo, Mark, estoy cenando en High Table con el director. Es obvio que no puedo dejar las chuletas y el clarete sólo porque tú me telefoneas de esa manera histérica diciendo que quieres verme. Recapacita». Una cosa así no sonaría tan bien en un juicio; los jueces son notoriamente hipercríticos. — La voz de Hugo adquirió un profundo tono magistral—. «No me corresponde a mí añadir una mayor tristeza a la aflicción de sir Ronald, pero fue, quizá, desafortunado de su parte que quisiera ignorar lo que evidentemente era un grito de auxilio. Si él hubiese abandonado inmediatamente su cena y hubiese acudido al lado de su hijo, este brillante joven estudiante podía haberse salvado». Los suicidas de Cambridge, por lo que he observado, son siempre brillantes: todavía estoy esperando leer el informe de una investigación en la que las autoridades del colegio declaren que el estudiante se suicidó justamente en el momento antes de ser

expulsado.

—Pero Mark murió entre las siete y las nueve de la tarde. ¡Esa llamada telefónica es la coartada de sir Ronald!

—Él no lo consideraría así. No necesita una coartada. Si tú sabes que no estás implicado y nunca surge la cuestión de un juego sucio, no piensas en términos de coartadas. Sólo piensan en ello los que son culpables.

—Pero ¿cómo supo Mark dónde podía encontrar a su padre? En su declaración, sir Ronald dijo que no había hablado con su hijo desde hacía más de dos semanas.

—Puedo ver que ahí tienes un detalle. Pregúntaselo a la señorita Leaming. Mejor aún, pregúntale a Lunn si fue él quien en realidad telefoneó al colegio. Si estas buscando a un villano, Lunn encajaría admirablemente en ese papel. Lo encuentro totalmente siniestro.

—No sabía que le conocieses.

—Oh, es muy conocido en Cambridge. Conduce de un lado a otro, con feroz dedicación, esa furgoneta cerrada como si estuviera llevando a estudiantes recalcitrantes a las cámaras de gas. Todo el mundo conoce a Lunn. Rara vez sonríe, y sonríe de una manera que es como si se burlase de sí mismo y se burlase de su espíritu, que pudiera inducirle a sonreír ante algo. Yo me concentraría en Lunn.

Caminaban en silencio a través de la cálida y perfumada noche, mientras cantaban las aguas de los arroyuelos de la calle Trumpington. Las luces brillaban en las puertas de los colegios y en las porterías y los lejanos jardines y los patios que se intercomunicaban, vislumbrados momentáneamente cuando pasaban, parecían remotos y etéreos como en un sueño.

Cordelia se vio de pronto oprimida por una sensación de soledad y melancolía. Si Bernie estuviese vivo, discutirían el caso, escondidos en el más remoto rincón de algún bar de Cambridge, aislados por el ruido y el humo y el anonimato de la curiosidad de sus vecinos; hablando en voz baja en su propia jerga particular. Estarían especulando sobre la personalidad de un joven que dormía bajo aquella pintura amable e intelectual y que, sin embargo, había comprado una vulgar revista de obscenos desnudos. ¿O la habría comprado él en realidad? Y si no, ¿cómo había ido a parar al huerto de la cabaña? Estarían hablando acerca de un padre que mentía con

respecto a la última llamada telefónica de su hijo; especulando en feliz complicidad sobre una laya sin limpiar, una hilera de tierra revuelta a medias, una taza de café sin lavar, una cita de Blake meticulosamente mecanografiada. Estarían hablando de Isabelle, que estaba aterrada, y de Sophie, que era seguramente sincera, y de Hugo, que ciertamente sabía algo acerca de la muerte de Mark y que era listo pero no tan listo como necesitaba ser. Por primera vez desde que había empezado el caso, Cordelia dudó de su capacidad para resolverlo por sí sola. Si hubiese alguien en quien pudiese confiar, alguien que viniera a reforzar su confianza... Volvió a pensar en Sophie, pero Sophie había sido la amante de Mark y era la hermana de Hugo. Ambos se hallaban involucrados. Sólo dependía de ella misma, y esto, cuando se puso a considerarlo, no era diferente de cómo esencialmente había sido siempre. Irónicamente, el hecho de ser consciente de ello le infundió consuelo y una nueva esperanza.

En la esquina de la calle Pantón se detuvieron y él dijo:

—¿Vas a volver a la fiesta?

—No, gracias, Hugo; tengo trabajo que hacer.

—¿Vas a quedarte en Cambridge?

Cordelia se preguntó a sí misma si la pregunta era formulada por algo más que por un interés inspirado por la cortesía. Volviéndose de pronto cautelosa, dijo:

—Sólo por unos días. He encontrado una pensión muy fea, pero barata, para dormir y desayunar, cerca de la estación.

Hugo aceptó la mentira sin hacer comentario alguno y se desearon buenas noches. Cordelia emprendió el regreso a la calle Norwich. El pequeño coche estaba aún frente al número cincuenta y siete, pero la casa estaba a oscuras y silenciosa, como para subrayar su exclusión, y las tres ventanas estaban cerradas como unos lúgubres ojos muertos.

Estaba cansada cuando regresó a la cabaña y aparcó el Mini al borde del matorral. La portezuela del huerto chirrió bajo su mano. La noche estaba oscura y Cordelia palpó en su bolso buscando su linterna y fue siguiendo la luz que esta proyectaba alrededor del

lado de la cabaña y hacia la puerta trasera. Guiada por esta luz, introdujo la llave en la cerradura. Le dio la vuelta y, ciega por el cansancio, entró en el cuarto de estar. La linterna, todavía encendida, pendía flojamente de su mando, haciendo erráticos dibujos de luz sobre el suelo embaldosado. Entonces, en un movimiento involuntario, saltó hacia arriba e iluminó plenamente el objeto que pendía del gancho central del techo. Cordelia lanzó un grito y se agarró a la mesa. Era el almohadón de su cama, el almohadón con un cordón firmemente atado alrededor de uno de sus extremos, formando una grotesca y bulbosa cabeza, y el otro extremo metido dentro de unos pantalones de Mark. Las piernas pendían patéticamente planas y vacías, una más baja que la otra. Mientras lo contemplaba con fascinado horror, martilleándole el corazón dentro del pecho, una ligera brisa entró por la puerta abierta e hizo girar el objeto lentamente, como movido por una mano viviente.

Debió de estar allí paralizada por el miedo y mirando con ojos extraviados el almohadón sólo por espacio de unos segundos, que le parecieron minutos, antes de encontrar la fuerza suficiente para coger una silla de la mesa y bajar aquella cosa. Incluso en el momento de repulsión y terror, tuvo la idea de examinar el nudo. El cordón estaba unido al gancho por un simple lazo y dos medias vueltas. De manera que su secreto visitante no había querido repetir su táctica primera o no sabía cómo había sido hecho el primer nudo. Puso el almohadón encima de la silla y salió a buscar la pistola. En su cansancio se había olvidado del arma, pero en ese momento anhelaba la tranquilidad que podía ofrecerle al tener el duro y frío metal en la mano. Se detuvo junto a la puerta trasera y escuchó. El huerto pareció llenarse de pronto de ruidos, misteriosos crujidos, hojas que se movían en la ligera brisa como suspiros humanos, movimientos precipitados y furtivos entre las matas, el chillido de un murciélago u otro animal a alarmante proximidad. La noche parecía retener el aliento mientras Cordelia se encaminaba hacia el saúco. Esperó un instante, escuchando el latir de su propio corazón, antes de encontrar el valor suficiente para volver la espalda y extender la mano para buscar, palpando, la pistola. Todavía estaba allí. Suspiró audiblemente con alivio y enseguida se

sintió mejor. La pistola no estaba cargada, pero eso apenas parecía importar. Se apresuró a volver a la cabaña, un poco aliviada de su terror.

Transcurrió casi una hora antes de que se decidiera por fin a acostarse. Encendió la linterna y, pistola en mano, efectuó un registro de toda la cabaña. A continuación, examinó la ventana. Resultaba bastante evidente la manera en que había entrado el intruso. La ventana no tenía pestillo y era fácil de abrir empujando desde fuera. Cordelia sacó un rollo de cinta adhesiva de su maletín de la escena del crimen, cortó dos tiras muy estrechas y las pegó a través del cristal y el marco de madera. Dudó de si las ventanas delanteras podrían abrirse, pero no quiso exponerse al riesgo y las selló de la misma manera. No detendrían al intruso, pero al menos ella sabría a la mañana siguiente que había entrado. Por último, tras lavarse en la cocina, subió la escalera y fue a acostarse. La puerta no tenía cerradura, pero ella la dejó ligeramente abierta y puso en equilibrio, en la parte superior, la tapadera de una cacerola. Si alguien conseguía entrar, no la pillaría por sorpresa. Cargó la pistola y la puso sobre la mesilla de noche, recordando que tenía que habérselas con un asesino. Examinó el cordón. Era un cordón fuerte, corriente, de un metro y medio de longitud, que evidentemente no era nuevo y estaba gastado en uno de sus extremos. Se sintió decepcionada al ver que no podía identificarlo. Pero lo etiquetó cuidadosamente tal como Bernie le había enseñado, y lo guardó en su maletín de la escena del crimen. Lo mismo hizo con el papel mecanografiado con el pasaje de Blake, pasándolo del fondo de su bolso a los sobres de plástico. Estaba tan cansada, que incluso esta tarea de rutina le costó un esfuerzo de voluntad. Luego volvió a colocar en la cama el almohadón, resistiendo el impulso de arrojarlo al suelo y dormir sin él. Pero, en aquellos momentos, nada —ni el temor ni la incomodidad— podía mantenerla despierta. Estuvo acostada sólo unos minutos escuchando el tictac de su reloj antes de que la fatiga la venciese y la sumiese en un profundo sueño.

IV

El discordante parloteo de los pájaros y la intensa clara luz de otro hermoso día despertaron a Cordelia temprano. Permaneció acostada por espacio de varios minutos, desperezándose dentro de su saco de dormir, saboreando el olor del campo, esa sutil y evocadora mezcla de olor de tierra, hierba húmeda y corral de granja. Se lavó en la cocina, tal como evidentemente lo había hecho antes Mark, de pie dentro de la bañera que había llevado del cobertizo y abriendo la boca por la impresión que le causaba el agua fría del grifo que con ayuda de una cacerola iba echando sobre su cuerpo desnudo. En la sencilla vida del campo había algo que predisponía a estas austeridades. Cordelia pensaba que, en cualquier otra circunstancia, no era probable que hubiera sentido el deseo de bañarse con agua fría en Londres o disfrutado tanto con el olor apetitoso que despedía el bacon que se estaba friendo en la sartén, o el aroma de su primera taza de té.

La cabaña estaba inundada por la luz del sol, santuario cálido y amigable desde el cual podía aventurarse a emprender lo que la jornada pudiera depararle. En la tranquila paz de una mañana de verano, el pequeño cuarto de estar no mostraba huellas de la trágica muerte de Mark Callender. El gancho del techo parecía tan inocuo como si jamás hubiera servido para su terrible propósito. El horror del momento en que su linterna había hecho aparecer la hinchada sombra del almohadón balanceándose por efecto de la brisa de la noche tenía entonces la irrealidad de un sueño. Incluso el recuerdo de las precauciones de la noche anterior desencajaba en aquella clara luz del día. Se sentía un poco tonta mientras descargaba la pistola, envolvía las municiones con su ropa interior y volvía a esconder el arma en el saúco, vigilando con atención para

cerciorarse de que nadie la estaba observando. Después de fregar los platos y tender el mantel de la mesita de té, fue al extremo del jardín a coger un ramillete de pensamientos, prímulas y reinas de los prados y lo puso encima de la mesa, en una taza.

Había decidido que lo primero que tenía que hacer era buscar a Tata Pilbeam. Aun cuando la mujer nada tuviera que contarle acerca de la muerte de Mark Callender o de la razón por la que abandonó el colegio universitario, podría hablarle de su infancia y de su adolescencia; quizá mejor que nadie, sabía cuál había sido su verdadera naturaleza. Se había preocupado lo suficiente para asistir al funeral y enviar una costosa corona de flores. Había ido a visitarle al colegio en el día de su vigésimo primer cumpleaños. Él quizá se había mantenido en contacto con ella, podía incluso haber confiado en ella. Mark no tenía madre, y Tata Pilbeam pudo haber sido, en algún sentido, una sustituta de su madre.

Mientras conducía su coche hacia Cambridge, Cordelia iba pensando en la táctica que iba a emplear. Probablemente la señorita Pilbeam vivía en algún lugar del distrito y, seguramente, no en la ciudad, puesto que Hugo Tilling sólo la había visto una vez. Por la breve descripción que Hugo había hecho de ella, debía de ser vieja y, muy posiblemente, pobre. Era poco probable, por lo tanto, que hubiese viajado desde lejos para asistir al funeral. Resultaba evidente que no formaba parte del duelo oficial de Garforth House, no había sido invitada por sir Ronald. Según Hugo, ninguna de las personas del grupo había hablado con el resto de los asistentes al acto. Esto difícilmente sugería que la señorita Pilbeam fuese una vieja criada de confianza, casi una persona de la familia. La manera en que sir Ronald había hecho caso omiso de ella en tal ocasión intrigaba a Cordelia, que se preguntaba cuál habría sido la posición de la señorita Pilbeam en la familia.

Si la anciana señora vivía cerca de Cambridge, probablemente habría encargado la corona en una de las floristerías de la ciudad. Los pueblos no solían tener esa clase de servicio. Había sido una corona de flores ostentosa, lo que sugería que la señorita Pilbeam había estado dispuesta a gastar generosamente y, quizás había ido a una de las floristerías más importantes. Seguramente había ido en persona a encargar la corona. Las señoras mayores, aparte el hecho

de que rara vez utilizan el teléfono, gustan de atender estos asuntos directamente, pues sospechan con razón, pensaba Cordelia, que sólo el trato cara a cara y el meticuloso recitado de lo que se necesita exactamente pueden garantizar el mejor servicio. Si la señorita Pilbeam había llegado de su pueblo en tren o en autobús, quizás había elegido una tienda que se encontrase cerca del centro de la ciudad. Cordelia decidió iniciar su búsqueda preguntando a los transeúntes si podían recomendarle el nombre de una buena floristería.

Ya había aprendido que Cambridge no era una ciudad idónea para el automovilista. Sacó y consultó el mapa plegable de su guía y decidió dejar el Mini en el aparcamiento cercano a

Parker's

Piece. Su búsqueda podría llevar algún tiempo y lo mejor sería efectuarla a pie. No quería exponerse a una multa ni a que su coche sufriera algún daño si lo dejaba en la calle. Consultó su reloj. Pasaban sólo unos minutos de las nueve. Era un buen momento para empezar su jornada.

La primera hora resultó decepcionante. Las personas a las que preguntó se esforzaban por ayudarla, pero sus ideas sobre lo que constituía una floristería de confianza en algún lugar cerca del centro eran peculiares. Cordelia fue enviada a pequeños comerciantes de ultramarinos que vendían, como artículo complementario, algunos ramilletes de flores cortadas, a un suministrador de útiles de jardinería que comerciaba con plantas pero no con coronas, y, una vez, al director de una funeraria. Las dos floristerías que a primera vista parecían posibles nunca habían oído hablar de la señorita Pilbeam y no habían suministrado coronas de flores para el funeral de Mark Callender. Un poco cansada de tanto andar, y como empezaba a desanimarse, Cordelia decidió que toda aquella búsqueda había sido acometida estúpidamente con excesivo entusiasmo. Quizá la señorita Pilbeam había llegado de Bury St. Edmunds o de Newmarket y había comprado la corona en su propia ciudad.

Pero la visita al establecimiento de pompas fúnebres no fue tiempo perdido. En respuesta a su pregunta, le recomendaron el nombre de una firma que suministraba «una clase de coronas muy

bonita, señorita, realmente muy bonita». La tienda se hallaba más lejos del centro de la ciudad de lo que Cordelia había esperado. Ya desde la acera le pareció que el establecimiento olía a bodas o a funerales, y cuando abrió la puerta, empujándola, le salió al encuentro una bocanada de aire caliente que se le atascó en la garganta. Había flores por todas partes. Grandes cubos verdes, alineados junto a las paredes, que contenían azucenas, lirios y altramuces; recipientes más pequeños contenían, muy apretadas, caléndulas y alhelíes dobles; había ramos muy apretados de capullos de rosa en tallos sin espinas, todas las flores idénticas en tamaño y color, como si hubieran sido cultivadas en un tubo de ensayo. Macetas de plantas interiores, decoradas con cintas de varios colores, flanqueaban el camino que conducía hacia el mostrador, como una guardia de honor floral.

En la trastienda había dos empleados trabajando. Cordelia las veía a través de la puerta abierta. La más joven, una lánguida y pecosa rubia, era una suerte de ayudante de verdugo, que iba colocando rosas abiertas, cual predestinadas víctimas, encima de una mesa, clasificándolas según el tipo y el color. La de más edad, cuya categoría estaba indicada por una bata mejor ajustada a su cuerpo y cierto aire de autoridad, atravesaba con un alambre cada una de las mutiladas flores y las iba juntando en un enorme lecho de musgo en forma de corazón. Cordelia apartó los ojos de semejante horror.

Una señora rolliza con una blusa de color rosa apareció detrás del mostrador como surgida de la nada. Olía tan fuerte como la tienda, pero evidentemente había decidido que ningún perfume floral corriente pudiera competir con el suyo y había preferido confiar en lo exótico. Olía de modo tan intenso a pino y a polvo de especias para preparar la salsa de curry que el efecto era casi anestesiante.

Cordelia recitó el discurso que traía preparado:

—Vengo de parte de sir Ronald Callender, de Garforth House. Me pregunto si ustedes podrían ayudarnos. Su hijo fue incinerado el tres de junio y su anciana aya tuvo la amabilidad de enviar una corona, en realidad una cruz de rosas rojas. Sir Ronald ha perdido las señas de esa señora y tiene muchísimo interés en escribirle. Su

apellido es Pilbeam.

—No creo que realizáramos un encargo de ese tipo el tres de junio.

—Si fuese usted tan amable de mirar en su libro...

De pronto, la joven rubia levantó los ojos de su trabajo y dijo:

—Es Goddard.

—¿Cómo dices, Shirley? —dijo la señora rolliza.

El nombre es Goddard. La tarjeta de la corona ponía Tata Pilbeam, pero la compradora era un tal señora Goddard. Otra señora vino a preguntar de parte de sir Ronald Callender y este fue el nombre que ella dio. La miré. Señora Goddard, Lavender Cottage, Ickleton. Una cruz de un metro veinte de largo en rosas rojas. Seis libras. Ahí figura en el libro.

—Muchísimas gracias —dijo Cordelia, muy contenta. Les dio las gracias a las tres con una sonrisa y salió rápidamente para no enzarzarse en una discusión sobre la otra persona que había ido a preguntar de parte de Garforth House. Eso debió de parecerles extraño, pero no tenía la menor duda de que se entretendrían discutiendo ese asunto cuando ella se hubiera marchado. Lavender Cottage, Ickleton. Fue repitiendo la dirección en su interior hasta que se halló a prudente distancia de la tienda para poder hacer una pausa y anotarla.

Su cansancio parecía haberla abandonado milagrosamente cuando regresó presurosa al aparcamiento del coche. Consultó su mapa. Ickleton era un pueblo cerca del límite de Essex, a unos quince kilómetros de Cambridge. No estaba lejos de Duxford, de modo que tendría que volver sobre sus pasos. Podría estar allí en menos de media hora.

Pero tardó más de lo que esperaba en abrirse paso entre el tráfico de Cambridge y habían transcurrido treinta y cinco minutos cuando llegó a la bella iglesia de pedernal y guijarro de Ickleton, con su esbelto chapitel; condujo el Mini muy cerca de la puerta de la iglesia. Era una tentación echar un vistazo al interior, pero Cordelia supo resistir. La señora Goddard podría estar en aquel momento disponiéndose a coger el autobús para ir a Cambridge. Fue en busca de Lavender Cottage.

Era una pequeña casa de feo ladrillo rojo que se encontraba al

final de la calle High. Había sólo una estrecha franja de hierba entre la puerta principal y la calle y no se olía a lavanda ni se veía rastro alguno de dicha planta. El picaporte de hierro, en forma de cabeza de león, cayó pesadamente, sacudiendo la puerta. La respuesta vino, no de Lavender Cottage, sino de la casa de al lado. Apareció una mujer entrada en años, delgada, casi desdentada, que llevaba un delantal con dibujos de rosas. Calzaba zapatillas y cubría su cabeza con un gorro de lana adornado con una borla. La expresión de su cara era la de un vivo interés en los asuntos del mundo en general.

—¿Quería usted ver a la señora Goddard, si no es indiscreción?

—Sí. ¿Podría usted decirme dónde podría encontrarla?

—Sin duda estará en el cementerio. Es donde suele ir cuando hace una mañana tan buena como esta.

—Ahora mismo vengo de la iglesia y allí no he visto a nadie.

—¡Dios la bendiga señorita! ¡No está en la iglesia! Hace muchos años que no nos entierran allí. Su anciano marido está donde la pondrán a ella cuando le llegue la hora, en el cementerio de la calle Hinxton. Siga usted recto, no tiene pérdida.

—Tendré que volver a la iglesia a buscar mi coche —dijo Cordelia. Era evidente que sería vigilada hasta que se perdiera de vista y le pareció necesario explicar por qué se iba en la dirección opuesta a la que acababan de indicarle. La anciana sonrió y saludó con la cabeza, y salió para apoyarse en su puerta y observar mejor cómo iba bajando Cordelia por la calle High, moviendo la cabeza como una marioneta mientras la borla de su gorro danzaba bajo la luz del sol.

Fue fácil dar con el cementerio. Cordelia aparcó el Mini en una adecuada parcela de hierba donde un poste indicaba el sendero que conducía a Duxford, y anduvo los metros que la separaban de las puertas de hierro del cementerio. Había una pequeña capilla de pedernal con un ábside en el extremo oriental y junto a ella un antiguo banco de madera, verde por el liquen y salpicado de excrementos de pájaro, desde el que se divisaba todo el terreno del cementerio. Un ancho camino de césped lo atravesaba y a ambos lados estaban las tumbas, marcadas de diversas maneras con cruces

de mármol blancas, lápidas grises, y pequeños círculos herrumbrosos que sobresalían de la hierba y hermosos parterres de flores que se extendían por la tierra recién cavada. Reinaba una gran paz. El terreno de inhumación estaba rodeado de árboles, y sus hojas apenas se movían en el aire tranquilo y caliente. Casi no se oía más que los grillos en la hierba y de vez en cuando el sonido de la campanilla del cercano paso a nivel de un ferrocarril y la sirena de un tren que en aquel momento pasaba.

Sólo había otra persona en el cementerio, una mujer entrada en años que se hallaba inclinada sobre una de las tumbas. Cordelia se sentó tranquilamente en el banco, con los brazos cruzados sobre el regazo, antes de encaminarse silenciosamente, a través del sendero de hierba, hacia donde se encontraba la anciana. Sabía con certeza que aquella entrevista iba a ser crucial y, con todo, paradójicamente, no tenía la menor prisa por iniciarla. Se acercó a la mujer y, sin ser advertida aún, se quedó un momento al pie de la tumba.

Era una mujer bajita, vestida de negro, cuyo anticuado sombrero de paja, con el ala adornada con una ajada redecilla, se hallaba sujeto al pelo mediante un alfiler enorme de cabeza negra. Estaba arrodillada de espaldas a Cordelia, mostrando las suelas de unos deformados zapatos, de los que salían unas piernas delgadas como bastones. Estaba quitando las malas hierbas de la tumba; sus dedos, moviéndose rápidamente sobre la hierba como la lengua de un reptil, iban arrancando plantitas casi imperceptibles. A su lado tenía una cajita en la que de vez en cuando dejaba caer las hierbas que arrancaba.

Después de un par de minutos, durante los cuales Cordelia la estuvo contemplando en silencio, hizo una pausa, satisfecha, y se puso a alisar con la mano la superficie del césped, como queriendo consolar los huesos que había dejado. Cordelia leyó la inscripción grabada con profundidad en la lápida. «A la memoria de Charles Albert Goddard, esposo bienamado de Annie, que abandonó esta vida el 27 de agosto de 1962, a los 70 años de edad. Descanse en paz». Descanse en paz, el epitafio más corriente de una generación para la cual el descanso debía de parecer el último lujo, la suprema bendición.

La mujer descansó un segundo, cargando su cuerpo sobre los talones, y contempló la tumba con satisfacción. Fue entonces cuando se percató de la presencia de Cordelia. Volvió su arrugada cara hacia la joven y dijo sin curiosidad ni incomodidad por su presencia:

—Es una piedra bonita, ¿verdad?

—Sí que lo es. Estaba admirando la inscripción.

—Fue muy bien grabada. Costó un dineral, pero valía la pena. Así durará. La mitad de las inscripciones que hay aquí no durarán, porque son poco profundas. Y eso le quita el placer a un cementerio. A mí me gusta leer las lápidas, me gusta saber quiénes eran las personas y cuándo murieron y cuánto tiempo vivieron las mujeres después de haber enterrado a sus hombres. Eso hace que uno se pregunte cómo se las arreglaron para seguir adelante y si se sentían solas. De nada sirve una lápida si uno no puede leer la inscripción. Naturalmente, esta lápida parece un poco grande, ahora. Es porque les pedí que dejaran espacio para mí. «También a Annie, su mujer, que abandonó esta vida...» y luego la fecha: quedará muy bonito. Ya he dejado el dinero para pagarlo.

—¿Qué texto había pensado usted poner? —preguntó Cordelia.

—¡Oh, ningún texto! «Descanse en paz» será suficiente para ambos. ¿Qué más le vamos a pedir al Señor, pobres de nosotros?

Cordelia dijo:

—Aquella cruz de rosas que usted envió al funeral de Mark Callender era muy bonita.

—Ah, ¿la vio usted? Usted no estaba en el funeral, ¿verdad? Sí, quedé muy satisfecha. Hicieron realmente un buen trabajo, pensé. Pobre muchacho, no tuvo mucho más que eso, ¿verdad? —Miró a Cordelia con bondadoso interés—. ¿De modo que conocía usted al señor Mark? ¿Acaso era usted su novia?

—No, no lo era, pero estoy interesada por él. Es raro que él nunca hablase de usted, su antigua aya.

—Pero es que yo no fui su aya, querida, o, por lo menos, sólo lo fui durante un mes o dos. Era entonces un bebé y yo nada significaba para él. No, yo fui aya de su querida madre.

—Pero usted visitó a Mark el día en que cumplió veintiún años, ¿verdad?

—¿De modo que se lo contó? Yo me alegré de volver a verle después de todos esos años, pero no me habría atrevido a ir a verle por mi cuenta. No habría estado bien, teniendo presente los sentimientos de su madre, a hacer algo que ella me había pedido que hiciese cuando se estaba muriendo. ¿Sabe?, no había visto al señor Mark desde hacía más de veinte años (es extraño, realmente, considerando que no vivíamos muy lejos unos de otros), pero enseguida le reconocí. Se parecía mucho a su madre, pobre muchacho.

—¿Podría usted hablarme de ello? No es por simple curiosidad; es importante para mí saberlo.

Apoyándose en el asa de su cesta, la señora Goddard se puso dificultosamente de pie. Se quitó unas briznas de hierba que se le habían adherido a la falda, palpó en su bolsillo en busca de unos guantes grises de algodón y se los puso. Juntas fueron bajando despacio por el sendero.

—¿Dice usted que es importante? No veo por qué habría de serlo. Ya todo es pasado. Ella está muerta, pobre señora, y él también. Tantas esperanzas y promesas para nada. A nadie he hablado de todo esto, pero, al fin y al cabo, ¿quién habría de preocuparse por saberlo?

—¿Qué le parece si nos sentásemos en este banco y hablásemos un rato?

—No veo por qué no. De momento, no hay prisa por volver a casa. ¿Sabe usted, querida?, yo no me casé hasta los cincuenta y tres años y, sin embargo, echo de menos a mi marido como si nos hubiéramos amado desde niños. La gente dijo que estaba loca por casarme a esa edad, pero ¿sabe?, yo había conocido a su mujer durante treinta años, habíamos ido juntas a la escuela, y también le conocía a él. Si un hombre es bueno para una mujer, será bueno para otra. Eso fue lo que yo calculé y tuve razón.

Estaban sentadas la una al lado de la otra en el banco, contemplando la alfombra de hierba que rodeaba la tumba. Cordelia dijo:

—Hábleme de la madre de Mark.

—Era la señorita Bottley, Evelyn Bottley. Yo trabajé de segunda niñera para su madre antes de que ella naciese. Entonces todavía

estaba sólo el pequeño Harry. Murió en la guerra en su primer ataque contra Alemania. Su padre lo llevó muy mal; nadie había para él como Harry, había sido toda la ilusión de su vida. El señor nunca se preocupó verdaderamente por la señorita Evie y esto pudo marcar una diferencia. La gente lo dice, pero yo nunca lo he creído. He conocido a padres que incluso amaron más a un bebé, pobrecillas criaturas inocentes, ¿cómo se las puede culpar? Si usted me lo pregunta, le diré que pensar que ella había matado a su madre sólo fue una excusa para no encariñarse con la niña.

—Sí, yo sé de un padre al que también eso le sirvió de pretexto. Pero no es culpa suya. No podemos obligar a una persona a que nos ame sólo porque nosotros queremos que nos amen.

—Pues es una lástima, querida, porque, de lo contrario, el mundo iría muchísimo mejor. Pero su propia hija, ¿eso no es natural!

—¿Y ella amaba a su padre?

—¿Cómo no podía amarle? No se le puede exigir amor a una criatura si no se le da amor. Pero ella nunca recurrió al ardid de querer agradarle, de ponerle de buen humor. Él era un hombre corpulento, fiero, que hablaba con voz estentórea, como para asustar a una criatura. Le habría ido mejor si hubiera tenido que habérselas con una chiquilla respondona, que no le hubiera tenido miedo.

—¿Qué le ocurrió a ella? ¿Cómo conoció a sir Ronald Callender?

—Él no era sir Ronald entonces, querida. ¡Oh, no! Era Ronny Callender, el hijo del jardinero. Vivían en Harrowgate, ¿sabe? ¡Oh, qué casa tan bonita tenían! Cuando yo entré por primera vez a su servicio, había tres jardineros. Eso fue antes de la guerra, claro. El señor Bottley trabajaba en Bradford; en el comercio de la lana. Pero, bueno, usted me pregunta por Ronny Callender. Le recuerdo bien, un muchacho tenaz, bien parecido, pero que guardaba sus pensamientos para sí mismo. Ese sí que era listo, ¡vaya si lo era! Obtuvo una beca para el instituto y lo hizo muy bien.

—¿Y Evelyn Bottley se enamoró de él?

—Pudo haberse enamorado, querida. ¿Quién puede decir lo que hubo entre ellos cuando eran jóvenes? Pero entonces vino la guerra y él se marchó. Ella quería a toda costa hacer algo útil y la

admitieron como enfermera, aunque cómo llegó a los exámenes de medicina es algo que nunca sabré. Y luego volvieron a encontrarse en Londres, tal como se encontraba la gente durante la guerra, y la siguiente cosa que supimos fue que se habían casado.

—¿Y vinieron a vivir aquí, fuera de Cambridge?

—No hasta después de la guerra. Al principio ella siguió con lo de enfermera y él fue enviado a ultramar. Tuvo los que los hombres llaman una buena guerra; nosotros lo llamaríamos una mala guerra, me atrevería a decir, todo matanzas y luchas, prisiones y fugas. Esto tenía que haber hecho que el señor Bottley se sintiera orgulloso de él y se reconciliase con ellos por lo del casamiento, pero no fue así. Creo que él creía que Ronny iba por el dinero, porque dinero había en cantidad, no le quepa a usted duda. Puede que tuviera razón, pero ¿quién iba a reprocharle algo al muchacho? Mi madre solía decir: «No te cases por dinero, pero cástate donde lo haya». No hay mal alguno en buscar dinero mientras haya también bondad y gentileza.

—¿Y cree usted que hubo bondad?

—Por lo que yo podía ver, nunca hubo falta de bondad, y ella estaba loca por él. Después de la guerra, fue a Cambridge. Él siempre había querido ser un científico y obtuvo una subvención porque era excombatiente. Ella tenía algún dinero de su padre y compraron la casa en la que él vive ahora, para que pudiera vivir en el hogar mientras estudiaba. Entonces las cosas no eran como ahora, naturalmente. Desde entonces, ha hecho muchas cosas. En aquel momento eran muy pobres y la señorita Evie se las arreglaba prácticamente sin la menor ayuda, sólo con la mía. El señor Bottley solía venir y quedarse con nosotros de vez en cuando. A ella, pobrecilla, le daban miedo estas visitas de su padre. Y entonces el señor Callender terminó los estudios en la universidad y obtuvo un empleo como profesor. Él quería continuar en el colegio universitario para ser profesor o algo por el estilo, pero allí no le quisieron. Solía decir que fue porque no tenía influencias, pero yo pienso que quizá no fuera lo bastante inteligente. En Harrowgate pensábamos que era el chico más inteligente del instituto. Pero, luego Cambridge está lleno de gente inteligente.

¿Y entonces nació Mark?

—Sí, el 25 de abril de 1951, al cabo de nueve años de matrimonio. Nació en Italia. El señor Bottley se puso tan contento de que ella estuviera embarazada que aumentó la asignación, y solían pasar muchas vacaciones en Toscana. Mi señora amaba Italia, siempre la había amado, y pienso que quería que su hijo naciese allí. De lo contrario, no habría ido allí de vacaciones en el último mes de su embarazo. Yo fui a visitarla un mes aproximadamente después de que hubiera regresado, con el bebé, y nunca he visto tan feliz a una mujer. ¡Oh, era un niño precioso!

—Pero ¿por qué fue usted a visitarla? ¿Es que no vivía y trabajaba allí?

—No, querida. No viví ni trabajé allí durante algunos meses. Ella no estaba bien en los primeros días de su embarazo. Pude ver que vivía bajo una gran tensión y era desgraciada y un día el señor Callender me llamó y me dijo que ella estaba contra mí y que tenía que marcharme. Yo no me lo habría creído, pero cuando fui a verla, se limitó a extender la mano y decirme: «Lo siento, Tata, pero pienso que sería mejor que te marchases».

»Ya sé que las mujeres embarazadas tienen caprichos extraños, y el bebé era muy importante para los dos. Pensé que quizá más adelante me pediría que volviese, y así lo hizo, pero no vivía con ellos. Tomé una habitación para dormir en casa de la señora del director general de correos, en el pueblo, y solía dedicar cuatro mañanas a la semana a mi señora y el resto a otras señoras del pueblo. La cosa iba muy bien, realmente, pero cuando no estaba con el niño, lo echaba de menos. No veía con frecuencia a mi señora durante su embarazo, pero una vez nos encontramos en Cambridge. Debió de ser hacia el final de su embarazo. Estaba muy pesada, la pobre, arrastrándose con dificultad de un lado a otro. De momento, fingió que no me había visto y luego lo pensó mejor y cruzó la calle para ir a mi encuentro.

»«Nos vamos a Italia la semana que viene, Tata», me dijo. “¿No es maravilloso?”.

»Yo le dije: “Si se descuida, querida, ese bebé será un italianito”. Y ella se rio con satisfacción. Parecía estar muy impaciente, como si no pudiera esperar a regresar al sol que tanto apreciaba.

—¿Y qué ocurrió después de que hubo vuelto a casa?

—Falleció al cabo de nueve meses, querida. Nunca había sido fuerte, como le he dicho, y cogió la gripe. Yo ayudé a cuidarla, y habría hecho más, pero el señor Callender quiso cuidarla él mismo. No podía soportar a alguien más cerca de ella. Sólo estuvimos juntas unos pocos minutos antes de que se muriera, y fue entonces cuando me pidió que entregase su libro de oraciones a Mark el día que cumpliera veintiún años. Aún la estoy oyendo: «Dáselo a Mark cuando cumpla veintiún años, Tata. Envuélvelo con cuidado y llévaselo cuando tenga esa edad. No te olvidarás ¿verdad que no?». Yo le dije: «No lo olvidaré, querida, bien lo sabe usted». Entonces dijo una cosa extraña: «Si lo haces, o si te mueres antes de ese momento, o si él no comprende, no importará en realidad. Querrá decir que Dios lo quiere así».

—¿A qué cree usted que se refería?

—¿Quién podría decirlo, querida? Era muy religiosa la señorita Evie, demasiado religiosa para su propio bien, pensaba yo en ocasiones. Yo pienso que deberíamos aceptar nuestras propias responsabilidades, resolver nuestros propios problemas y no dejarlo todo en las manos de Dios, como si Él no tuviera suficiente con pensar en el mundo, en el estado en que se encuentra. Pero eso fue lo que ella dijo tres horas antes de morir, y eso fue lo que yo le prometí. Así, cuando el señor Mark cumplió los veintiún años, me informé del colegio en que estaba y fui a verle.

—¿Qué sucedió?

—Oh, juntos pasamos un rato muy feliz. ¿Sabe usted? Su padre nunca le había hablado de su madre. Eso a veces ocurre, cuando muere una esposa, pero opino que un hijo debería saber cosas de su madre. No paraba de hacerme preguntas, sobre cosas que yo creía que su padre ya le habría contado.

»Se alegró de recibir el libro de oraciones. Pocos días después, vino a verme. Me preguntó el nombre del médico que había tratado a su madre. Le dije que era el viejo doctor Gladwin. El señor Callender y ella nunca tuvieron otro médico. Yo a veces pensaba que eso era una lástima, siendo tan frágil la señorita Evie. El doctor Gladwin debía de tener a la sazón setenta años, y aunque había personas que no habrían dicho una palabra en su contra, a mí personalmente nunca me hizo mucha gracia. La bebida, ¿sabe usted,

querida? Nunca estaba realmente como para fiarse de él. Pero supongo que hace mucho tiempo que descansa en paz, pobre hombre. De todas maneras, yo le dije el nombre, al señor Mark y él se lo apuntó. Después de eso tomamos té y charlamos un poco y se fue. Ya no volví a verle más.

—¿Y nadie más tiene conocimiento del libro de oraciones?

—Nadie en el mundo, querida. La señorita Leaming vio el nombre de la floristería en mi tarjeta y fue a pedirles mi dirección. Vino aquí el día después del funeral para darme las gracias por mi asistencia, pero pude ver que sólo era curiosidad. Si ella y sir Ronald estaban tan complacidos de verme, ¿qué les había impedido venir a mi encuentro y estrecharme la mano? Ella vino más o menos a sugerir que yo estaba allí sin invitación. ¡Una invitación a un funeral! ¿Quién ha oído semejante cosa?

—¿De modo que usted nada le contó? —preguntó Cordelia.

—A nadie lo he contado más que a usted, querida, y a decir verdad, nunca me gustó esa mujer. No estoy insinuando que hubiese algo entre ella y sir Ronald, al menos mientras vivió la señorita Evie. Nunca oí la menor crítica y ella vivía en un piso en Cambridge, y vivía sola, supongo. El señor Callender la conoció cuando él enseñaba ciencias en una de las escuelas del pueblo. Ella era la profesora de literatura inglesa. No fue hasta después de que muriera la señorita Evie, cuando él montó su propio laboratorio.

—¿Quiere usted decir que la señorita Leaming está graduada en Letras?

—¡Oh, sí, querida! No había estudiado para secretaria. Naturalmente, dejó la enseñanza cuando empezó a trabajar para el señor Callender.

—¿De modo que usted abandonó Garforth House después de que falleciera la señora Callender? ¿No se quedó para cuidar del niño?

—No me lo pidieron. El señor Callender empleó a una de esas chicas recién salidas del colegio y entonces, Mark, cuando era aún sólo un bebé, fue enviado a la escuela. Su padre me dio a entender claramente que no quería que yo viese al niño, y, al fin y al cabo, un padre tiene sus derechos. Yo no quise continuar viendo al señorito Mark sabiendo que su padre no lo aprobaba. Ello sólo habría sido poner al niño en una falsa situación. Pero ahora está

muerto y todos le hemos perdido. El forense dijo que se había suicidado y puede que tuviese razón.

Cordelia dijo:

—Yo no creo que se suicidase.

—¿No lo cree, querida? Eso está bien, por su parte. Pero está muerto, ¿no?, de modo que, ¿qué importa ahora? Creo que es hora de que me vuelva a casa. Si no le importa, no la invito a tomar el té, querida. Estoy un poco fatigada hoy. Pero ya sabe dónde puede encontrarme y si alguna vez quiere volver a verme, siempre será bien recibida.

Salieron juntas del recinto del cementerio. Al llegar a las puertas, se separaron. La señorita Goddard dio unos golpecitos a Cordelia en el hombro, con el torpe afecto que habría podido mostrar a un animal, y luego se encaminó despacio hacia el pueblo.

Mientras Cordelia seguía con su coche la curva de la carretera, apareció a la vista el paso a nivel. Acababa de pasar un tren y se estaban levantando las barreras. Tres vehículos habían quedado atrapados en el cruce y el último de la fila se puso en marcha enseguida, y aceleró para adelantar a los dos primeros automóviles mientras avanzaban lentamente dando sacudidas por encima de los raíles. Cordelia vio que era una furgoneta pequeña de color negro.

Más tarde, Cordelia recordaba poca cosa del viaje de regreso a la cabaña. Conducía de prisa, fijaba su atención en la carretera que tenía delante y trataba de dominar su creciente excitación concentrándose en el manejo de los pedales. Llevó el Mini muy cerca del seto delantero, sin preocuparse de si alguien podía verlo. La cabaña estaba y olía tal y como ella la había dejado. Casi había esperado encontrarla saqueada y desaparecido el libro de oraciones. Dando un suspiro de alivio, vio que el blanco lomo del libro aún estaba allí, entre las cubiertas más altas y más oscuras. Cordelia lo abrió. Apenas sabía lo que esperaba encontrar; quizás una dedicatoria, o un mensaje, críptico o llano, una carta doblada entre las hojas. Pero la única dedicatoria que halló posiblemente no guardaba la menor relación importante con el caso. Estaba escrita con una letra trémula, anticuada; la plumilla de acero había garabateado como una araña sus trazos sobre la página. «Para Evelyn Mary en el día de su confirmación, con el amor de su

madrina, 5 de agosto de 1934».

Cordelia sacudió el libro. Ningún trozo de papel salió volando de sus hojas. Pasó las páginas rápidamente. Nada. Fue a sentarse en la cama, desconcertada. ¿Había sido absurdo imaginar que había algo importante en el legado del libro de oraciones? ¿Se había levantado Cordelia un prometedor edificio de conjeturas y misterio sobre los confusos recuerdos de una anciana, recuerdos de una acción perfectamente corriente y comprensible... de una madre devota y moribunda que dejaba en herencia a su hijo un libro de oraciones? Y aun suponiendo que no estuviese equivocada, ¿por qué había de encontrarse el mensaje todavía allí? Si Mark hubiese encontrado una nota de su madre, colocada entre las hojas, bien podía haberla destruido después de leerla. Y si él no la hubiese destruido, alguien más podría haberlo hecho. La nota, si había existido, en ese momento ya formaba probablemente parte del montón de ceniza blanca y restos carbonizados de la chimenea de la cabaña.

Hizo un esfuerzo para salir de su desaliento. Todavía había una línea de investigación que seguir; intentaría localizar al doctor Gladwin. Tras reflexionar un breve instante, puso en su bolso el libro de oraciones. Al mirar su reloj vio que era casi la una. Decidió comer un poco de queso y fruta en el jardín y luego dirigirse otra vez a Cambridge para visitar la biblioteca central y consultar la guía médica.

Aún no había transcurrido una hora cuando encontró la información que quería. Sólo había un doctor Gladwin en el registro que pudiera haber atendido a la señora Callender pues era un anciano de más de setenta años, veinte años antes. Era Emlyn Thomas Gladwin, que había hecho sus prácticas como médico en el hospital St. Thomas en 1904. Cordelia anotó la dirección en su agenda: 4 Pratts Way, carretera de Ixworth, Bury St. Edmunds. ¡La ciudad de Edmunds! La que, según Isabelle, ella y Mark habían visitado en su camino hacia el mar.

De modo que, después de todo, el día no se había perdido. Estaba siguiendo los pasos de Mark Callender. Impaciente por consultar un mapa, fue a la sección de atlas de la biblioteca. Eran las doce y cuarto. Si tomaba la carretera A45 directamente a través de Newmarket, podría estar en Bury St. Edmunds en una hora

aproximadamente. Si invertía una hora en la visita al doctor y otra en el viaje de regreso, podría estar de nuevo en la cabaña antes de las cinco y media.

Conducía a través de la agradable campiña que rodeaba Newmarket, cuando advirtió que la furgoneta negra la estaba siguiendo. Se hallaba demasiado lejos para ver quién la conducía, pero pensó que era Lunn y que iba solo. Aceleró, tratando de mantener la distancia entre los dos vehículos, pero la furgoneta se aproximó un poco más. No había razón, naturalmente, para que Lunn no pudiera estar conduciendo hacia Newmarket por encargo de sir Ronald Callender pero el reflejo resultaba desconcertante. Cordelia decidió procurar que Lunn la perdiese de vista. La carretera por la que estaba viajando presentaba pocos recodos, y el paisaje no le era familiar. Decidió esperar hasta llegar a Newmarket, y entonces aprovecharía la primera ocasión que se le presentase.

La travesía principal de la ciudad era una maraña de tráfico y todas las bocacalles parecían estar bloqueadas. Cordelia no vio su oportunidad hasta que llegó al segundo semáforo. La furgoneta quedó atrapada en el cruce, a unos cincuenta metros detrás del Mini. Al aparecer la luz verde, Cordelia aceleró rápidamente y giró a la izquierda. Enfiló por la primera travesía a la izquierda, y luego torció a la derecha. Conducía por calles que no le eran familiares; luego, pasados unos cinco minutos, se detuvo en un cruce y esperó. La furgoneta negra no se veía. Aparentemente había conseguido escapar a la vista de Lunn. Esperó otros cinco minutos y entonces retrocedió despacio hacia la carretera principal y se unió al flujo del tráfico que se dirigía hacia el este. Media hora más tarde atravesó Bury St. Edmunds y fue bajando lentamente por la carretera de Ixworth, buscando con los ojos Pratts Way. Lo encontró cincuenta metros más allá: era una calleja formada por una hilera de seis casitas de estuco. Detuvo el coche frente al número cuatro y se acordó de la obediente y dócil Isabelle, a la que se le había dicho que condujese un poco más allá y esperase dentro del coche. ¿Fue porque a Mark le pareció que el Renault blanco llamaba demasiado la atención? Incluso la llegada del Mini había suscitado interés. Había caras en las ventanas superiores y había aparecido

misteriosamente un pequeño grupo de niños, arracimados junto a la puerta de una casa vecina y mirándola con grandes e inexpresivos ojos.

El número cuatro pertenecía a una casa de aspecto deprimente; el jardín delantero estaba sin escardar y la valla presentaba boquetes en los que las tablas se habían podrido o habían sido arrancadas. La pintura externa había saltado dejando la madera desnuda y la puerta principal, de color marrón, se había pelado y estaba cubierta de ampollas de pintura provocadas por el sol. Pero Cordelia vio que las ventanas inferiores brillaban y los visillos blancos estaban limpios. La señora Gladwin era probablemente una cuidadosa ama de casa que se esforzaba por mantenerlo todo correctamente, pero demasiado vieja para el trabajo pesado y demasiado pobre para procurarse una ayuda. Cordelia sintió benevolencia hacia ella. Pero la mujer que, al cabo de algunos minutos, abrió la puerta para responder a la llamada hecha con los nudillos por la joven —el timbre estaba estropeado—, fue un decepcionante antídoto a su piedad sentimental. La compasión se extinguió ante aquellos ojos duros y desconfiados, aquella boca de labios apretados como una trampa, aquellos brazos delgados, cruzados como una barrera de hueso a través de su pecho como para repeler todo contacto humano. Era difícil adivinar su edad. Su pelo, atado en la nuca en un pequeño moño, era todavía negro, pero la cara estaba surcada por profundas arrugas y los nervios y las venas resaltaban en el delgado cuello como cordones. Llevaba zapatillas y una bata de algodón de colores chillones. Cordelia dijo:

—Mi nombre es Cordelia Gray. Me preguntaba si podría tal vez hablar con el doctor Gladwin, si está en casa. Se trata de una antigua paciente.

—Está en casa, ¿en qué otro sitio podría estar? Está en el jardín. Es mejor que pase.

La casa olía horriblemente, una amalgama de extrema vejez, excrementos y comida pasada, con una capa odorífera de fuerte desinfectante. Cordelia entró y se dirigió directamente hacia el jardín, haciendo todo lo posible para no mirar el zaguán ni la cocina, porque la curiosidad podía parecer impertinente.

El doctor Gladwin estaba sentado en un alta silla Windsor,

colocada al sol. Cordelia nunca había visto a un hombre tan anciano. Parecía llevar un traje de lana, sus pies hinchados estaban embutidos en inmensas zapatillas de fieltro y encima de las rodillas tenía un chal hecho de punto. Sus manos colgaban por encima de los brazos de la silla, como si fuesen demasiado pesadas para las frágiles muñecas, unas manos pecosas y quebradizas como hojas de otoño, que temblaban con suave insistencia. El cráneo, alto y abovedado, del que salían unas pocas cerdas grises, parecía tan pequeño y vulnerable como el de un niño. Los ojos eran como dos pálidas yemas de huevo flotando en sus glutinosas claras veteadas de venas azules.

Cordelia se acercó a él y le llamó cariñosamente por su nombre. No hubo respuesta. La joven se arrodilló en la hierba junto a sus pies y levantó los ojos hacia su cara.

—Doctor Gladwin, quería hablar con usted acerca de una paciente. Hace mucho tiempo. La señora Callender. ¿Recuerda usted a la señora Callender, de Garforth House?

Tampoco hubo respuesta. Cordelia supo que no la habría. Volver a preguntar parecía incluso un ultraje. La señora Gladwin estaba de pie a su lado, como si lo exhibiera ante un mundo que lo contemplaba intrigado.

—¡Adelante, pregúntele! Todo está en su cabeza, ¿sabe usted? Eso es lo que decía siempre. «No estoy para registros y notas. Todo está en mi cabeza».

Cordelia dijo:

—¿Qué le sucedió a su archivo médico cuando dejó la práctica de la medicina? ¿Se hizo cargo de él otra persona?

—Eso es lo que acabo de decirle. Nunca hubo archivo alguno. Y de nada le servirá preguntarme a mí. Lo mismo le dije a aquel muchacho. El doctor se alegró de casarse conmigo cuando necesitaba una enfermera, pero nunca me hablaba de sus pacientes. ¡Oh no, querida! Gastaba todo lo que ganaba en bebida, pero todavía era capaz de hablar sobre la ética médica.

La amargura que había en la voz de la mujer era horrible. Cordelia no pudo sostener con su mirada la mirada de ella. Fue entonces cuando le pareció ver que los labios del viejo se movían. Inclínó la cabeza y captó una sola palabra: «Frío».

—Creo que está tratando de decir que tiene frío. ¿Hay quizás otro chal que se le pudiera poner sobre los hombros?

—¡Frío! ¡Con este sol! Siempre tiene frío.

—Pero quizás otra manta ayudaría. ¿Quiere que vaya a buscarla?

—Déjele estar, señorita. Si quiere cuidar de él, cuide de él. Ya verá cómo disfruta usted manteniéndolo limpio como un bebé, lavándole el culo, cambiándole la ropa de la cama todas las mañanas. Iré a buscarle otro chal, pero al cabo de dos minutos, se lo quitará. No sabe lo que quiere.

—Lo siento —dijo Cordelia, no sabiendo qué hacer. Se preguntaba si la señora Gladwin estaba recibiendo toda la ayuda disponible, si iba a visitarles la enfermera del distrito, si esta había pedido a su médico que tratase de encontrar una cama de hospital. Pero estas eran preguntas inútiles. Incluso ella sabía lo que es rechazar desesperadamente una ayuda, la desesperación que carece ya de la energía necesaria incluso para buscar alivio. Dijo:

—Lo siento; no quiero seguir molestando a ninguno de los dos.

Retrocedieron de nuevo a través de la casa. Pero había una pregunta que Cordelia tenía por hacer. Cuando llegaron a la puerta de la calle, dijo:

—Usted ha hablado de un muchacho que les había visitado. ¿Se llamaba Mark?

—Mark Callender. Preguntaba por su madre. Y luego, unos diez días más tarde, vino a vernos el otro.

—¿Qué otro?

—Era un perfecto caballero. Entró como si fuera el amo. No quiso decir su nombre, pero yo he visto su cara en alguna parte. Pidió ver al doctor Gladwin y yo le hice pasar. Aquel día estábamos sentados en la salita de atrás, porque soplaba un poco de aire. Subió a donde estaba el doctor y dijo: «Buenos días, Gladwin», con voz fuerte, como si hablase a un sirviente. Luego se inclinó y le miró. Después se incorporó, me dijo buenos días y se fue. ¡Vaya, que nos vamos haciendo populares! Algunos más de ustedes, y tendré que cobrar por el espectáculo.

Estuvieron un instante de pie junto a la puerta. Cordelia se preguntaba si debía tenderle la mano, pero le pareció que la señora

Gladwin no deseaba que se marchase todavía. De pronto la mujer habló en voz alta y con un tono áspero y desagradable, mirando delante de sí:

—Aquel amigo suyo, el muchacho que vino aquí. Dejó sus señas. Dijo que no le importaría venir a hacer compañía al doctor un domingo si yo quería descansar; dijo que podía preparar para ambos algo para cenar. A mí me haría ilusión ir a ver a mi hermana en Haverhill este domingo. Dígale que puede venir, si quiere.

La capitulación resultaba grotesca, la invitación hecha a regañadientes. Cordelia podía adivinar el esfuerzo que le había costado. Dijo impulsivamente:

—Yo podría venir el domingo, en vez de él. Tengo coche, podría llegar más pronto.

Sería un día perdido para sir Ronald Callender, pero no se lo cobraría. Y hasta un detective tenía realmente derecho a un día de descanso en domingo.

—No querrá la compañía de una chica. Hay que ayudarle en cosas para las que hace falta un hombre. Simpatizó con aquel muchacho. Me di cuenta. Dígale que puede venir.

Cordelia se volvió hacia la mujer.

—Vendría, yo sé que lo haría. Pero no puede. Está muerto.

La señora Gladwin no habló. Cordelia extendió una mano y le tocó la manga. No hubo respuesta. Dijo en voz baja:

—Lo siento. Ahora me iré.

Y estuvo a punto de añadir: «Si nada hay que pueda hacer por ustedes». Pero se detuvo a tiempo. Nada había que ella ni alguna otra persona pudiera hacer.

Volvió la cabeza para mirar una vez, mientras la carretera discurría hacia Bury, y vio la rígida figura todavía de pie junto a la puerta.

Cordelia no estaba segura de lo que la había decidido a parar en Bury y permanecer durante diez minutos en los jardines de la Abadía. Pero sentía que no podía regresar a Cambridge sin antes sosegar su espíritu, y la vista de la hierba y las flores a través de la puerta normanda resultaba irresistible. Aparcó el Mini en Angel

Hill, luego atravesó los jardines en dirección a la orilla del río. Allí estuvo cinco minutos sentada, tomando el sol. Recordó que tenía que anotar en su libreta el dinero que había gastado en gasolina y palpó dentro del bolso en busca de la libreta. Su mano sacó el blanco libro de oraciones. Estaba allí, sentada tranquilamente, pensando. Supongamos que ella hubiera sido la señora Callender y hubiera querido dejar un mensaje, un mensaje que Mark encontrase y pudiera pasar inadvertido para otros buscadores. ¿Dónde lo pondría? La respuesta parecía puerilmente sencilla. Seguramente en algún lugar de la página en la que estaba la colecta, el evangelio y la epístola para el día de San Marcos. Él había nacido el 25 de abril. Y le habían puesto el nombre del santo. Rápidamente encontró el lugar. Bajo la clara luz del sol reflejada por el agua del río, vio lo que, al hojear el libro precipitadamente, había pasado por alto. Allí frente a la dulce petición de Cranmer para recibir la gracia de resistir el maligno influjo de la falsa doctrina, había un pequeño jeroglífico tan débilmente trazado que la marca que había dejado en el papel era poco más que una tiznadura. Cordelia vio que era un grupo de letras y cifras.

E M C

A A

14.1.52

Las tres primeras letras, naturalmente, eran las iniciales de la madre de Mark. La fecha debía de ser de cuando escribió el mensaje. ¿No había dicho la señora Goddard que la señora Callender había muerto cuando su hijo contaba unos nueve meses? Pero ¿y las dos aes? La mente de Cordelia buscó rápidamente una multitud de asociaciones antes de recordar la tarjeta que había encontrado en la cartera de Mark. Seguramente aquellas dos letras debajo de unas iniciales sólo podían indicar una cosa, el grupo sanguíneo. Mark era B. Su madre era AA. Sólo existía una razón por la que ella querría que él tuviera aquella información. El paso siguiente consistía en descubrir el grupo sanguíneo de sir Ronald Callender.

Lanzó casi una exclamación de triunfo, mientras atravesaba corriendo los jardines, y volvió a conducir el Mini hacia Cambridge. No había pensado en las implicaciones de este descubrimiento y tampoco en si eran válidos sus argumentos. Pero al menos tenía algo que hacer, al menos tenía una guía. Conducía deprisa, desesperada por llegar a la ciudad antes de que cerrasen la oficina de correos. Allí, parecía recordar era posible obtener una copia de la lista del Ayuntamiento de los médicos locales. Se la entregaron. Y, entonces, a buscar un teléfono. Sólo sabía de una casa en Cambridge en la que tendría la oportunidad de que la dejaran telefonar en paz durante una hora. Se dirigió al número 57 de la calle Norwich.

Sophie y Davie estaban en casa jugando al ajedrez en el cuarto de estar, la cabeza rubia y la cabeza castaña casi tocándose por encima del tablero. No mostraron la menor sorpresa cuando Cordelia les pidió usar el teléfono para hacer una serie de llamadas.

—Voy a pagarlo, naturalmente. Haré la cuenta.

—Supongo que querrás la habitación para ti, ¿no? —dijo Sophie —. Terminaremos la partida en el jardín Davie.

Con una bendita falta de curiosidad se llevaron el tablero de ajedrez con cuidado a través de la cocina y lo colocaron sobre la mesa del jardín. Cordelia acercó una silla a la mesa y se sentó con su lista. Era terriblemente larga. No existía una pista por donde empezar, pero quizá lo mejor sería empezar por aquellos doctores con prácticas de grupo y direcciones próximas al centro de la ciudad. Empezaría por ellos, tachando sus nombres después de cada llamada. Recordó otra perla referida por Bernie acerca de la sabiduría del comisario: «La resolución requiere una paciente persistencia que llega a la obstinación». Pensaba en él mientras marcaba el primer número. ¡Qué jefe tan insoportablemente exigente e irritante tenía que haber sido! Pero ya sería con seguridad viejo: cuarenta y cinco años por lo menos. En estos momentos probablemente ya estaría un poco gastado.

Pero una hora de obstinación resultó infructuosa. Sus llamadas eran invariablemente respondidas; una ventaja de telefonar al consultorio de un cirujano era que el aparato estaba atendido por una persona, no por un contestador automático. Pero las respuestas,

dadas con cortesía, con brusquedad o en tono de prisa por una variedad de interlocutores, desde los doctores mismos hasta amables mujeres dispuestas a transmitir un mensaje, eran las mismas. Sir Ronald Callender no era paciente de aquel doctor. Cordelia repetía su fórmula. «Siento mucho haberle molestado. Debo de haber entendido mal el nombre».

Pero al cabo de casi setenta minutos de marcar números, la suerte le sonrió. Respondió la mujer del médico.

—Temo que se haya equivocado usted. Es el doctor Venables el médico de la familia de sir Ronald Callender.

¡Era estar de suerte, ciertamente! El doctor Venables no figuraba en la lista preliminar de Cordelia y para llegar a la V habría tardado al menos otra hora. Fue recorriendo los nombres con el dedo e hizo la última llamada.

Respondió la enfermera del doctor Venables. Cordelia pronunció su preparado discurso:

—Llamo de parte de la señorita Leaming de Garforth House. Siento molestarles, pero ¿sería usted tan amable de recordarnos el grupo sanguíneo de sir Ronald Callender? Quiere saberlo antes de la Conferencia de Helsinki del próximo mes.

—Un momento, por favor.

Hubo una breve espera; el rumor de pasos que volvían.

—Sir Ronald pertenece al grupo A. Yo de usted lo anotaré bien. Su hijo hizo una llamada hará cosa de un mes preguntando lo mismo.

—¡Gracias, muchísimas gracias! Tendré cuidado en hacer una nota. —Cordelia decidió asumir un riesgo y añadió—: Es que soy nueva aquí, ayudando a la señorita Leaming, y la otra vez ella me dijo que lo anotase, pero yo, estúpida de mí, me olvidé de hacerlo. En el caso de que ella llamase, por favor, no le diga que he tenido que molestarla a usted de nuevo.

La voz rio, indulgente con la falta de eficiencia de los jóvenes. Al fin y al cabo, era poco probable que le hubiese ocasionado una gran molestia.

—No se preocupe, no se lo diré. Me alegro de que al final haya encontrado a alguien para que la ayudase. Espero que todos estén bien.

—¡Oh, sí! Todos están estupendamente.

Cordelia colgó el auricular. Miró por la ventana y vio que Sophie y Davie en aquel momento habían terminado su partida y estaban guardando de nuevo las piezas en la caja. Habían terminado a tiempo. Sabía la respuesta que darían a su pregunta, pero, con todo, tenía que comprobarlo. La información era demasiado importante para confiarla a su vago recuerdo de las leyes de Mendel sobre la herencia, sacadas del capítulo acerca de la sangre y la identidad del libro de Bernie sobre medicina forense. Davie lo sabría. El medio más rápido era preguntárselo en ese momento. Pero no podía preguntárselo a Davie. Ello significaría volver a la biblioteca pública y tendría que darse prisa si quería estar allí antes de que cerrasen.

Pero llegó a tiempo. La bibliotecaria, que ya se había acostumbrado a verla, se mostró tan servicial como siempre. Rápidamente le entregó a Cordelia el libro de consulta necesario. Cordelia comprobó lo que ya sabía. Un marido y una mujer que pertenezcan los dos al grupo sanguíneo A no pueden engendrar un hijo del grupo B.

Cordelia estaba muy cansada cuando regresó a la cabaña. Habían sucedido muchas cosas durante un solo día; había hecho muchos descubrimientos. Parecía imposible que menos de doce horas antes hubiera emprendido la búsqueda de Tata Pilbeam con sólo una vaga esperanza de que aquella mujer, si es que la encontraba, pudiera proporcionarle una pista de la personalidad de Mark Callender, pudiera contarle algo acerca de sus años de formación. Se sentía alegre por el éxito de la jornada, inquieta por la emoción, pero también exhausta mentalmente para intentar desenredar la maraña de conjeturas que yacía en el fondo de su mente. De momento, los hechos aparecían desordenados. No había una estructura clara, ninguna teoría que explicase de manera inmediata el misterio del nacimiento de Mark, el terror de Isabelle, el secreto conocimiento de Hugo y Sophie, el obsesivo interés de la señora Markland por la cabaña, las sospechas casi reacias del sargento Maskell, los hechos extraños y las incongruencias inexplicadas que rodeaban la muerte de Mark.

Se ocupó en cosas de la casa con la energía física que le infundía el cansancio mental. Fregó el suelo, encendió fuego encima del montón de cenizas de la chimenea por si al anochecer hacía frío, quitó la mala hierba del parterre de la parte trasera, luego se hizo una tortilla de champiñones y la comió sentada, como seguramente lo hacía Mark, a la sencilla mesa. Lo último que hizo fue ir a buscar la pistola al lugar donde la tenía escondida y la puso sobre la mesilla, al lado de la cama. Cerró con llave cuidadosamente la puerta trasera y corrió las cortinas de la ventana, y comprobó una vez más que los sellos estaban intactos. Pero no puso en equilibrio la tapa de cacerola encima de la puerta. Esa noche aquella particular precaución parecía pueril e innecesaria. Encendió la vela al lado de su cama y luego fue a escoger un libro. La noche estaba en calma, sin viento; la llama de la vela ardía sin que un soplo de aire la hiciera vacilar. Afuera aún no había oscurecido, pero el jardín estaba silencioso, rota la paz sólo por el lejano crescendo de un coche en la carretera principal o por el grito de un ave nocturna. Y entonces, vagamente entrevista a través del crepúsculo, divisó una figura junto a la portezuela. Era la señorita Markland. La mujer titubeó, con la mano en el pestillo, como si se preguntase si debía entrar o no en el huerto. Cordelia se deslizó hacia un lado, con la espalda arrimada a la pared. La borrosa figura estaba tan quieta que parecía que percibiera la presencia de alguien que la vigilaba y se hubiera quedado paralizada como un animal al que han sorprendido. Entonces, transcurridos dos minutos, se alejó y se perdió entre los árboles del huerto. Cordelia se relajó, tomó un ejemplar de *The Warden* de entre los libros de Mark y se deslizó en el interior de su saco de dormir. Media hora después, apagó la vela de un soplo y estiró confortablemente su cuerpo en espera del lento descenso en el sueño.

Se revolvió nerviosa en la cama en las primeras horas del día y se despertó de pronto, con los ojos inmensamente abiertos en la penumbra. El tiempo yacía suspendido; el aire tranquilo estaba expectante, como si el día hubiese sido cogido por sorpresa. Cordelia podía oír el tictac de su reloj de pulsera, encima de la mesilla y, junto a él, el curvo y reconfortante contorno de la pistola, el negro cilindro de su linterna. Permanecía acostada, prestando

oído a los ruidos de la noche. Era tan extraño vivir en aquellas horas tranquilas, ya que casi siempre transcurría el tiempo durmiendo o soñando, que uno se acercaba a ellas como a tientas y sin práctica, como una escritura recién nacida. No era consciente de temor alguno, solamente de una paz que lo abarcaba todo, una suave lasitud. La respiración de Cordelia llenaba la habitación, y el aire, tranquilo y limpio, parecía respirar al unísono con ella.

De repente, se dio cuenta de qué era lo que la había despertado. Unos visitantes se acercaban a la cabaña. Subconscientemente, en alguna breve pausa de sueño inquieto, debió de haber reconocido el sonido de un automóvil. Entonces el rechinar de la portezuela, el rumor de unos pies, furtivos como un animal en la maleza, un débil e interrumpido murmullo de voces. Abandonó su saco de dormir y se acercó sigilosamente a la ventana. Mark no había intentado limpiar los cristales de las ventanas delanteras; quizá no había tenido tiempo, quizás había celebrado que su suciedad sirviera para ocultar el interior de la cabaña a los ojos indiscretos. Cordelia frotó desesperadamente con los dedos la superficie cuya costra de suciedad había ido creciendo con los años. Pero finalmente sintió la fría lisura del cristal. La fricción de sus dedos produjo un sonido estridente como el chillido de un animal, hasta el punto de pensar que este ruido podía traicionarla. A través de la estrecha franja de cristal limpió, miró en dirección al huerto.

El Renault quedaba casi oculto por el alto seto, pero pudo ver la parte delantera del coche brillando junto a la portezuela y la luz de los dos faros, que como dos lunas gemelas iluminaban la vereda. Isabelle llevaba una prenda de vestir larga y muy ajustada; su pálida figura temblaba como una onda contra la oscuridad del seto. Hugo era solamente una negra sombra a su lado. Pero entonces se volvió y Cordelia vio el brillo de la blanca pechera de una camisa. Los dos llevaban trajes de etiqueta. Subían juntos y en silencio por el sendero y cambiaron unas breves palabras ante la puerta de delante, luego se encaminaron hacia la esquina de la cabaña.

Cordelia cogió rápidamente su linterna sin hacer ruido, y, descalza, bajó presurosa la escalera y atravesó el cuarto de estar para abrir la puerta trasera, que estaba cerrada con llave. La llave giró fácil y silenciosamente dentro de la cerradura. Casi sin

atreverse a respirar, retrocedió de nuevo entre las sombras, al pie de la escalera. Fue el momento oportuno. La puerta se abrió dejando entrar un poco de luz más pálida. Oyó la voz de Hugo:

—Un momento, voy a encender una cerilla.

La cerilla iluminó un instante los dos rostros de expresión grave, los inmensos y aterrados ojos de Isabelle. Luego se apagó. Oyó la maldición murmurada por Hugo y seguida del ruido que hizo al encender otra cerilla. Esta vez la sostuvo en alto. La cerilla iluminó la mesa, el gancho del techo, mudo acusador; la vigilante figura que se hallaba al pie de la escalera. Hugo quedó boquiabierto; su mano hizo un movimiento brusco y la cerilla se apagó. Inmediatamente, Isabelle empezó a chillar.

La voz de Hugo sonó aguda:

—Qué demonios...

Cordelia encendió su linterna y avanzó unos pasos.

—Soy yo, Cordelia.

Pero Isabelle nada podía oír. Los gritos subieron de tono con tal estridente intensidad que Cordelia casi temió que pudieran oírlos los Markland. El sonido no era humano, parecía el chillido de un animal aterrorizado. Fue interrumpido por el movimiento oscilante del brazo de Hugo; el sonido de una bofetada; una boca que se abría, asombrada. Hubo luego un segundo de absoluto silencio, y después Isabelle se desplomó en los brazos de Hugo, sollozando silenciosamente.

Hugo se volvió bruscamente hacia Cordelia:

—¿Por qué demonios has tenido que hacerlo?

—¿Hacer qué?

—Le has dado un terrible susto, al estar aquí espiando. De todas maneras, ¿qué haces aquí?

—Lo mismo podría preguntaros yo a vosotros.

—Hemos venido a recoger el Antonello que Isabelle le prestó a Mark cuando vino a cenar con él y a curarse de cierta morbosa obsesión con este lugar. Hemos estado en el baile del Pitt Club. Nos ha parecido una buena idea entrar aquí en nuestro camino hacia casa. Es evidente que ha sido una idea estúpida. ¿Hay aquí algo para beber?

—Sólo una cerveza.

—¡Oh Dios mío, Cordelia, tendría que haber algo más fuerte! Ella lo necesita.

—No hay algo más fuerte, pero haré café. Mientras tanto, enciende tú el fuego.

Cordelia puso de pie la linterna encima de la mesa y encendió el quinqué, y puso baja la mecha, luego ayudó a Isabelle a sentarse en una de las sillas que estaban al lado de la chimenea.

La joven temblaba. Cordelia fue a buscar uno de los gruesos jerseys de Mark y se lo puso alrededor de los hombros. La leña empezó a llamear bajo las cuidadosas manos de Hugo. Cordelia fue a la cocina a hacer café y colocó la linterna de lado sobre el alféizar de la ventana para que alumbrase el infiernillo de queroseno. Encendió el más potente de los dos quemadores y tomó del estante un jarro de loza marrón, los dos vasos de borde azul y una taza para ella. En una segunda taza desportillada estaba el azúcar. Tardó sólo un par de minutos en hervir media tetera de agua y verterlo sobre los granos de café. Podía oír la voz de Hugo desde el cuarto de estar, baja, apremiante, consoladora, intercalada en las respuestas monosilábicas de Isabelle. Sin esperar a que hirviese el café, lo puso en la única bandeja que había, una bandeja de estaño adornada con un dibujo del castillo de Edimburgo, y lo llevó al cuarto de estar y lo colocó en la chimenea. La leña crepitaba y ardía y una lluvia de brillantes chispas cayó y fue a adornar con estrellas el vestido de Isabelle. Luego un tizón de mayor tamaño empezó a arder con viva llamarada.

Mientras se inclinaba hacia adelante para remover el café, Cordelia vio un pequeño escarabajo que corría desesperadamente a lo largo de uno de los pequeños troncos. Cogió una ramita de la chimenea y se la presentó para ayudarle a escapar. Pero esto confundió aún más al escarabajo, que dio la vuelta, presa del pánico, y retrocedió corriendo hacia la llama y finalmente fue a caer dentro de una grieta de la madera. Cordelia se preguntó si el animalito llegó a darse brevemente cuenta de su terrible fin. Encender un fuego con una cerilla era un acto trivial capaz de causar tal agonía, tal terror.

Dio a Isabelle y a Hugo sus vasos y tomó ella el suyo. El reconfortante olor del café recién hecho se mezcló con el olor

resinoso de la leña que ardía. El fuego proyectaba largas sombras en el suelo embaldosado y el quinqué iluminaba suavemente sus rostros. Con seguridad, pensaba Cordelia, ningún sospechoso de asesinato había sido interrogado en un ambiente tan confortable. Hasta Isabelle había perdido su temor. Ya fuese por la tranquilidad que le ofrecía el brazo de Hugo rodeándole los hombros, el estímulo del café o el calor de hogar y el crepitar del fuego, parecía hallarse casi cómoda.

Cordelia dijo a Hugo:

—Has dicho que Isabelle estaba morbosamente obsesionada con este lugar. ¿Por qué habría de estarlo?

—Isabelle es muy sensible; no es tan dura como tú.

Cordelia pensó para sus adentros que todas las mujeres bellas eran duras —de lo contrario, ¿cómo podrían sobrevivir?— y que las fibras de Isabelle bien podrían compararse, por su elasticidad, con las suyas. Pero nada ganaría con desafiar las ilusiones de Hugo. La belleza era frágil, transitoria, vulnerable. La sensibilidad de Isabelle debía protegerse. Las duras podían cuidar de sí mismas. Dijo:

—Según tú, ella sólo estuvo aquí una vez anteriormente. Sé que Mark Callender murió en este cuarto, pero no es probable que esperéis que yo me crea que se siente afligida a causa de Mark. Hay algo que los dos sabéis y sería mejor que me lo contaseis ahora. Si no lo hacéis, tendré que informar a sir Ronald Callender de que Isabelle, tu hermana y tú estáis de algún modo implicados en la muerte de su hijo y a él corresponderá decidir si ha de llamar o no a la policía. No me imagino a Isabelle enfrentada a un interrogatorio, incluso el más suave, de la policía. ¿Y tú, Hugo?

Incluso para Cordelia sonaron estas palabras como un pequeño y pedante discurso, una infundada acusación respaldada por una vacua amenaza. Casi esperaba que Hugo las acogiese entre divertido y desdeñoso. Pero él la miró un instante como si valorase más de lo debido la realidad del peligro. Luego dijo con toda tranquilidad:

—¿Tú no puedes aceptar mi palabra de que Mark murió por su propia mano y de que si llamas a la policía, ello causará mi infelicidad y tristeza a su padre, a sus amigos y no servirá absolutamente de la menor ayuda para nadie?

—No, Hugo, no puedo.

—Entonces, si te contamos lo que sabemos, ¿prometerás que no trascenderá de aquí?

—¿Cómo puede ir más allá de prometeros que voy a creer lo que me digáis?

De pronto, Isabelle gritó:

—¡Oh, díselo, Hugo! ¿Qué importa?

Cordelia dijo:

—Creo que debéis hacerlo. Creo que no tenéis otra alternativa.

—Eso parece. Está bien. —Dejó el vaso de café en la chimenea y miró hacia el fuego—. Te dije que habíamos ido (Sophie, Isabelle, Davie y yo) al Arts Theatre la noche en que murió Mark, pero esto, probablemente habrás adivinado, fue cierto sólo en sus tres cuartas partes. Sólo quedaban tres localidades cuando fui a la taquilla, de modo que las asignamos a los tres que con mayor probabilidad disfrutarían con la obra. Isabelle va al teatro más para ser vista que para ver y se aburre con un espectáculo en el que figuren menos de cincuenta artistas, de manera que fue a ella a la que dejamos de lado. Olvidada así por su amante habitual, muy razonablemente fue a buscar consuelo en el siguiente.

—Mark no era mi amante, Hugo —dijo Isabelle, con una sonrisa.

Hablaba sin rencor ni resentimiento. Se trataba de poner los puntos sobre las íes.

—Lo sé. Mark era un romántico. Nunca llevaba a una chica a la cama, ni a cualquier otro lugar que yo pudiera saber, hasta que consideraba que existía entre ellos una adecuada profundidad de comunicación personal, o algo así, según su jerga. En realidad, eso es injusto. Es mi padre el que emplea esas frases terriblemente vacías de significado. Pero Mark coincidía en esa idea en general. Dudo de que pudiera gozar del sexo hasta estar convencido de que él y la chica estaban enamorados. Había unos preliminares necesarios, como el desnudarse. Supongo que con Isabelle la relación no había alcanzado las profundidades necesarias, no había logrado la esencial conexión emocional. Era sólo cuestión de tiempo, naturalmente. Por lo que respecta a Isabelle, Mark era capaz de engañarse a sí mismo como el resto de nosotros.

La voz, alta y ligeramente titubeante, sonaba con un ribete de celos.

Isabelle dijo, lenta y pacientemente, como si se tratase de una madre dando una explicación a un niño voluntariamente obtuso:

—Mark nunca hizo el amor conmigo, Hugo.

—Es lo que estoy diciendo. ¡Pobre Mark! Cambió la sustancia por la sombra y ahora no tiene ni lo uno ni lo otro.

—Pero ¿qué ocurrió aquella noche?

Cordelia hablaba a Isabelle, pero fue Hugo quien respondió.

—Isabelle vino en coche hasta aquí y llegó poco después de las siete y media. Las cortinas estaban corridas en la ventana posterior, la de delante es de todas maneras impenetrable, pero la puerta estaba abierta. Entró. Mark ya estaba muerto. Su cuerpo colgaba de ese gancho con una correa. Pero su aspecto no era el que tenía cuando lo encontró la señorita Markland a la mañana siguiente. — Volviéndose hacia Isabelle, añadió—. Cuéntaselo tú.

La joven titubeó un instante. Hugo se inclinó hacia adelante y la besó ligeramente en los labios.

—Anda, díselo. Hay algunas cosas desagradables contra las cuales todo el dinero de papá no puede protegerte del todo, y esta es una de ellas, querida.

Isabelle volvió la cabeza y miró con atención hacia los cuatro rincones de la estancia como para convencerse de que los tres estaban realmente solos. Los iris de sus ojos, de notable belleza, aparecían de color de púrpura ante la luz del fuego. Se inclinó hacia Cordelia con algo de la confidencial fruición con que una aldeana se dispone a comunicar la noticia del último escándalo. Cordelia vio que el pánico la había abandonado. Las angustias de Isabelle eran elementales, violentas pero efímeras, fáciles de calmar. Habría guardado el secreto mientras Hugo le hubiese aconsejado que lo hiciese, pero se alegraba de que le ordenase desvelarlo. Probablemente su instinto le decía que la historia, una vez contada, perdería el aguijón de terror. Dijo:

—Pensé que vendría a ver a Mark y quizá cenaríamos juntos. Mademoiselle de Congé no se encontraba bien y Hugo y Sophie se hallaban en el teatro y yo me aburría. Vine a la puerta trasera porque Mark me había dicho que la de delante no se abriría. Creí

que podía verle en el huerto, pero no estaba allí, sólo la laya en la tierra y sus zapatos junto a la puerta. De modo que abrí la puerta empujándola. No llamé porque creía que sería una sorpresa para Mark.

Vaciló y bajó los ojos hacia el vaso de café, haciéndolo girar entre sus manos.

—¿Y entonces? —preguntó Cordelia.

—Y entonces le vi. Estaba colgado ahí con el cinturón, de ese gancho del techo. ¡Cordelia, fue espantoso! Estaba vestido como una mujer, con un sostén negro y unas bragas de encaje también negras. Nada más. ¡Y su cara! Tenía pintados los labios, totalmente, Cordelia, ¡como un payaso! Era terrible, pero también divertido. Yo quería reír y gritar al mismo tiempo. No parecía Mark. No parecía en absoluto un ser humano. Y encima de la mesa había tres fotografías. Unas fotografías que no eran bonitas, Cordelia. Fotografías de mujeres desnudas.

Sus grandes ojos se clavaron en los de Cordelia, que miraba con la vista extraviada, sin comprender. Hugo dijo:

—No mires así, Cordelia. Fue espantoso para Isabelle entonces y desagradable pensar en ello ahora. Pero no es algo infrecuente. Sucede. Es probablemente una de las aberraciones sexuales más inofensivas. Él a nadie implicaba más que a él mismo. Y no tenía la intención de matarse; sólo tuvo mala suerte. Imagino que la hebilla del cinturón resbaló y él no pudo evitarlo.

Dijo Cordelia:

—No lo creo.

—Me imaginé que no podrías. Pero es verdad, Cordelia. ¿Por qué no te vienes con nosotros y telefoneamos a Sophie? Ella lo confirmará.

—No necesito una confirmación del relato de Isabelle. Ya la tengo. Quiero decir que todavía no creo que Mark se suicidase.

Tan pronto como hubo hablado, supo que había sido un error. No debía haber revelado sus sospechas. Pero ya era demasiado tarde y había algunas preguntas que tenía que hacer. Veía la cara de Hugo, su rápido movimiento de impaciencia ante la obstinación de ella. Y entonces detectó un sutil cambio en su estado de ánimo; ¿era irritación, temor, contrariedad?

Cordelia habló directamente a Isabelle.

—Has dicho que la puerta estaba abierta. ¿Te fijaste en la llave?

—Estaba en este lado de la puerta. Lo vi cuando salí.

—¿Y las cortinas?

—Estaban como ahora, corridas.

—¿Y dónde estaba el lápiz de labios?

—¿Qué lápiz de labios, Cordelia?

—El que se utilizó para pintarle los labios a Mark. No estaba en los bolsillos de sus tejanos, de lo contrario, la policía lo habría encontrado, así que, ¿dónde estaba? ¿Lo viste sobre la mesa?

—Sobre la mesa no había más que las fotografías.

—¿De qué color era el lápiz de labios?

—Púrpura. Un color de vieja. Nadie escogería tal color, creo yo.

—Y la ropa interior, ¿podrías describirla?

—¡Oh, sí! Era de M & S. La reconocí.

—¿Quieres decir que reconociste aquellas prendas porque acaso eran tuyas?

—¡Oh no, Cordelia! No eran mías. Yo nunca llevo ropa interior negra. Sólo quiero algo blanco en contacto con mi piel. Pero eran de la clase que suelo comprar. Siempre compro la ropa interior en M & S.

Cordelia reflexionó sobre el hecho de que Isabelle quizá no fuese una de las mejores clientas de los almacenes, pero ningún otro testigo habría sido más fiable en cuanto se refiere a los detalles, particularmente tratándose de ropa. Incluso en aquel momento de absoluto terror y revulsión, Isabelle se había fijado en el tipo de prendas interiores. Y si decía que no había visto el lápiz de labios, entonces era porque el lápiz de labios no había estado allí para que pudiera verlo.

Cordelia prosiguió diciendo, inexorable:

—¿Tocaste algo, quizás el cuerpo de Mark, para ver si estaba muerto?

Isabelle estaba perpleja. Ella podía desenvolverse con los hechos de la vida, pero no con los hechos de la muerte.

—¡Yo no podía tocar a Mark! No toqué nada. Y sabía que estaba muerto.

Hugo dijo:

—Un ciudadano respetable, sensible y cumplidor de la ley habría buscado el teléfono más próximo y llamado a la Policía. Afortunadamente, Isabelle no es ninguna de estas cosas. Su instinto le indicó que viniera a verme a mí. Esperó a que hubiese terminado la obra y entonces fue a reunirse con nosotros fuera del teatro. Cuando salimos, ella estaba paseando arriba y abajo en la otra acera. Davie, Sophie y yo volvimos aquí con ella en el Renault. Sólo nos detuvimos brevemente en la calle Norwich para recoger la cámara fotográfica y el flash de Davie.

—¿Por qué?

—Fue idea mía. Evidentemente no teníamos intención de dejar que la policía y Ronald Callender supieran de qué manera había muerto su hijo. Nuestra idea fue simular un suicidio. Planeamos vestirle con su propia ropa, limpiarle la cara y luego dejar que lo encontrase otro. No pensábamos falsificar una nota de suicidio; eso era un refinamiento que se hallaba fuera de nuestro alcance. Recogimos la cámara para poderlo fotografiar tal como estaba. No sabíamos que estuviéramos infringiendo alguna ley por simular un suicidio, pero debe de existir una. En estos días, no puedes prestar el menor servicio a tus amigos sin que resulte mal interpretado por la policía. Queríamos tener alguna prueba de la verdad por si surgía alguna pega. Todos queríamos a Mark, cada uno a su manera, pero no lo suficiente para exponernos a ser acusados de asesinato. Sin embargo, nuestras intenciones se vieron frustradas. Alguien más llegó aquí primero.

—Hábladme de ello.

—Nada hay que contar. Les dijimos a las dos chicas que esperasen en el coche: Isabelle, porque ya había visto suficiente, y Sophie porque Isabelle estaba demasiado asustada para que se la dejase sola. Además, parecía un detalle hacia Mark el mantener alejada a Sophie, impedir que le viese. ¿No te parece extraño, Cordelia, este interés que uno tiene en no herir la susceptibilidad de los muertos?

Pensando en su padre y en Bernie, Cordelia dijo:

—Quizá solamente cuando las personas están muertas es cuando podemos con seguridad mostrar lo mucho que nos preocupábamos por ellas. Sabemos que es demasiado tarde para que ellos hagan

algo.

—Cínico pero cierto. De todas maneras, nada había aquí que pudiéramos hacer nosotros. Encontramos el cuerpo de Mark y esta habitación tal como lo describió la señorita Markland en la investigación. La puerta estaba abierta, las cortinas corridas. Mark estaba desnudo, con excepción de sus tejanos. No había fotografías de revista sobre la mesa ni lápiz de labios en su cara. Pero había una nota de suicidio en la máquina de escribir y un montón de ceniza en la chimenea. Aparentemente, el visitante había realizado un trabajo completo. No nos entretuvimos. Alguien más, quizás alguien de la casa, podría volver en cualquier momento. Entonces era muy tarde, admitámoslo, pero parecía una noche adecuada para que la gente viniera a fisgonear. Mark debió de tener más visitantes aquella noche que en todo el tiempo que estuvo en la cabaña; primero, Isabelle; luego, el desconocido samaritano, después nosotros.

Cordelia pensó que tenía que haber ido alguien antes que Isabelle. El asesino de Mark había estado allí primero. De pronto, preguntó:

—Alguien me gastó una estúpida broma anoche. Cuando volvía de la fiesta, había un almohadón colgado de ese gancho. ¿Lo hiciste tú?

Si su sorpresa no era auténtica, Hugo era un actor mejor de lo que Cordelia había considerado posible.

—¡Claro que no lo hice yo! Yo creía que tú vivías en Cambridge, no aquí. ¿Y por qué tenía que hacerlo?

—Para persuadirme a abandonar el caso.

—¡Pero habría sido una tontería! ¿Verdad que ello no te habría persuadido? Podría amedrentar a algunas mujeres, pero no precisamente a ti. Nosotros queríamos convencerte de que nada había que investigar acerca de la muerte de Mark. Esa clase de broma no habría hecho más que convencerte de que lo había. Alguien más estaba intentando asustarte. Lo más probable es que se tratase de la misma persona que vino después de nosotros.

—Lo sé. Alguien se arriesgó por Mark. Él (o ella) no quiere que yo ande husmeando por aquí. Pero se habría librado mejor de mí contándome la verdad.

—¿Cómo podía saber esta persona si podía confiar en ti? ¿Qué vas a hacer ahora, Cordelia? ¿Volver a la ciudad?

Hugo procuraba conservar en su voz un tono de naturalidad, pero Cordelia detectó una cierta ansiedad subyacente. Respondió:

—Espero que sí. Primero tengo que ver a sir Ronald. Y no te preocupes, ya se me ocurrirá lo que debo decirle.

La aurora teñía de rosa la parte oriental del cielo y el primer coro de pájaros replicaba ruidosamente al nuevo día antes de que Hugo e Isabelle se marchasen. Se llevaron el Antonello. Cordelia vio cómo se lo llevaban y sintió cierto pesar, como si algo de Mark estuviese abandonando la cabaña. Isabelle examinó atentamente el cuadro con graves ojos de profesional antes de ponérselo bajo el brazo. Cordelia pensó que la joven era probablemente lo suficientemente generosa con sus posesiones, tanto personas como cuadros, con tal de que sólo estuvieran en préstamo y fueran devueltas prontamente al ser reclamadas y en el mismo estado en que se hallaban cuando ella las prestó. Observó desde la puerta delantera cómo el Renault, conducido por Hugo, salía de la sombra del seto. Levantó la mano en un formal gesto de despedida, como una fatigada anfitriona que despide a sus últimos invitados, luego regresó a la cabaña.

El cuarto de estar parecía vacío y frío sin ellos. El fuego, se apagaba y le añadió las pocas astillas que quedaban y sopló sobre ellas para avivar la llama. Se movió inquieta por la pequeña estancia. Estaba demasiado excitada para volver a la cama, aunque aquella noche corta y perturbada la había fatigado en exceso. Pero su mente estaba atormentada por algo más fundamental que la falta de sueño. Por primera vez era consciente de que tenía miedo. El mal existía —no hacía falta una educación de convento para convencerla de esa realidad— y había estado presente en aquel cuarto. Algo allí había sido más fuerte que el vicio, la dureza, la crueldad o la conveniencia. El Mal. Cordelia no dudaba de que Mark había sido asesinado, pero ¡con qué diabólica inteligencia lo habían hecho! Si Isabelle contase su historia, ¿quién no creería que no había muerto accidentalmente, sino por su propia mano? Cordelia no tenía necesidad de hacer referencia a su libro sobre medicina forense para saber qué le parecería el caso a la policía.

Como había dicho Hugo, tales casos no eran muy infrecuentes. Él, como hijo de un psiquiatra, habría oído hablar o leído acerca de ellos. ¿Quién más lo sabría? Con toda probabilidad cualquier persona razonablemente sofisticada. Pero no podía haber sido Hugo. Hugo tenía una coartada. A Cordelia se le revolvió la mente ante la idea de que Davie y Sophie pudiesen haber participado en semejante horror. Pero, qué extraño que hubiesen ido a buscar la cámara fotográfica. Incluso la compasión que pudieran haber sentido había sido superada por el propio interés. ¿Habrían sido capaces Hugo y Davie de estar allí, bajo el grotesco cadáver de Mark, discutiendo tranquilamente la distancia y la exposición antes de hacer la fotografía que, en caso necesario, les exoneraría de culpa a expensas de él?

Entró en la cocina para hacer té, deseando librarse de la maligna fascinación de aquel gancho del techo. Antes casi no la había preocupado, en ese momento resultaba tan inoportuno como un fetiche. Parecía haber aumentado de tamaño desde la noche anterior, estar creciendo todavía al levantar Cordelia los ojos compulsivamente hacia él. Y el mismo cuarto de estar parecía haberse encogido; ya no era un lugar de refugio, sino una celda claustrofóbica, basta e ignominiosa como una cámara de ejecución. Hasta el aire de aquella clara mañana estaba impregnado del repugnante olor del mal.

Mientras esperaba que hirviese el agua de la tetera se dedicó a reflexionar sobre las actividades del día. Aún era demasiado pronto para teorizar; estaba demasiado aterrorizada para pensar racionalmente en sus nuevos conocimientos. El relato de Isabelle había complicado, no iluminado el caso. Pero aún quedaban por descubrir hechos importantes. Seguiría adelante con el programa que ya se había trazado. Ese mismo día iría a Londres a examinar el testamento del abuelo de Mark.

Pero todavía habían de transcurrir dos horas antes de que llegase el momento de poner manos a la obra. Había decidido ir a Londres en tren y dejar el coche en la estación de Cambridge, ya que esto resultaría más rápido y más cómodo. Era irritante tener que pasar un día en la ciudad, cuando el meollo del misterio se encontraba de un modo tan evidente en el condado de Cambridge,

pero por una vez no le apenaba la perspectiva de abandonar la cabaña. Desconcertada e inquieta, iba sin rumbo fijo de una habitación a otra, y empezó a vagar por el huerto, ansiosa por marcharse. Finalmente, desesperada, cogió la laya y terminó de revolver la hilera que Mark había empezado. No estaba segura de que esto fuese sensato: la labor interrumpida de Mark formaba parte de la prueba de su asesinato. Pero pocas personas, entre ellas el sargento Maskell, lo habían visto, y podrían testificar, en caso necesario, y la vista del trabajo sólo en parte realizado y de aquella laya todavía hincada en el suelo resultaba insoportablemente irritante. Cuando la hilera estuvo concluida, Cordelia se sintió más tranquila y siguió revolviendo la tierra sin descanso por espacio de una hora antes de limpiar cuidadosamente la laya y colocarla con los otros útiles en el cobertizo del jardín.

Al fin llegó el momento de irse. El parte meteorológico de las siete había pronosticado tormentas con relámpagos y truenos en el sudeste del país, de modo que se puso el traje de chaqueta, las prendas de más abrigo que había llevado consigo. No lo había usado desde la muerte de Bernie y descubrió que la franja de la cintura le iba incómodamente floja. Había perdido algo de peso. Tras pensarlo un momento, sacó del maletín de la escena del crimen el cinturón de Mark y se lo ciñó con dos vueltas alrededor de su cintura. No experimentó la menor repugnancia al sentirse estrechamente rodeada por el cuero. Era imposible creer que algo que él hubiese tocado o poseído pudiera asustarla o entristecerla. La fuerza y pesadez del cuero tan cerca de su piel resultaban, incluso, oscuramente reconfortantes y tranquilizadoras, como si aquel cinturón fuese un talismán.

V

La tormenta estalló en el momento mismo en que Cordelia se apeaba del autobús 11 frente a Somerset House. Brilló un intenso relámpago y, casi instantáneamente, el trueno resonó ensordecedor y la joven echó a correr a través del patio interior por entre las filas de coches aparcados, a través de una cortina de agua, mientras la lluvia saltaba alrededor de sus tobillos como si las piedras del pavimento recibiesen una descarga de balas. Abrió la puerta de un empujón y se detuvo un instante, chorreando ríos de agua sobre la estera y riendo ruidosamente con alivio. Una o dos personas allí presentes, la miraron desde los pupitres donde estaban examinando testamentos, mientras una mujer de aspecto maternal, detrás del mostrador, le llamaba amablemente la atención. Cordelia sacudió su chaqueta sobre la alfombra y luego la colgó sobre el respaldo de una de las sillas e intentó en vano secarse el pelo con el pañuelo, antes de acercarse al mostrador.

La mujer de aspecto maternal resultó servicial. A requerimiento de Cordelia, le indicó los estantes de pesados volúmenes encuadernados en el centro de la sala y le explicó que los testamentos figuraban en un índice bajo el apellido del testador y el año en que el documento ingresó en Somerset House. Correspondía a Cordelia buscar el número del catálogo y llevar el volumen al mostrador y le entregarían el original y podría consultarlo tras el pago de veinte peniques.

Cordelia no sabía por dónde iniciar su búsqueda, ya que desconocía la fecha de la muerte de George Bottley. Pero dedujo que el testamento debía de haber sido hecho después del nacimiento, o al menos después de la concepción de Mark, puesto que a este le había sido legada una fortuna por su abuelo. Pero el

señor Bottley había dejado dinero también a su hija y esta parte de su fortuna, a la muerte de ella, había pasado a su marido. Era muy probable que él hubiera muerto antes que ella, ya que, de lo contrario, seguramente habría hecho otro testamento. Cordelia decidió empezar a buscar a partir del año del nacimiento de Mark, 1951.

Sus deducciones resultaron correctas. George Albert Bottley, de Stonegate Lodge, Harrowgate, había fallecido el 26 de julio de 1951, tres meses y un día después de redactar su testamento. Cordelia se preguntaba si su muerte había sido repentina o si este era el testamento de un hombre moribundo. Vio que había dejado un patrimonio de tres cuartos de millón de libras. ¿Cómo lo había hecho?, se preguntaba Cordelia. Seguramente no todo había salido de la lana. Llevó el pesado libro al mostrador, el empleado anotó los detalles de un formulario y le indicó el camino del despacho del cajero. Al cabo de unos sorprendentes pocos minutos de pagar lo que a Cordelia le pareció una cantidad modesta, la joven investigadora se hallaba sentada bajo la luz de uno de los pupitres de al lado de la ventana con el testamento en las manos.

No le había gustado lo que había oído decir a Tata Pilbeam de George Bottley, y tampoco le gustó más cuando hubo leído su testamento. Había temido que el documento fuese largo, complicado y difícil de entender; era sorprendentemente corto, sencillo e inteligible. El señor Bottley disponía que todos sus bienes se vendieran, «porque deseo impedir las habituales e indecorosas disputas». Dejó sumas modestas a sirvientes que tenía empleados en la época de su muerte, pero no había la menor mención, observó Cordelia, de su jardinero. Legó la mitad del resto de su fortuna a su hija, absolutamente, «ahora que ha demostrado que tiene por lo menos uno de los atributos normales de una mujer». La mitad restante la dejaba a su bienamado nieto Mark Callender cuando cumpliera veintiún años, «en cuya fecha, si no ha aprendido el valor del dinero, habrá por lo menos llegado a una edad en la que pueda evitar ser explotado». La renta del capital fue legada a seis parientes lejanos. El testamento creaba un depósito residual; al morir cada beneficiario, su parte se distribuiría entre los supervivientes. El testador confiaba en que este arreglo promovería en los

beneficiarios un vivo interés en la salud y supervivencia recíprocas, alentándoles a lograr la distinción de la longevidad, ya que no estaba a su alcance alguna otra distinción. Si Mark moría antes del día en que cumplía los veintiún años, el depósito familiar continuaría hasta que los beneficiarios hubiesen muerto y el capital se distribuiría entonces entre una formidable lista de obras de beneficencia escogidas, por lo que pudo ver Cordelia, porque eran conocidas y tenían éxito, más que porque representasen algún interés o simpatía personales por parte del testador. Era como si hubiese pedido a sus abogados una lista de las obras de beneficencia de mayor confianza, sin tener un verdadero interés en lo que le sucediera a su fortuna si su propia descendencia no viviera para heredarla.

Era un testamento extraño. El señor Bottley nada había dejado a su yerno, aunque al parecer, no le preocupaba la posibilidad de que a su hija, de la que sabía no gozaba de mucha salud, muriese y dejase su fortuna a su marido. En algunos aspectos, era el testamento de un jugador, y Cordelia volvía a preguntarse cómo habría hecho George Bottley su fortuna. Pero, a pesar de la cínica falta de amabilidad de sus comentarios, el testamento no era injusto ni falto de generosidad. A diferencia de algunos hombres muy ricos, él no había pretendido controlar su gran fortuna más allá del sepulcro, obsesivamente decidido a que ni un solo penique fuese a parar a unas manos que no gozasen de su favor. Su hija y su nieto habían heredado ambos sus fortunas de una manera absoluta. Era imposible querer al señor Bottley, pero también era difícil no sentir respeto por él. Y las implicaciones de este testamento eran muy claras. Nadie salía ganando con la muerte de Mark, excepto una larga lista de altamente respetables instituciones caritativas.

Cordelia tomó nota de las principales cláusulas del testamento, más por la insistencia de Bernie en una documentación meticulosa que por algún temor de olvidarlas; puso el recibo de los veinte peniques en la página de gastos de su libreta; añadió el coste de su barato billete de ida y vuelta a Cambridge y el del autobús, y devolvió el testamento al mostrador. La tormenta había sido tan corta como violenta. El cálido sol estaba ya secando las ventanas y los charcos brillaban en el patio lavado por la lluvia. Cordelia

decidió poner en la cuenta de sir Ronald sólo medio día y pasar el resto de su tiempo en Londres en su despacho. Quizás hubiese correspondencia que recoger. Incluso podría haber otro caso esperándola.

Pero esta decisión fue un error. La oficina parecía aún más sórdida que cuando la había dejado y el aire olía a rancio en contraste con las calles lavadas por la lluvia. Había una gruesa capa de polvo sobre los muebles y la mancha de sangre de la alfombra se había oscurecido en un marrón ladrillo que parecía aún más siniestro que el rojo claro original. En el buzón no había más que la factura de la luz y otra de la papelería. Bernie había pagado caro — o más bien no había pagado— el papel de escribir no utilizado.

Cordelia rellenó un cheque para la compañía eléctrica, hizo un postrer e inútil intento de limpiar la alfombra. Luego cerró con llave la oficina y salió a pasear hacia Trafalgar Square. Buscaría consuelo en la National Gallery.

Tomó el tren de las 18:16 desde la calle Liverpool y regresó a la cabaña antes de las ocho. Aparcó el Mini, como de costumbre, en el escondrijo del matorral y procedió a dar la vuelta por el costado de la cabaña. Vaciló un instante, preguntándose si debía recoger la pistola de donde la tenía escondida, pero decidió que esto podía esperar hasta más tarde. Tenía hambre y la primera prioridad era la de procurarse algo para comer. Había cerrado cuidadosamente la puerta trasera y había pegado una fina tira de cinta adhesiva a través del alféizar de la ventana antes de marcharse aquella mañana. Si había más visitantes secretos, quería estar advertida. Pero la cinta se hallaba aún intacta. Palpó en el interior de su bolso en busca de la llave, se inclinó y la introdujo en la cerradura. Nada esperaba que le ocurriese fuera de la cabaña y el ataque la cogió completamente por sorpresa. Transcurrió medio segundo antes de que cayese la manta, pero nada pudo ver. El cordón alrededor del cuello apretaba la máscara de caliente lana asfixiante contra la boca y las ventanas de la nariz. Abrió la boca para respirar y sintió en su lengua el contacto de las fibras de la lana, secas y de fuerte olor. Luego un dolor agudo estalló en su pecho y ya nada recordó.

El movimiento de liberación fue un milagro y un horror. La manta fue apartada rápidamente de su cabeza. No llegó a ver a su asaltante. Hubo un segundo de suave aire vivificante, un vislumbre tan breve que apenas pareció existir, de un deslumbrante trozo de cielo a través del huerto y luego sintió que caía, caía en medio de un desvalido asombro, hacia una fría oscuridad. La caída fue una confusión de antiguas pesadillas, increíbles segundos de terrores infantiles rápidamente evocados. Luego su cuerpo golpeó el agua. Parecía que unas manos de hielo la arrastraban hacia un vórtice de horror. Instintivamente había cerrado la boca en el momento del impacto y pugnaba por subir a la superficie a través de lo que parecía una eternidad de una fría negrura que lo abarcaba todo. Sacudió la cabeza y, con los ojos escocidos, miró hacia arriba. El negro túnel que se extendía por encima de ella terminaba en una luna de luz azul. Mientras miraba, la tapa del pozo fue arrastrada como el obturador de una cámara fotográfica. La luna se convirtió en media luna, después en cuarto menguante. Al fin no hubo más que ochos finos resquicios de luz.

Flotando en el agua, buscaba con los pies el fondo del pozo. No lo había. Moviendo frenéticamente manos y pies procurando no dejarse dominar por el pánico, palpó a su alrededor las paredes del pozo en busca de un posible apoyo para los pies. No lo había. El embudo de ladrillos, liso y exudando humedad, se extendía alrededor y por encima de ella como una tumba circular. Al mirar hacia arriba, los ladrillos se retorcían, se extendían, oscilaban, como el vientre de una monstruosa serpiente.

Y entonces sintió una cólera salvadora. No se dejaría ahogar, no moriría en aquel horrible lugar, sola y aterrada. El pozo era profundo pero angosto, apenas mediría un metro de diámetro. Si mantenía clara la cabeza y se tomaba tiempo, podría afianzar su cuerpo con las piernas y los hombros contra los ladrillos e ir subiendo poco a poco.

Al caer, no había sufrido contusiones ni había quedado atontado al dar su cuerpo contra los ladrillos. Milagrosamente, no había sufrido lesiones. Había sido una caída limpia. Estaba viva y era capaz de pensar. Siempre había sido una superviviente. Esa vez también sobreviviría.

Flotaba de espaldas, apoyando los hombros contra las frías paredes, extendiendo los brazos y poniendo los codos en los intersticios de los ladrillos para sostenerse mejor. Después de desprenderse de los zapatos, plantó ambos pies contra la pared opuesta. Inmediatamente debajo de la superficie del agua, pudo notar que uno de los ladrillos estaba ligeramente desalineado. Curvó los dedos alrededor de él. Ello le dio un precario pero oportuno apoyo para dar comienzo a la escalada. Gracias a esto, pudo levantar el cuerpo fuera del agua y aliviar durante un momento la tensión de los músculos de la espalda y de los muslos.

Luego empezó lentamente a trepar, primero desplazando los pies, uno detrás de otro en diminutos pasos resbaladizos, luego subiendo el cuerpo dolorosamente centímetro a centímetro. Mantenía los ojos fijos en la curva opuesta de la pared, sin querer mirar ni abajo ni arriba, contando el avance por la anchura de cada ladrillo. El tiempo transcurría. No podía ver el reloj de Bernie, aunque su sonido parecía extrañamente fuerte, un regular e importuno metrónomo que midiera el palpar de su corazón y el ritmo de su jadeante respiración. El dolor en las piernas era intenso, y sentía la camisa pegada a su espalda con una efusión caliente y casi confortante que creyó que debía de ser sangre. Hizo un esfuerzo de voluntad para no pensar en el agua, abajo, ni en los finos resquicios de luz, cada vez más anchos, arriba. Si había de sobrevivir, debía emplear toda su energía para el siguiente doloroso centímetro.

Una vez le resbalaron las piernas y bajó retrocediendo unos metros, hasta que finalmente encontró un apoyo. La caída había rozado su lastimada espalda y la hizo gimotear con contrariedad y desaliento. Hizo otro esfuerzo de voluntad, y empezó a trepar de nuevo. Otra vez le dio un calambre y estuvo un rato estirada, como en un potro de tormento, hasta que se le pasó y pudo volver a mover los agarrotados músculos. De vez en cuando los pies encontraban otro pequeño hueco entre los ladrillos para apoyarse y podía estirar las piernas y descansar. Era casi irresistible la tentación de permanecer demasiado rato en esta postura de relativa seguridad y descanso, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para proseguir su lenta y tortuosa escalada.

Parecía que llevaba horas trepando, moviéndose en una parodia de un parto difícil y desesperado. Estaba oscureciendo. En ese momento la luz que salía de lo alto del pozo era más ancha pero menos intensa. Se decía a sí misma que la escalada no era realmente difícil. Era sólo la oscuridad y la soledad lo que hacía que lo pareciese. Si esto hubiese sido una carrera de obstáculos preparada, un ejercicio en el gimnasio de la escuela, seguramente podría haberlo hecho con bastante facilidad. Llenaba su mente con las confortantes imágenes del gimnasio y la sensación de oír las exclamaciones de las niñas de la clase que la animaban. Sor Perpetua estaba allí. Pero ¿por qué no miraba a Cordelia? ¿Por qué había vuelto la cabeza? Cordelia la llamó y la figura se volvió lentamente y le sonrió. Pero no era la hermana. Era la señorita Leaming, con su pálida cara y su sonrisa sardónica bajo el blanco velo de monja.

Y entonces, cuando comprendía que, sin ayuda, no podía seguir avanzando, vio la solución. Unos palmos por encima de ella estaba el último peldaño de una corta escala de madera fijada en el último tramo del pozo. Al principio creyó que era una ilusión, un fantasma nacido de la extenuación y la desesperación. Cerró los ojos por espacio de unos minutos; sus labios se movieron. Luego volvió a abrir los ojos. La escala estaba todavía allí, vista de un modo vago pero sólido en la luz del atardecer. Levantó impotente las manos hacia ella, sabiendo, mientras lo hacía, que se encontraba fuera de su alcance. Podía salvarle la vida y ella sabía que no tenía fuerzas para alcanzarla.

Fue en ese momento, sin pensamiento consciente, cuando se acordó del cinturón. Su mano bajó hacia su cintura, palpando la pesada hebilla de latón. La deshizo y sacó de su cuerpo la larga serpiente de cuero. Con cuidado lanzó el extremo del cinturón que llevaba la hebilla hacia el último peldaño de la escala. Las tres primeras veces, el metal golpeó la madera con un agudo sonido, pero sin caer por encima del peldaño; la cuarta vez, sí. Empujó suavemente el otro extremo del cinturón hacia arriba y la hebilla fue bajando hacia ella hasta que pudo extender la mano y cogerla. La sujetó al otro extremo para formar un fuerte lazo. Entonces tiró de él, primero suave, después más fuerte, hasta que la mayor parte

de su cuerpo estuvo sobre la correa. El alivio fue indescriptible. Se apoyó contra los ladrillos para reunir fuerzas para el último esfuerzo triunfal. Entonces sucedió. El peldaño, podrido en sus juntas, se soltó con un áspero ruido de rotura y se hundió en la oscuridad pasando junto a ella, rozándole casi la cabeza. Pareció que transcurrieran minutos en vez de segundos antes de que el lejano chasquido de la madera sobre el agua resonase en la oquedad del pozo.

Desabrochó el cinturón y volvió a intentarlo. El peldaño siguiente estaba un palmo más alto y el lanzamiento resultaba más difícil. Incluso este pequeño esfuerzo era agotador en el estado en que se encontraba Cordelia, por lo que decidió tomarse un poco de tiempo. Cada lanzamiento infructuoso hacía más difícil el siguiente. No contó el número de intentos, pero finalmente la hebilla cayó por encima del peldaño y descendió hacia ella. Cuando bajó serpenteando hasta el alcance de su mano, Cordelia vio que casi no podía abrochar la correa. El peldaño siguiente habría sido demasiado alto. Si este se rompía, sería el fin.

Pero el peldaño aguantó. No recordaba claramente la última media hora de la escalada, pero al final alcanzó la escala y se ató fuertemente a los montantes. Por vez primera, estaba físicamente a salvo. Mientras la escala aguantase, no tenía por qué tener miedo de caer. Se dejó relajar en una breve inconsciencia, pero luego los engranajes de su mente, que habían estado rodando libremente, volvieron a controlarse y Cordelia empezó a pensar. Sabía que no tenía esperanzas de mover la pesada cubierta de madera sin ayuda. Extendió ambas manos y empujó contra ella, pero no se desplazaba, y la alta cúpula cóncava hacía imposible que pudiera apoyar los hombros contra la madera. Tendría que confiar en la ayuda de fuera, y esta no llegaría hasta que fuese de día. Podría incluso no llegar entonces, pero alejó este pensamiento de su mente. Más tarde o más temprano llegaría alguien. Podía esperar sostenerse, atada de ese modo, durante varios días. Incluso aunque perdiera el conocimiento, cabía la posibilidad de que fuese rescatada con vida. La señorita Markland sabía que ella estaba en la cabaña; sus cosas seguían allí. La señorita Markland acudiría.

Pensaba en la manera de llamar la atención. Había espacio para

introducir algo entre las tablas de madera, si tuviese algo suficientemente rígido para introducir. El borde de la hebilla era posible con tal de que ella se atase de una manera más tensa. Pero debía esperar la mañana. En ese momento nada podía hacer. Se relajaría y dormiría y esperaría que la salvaran.

Y entonces el horror final estalló en su mente. No habría salvación. Alguien iría al pozo, andando con pies silenciosos y furtivos bajo el manto de la oscuridad. Pero sería su asesino. Tenía que volver; formaba parte de su plan. El ataque, que en aquel momento había parecido tan sorprendente, tan brutalmente estúpido, no lo había sido en absoluto. Estaba hecho con la intención de que pareciese un accidente. Volvería aquella noche y volvería a retirar la tapa del pozo. Entonces, al día siguiente o al cabo de unos días, la señorita Markland pasaría por el jardín y descubriría lo que había sucedido. Nadie podría probar jamás que la muerte de Cordelia no había sido un accidente. Recordó las palabras del sargento Maskell: «Lo importante no es lo que uno sospecha, sino lo que uno es capaz de probar». Pero esta vez, ¿habría siquiera sospecha? He aquí una joven impulsiva, extraordinariamente curiosa, que vivía en la cabaña sin permiso del dueño. Resultaba evidente que había decidido explorar el pozo. Había roto el candado, retirado la tapa con ayuda de la cuerda que el asesino dejaría preparada para ser descubierta, y, tentada por la escala, había descendido por aquellos pocos peldaños, hasta que el último se rompió bajo sus pies. Sus huellas y las de nadie más se encontrarían en la escala, si se tomaban la molestia de mirarlo. La cabaña se hallaba completamente desierta; la probabilidad de que alguien viera regresar al asesino era remota. No podía hacer más que esperar hasta oír sus pasos, su pesada respiración, y el ruido de la tapa al ser retirada lentamente, para descubrir la cara del asesino.

Después de la primera sensación de terror, Cordelia esperó la muerte sin esperanza y sin querer luchar más. Había incluso en ella una especie de paz en la resignación. Atada como una víctima a los montantes de la escala, se sumió en su instante de olvido y rezó para que fuese así cuando volviera el asesino, para no ser consciente del golpe final. Ya no tenía el menor interés en ver la cara de su asesino. No se humillaría rogando por su vida, no pediría clemencia

a un hombre que había ahorcado a Mark. Sabía que no la habría.

Pero era consciente cuando la tapa del pozo empezó a moverse lentamente. La luz entró por encima de su cabeza inclinada. El boquete se ensanchó. Y entonces oyó un voz, una voz de mujer, baja, apremiante y llena de terror.

—¡Cordelia!

Levantó los ojos.

Arrodillada al borde del pozo, con su pálido rostro inmenso y que parecía flotar desencarnado en el espacio como el fantasma de una pesadilla, estaba la señorita Markland. Y los ojos que se clavaban en la cara de Cordelia tenían una mirada tan extraviada por el terror como los de esta.

Diez minutos después, Cordelia yacía desplomada en la silla, al lado de la chimenea. Le dolía todo el cuerpo y era incapaz de dominar su violento temblor. Su fina camisa estaba pegada a su espalda herida y cada movimiento le resultaba doloroso. La señorita Markland había encendido el fuego y estaba haciendo café. Cordelia oía cómo se movía de un lado a otro en la cocina y percibía el olor del hornillo cuando hizo subir la llama y poco después el evocador aroma del café. Estas vistas y sonidos familiares normalmente habrían sido tranquilizadores y reconfortantes, pero deseaba desesperadamente quedarse sola. El asesino volvería. Tenía que volver y, cuando lo hiciera, ella quería estar allí para conocerle. La señorita Markland llevó los dos vasos y puso uno de ellos en las manos trémulas de Cordelia. Luego subió a buscar uno de los jerseys de Mark y con él cubrió el cuello de la joven. El terror la había abandonado, pero aún se mostraba agitada. Tenía la vista extraviada y le temblaba todo el cuerpo por efecto de la emoción. Se sentó delante mismo de Cordelia y clavó en ella sus vivos ojos inquisitivos.

—¿Cómo ha sucedido? Debe usted contármelo.

Cordelia no había olvidado su modo de pensar.

—No lo sé —dijo—. No puedo recordar lo que sucedió antes de caer al agua. Seguramente había decidido explorar el pozo y perdí el equilibrio.

—Pero ¡Y la tapa! ¡La tapa estaba en su sitio!

—Lo sé. Alguien tuvo que volver a colocarla.

—Pero ¿por qué? ¿Quién habría venido por aquí?

—No lo sé. Pero alguien tuvo que haberlo visto. Alguien tuvo que haberla colocado de nuevo. —Luego dijo en tono más amable—. Usted me ha salvado la vida. ¿Cómo se dio cuenta de lo que había sucedido?

—Vine a la cabaña a ver si estaba usted aquí todavía. Hoy había venido más temprano, pero no había señales de vida de usted. Había una cuerda enrollada (la que usted usó, supongo) en el sendero y tropecé con ella. Entonces me di cuenta de que la tapa no se hallaba en su sitio y de que el candado había sido roto.

—Usted me salvó la vida —volvió a decir Cordelia—, pero, por favor, ahora váyase. Váyase, por favor. Estoy bien, de veras.

—¡Pero usted no está como para que se la deje sola! Y ese hombre, el que volvió a colocar la tapa, podría volver. No me gusta pensar que personas extrañas anden fisgando alrededor de la cabaña y que usted esté aquí sola.

—Estoy perfectamente segura. Además, tengo una pistola. Sólo quiero que se me deje en paz para descansar. Por favor, ¡no se preocupe por mí!

Cordelia pudo detectar la nota de desesperación, casi de histeria, en su propia voz.

Pero la señorita Markland parecía no oír. De pronto, se arrodilló delante de Cordelia y empezó a hablar muy excitada. Sin consideración y sin compasión, le estaba confiando a la joven su terrible historia, una historia de su hijo, el niño de cuatro años, hijo de ella y de su amante, que había atravesado el seto de la cabaña y había caído en el pozo, en el que encontró la muerte. Cordelia trataba de liberarse de aquellos ojos extraviados. Seguramente todo era una fantasía. La mujer debía de estar loca. Y si era cierto, era horrible e inconcebible y ella no podía soportar oírlo. Pasado algún tiempo lo recordaría, recordaría cada palabra, y pensaría en el niño, en su último terror, en sus gritos desesperados llamando a su madre, el agua fría y asfixiante que lo arrastraba hacia la muerte. Viviría la agonía del niño en pesadillas cuando ella reviviese la suya propia. Pero no entonces. A través del torrente de palabras, las autoacusaciones, el terror evocado, Cordelia reconoció la nota de liberación. Lo que para ella había sido horror, para la señorita

Markland había sido alivio. Una vida por una vida.

De pronto, Cordelia ya no pudo oír más. Dijo violentamente:

—¡Lo siento! ¡Lo siento! Usted me ha salvado la vida y le estoy agradecida. Pero no puedo soportar escuchar. ¡No la quiero a usted aquí! ¡Por Dios se lo pido, márchese!

Toda la vida recordaría el semblante herido de la mujer, su retirada en silencio. Cordelia no la oyó marcharse, no recordaba la manera en que la puerta se cerró suavemente. Lo único que sabía era que estaba sola. Entonces ya no temblaba, aunque todavía tenía mucho frío. Subió la escalera y se puso el pantalón tejano y después se quitó de alrededor del cuello el jersey de Mark y se lo puso. Cubriría las manchas de sangre de su camisa y el calor resultó enseguida reconfortante. Se movía con mucha rapidez. Buscó las balas, cogió su linterna y salió por la puerta trasera de la cabaña. La pistola estaba aún donde la había dejado, en el hueco del árbol. La cargó y sintió en la mano su forma y peso familiares. Luego se ocultó entre los arbustos y esperó.

Estaba demasiado oscuro para ver la esfera de su reloj de pulsera, pero calculó que debía de haber estado allí, inmóvil entre las sombras, por espacio de casi media hora antes de que sus oídos percibieran el sonido que estaba esperando. Un coche se acercaba descendiendo por el sendero. Cordelia contuvo la respiración. El sonido del motor alcanzó un breve crescendo y luego fue extinguiéndose. El coche había seguido avanzado sin parar. No era corriente que un coche bajase por el sendero después de haber oscurecido y Cordelia se preguntó quién podría ser. De nuevo esperó, y retrocedió más hacia el refugio que le brindaba el saúco para poder apoyar la espalda en la corteza del arbusto. Había estado agarrando con tanta fuerza la pistola que la muñeca derecha le dolía, y pasó el arma a la otra mano e hizo girar despacio la muñeca estirando los dedos.

Otra vez a la espera. Los lentos minutos transcurrían. El silencio era sólo interrumpido por el deslizamiento furtivo en la hierba de algún pequeño animal nocturno y el repentino y salvaje ulular de un búho. Y luego oyó otra vez el sonido de un motor. Esta vez el ruido era débil y ya no se aproximaba. Alguien había parado un automóvil más lejos, carretera arriba.

Empuñó la pistola con la mano derecha, y acarició la boca del arma con la izquierda. El corazón le latía tan fuertemente que le parecía que su acelerado martilleo iba a delatarla. Imaginó más que oyó el ligero rechinar de la portezuela, pero el sonido de unos pies que se movían alrededor de la cabaña era inconfundible y claro. Y entonces Cordelia pudo ver al hombre, una figura corpulenta, de ancha espalda, negro contra la luz. Avanzó hacia ella y Cordelia pudo ver su propio bolso colgando de su hombro izquierdo. Este descubrimiento la desconcertó. Había olvidado el bolso por completo. Pero entonces se daba cuenta de por qué se había apoderado de él. Él había querido registrar su contenido en busca de pruebas, pero era importante que, finalmente, el bolso fuera descubierto con su cadáver dentro del pozo.

Fue avanzando con cuidado, de puntillas, con sus largos y simioscos brazos separados rígidamente del cuerpo como una caricatura de un vaquero de película preparado para el rodaje. Cuando llegó al borde del pozo aguardó, y la luna iluminó con su claridad la córnea de sus ojos mientras miraba despacio a su alrededor. Luego se inclinó y palpó en la hierba en busca de la cuerda. Cordelia la había dejado en el sitio en que la señorita Markland la había encontrado, pero algo en ella, alguna ligera diferencia, quizás en la forma en que estaba enrollada, pareció sorprenderle. Se irguió con inseguridad y estuvo un momento con la cuerda oscilando en su mano. Cordelia intentó controlar su respiración. Parecía imposible que él no la oyese, oliese ni viese, que se pareciese tanto a un animal de presa y careciese del instinto apropiado para descubrir al enemigo en la oscuridad. Avanzó. En ese momento estaba junto al pozo. Se inclinó e hizo pasar un cabo de la cuerda a través del aro de hierro.

Cordelia dio un paso fuera de la oscuridad. Sostenía la pistola recta y firmemente, tal como Bernie le había enseñado. Esta vez el blanco estaba muy cerca. Sabía que no dispararía, pero sabía también qué era lo que podía hacer que una persona matase. Dijo en voz alta:

—Buenas noches, señor Lunn.

Cordelia jamás supo si él vio la pistola. Pero por espacio de un segundo inolvidable, mientras la luna salía de unas nubes para

navegar por el cielo estrellado, vio su rostro claramente; vio el odio, la desesperación, la agonía y el rictus de terror. Lunn profirió un grito, arrojó el bolso y la cuerda y se precipitó a través del huerto, presa de un ciego pánico. Cordelia se puso a perseguirle, casi sin saber por qué o qué era lo que esperaba conseguir, resuelta tan sólo a impedir que regresara a Garforth House antes que ella. Y, sin embargo, no disparó la pistola.

Pero él llevaba ventaja. Cuando Cordelia se precipitó a través de la portezuela vio que él había aparcado la furgoneta a unos cincuenta metros de la carretera y había dejado el motor en marcha. Corrió en pos de él, pero se dio cuenta de que era inútil hacerlo. La única esperanza que tenía de alcanzarle era coger el Mini. Fue bajando por el sendero palpando en su bolso mientras corría. El libro de oraciones y su libreta de notas no estaban, pero sus dedos tropezaron con las llaves del coche. Abrió el Mini, se precipitó en su interior y lo condujo violentamente hacia la carretera. Las luces posteriores de la furgoneta se encontraban a un centenar de metros delante de ella. No sabía a qué velocidad podía ir, pero dudaba de que corriese más que el Mini. Pisó el acelerador y emprendió la persecución. Viró hacia la izquierda, en dirección a la carretera secundaria, y entonces pudo ver la furgoneta todavía delante de ella. Lunn conducía de prisa y mantenía la distancia. Delante la carretera presentaba una curva y la furgoneta se perdió de vista durante algunos segundos. Debía de estar ya muy cerca del lugar donde la carretera secundaria se unía a la de Cambridge.

Cordelia oyó la colisión antes de que ella misma llegase al lugar, una instantánea explosión de sonido que sacudió los setos e hizo temblar el pequeño coche. Las manos de la joven agarraron fuertemente el volante y el Mini dio una sacudida y se paró. Avanzó corriendo por el recodo y vio ante sí la reluciente superficie de la carretera de Cambridge iluminada por los faros. Se veían formas que corrían. El camión, una enorme masa rectangular, obstruía como una barricada la carretera. La furgoneta había quedado aplastada bajo sus ruedas delanteras como el juguete de un niño. Percibió el olor de gasolina, el grito agudo de una mujer, el chirriar de unos neumáticos al ser frenados. Cordelia se acercó despacio al camión. El conductor se hallaba todavía en su sitio, mirando

fijamente ante sí, rígido, con una cara que era una máscara de intensa concentración. La gente le gritaba, extendiendo los brazos. Él no se movía. Alguien, un hombre con un pesado chaquetón de cuero y gafas, dijo:

—Tiene un shock. Lo mejor sería que lo sacáramos.

Tres figuras se movieron entre Cordelia y el conductor. Los hombros se elevaron al unísono. Se produjo un gruñido de esfuerzo. Levantaron al conductor, rígido como un maniquí, dobladas las rodillas, con las manos extendidas como si aún agarrase el inmenso volante. Los hombros se inclinaron sobre él como un cónclave secreto.

Había otras figuras de pie alrededor de la aplastada furgoneta. Cordelia se unió al círculo de caras anónimas. Las puntas de los cigarros brillaban intensamente y disminuían su fulgor como señales luminosas, alumbrando por instantes las manos temblorosas, los ojos desorbitados, horrorizados. Cordelia preguntó:

—¿Está muerto?

El hombre de las gafas respondió lacónico:

—¿A usted qué le parece?

Se oyó la voz de una muchacha que decía tímidamente:

—¿Ha llamado alguien a una ambulancia?

—Sí. Sí. Ese individuo que viaja en el Cortina ha ido a telefonar.

El grupo estaba indeciso. La muchacha y el joven al que cogía del brazo empezaron a retirarse. Otro automóvil paró. Una figura alta se abrió paso entre la gente. Cordelia oyó una voz que hablaba alto, en tono autoritario.

—Soy médico. ¿Ha llamado alguien a una ambulancia?

—Sí, señor. La respuesta contenía un tono de deferencia. Se hicieron a un lado para dejar paso al facultativo. Este se volvió hacia Cordelia, quizá por ser la que estaba más cerca.

—Si usted no ha presenciado el accidente, joven, sería mejor que continuase su camino. Y los demás hagan el favor de mantenerse apartados. Nada pueden ustedes hacer. ¡Y apaguen esos cigarrillos!

Cordelia retrocedió despacio hacia el Mini, poniendo cada pie cuidadosamente delante del otro como un convaleciente que intenta sus primeros dolorosos pasos. Condujo con mucho cuidado

alrededor del lugar del accidente, colocando el Mini en el margen cubierto de hierba. Se oyó el sonido de unas sirenas que se acercaban. Al tomar una curva de la carretera principal, su espejo retrovisor reflejó de repente un fulgor rojo y Cordelia oyó una explosión seguida de un rugido que fue interrumpido por el grito penetrante de una mujer. Un muro de llamas se extendía a través de la carretera. La advertencia del doctor había llegado demasiado tarde. La furgoneta se había incendiado. Ya no había esperanza para Lunn; pero, al fin y al cabo, nunca la había habido.

Cordelia era consciente de que conducía sin rumbo. Los coches que pasaban le pitaban y le hacían señas con los faros, y un motorista aminoró la marcha y le gritó unas palabras encolerizado. Se apartó de la carretera y apagó el motor. El silencio era absoluto. Tenía las manos húmedas y temblorosas. Se las secó con el pañuelo y las puso sobre el regazo, sintiéndolas como si estuviesen separadas del resto de su cuerpo. Apenas se dio cuenta de que un coche que pasaba fue disminuyendo la marcha y se detuvo. Apareció un rostro en la ventanilla. La voz sonaba nerviosa, pero horriblemente insinuante. Por el aliento se conocía que el hombre había bebido.

—¿Algo va mal, señorita?

—Nada. Sólo he parado para descansar.

—Es una lástima descansar sola, una chica tan bonita como usted.

Su mano estaba en la manecilla de la puerta. Cordelia palpó en su bolsillo y sacó la pistola. La acercó a la cara del individuo.

—Está cargada. Váyase inmediatamente o disparo.

La amenaza que había en la voz sonó fría incluso a sus propios oídos. Aquella cara pálida, húmeda, se desintegró por efecto de la sorpresa, dejó caer la mandíbula. El hombre retrocedió.

—Lo siento, señorita. Me equivoqué. No quise ofenderla.

Cordelia esperó a que el hombre se perdiera de vista. Entonces volvió a poner en marcha el motor. Pero sabía que no podía seguir conduciendo. Lo apagó de nuevo. Oleadas de cansancio la invadieron, una marea irresistible, dulce como una bendición, que ni su mente ni su cuerpo extenuados tuvieron la voluntad de resistir. Su cabeza cayó hacia adelante y la joven se quedó dormida.

VI

Cordelia durmió profunda pero brevemente. No sabía qué era lo que la había despertado, si la luz cegadora de un coche que pasaba y que iluminó vivamente su rostro con los ojos cerrados o su propio pensamiento, consciente de que el descanso debía ser racionado a una breve media hora, lo mínimo necesario para permitirle hacer lo que tenía que ser hecho antes de que pudiera entregarse definitivamente al sueño. Enderezó su cuerpo, sintiendo el punzante dolor de sus distendidos músculos y el prurito medio agradable de la sangre seca en su espalda. El aire de la noche era denso y estaba cargado con el calor y los olores del día; incluso la carretera, que se extendía sinuosa ante ella, resultaba atractiva iluminada por los faros de su coche. Pero Cordelia estaba helada de frío y su dolorido cuerpo agradecía el calor que le procuraba el jersey de Mark. Por primera vez, desde que se lo había puesto por encima de la cabeza, vio que era de color verde oscuro. ¡Qué raro que no se hubiera fijado antes en el color!

Condujo durante el resto de su viaje como una principiante, sentada con el cuerpo erguido, mirando fijamente hacia adelante, manos y pies tensos sobre los controles. Y allí por fin estaban las puertas de hierro forjado de Garforth House. A la luz de los faros, parecían ser mucho más altas y más ornamentales de lo que ella recordaba, y estaban cerradas. Corrió desde el Mini rezando para que no estuviesen cerradas con llave. Pero el pestillo de hierro, aunque bastante pesado, se levantó bajo la presión de sus manos. Las puertas se abrieron silenciosamente.

No había otros coches en el sendero y Cordelia aparcó el Mini a poca distancia de la casa. Las ventanas estaban oscuras y la única luz, suave e invitadora, brillaba a través de la puerta principal, que

estaba abierta. Cordelia empuñó la pistola y sin llamar al timbre, entró en el vestíbulo. Estaba más extenuada físicamente que la primera vez que había ido a Garforth House, pero esa noche la veía con una nueva intensidad, con los nervios sensibles a cada detalle. El vestíbulo se hallaba totalmente desierto, al aire expectante. Parecía como si la casa la hubiera estado esperando. Encontró el mismo olor de rosas y de espliego, pero esa noche se dio cuenta de que el espliego procedía de un enorme jarrón chino puesto sobre una mesa auxiliar. Recordó el insistente tictac de un reloj de pared, pero en ese momento observó por primera vez los detalles tallados en la caja del reloj, los complicados adornos. Cordelia se encontraba de pie en medio del vestíbulo, balanceándose ligeramente, con la pistola apenas sostenida con su mano derecha, y miraba hacia el suelo. La alfombra era de diseño geométrico, de colores verde oliva, azul pálido y carmesí, cada dibujo configurado como la sombra de un hombre arrodillado. Parecía incitarla a postrarse de rodillas. ¿Era quizás una alfombra oriental utilizada para la oración?

Sintió que la señorita Leaming baja silenciosamente la escalera hacia ella, con su larga bata roja rozagante alrededor de los tobillos. La pistola le fue arrancada repentina pero firmemente de la mano, a lo que Cordelia no opuso resistencia. Sabía que la pistola se había ido porque su mano se sintió de pronto más ligera. No importaba. Jamás podría defenderse con ella, jamás mataría a una persona. Se dio cuenta de ello cuando vio huir a Lunn, apartándose de ella aterrorizado. La señorita Leaming dijo:

—Nadie hay aquí de quien tenga usted necesidad de defenderse, señorita Gray.

Cordelia dijo:

—He venido a informar a sir Ronald. ¿Dónde está?

—Donde estaba la última vez que vino usted, en su estudio.

Como antes, se hallaba sentado a su mesa escritorio. Había estado dictando, y el aparato se encontraba a su derecha. Al ver a Cordelia, apagó el aparato, fue hacia la pared y lo desenchufó. Volvió a la mesa y estuvieron sentados uno frente a otro. Sir Ronald juntó las manos bajo la luz de la lámpara del escritorio y miró a Cordelia. La joven casi profirió un grito de horror. La cara del hombre le recordó esas caras que se ven grotescamente reflejadas

en las sucias ventanillas de los trenes durante la noche — cavernosas, con los huesos desencarnados, ojos hundidos en órbitas insondables—, caras resucitadas de entre los muertos.

Cuando sir Ronald Callender habló, su voz era baja, reminiscente.

—Hace media hora que me he enterado de que Chris Lunn ha muerto. Era el mejor ayudante de laboratorio que he tenido. Le saqué de un orfanato hace quince años. Nunca conoció a sus padres. Era un muchacho feo, difícil, ya en libertad provisional. La escuela nada había hecho por él. Pero Lunn era uno de los mejores talentos en ciencias naturales que he conocido. Si hubiese recibido la educación conveniente, habría sido tan bueno como yo.

—Entonces, ¿por qué no le dio usted su oportunidad?, ¿por qué no le educó?

—Porque me era más útil como auxiliar de laboratorio. He dicho que podía haber sido tan bueno como yo. Eso no significa que hubiera sido lo suficientemente bueno. Puedo encontrar un gran número de científicos igualmente buenos. Pero no podría haber encontrado otro ayudante de laboratorio que igualase a Lunn. Tenía una mano maravillosa con los instrumentos. —Levantó los ojos hacia Cordelia, pero sin curiosidad, aparentemente sin interés—. Usted ha venido a informar, naturalmente. Es muy tarde, señorita Gray, y, como usted ve, estoy cansado. ¿No puede eso esperar hasta mañana?

Cordelia pensó que eso era una súplica a la que él se veía obligado a recurrir. Dijo.

—No, yo también estoy cansada. Pero quiero terminar este caso, esta noche, ahora.

Sir Ronald cogió un cortapapel de ébano de la mesa escritorio y, sin mirar a Cordelia, lo balanceó sobre su dedo índice.

—Entonces, dígame, ¿por qué mi hijo se suicidó? Supongo que me traerá usted alguna noticia, ¿no? De no ser así no hubiese irrumpido aquí a estas horas.

—Su hijo no se suicidó. Fue asesinado. Fue asesinado por alguien a quien él conocía muy bien, alguien a quien él no vaciló en dejar entrar en la cabaña, alguien que iba preparado. Fue estrangulado o asfixiado y después colgado de aquel gancho con su

propio cinturón. Por último, su asesino le pintó los labios, le vistió con prendas interiores de mujer y esparció varias fotografías de desnudos sobre la mesa frente a él. La intención era que pareciese una muerte accidental ocurrida durante un experimento sexual; tales casos no son del todo infrecuentes.

Hubo medio minuto de silencio. Entonces sir Ronald dijo con perfecta sangre fría:

—¿Y quién fue responsable de ello, señorita Gray?

—Usted. Usted mató a su hijo.

—¿Por qué razón?

Parecía un examinador formulando sus inexorables preguntas.

—Porque usted descubrió que su mujer no era la madre de Mark, y el dinero que le había sido legado a ella y a él por su abuelo procedía de un fraude. Porque él no tenía la intención de beneficiarse de ese dinero ni por un momento más, ni aceptar su herencia al cabo de cuatro años. Usted tenía miedo de que hiciera público lo que sabía. ¿Y qué me dice usted del Wolvington Trust? Si llegaba a saberse la verdad, sería el fin de la concesión que se les había prometido. El futuro de su laboratorio estaba en juego. Usted no podía permitirse el lujo de correr ese riesgo.

—¿Y quién cree usted que volvió a desvestirle, escribió a máquina aquella nota de suicidio y lavó las marcas de lápiz de labios de su cara?

—Creo que lo sé pero no voy a decírselo, sir Ronald. Para descubrir eso es para lo que usted realmente me empleó, ¿no es cierto? Eso es lo que usted no podía soportar desconocer. Pero usted mató a Mark. Incluso preparó una coartada por si le era necesaria. Usted hizo que Lunn le llamase al colegio universitario y se anunciase como su hijo. Era la única persona en la que podía confiar absolutamente. No creo que usted le dijese la verdad. Él era sólo su ayudante de laboratorio. No necesitaba explicaciones, hacía lo que usted le decía. E incluso si adivinaba la verdad, era seguro, ¿no es cierto? Usted preparó una coartada que luego no se atrevió a utilizar, porque no sabía a qué hora había sido descubierto por primera vez el cadáver de Mark. Si alguien le había encontrado y había simulado aquel suicidio antes de la hora en que usted pretendía haber hablado con él por teléfono, su coartada habría

quedado destruida, y una coartada destruida significa condena. De modo que usted buscó la oportunidad de hablar con Benskin y arreglar las cosas. Le dijo la verdad; era Lunn el que le había llamado a usted. Usted podía contar con que Lunn respaldase su historia. Pero no importaba realmente, aunque hablase, ¿verdad? Nadie le creería.

—No, como tampoco le creerá a usted. Usted está decidida a ganar su dinero, señorita Gray. Su explicación es ingeniosa; hay incluso cierto grado de plausibilidad acerca de algunos detalles. Pero usted sabe, como lo sé yo, que ningún agente de la policía en el mundo la tomaría en serio. Es una desgracia para usted que no pudiese interrogar a Lunn. Pero Lunn, como le he dicho, está muerto. Murió quemado en un accidente de carretera.

—Lo sé, yo lo vi. Anoche intentó matarme. ¿Lo sabía? Y antes trató de asustarme para que abandonase el caso. ¿Fue porque había empezado a sospechar la verdad?

—Si él intentó matarla, se excedió en sus instrucciones. Yo simplemente le pedí que la vigilase. Yo había contratado sus servicios en exclusiva y a tiempo completo, si lo recuerda; quería estar seguro de que recibía algo de valor. Y de algún modo así ha sido. Pero no debe usted dar rienda suelta a su imaginación fuera de esta habitación. Ni la policía ni los tribunales simpatizan con la calumnia ni con las tonterías histéricas. ¿Y qué prueba tiene? Ninguna. Mi mujer fue incinerada. No hay nada, vivo o muerto, en esta tierra que demuestre que Mark no era hijo suyo.

Cordelia dijo:

—Usted visitó al doctor Gladwin para cerciorarse de que estaba demasiado senil para testificar contra usted. No tenía por qué preocuparse. Él nunca sospechó, ¿verdad? Usted lo escogió como médico de su mujer porque era viejo e incompetente. Pero tengo en mi poder una pequeña prueba. Lunn se la traía a usted.

—Entonces usted tenía que haber vigilado mejor el asunto. Nada de Lunn, excepto sus huesos, ha sobrevivido a aquella colisión.

—Todavía están las prendas femeninas, las bragas y el sujetador negro. Alguien podría recordar quién los compró, particularmente si aquella persona es un hombre.

—Algunos hombres compran ropa interior para sus mujeres.

Pero si yo estuviese planeando un asesinato así, no creo que la compra de los accesorios me preocupase. ¿Acaso una atareada cajera de unos grandes almacenes iba a recordar una compra particular, una compra pagada al contado, uno de entre muchos artículos insignificantes, todo ello a la hora de mayor ajetreo del día? El hombre podría incluso haber ido disfrazado. Dudo de que ella se hubiese fijado en su cara. ¿Esperaría usted realmente de ella que recordase, semanas más tarde, que identificase a uno de entre miles de clientes y le identificase con suficiente certeza para convencer a un jurado? Y si lo hiciese, ¿qué probaría eso, a menos que tuviese usted la ropa en cuestión? Puede estar segura de una cosa, señorita Gray, si yo necesitase matar, lo haría con eficiencia. No sería descubierto. Si la policía se enterase de cómo fue encontrado mi hijo, cosa que puede hacer, ya que, evidentemente, alguien que no es usted lo sabe, sólo creerán con mayor certeza que se suicidó. La muerte de Mark fue necesaria y, a diferencia de la mayoría de las muertes, sirvió a un propósito. Los seres humanos tienen un impulso irresistible al sacrificio de sí mismos. Mueren por cualquier razón o por ninguna en absoluto, por abstracciones carentes de sentido tales como patriotismo, justicia, paz; por los ideales de otras personas, por el poder de otras personas, por unos palmos de tierra. Usted, sin duda, daría su vida para salvar a un niño o si estuviese convencida de que el sacrificio iba a encontrar una cura contra el cáncer.

—Es posible. Me gusta pensar que lo haría. Pero querría que la decisión fuese mía, no de usted.

—Naturalmente. Eso le procuraría a usted la necesaria satisfacción emocional. Pero no alteraría el hecho de su muerte ni el resultado de su muerte. Y no me diga que lo que yo estoy haciendo aquí no vale una sola vida humana. Ahórreme esa hipocresía. Usted no conoce y es incapaz de comprender el valor de lo que estoy haciendo aquí. ¿Cómo puede importarle la muerte de Mark? Usted jamás oyó hablar de él hasta que vino a Garforth House.

Cordelia dijo:

—Le importará a Gary Webber.

—¿Y se espera de mí que pierda todo aquello por lo que he trabajado aquí sólo porque Gary Webber quiere tener a alguien con

quien jugar al squash o hablar de historia? —De pronto, miró a Cordelia fijamente a los ojos. Dijo secamente—. ¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra mal?

—No, no me encuentro mal. Sabía que tenía razón. Sabía que lo que había razonado era cierto. Pero no puedo creerlo. No puedo creer que un ser humano pueda ser tan malvado.

—Si usted es capaz de imaginarlo, entonces yo soy capaz de hacerlo. ¿Aún no ha descubierto eso de los seres humanos, señorita Gray? Es la clave de lo que podríamos llamar la maldad humana.

De pronto Cordelia sintió que no podía seguir soportando aquella cínica antifona y gritó en apasionada protesta:

—Pero ¿de qué sirve hacer el mundo más hermoso si las personas que viven en él no pueden amarse las unas a las otras?

Al fin consiguió encolerizarle.

—¡Amor! La palabra de la que más se ha abusado en el lenguaje. ¿Tiene algún significado que no sea la particular connotación que usted quiera darle? ¿Qué quiere usted decir con la palabra amor? ¿Que los seres humanos deben aprender a vivir juntos con un hermoso interés por el bienestar recíproco? La ley obliga a ello. El mayor bien del mayor número. Al lado de esta declaración básica de sentido común, todas las otras filosofías son abstracciones metafísicas. ¿O acaso define usted el amor en el sentido cristiano de caridad? Lea la historia, señorita Gray. Vea a qué horrores, a qué violencia, odio y represión ha llevado a la humanidad la religión del amor. Pero quizá prefiera usted una definición más femenina, más individual; el amor como entrega apasionada a la personalidad de otro. La entrega, el compromiso personal intenso siempre termina en celos y esclavitud. El amor es más destructivo que el odio. Si tiene usted que dedicar la vida a algo, dedíquela a una idea.

—Me refiero al amor que sienten un padre o una madre por un hijo.

—El peor para los dos, quizá. Pero si un padre no ama, no hay poder sobre la tierra que pueda estimularle o le impulse a hacerlo. Y donde no hay amor, no puede haber obligaciones del amor.

—¡Usted podía haberle dejado vivir! El dinero no era importante para él. Él habría comprendido las necesidades de usted y habría callado.

—¿De veras? ¿Cómo podía él, o yo, explicar su rechazo de una gran fortuna al cabo de cuatro años? Las personas que siempre están a merced de lo que llaman su conciencia nunca son seguras. Mi hijo era un pedante de la rectitud. ¿Cómo podía yo ponerme a mí mismo y mi obra en sus manos?

—Usted está en las mías, sir Ronald.

—Se equivoca. Yo no estoy en las manos de nadie. Desgraciadamente para usted, esa grabadora no está funcionando. No tenemos testigos. Usted no repetirá fuera de aquí una sola palabra de lo que se ha dicho en esta habitación. Si lo hace tendré que arruinarla. Haré que nunca más pueda encontrar un empleo, señorita Gray. Y lo primero que haré será hacer quebrar este patético negocio suyo. Por lo que la señorita Leaming me ha contado, no sería difícil. La calumnia puede resultar un placer muy caro. Recuérdelo, por si alguna vez se sintiese usted tentada a hablar. Recuerde también esto. Se perjudicará a usted misma; perjudicará la memoria de Mark; a mí no me perjudicará.

Cordelia jamás supo cuánto tiempo la alta figura de la bata roja había estado mirando y escuchando en la sombra de la puerta. Nunca supo cuánto había oído la señorita Leaming o en qué momento se había alejado sigilosamente. Pero en ese momento era consciente de la sombra roja que se movía en silencio sobre la alfombra, con los ojos clavados en la figura que estaba detrás de la mesa escritorio, y empuñaba la pistola con su mano derecha. Cordelia la observó con fascinado horror, sin respirar. Sabía con toda exactitud lo que iba a suceder. No debió tardar más de tres segundos, pero estos transcurrieron lentos como minutos. Probablemente hubo tiempo para gritar, tiempo para avisar, tiempo para dar un salto hacia adelante y arrebatarle la pistola. Con toda seguridad hubo tiempo para que él gritase. Pero no profirió sonido alguno. Se levantó a medias de su asiento, asombrado, mirando la boca del arma con ciega incredulidad. Luego volvió la cabeza hacia Cordelia como en gesto suplicante. La joven jamás olvidaría aquella última mirada, una mirada que estaba más allá del terror, más allá de la esperanza. Una mirada en la que sólo había la simple

aceptación de la derrota.

Fue una ejecución, limpia, sin precipitación, ritualmente precisa. La bala penetró por detrás de la oreja derecha. El cuerpo saltó en el aire, con los hombros encogidos, luego se suavizó ante los ojos de Cordelia como si los huesos se derritiesen como cera, y finalmente cayó desplomado sobre la mesa. Una cosa inerte; como Bernie; como el padre de la propia Cordelia.

La señorita Leaming dijo:

—Él mató a mi hijo.

—¿A su hijo?

—Naturalmente. Mark era mi hijo. De él y mío. Yo creía que usted lo habría adivinado.

Estaba allí de pie con la pistola en la mano, mirando con ojos sin expresión hacia el césped, a través de la abierta puertaventana. No se oyó el menor sonido. Nada se movió. La señorita Leaming dijo:

—Tenía razón al decir que nadie podía hacerle nada. No había prueba alguna.

Cordelia exclamó horrorizada:

—Entonces ¿cómo ha podido usted matarle? ¿Cómo podía estar tan segura?

Sin aflojar la presión de su mano sobre la pistola, la señorita Leaming metió la mano en el bolsillo de su bata. La mano se desplazó luego hacia la superficie de la mesa. Un pequeño cilindro dorado rodó por la pulimentada madera hacia Cordelia, luego osciló un instante hasta quedar inmóvil. La señorita Leaming dijo:

El lápiz de labios era mío. Lo encontré hace un momento en el bolsillo de su frac. No se lo había puesto desde la última vez que cenó en Hall, la noche de la fiesta. Siempre ha sido una urraca. Instintivamente se metía en los bolsillos los pequeños objetos que encontraba.

Cordelia nunca había dudado de la culpabilidad de sir Ronald, pero en ese momento cada uno de sus nervios exigía desesperadamente tener la certeza de ello.

—¡Pero el lápiz pudo haber sido puesto allí por otra persona! Pudo haberlo hecho Lunn para incriminarle a él.

—Lunn no mató a Mark. Estaba en la cama conmigo en el momento en que Mark murió. Sólo me dejó durante cinco minutos y

eso fue para hacer una llamada telefónica poco después de las ocho.

—¿Estaba usted enamorada de Lunn!

—¡No me mire de ese modo! Sólo amé a un hombre en mi vida y es el que acabo de matar. Hable de cosas que entienda. El amor nada tenía que ver con lo que Lunn y yo necesitábamos el uno del otro.

Hubo un momento de silencio. Entonces Cordelia dijo:

—¿Hay alguien en la casa?

—No. Los sirvientes están en Londres. Nadie trabaja hasta tarde en el laboratorio esta noche.

Y Lunn estaba muerto.

La señorita Leaming dijo con resignación:

—¿No sería mejor que llamase usted a la policía?

—¿Quiere que lo haga?

—¿Qué importa?

—La prisión importa. Perder su libertad importa. ¿Y quiere usted realmente que la verdad llegue a hacerse pública? ¿Quiere usted que todos sepan cómo murió su hijo y quién lo mató? ¿Es eso lo que el propio Mark habría querido?

—No. Mark nunca creyó en el castigo. Dígame lo que tengo que hacer.

—Hemos de actuar rápidamente y trazar nuestro plan con mucho cuidado. Hemos de confiar la una en la otra y hemos de ser inteligentes.

—Lo somos. ¿Qué debemos hacer?

Cordelia sacó su pañuelo de bolsillo y, dejándolo caer encima de la pistola, tomó el arma de la mano de la señorita Leaming y la puso sobre la mesa. Cogió la fina muñeca de la mujer y, venciendo su resistencia, empujó la mano de esta contra la palma de la de sir Ronald, y apretó los rígidos pero vivos dedos contra la mano del muerto, mano blanda y que no ofrecía resistencia.

—Pueden haber quedado residuos del disparo. No sé realmente mucho acerca de esto, pero es posible que la policía lo examine. Ahora lávese las manos y tráigame un par de guantes finos. Rápido.

La señorita Leaming se fue sin decir palabra. Una vez sola, Cordelia bajó la mirada hacía el científico muerto. Había caído con la barbilla contra la parte superior de la mesa y los brazos oscilando

flojos a los lados, posición extraña y de apariencia incómoda que le daba el aspecto de estar atisbando malévolamente por encima del escritorio. Cordelia no pudo mirarle los ojos, pero era consciente de no sentir nada, ni odio, ni ira, ni piedad. Entre sus ojos y aquella figura tendida, abierta de brazos y piernas, parecía flotar la sombra de una forma alargada, con la cabeza horriblemente torcida y los dedos de los pies patéticamente puntiagudos. Se encaminó hacia la puertaventana abierta y miró al jardín con la indiferente curiosidad de un invitado al que se hace esperar en una habitación extraña.

El aire era cálido y muy tranquilo. El olor de rosas entraba en oleadas por la puertaventana abierta, alternativamente tan intenso que casi mareaba y luego tan fugitivo como un recuerdo a medias evocado.

Este curioso lapso de paz y de intemporalidad, debió de durar menos de medio minuto. Luego Cordelia comenzó a trazar su plan. Pensó en el caso Clandon. La memoria le trajo la imagen de sí misma y de Bernie, sentados a horcajadas sobre un tronco caído, en el bosque de Epping, y comiendo su almuerzo. Trajo también el recuerdo del olor de los tiernos panecillos, de la mantequilla y el queso, el olor denso del bosque en verano. Bernie había dejado la pistola encima de la corteza, entre los dos, y le había dicho, murmurando las palabras por entre el pan y el queso que tenía en la boca: «¿Cómo harías tú para dispararte a ti misma detrás de la oreja derecha? Vamos, Cordelia, muéstramelos».

Cordelia había tomado la pistola en su mano derecha, con el dedo índice ligeramente apoyado en el gatillo, y con cierta dificultad había estirado el brazo hacia atrás para colocar la boca del arma contra la base del cráneo. «¿Así?». «Así no, ¿sabes? No lo harías si estuvieses acostumbrada a usar una pistola. Ese fue el error que cometió la señora Clandon y que por poco no le costó la horca. Le disparó a su marido detrás de la oreja derecha con la pistola de servicio de él y después intentó simular un suicidio. Pero puso sobre el gatillo el dedo que no debía. Si él realmente se hubiese disparado a sí mismo detrás de la oreja derecha, habría apretado el gatillo con el pulgar y sostenido el revólver con la palma de la mano rodeando la parte posterior de la culata. Recuerdo muy bien ese caso. Fue el primer asesinato en el que trabajé con el Comi... inspector Dalglish

era entonces. Al final, la señora Clandon confesó». «¿Qué le ocurrió, Bernie?». «Cadena perpetua. Probablemente habría salido con homicidio casual si no hubiese intentado simular un suicidio. Al jurado no le había hecho mucha gracia lo que había oído contar acerca de las costumbres del mayor Clandon».

Pero la señorita Leaming no podía salir con homicidio casual a menos que contase toda la historia de la muerte de Mark.

Entró de nuevo en la habitación. Entregó un par de finos guantes de algodón a Cordelia, que dijo:

—Creo que sería mejor que usted aguardase fuera. No tendrá que preocuparse por olvidar lo que no vea. ¿Qué estaba usted haciendo cuando salió a mi encuentro en el vestíbulo?

—Me estaba tomando un whisky.

—Entonces usted me habría vuelto a encontrar cuando yo salía del estudio, mientras usted subía el vaso a su habitación. Tómelo ahora y deje el vaso sobre la mesa auxiliar del vestíbulo. Es la clase de detalle que la policía suele observar.

Otra vez sola, Cordelia cogió la pistola. Resultaba asombroso cuán repulsivo encontraba aquel peso de metal inerte. ¡Qué extraño que siempre lo hubiese considerado un juguete inofensivo! La frotó a conciencia con el pañuelo, borrando las huellas de la señorita Leaming. Luego la toqueteó. Era su pistola. Ellos esperarían encontrar algunas de sus huellas en la culata junto con las del muerto. Volvió a dejar el arma sobre la mesa escritorio y se puso los guantes. Esta era la parte más difícil. Manejaba la pistola con cuidado y la puso en la inerte mano derecha del cadáver. Apretó firmemente el dedo pulgar del muerto contra el gatillo, luego pasó la fría mano, sin resistencia, alrededor de la parte posterior de la culata. Luego le soltó los dedos y dejó caer la pistola. El arma fue a dar en la alfombra, con un golpe sordo. Se quitó los guantes, salió al encuentro de la señorita Leaming en el vestíbulo y cerró con cuidado tras de sí la puerta del estudio.

—Ahora sería mejor que dejase estos guantes en el sitio en que estaban. No debemos dejarlos por ahí para que los encuentre la policía.

Desapareció sólo por breves segundos. Cuando volvió, Cordelia le dijo:

—Ahora debemos hacer el resto como si realmente hubiese sucedido. Usted me encuentra cuando yo salgo de la habitación. He estado con sir Ronald unos dos minutos. Usted deja su vaso de whisky sobre la mesa del vestíbulo y me acompaña hasta la puerta principal. Usted dice... ¿Qué diría usted?

—¿Le ha pagado sir Ronald?

—No, tengo que volver mañana por la mañana para recibir mi dinero. Siento que no haya sido un éxito. Le he dicho a sir Ronald que no quiero seguir con el caso.

—Haga lo que más le convenga, señorita Gray. Fue una tontería desde el primer momento.

En ese momento salían por la puerta principal. De pronto la señorita Leaming se volvió hacia Cordelia y le dijo con urgencia y en su voz normal:

—Hay una cosa que sería mejor que usted supiese. Fui yo quién encontró primero a Mark y simuló el suicidio. Me telefoneó temprano aquel día y me pidió que fuese a verle. No pude ir hasta después de las nueve, a causa de Lunn. No quería que sospechase.

—Pero, cuando encontró a Mark, ¿no se le ocurrió a usted pensar que había algo extraño acerca de su muerte? La puerta no estaba cerrada con llave, aunque las cortinas estaban corridas. Faltaba el lápiz de labios.

—Nada sospeché hasta esta noche, cuando estaba en la sombra y les oí hablar a ustedes. En estos días, abundan las sofisticaciones sexuales. Creí lo que vi. Era horroroso, pero yo sabía lo que tenía que hacer. Trabajé rápidamente, aterrada pensando que podía llegar alguien. Le limpié la cara con mi pañuelo mojado en agua del fregadero de la cocina. Parecía como si el lápiz de labios nunca fuera a desaparecer. Le desnudé y le puse los tejanos que tenía tirados sobre el respaldo de una silla. No esperé a ponerle los zapatos, no parecía importarle. Escribir a máquina la nota fue la parte peor. Sabía que él tendría su Blake en algún lugar de la cabaña y que el pasaje que escogí podría ser más convincente que una nota de suicidio corriente. El tecleo de la máquina sonaba excesivamente fuerte en medio del silencio; tenía miedo de que alguien lo oyese. Él había estado llevando una especie de diario. No había tiempo para leerlo, pero quemé el escrito mecanografiado en

la chimenea del cuarto de estar. Finalmente hice un lío con la ropa y las fotografías y lo traje aquí para quemarlo en el incinerador del laboratorio.

—Usted dejó caer una de las fotografías en el jardín. Y no logró limpiar del todo las marcas de lápiz de labios de su cara.

—¿Así fue como usted lo adivinó?

Cordelia no respondió enseguida. Pasara lo que pasase, debía mantener a Isabelle de Lasterie apartada del caso.

—Yo no estaba segura de que fuese usted quien había estado allí primero, pero pensé que había sido usted. Había cuatro cosas. Usted no quería que yo investigase la muerte de Mark; usted estudió Letras en Cambridge y podía haber sabido dónde encontrar aquella cita de Blake; usted es una experta mecanógrafa y no creí que la nota hubiese sido escrita por un aficionado, a pesar del intento de hacer que pareciese obra de Mark; cuando estuve por primera vez aquí, en Garforth House, y pregunté por la nota de suicidio, usted recitó de memoria toda la cita de Blake; a la versión mecanografiada le faltaban once palabras. Lo advertí cuando visité la comisaría y allí me enseñaron la nota. Esto apuntaba directamente hacia usted. Fue la prueba mayor que tuve.

En aquel momento llegaron a donde estaba el coche y se detuvieron. Cordelia dijo:

—Ya no debemos perder más tiempo antes de llamar a la policía. Alguien puede haber oído el disparo.

—No es probable. Estamos a alguna distancia del pueblo. ¿Lo oímos ahora?

—Sí, lo oímos ahora.

Hubo una pausa de un segundo, luego dijo Cordelia:

—¿Qué ha sido eso? Ha sonado como un tiro.

—No es posible. Probablemente ha sido el tubo de escape de un coche.

La señorita Leaming hablaba como una mala actriz, sus palabras resultaban poco convincentes. Pero las decía, las recordaría.

—Pero es que no pasan coches. Y venía de la casa.

Se miraron una a otra, luego echaron a correr de nuevo hacia la casa y entraron en el vestíbulo. La señorita Leaming hizo una pausa un momento y miró a Cordelia a la cara antes de abrir la puerta del

estudio. Cordelia entró detrás de ella.

La señorita Leaming dijo:

—¡Le han disparado un tiro! Voy a llamar a la policía.

Cordelia dijo:

—¡No debería decir eso! ¡No piense algo así! Usted se acercaría primero al cadáver y luego diría: «Se ha suicidado. Voy a llamar a la policía».

La señorita Leaming miró sin emoción el cadáver de su amante, luego recorrió con los ojos la habitación. Olvidando su papel, preguntó:

—¿Qué ha hecho usted aquí? ¿Qué hay de las huellas dactilares?

—No se preocupe. Ya me he ocupado de eso. Todo cuanto tiene usted que recordar es que usted no sabía que yo tuviese una pistola cuando vine a Garforth House; no sabía que sir Ronald me la había quitado. Usted no ha visto esa pistola hasta ese momento. Cuando yo llegué esta noche, usted me hizo pasar al estudio y volvió a encontrarme cuando salía, dos minutos después. Fuimos juntas hasta el coche y hablamos como acabamos de hacerlo. Oímos el disparo. Hicimos lo que acabamos de hacer. Olvide todo lo demás que ha sucedido.

Cuando la interroguen, no se embrolle, no invente, no tenga miedo de decir que no puede recordar. Y ahora, llame a la policía de Cambridge.

Tres minutos más tarde, estaban las dos junto a la puerta abierta esperando a que llegase la policía. La señorita Leaming dijo:

—No debemos hablar entre nosotras una vez que ellos estén aquí. Y después, no debemos encontrarnos ni mostrar el menor interés la una por la otra. Ellos sabrán que esto no puede ser un asesinato a menos que las dos seamos cómplices. ¿Y por qué habríamos de conspirar juntas cuando sólo nos habíamos encontrado una vez, cuando ni siquiera simpatizamos mutuamente?

Tenía razón, pensaba Cordelia. Ni siquiera simpatizaban. A ella realmente no le importaba si Elizabeth Leaming iba a la cárcel; pero sí le preocupaba que pudiera ir a la cárcel la madre de Mark. A ella también le importaba que la verdad de su muerte jamás se supiera.

La fuerza de aquella decisión la sorprendía como si fuese irracional. A él ya no podía importarle y no era un muchacho que se hubiese preocupado mucho por lo que la gente pudiera pensar de él. Pero sir Ronald había profanado su cuerpo después de muerto; había planeado hacer de él un objeto, en el peor de los casos, de desprecio; en el mejor de ellos, de piedad. Ella había plantado cara a sir Ronald. No había querido que muriese; no habría sido capaz ella misma de apretar el gatillo. Pero él estaba muerto y ella no podía sentir pesar ni podía ser un instrumento de castigo para su asesina. Era conveniente, nada más que eso, que la señorita Leaming no fuese castigada. Al contemplar hacia aquella noche de verano y mientras aguardaba el sonido de los coches de la policía, Cordelia aceptó de una vez por todas la enormidad y la justificación de lo que había hecho y aún estaba planeando hacer. En lo sucesivo, jamás iba a sentir el menor asomo de pesar o de remordimiento.

La señorita Leaming dijo:

—Hay cosas que probablemente usted querrá saber, cosas que supongo tiene el derecho de conocer. Podemos encontrarnos en la capilla del

King's

College después de vísperas el domingo siguiente a la investigación. Yo entraré en el presbiterio y usted estará en la nave. Parecerá bastante natural que nos encontremos allí casualmente, es decir, si todavía estamos en libertad.

—Lo estaremos —respondió Cordelia—. Si no perdemos la serenidad, esto no puede salirnos mal.

Hubo un momento de silencio. Luego la señorita Leaming dijo:

—Veo que tardan. Seguramente ya deberían estar aquí.

—No pueden tardar mucho más.

De pronto, la señorita Leaming se echó a reír y dijo con acritud:

—¿De qué hemos de tener miedo? Al fin y al cabo, sólo tenemos que tratar con hombres.

Así pues, siguieron esperando juntas, en silencio. Oyeron aproximarse los coches antes de que la luz de los faros recorriese el sendero, iluminando cada uno de los guijarros, haciendo resaltar las pequeñas plantas del borde de los parterres, bañando con su luz las

flores azules de las glicinas, deslumbrando los ojos de las mujeres que estaban esperando. Luego las luces se fueron apagando mientras los coches se balanceaban ligeramente al detenerse frente a la casa. Aparecieron unas formas oscuras que avanzaban sin prisa pero con paso firme. El vestíbulo se llenó de repente de hombres altos, tranquilos, algunos de ellos vestidos de paisano. Cordelia se apartó, arrimándose a la pared, y fue la señorita Leaming quien les salió al encuentro, les habló en voz baja y les acompañó hasta el estudio.

En el vestíbulo quedaron dos hombres uniformados. Estaban hablando entre sí, sin fijarse en la presencia de Cordelia. Sus colegas se estaban tomando su tiempo. Seguramente habían utilizado el teléfono del estudio, porque empezaron a llegar más coches y más hombres. En primer lugar, el médico de la policía, identificable por su maletín aunque no hubiese sido saludado con estas palabras:

—Buenos días, doctor Por aquí, por favor.

¡Cuántas veces habría oído esta frase! Dirigió una rápida mirada de curiosidad hacia Cordelia mientras se encaminaba con rápidos pasitos al estudio a través del vestíbulo. Era un hombrecillo gordo, despeinado, de cara arrugada y aspecto malhumorado, como un niño al que acaban de despertar a la fuerza. A continuación venía un fotógrafo civil con su cámara, trípode y todo el equipo; un experto en huellas dactilares; otros dos civiles que Cordelia, instruida en el procedimiento por Bernie, supuso que eran agentes expertos en analizar la escena del crimen. De modo que estaban tratando esto como una muerte sospechosa. ¿Y por qué no? Lo era realmente.

El dueño de la casa estaba muerto, pero la casa misma parecía haber cobrado vida. La Policía hablaba, no en susurros, sino en tono normal, confiado, sin que en sus voces influyera la presencia de la muerte. Eran profesionales que hacían su trabajo, profundizado en los misterios de la muerte violenta; las víctimas de esta no les inspiraban temor alguno. Habían sido iniciados en ello. Habían visto demasiados cadáveres: cuerpos recogidos en las carreteras, cargados a trozos en las ambulancias, arrastrados por el garfio y la red de las profundidades de los ríos; extraídos putrefactos de las

entrañas de la tierra. Lo mismo que los médicos, eran amables y condescendientes con los profanos, guardando inviolado su terrible saber. Este cuerpo mientras respiraba, había sido más importante que otros. Entonces ya no era importante, pero aún era capaz de crearles problemas. Por eso tenían que ser más meticulosos, actuar con mucho más tacto. Pero, con todo, no era más que uno de tantos casos.

Cordelia estaba sentada, sola, esperando. De pronto se sintió vencida por el cansancio. No anhelaba más que apoyar la cabeza en la mesa del vestíbulo y dormir. Apenas era consciente de que la señorita Leaming pasaba por el vestíbulo en dirección al salón, de que el agente alto hablaba con ella mientras pasaban por allí. Tampoco se fijaba en la figura bajita embutida en su inmenso jersey de lana, sentada contra la pared. Cordelia hizo un esfuerzo para mantenerse despierta. Sabía lo que tenía que decir; todo estaba bastante claro en su mente. Si empezasen a interrogarla y al fin la dejaran dormir...

No fue hasta que el fotógrafo y el hombre de las huellas dactilares hubieron terminado su trabajo que uno de los agentes veteranos fue a su encuentro. Posteriormente jamás pudo recordar su rostro, pero recordaba su voz, una voz cuidadosa, no enfática, de la que había sido excluido todo matiz de emoción. Tendió hacia ella la pistola. El arma descansaba en la palma de su mano, protegida por un pañuelo de la contaminación de su propia mano.

—¿Reconoce esta arma, señorita Gray?

Cordelia pensó que era extraño que emplease la palabra arma. ¿Por qué no decir simplemente pistola?

—Creo que sí. Creo que debe de ser la mía.

—¿No está usted segura?

—Debe de ser la mía, a menos que sir Ronald tuviese otra igual. Me la quitó cuando vine aquí por vez primera hace cuatro o cinco días. Prometió que me la devolvería cuando viniese mañana a cobrar mis honorarios.

—¿De modo que esta es sólo la segunda vez que está usted en esta casa?

—Sí.

—¿Se había encontrado usted anteriormente con sir Ronald o

con la señorita Leaming?

—No. No hasta que sir Ronald me mandó llamar para encargarme de este caso.

El hombre se alejó. Cordelia volvió a apoyar la cabeza en la pared y descabezó varias veces en breve sueño. Llegó otro agente. Esta vez estaba acompañado por un hombre uniformado que iba tomando notas. Hubo más preguntas. Cordelia les relató lo que tenía preparado. Ellos lo anotaron sin hacer comentarios y se fueron.

Debió de quedarse dormitando. Al despertar se encontró ante sí con un agente alto, uniformado, que le dijo:

—La señorita Leaming está haciendo té en la cocina, señorita. Quizá le gustaría ir a echarle una mano. Tenemos algo que hacer, ¿sabe?

Cordelia pensó: «Ahora van a llevarse el cadáver». Dijo:

—No sé dónde está la cocina.

Vio cómo los ojos del hombre centelleaban.

—Oh, ¿no lo sabe, señorita? Es usted extraña aquí, ¿verdad? Bien, es por aquí.

La cocina se encontraba en la parte trasera de la casa. Olía a especias, aceite y salsa de tomate y le despertaba recuerdos de comidas que había hecho en Italia con su padre. La señorita Leaming estaba sacando tazas de un gran aparador. Una tetera eléctrica estaba ya silbando, exhalando vapor. El agente de policía se quedó allí. De modo que no iban a dejarlas a solas. Cordelia dijo:

—¿Puedo ayudar en algo?

La señorita Leaming no la miró.

—Hay unas galletas en esa caja. Puede usted ponerlas en una bandeja. La leche está en la nevera.

Cordelia se movía como un autómata. La botella de la leche era una columna helada en sus manos, la tapa de la caja de hojalata de galletas resistió a sus dedos y se rompió una uña al querer levantarla. Observó los detalles de la cocina: un calendario de pared de santa Teresa de Ávila, con la cara de la santa exageradamente alargada y pálida como una señorita Leaming santificada; un asno de porcelana con dos alforjas de flores artificiales, con su melancólica cabeza coronada con un sombrero de paja en

miniatura; un inmenso cuenco azul con huevos rubios.

Había dos bandejas. El agente de policía tomó la más grande de manos de la señorita Leaming y se encaminó hacia el vestíbulo. Cordelia le siguió con la segunda bandeja, sosteniéndola en alto contra su pecho, cual una niña a la que se le permite como un privilegio ayudar a su madre. Los agentes de policía formaron un corro. Ella cogió una taza y volvió a su silla.

Y entonces se oyó el sonido de otro coche. Entró una mujer de mediana edad acompañada de un chófer uniformado. A través de la neblina de su cansancio, Cordelia oyó su voz.

—¡Querida Eliza, esto es espantoso! Debe usted venir a mi casa esta noche. No me diga que no, insisto. ¿Está aquí el comisario?

—No, Marjorie, pero estos agentes han sido muy amables.

—Déjeles la llave. Ellos cerrarán la casa cuando hayan terminado. Usted no puede quedarse aquí sola esta noche.

Hubo presentaciones, precipitadas consultas con los detectives en las que la voz de la recién llegada era la que dominaba. La señorita Leaming subió la escalera con su visitante y reapareció cinco minutos más tarde con una pequeña maleta y su chaqueta sobre el brazo. Salieron juntas, escoltadas hasta el coche por el chófer y uno de los detectives. Ninguno de ellos dirigió una mirada hacia Cordelia.

Cinco minutos después se acercó el inspector a Cordelia, con la llave en la mano.

—Vamos a cerrar con llave la casa esta noche, señorita Gray. Es hora de que regrese usted. ¿Piensa permanecer en la cabaña?

—Sólo por unos días, si el comandante Markland me deja.

—Parece usted muy cansada. Uno de mis hombres la llevará en su coche. Me gustaría tener mañana una declaración suya por escrito. ¿Puede venir a la comisaría lo más pronto posible después de desayunar? ¿Sabe dónde está?

—Sí, lo sé.

Uno de los coches de la policía se puso en marcha primero y el Mini le siguió. El policía conducía de prisa, atento al pequeño automóvil en las curvas. La cabeza de Cordelia oscilaba contra el respaldo del asiento y de vez en cuando era arrojada contra el brazo del conductor. Este iba en mangas de camisa y Cordelia notaba el

agradable calor de la carne a través de la tela de algodón. La ventanilla del coche estaba abierta y sentía sobre su rostro el aire caliente de la noche, veía las nubes que se deslizaban rápidamente por el cielo, los primeros increíbles colores del día, que teñían el cielo en su parte oriental. La ruta le parecía extraña y el tiempo mismo incoherente; se preguntó a sí misma por qué de pronto se había parado el coche y tardó un momento en reconocer el alto seto que se inclinaba sobre el sendero como una sombra amenazadora, la destartalada portezuela. Ya estaba en casa. El conductor dijo:

—¿Es este el lugar, señorita?

—Sí, este es. Pero normalmente dejo el Mini más abajo del sendero, a la derecha. Hay un matorral donde puede usted dejarlo, junto a la carretera.

—Está bien, señorita.

Se apeó del coche para ir a consultar con el otro conductor. Se desplazaron lentamente en los últimos metros del viaje. Y entonces por fin había desaparecido el coche de la policía y Cordelia se quedó sola junto a la portezuela. Hizo un esfuerzo para abrirla, empujando para vencer la resistencia de las hierbas, y miró alrededor de la cabaña en dirección a la puerta trasera, caminando como si estuviera ebria. Tardó un poco en introducir la llave en la cerradura, pero este fue su último problema. Ya no había pistola que esconder; ya no había necesidad de comprobar la cinta adhesiva con la que había sellado las ventanas. Lunn estaba muerto y ella estaba viva. Todas las noches que había dormido en la cabaña regresaba a ella cansada, pero nunca había estado tan cansada como en ese momento. Subió la escalera como una sonámbula y, demasiado exhausta incluso para abrir la cremallera del saco de dormir y meterse en él, se deslizó debajo del mismo y ya no supo más.

Y finalmente —a Cordelia le pareció que habían pasado meses, no días, de espera— hubo otra investigación. Fue tan sin prisa, tan sencillamente formal como había sido la de Bernie, pero con una diferencia. Allí, en vez de un puñado de patéticos espectadores ocasionales, que se habían deslizado al calor de los últimos bancos para oír las exequias de Bernie, había colegas y amigos de graves semblantes, frases proferidas en voz baja, los susurros preliminares

de los abogados y de la policía, un indefinible sentido de las circunstancias. Cordelia supuso que el hombre del cabello gris que escoltaba a la señorita Leaming era su abogado. Observó la manera en que trabajaba, afable pero sin excesiva deferencia hacia el policía veterano, sosegadamente solícito con su cliente, irradiando una confianza que todos ellos encajaban como una necesaria pero tediosa formalidad, un ritual tan monótono como unos maitines de domingo.

La señorita Leaming estaba muy pálida. Llevaba el mismo traje sastre gris que tenía cuando conoció a Cordelia, pero con un pequeño sombrero negro, guantes negros y un pañuelo negro anudado al cuello. Las dos mujeres no se miraron. Cordelia encontró un asiento en el extremo de un banco y allí se sentó, sola. Uno o dos de los policías jóvenes le sonrió con amabilidad tranquilizadora pero compasiva.

La señorita Leaming declaró primero con una voz baja, pero clara. Afirmó, en vez de jurar, decisión que causó un breve desasosiego en su abogado. Pero ya no ocasionó otro motivo alguno de preocupación. Declaró que sir Ronald había estado muy deprimido por la muerte de su hijo y, creía ella, se acusaba a sí mismo por no haber sabido que algo preocupaba a Mark. Le había dicho que tenía la intención de llamar a un detective privado, y había sido ella la que primero se había entrevistado con la señorita Gray y la había llevado a Garforth House. La señorita Leaming dijo que se había opuesto a la sugerencia; no había visto en ella el menor fin útil y pensó que aquella fútil e infructuosa investigación no serviría más que para recordarle a sir Ronald la tragedia. No se había enterado de que la señorita Gray poseyera una pistola ni de que sir Ronald se la hubiese quitado. No había estado presente durante toda la entrevista preliminar que ellos dos habían tenido. Sir Ronald había acompañado a la señorita Gray a ver la habitación de su hijo, mientras ella, la señorita Leaming, había ido a buscar una fotografía del señor Callender que la señorita Gray había pedido.

El juez le preguntó amablemente sobre la noche en que murió sir Ronald.

La señorita Leaming dijo que la señorita Gray había llegado para

dar su primer informe a poco más de las diez y media. Ella misma pasaba por el vestíbulo cuando apareció la joven. La señorita Leaming le había indicado que era muy tarde, pero la señorita Gray había dicho que quería abandonar el caso y volver a la ciudad. Había hecho pasar a la señorita Gray al estudio donde sir Ronald estaba trabajando. Habían estado juntos, creía, menos de dos minutos. La señorita Gray salió entonces del estudio y ella la acompañó hasta su coche; sólo habían hablado brevemente. La señorita Gray dijo que sir Ronald le había rogado que volviese por la mañana a cobrar sus honorarios. No hizo mención de pistola alguna.

Sólo media hora antes de eso, sir Ronald había recibido una llamada telefónica de la policía para decirle que su ayudante de laboratorio, Christopher Lunn, había perecido en un accidente de carretera. No le había dado a la señorita Gray la noticia referente a Lunn antes de su entrevista con sir Ronald; no se le había ocurrido hacerlo. La joven entró casi inmediatamente al estudio para ver a sir Ronald. La señorita Leaming dijo que estaban juntas cerca del coche conversando cuando oyeron el disparo. Al principio pensó que era el escape de un automóvil, pero luego se dio cuenta de que procedía de la casa. Las dos se precipitaron al estudio y hallaron a sir Ronald derrumbado sobre su mesa escritorio. La pistola se le había caído de la mano y había ido a parar al suelo.

No, sir Ronald jamás le había hecho pensar que pudiera estar considerando la posibilidad de suicidarse. Creía que le había afectado mucho la muerte del señor Lunn, pero era difícil de afirmar. Sir Ronald no era hombre que manifestase sus emociones. Había estado trabajando mucho últimamente y no parecía el mismo desde la muerte de su hijo. Pero la señorita Leaming jamás había pensado por un momento que sir Ronald fuese hombre que pudiera poner fin a su vida.

Fue seguida por los testigos de la policía, deferentes, profesionales, pero procurando dar la impresión de que nada de todo aquello era nuevo para ellos; lo habían visto todo antes y volverían a verlo.

Fueron seguidos por los médicos, incluido el forense, que declaró sobre algo que el tribunal evidentemente consideraba un

detalle innecesario a efectos de alojar en el cráneo humano una bala de cinco gramos y medio. El juez dijo:

—Ya ha oído usted el testimonio de la policía de que encontraron la huella del pulgar de sir Ronald Callender en el gatillo de la pistola y una marca de la palma alrededor de la culata. ¿Qué deduciría usted de eso?

El forense pareció ligeramente sorprendido de que se le pidiera que dedujese algo, pero dijo que era evidente que sir Ronald había sostenido la pistola con el pulgar sobre el gatillo al apuntar contra su cabeza. El forense creía que este era probablemente el medio más cómodo, teniendo en cuenta la posición del orificio de entrada.

Por último, Cordelia fue llamada a declarar como testigo y prestó juramento. Había reflexionado un instante sobre si era propio que lo hiciese y se preguntó a sí misma si debía seguir el ejemplo de la señorita Leaming. Había momentos, generalmente en los domingos de Pascua de Resurrección en que deseaba con sinceridad ser llamada cristiana; pero durante el resto del año sabía ella muy bien lo que era: una agnóstica sin remedio, pero proclive a impredecibles recaídas en la fe. Sin embargo, este le parecía un momento en el que la escrupulosidad religiosa era un lujo que no podía permitirse. Las mentiras que se disponía a proferir no serían más odiosas por estar acompañadas de un tinte de blasfemia.

El juez le dejó hacer su relato sin interrumpirla. Cordelia se daba cuenta de que el tribunal se sentía intrigado por ella, pero no dejaba de sentir también simpatía. Por una vez, su acento de clase media, adquirido inconscientemente en los seis años que había estado en el convento, y que en otras personas frecuentemente la irritaba tanto como su propia voz había irritado a su padre, resultó ser una ventaja para ella. Llevaba su traje de chaqueta y se había comprado un pañuelo negro de gasa con el que se cubrió la cabeza. Recordaba que debía llamar señoría al juez.

Después de que Cordelia confirmara brevemente el relato de la señorita Leaming sobre cómo la habían llamado para que se encargara del caso, el juez dijo:

—Y ahora, señorita Gray, ¿querrá usted explicar al tribunal lo que sucedió la noche en que murió sir Ronald?

—Decidí, señoría, que no quería continuar con el caso. Nada útil

había descubierto, y no creía que hubiese algo que descubrir. Había estado viviendo en la cabaña en que Mark Callender había pasado las últimas semanas de su vida y había llegado a pensar que lo que estaba haciendo no estaba bien, que estaba cobrando dinero por fisgonear en su vida privada. Decidí, obedeciendo a un impulso, decirle a sir Ronald que quería poner fin al caso. Me dirigí en mi coche a Garforth House. Llegué allí alrededor de las diez y media. Sabía que era tarde, pero estaba ansiosa por regresar a Londres a la mañana siguiente. Vi a la señorita Leaming atravesar el vestíbulo y me hizo pasar directamente al estudio.

—¿Tendría la bondad de describirle al tribunal cómo encontró usted a sir Ronald?

—Parecía cansado y distraído. Intenté explicarle por qué quería dejar el caso, pero no estoy segura de que me oyera. Dijo que volviera a la mañana siguiente por mi dinero y le dije que sólo me había propuesto cobrarle los gastos, pero que querría mi pistola. Se limitó a mover en el aire la mano en señal de despedida y me dijo: «Mañana por la mañana, señorita Gray, mañana por la mañana».

—¿Y entonces usted se fue?

—Sí, señoría. La señorita Leaming me acompañó hasta el coche y cuando me disponía a partir oímos el disparo.

—¿No vio usted la pistola en posesión de sir Ronald mientras estuvo en el estudio con él?

—No, señoría.

—¿No le habló de la muerte del señor Lunn ni le insinuó que pensara suicidarse?

—No, señoría.

El juez miró un instante el cartapacio que tenía delante. Luego, sin mirar a Cordelia, dijo:

—Y ahora, señorita Gray, hará usted el favor de explicarle al tribunal cómo llegó a tener sir Ronald su pistola.

Esa era la parte difícil, pero Cordelia la había ensayado. La policía de Cambridge había sido muy meticulosa. Habían hecho las mismas preguntas una y otra vez. Cordelia sabía exactamente cómo había llegado sir Ronald a estar en posesión de la pistola. Recordaba una de las lecciones de la doctrina Dalglish referida por Bernie y que en su día le había parecido a Cordelia un consejo más

apropiado para un delincuente que para un detective. «Nunca digas una mentira innecesaria; la verdad tiene gran autoridad. Los asesinos más inteligentes fueron atrapados, no porque dijese una mentira esencial, sino porque continuaron mintiendo sobre un detalle sin importancia cuando la verdad no podía haberles hecho el menor daño». Dijo:

—Mi socio, el señor Pryde, poseía la pistola, y estaba muy orgulloso de ella. Cuando se suicidó, yo sabía que su intención era que yo la tuviese. Por esto se cortó las muñecas en vez de pegarse un tiro, lo cual habría sido más rápido y más fácil.

El juez levantó rápidamente los ojos.

—¿Y estaba usted allí cuando se mató?

—No, señoría. Pero yo encontré el cadáver.

Hubo un murmullo de compasión en el tribunal; Cordelia pudo percibir la preocupación que sentían por ella.

—¿Sabía usted que la pistola no tenía licencia?

—No, señoría, pero creo que sospechaba que pudiera carecer de ella. La llevé conmigo en este caso porque no quería dejarla en la oficina y porque me sentía como si estuviera acompañada por ella. Tenía la intención de comprobar la licencia tan pronto como regresase. Pero no esperaba tener que hacer uso de la pistola. No pensaba realmente en ella como un arma mortífera. Se trata únicamente de que este era mi primer caso y Bernie me la había dejado y yo me sentía más feliz teniéndola conmigo.

—Comprendo —dijo el juez.

Cordelia pensó que probablemente él comprendía y el tribunal también. No tenía dificultad en creerle, porque ella estaba diciendo la verdad, aunque algo inverosímil. En ese momento que iba a mentir, continuarían creyéndola.

—¿Y ahora tendrá usted la bondad de decirle al tribunal cómo llegó sir Ronald a tener esa pistola?

—Fue en mi primera visita a Garforth House, cuando sir Ronald me estaba enseñando el dormitorio de su hijo. Él sabía que yo era la única dueña de la agencia y me preguntó si no era un trabajo difícil y algo arriesgado para una mujer. Le dije que no estaba asustada, pero que tenía la pistola de Bernie. Cuando descubrió que la llevaba en el bolso, hizo que se la entregase. Dijo que no se proponía

contratar a una persona que pudiera ser un peligro para otras personas ni para sí misma. Dijo que no quería asumir la responsabilidad. Se quedó con el arma y las balas.

—¿Y qué hizo con la pistola?

Cordelia había pensado muy bien este punto. Era evidente que él no la tenía en la mano, en el estudio, de lo contrario, la señorita Leaming lo habría visto. Le habría gustado decir que la había puesto dentro de un cajón de la habitación de Mark, pero no podía recordar si la mesilla de noche tenía o no cajones.

—La sacó de la habitación cuando salió de ella; no me dijo dónde la había llevado. Sólo se alejó un momento y luego bajamos juntos la escalera.

—¿Y usted no volvió a poner los ojos en la pistola hasta que la vio en el suelo, cerca de la mano de sir Ronald, cuando usted y la señorita Leaming hallaron el cadáver?

—No, señorita.

Cordelia fue el último testigo. El veredicto se dio enseguida, un veredicto que el tribunal evidentemente pensó que habría sido agradable al cerebro escrupulosamente exacto y científico de sir Ronald. El veredicto era que el fallecido se había quitado la vida, pero no existía prueba alguna en cuanto al estado de su mente. El juez dio al final la obligatoria advertencia relativa al peligro de las pistolas. Se informó al tribunal de que las pistolas podían matar a las personas. Se las ingenió para llegar a la conclusión de que las pistolas sin licencia tendían particularmente a este peligro. No pronunció la menor censura contra Cordelia personalmente, aunque resultaba evidente que le costó un esfuerzo el abstenerse de hacerlo. Se levantó y el tribunal se levantó con él.

Cuando el juez hubo abandonado el tribunal, sus miembros se dividieron en pequeños grupos que hablaban en voz baja. La señorita Leaming fue rodeada rápidamente. Cordelia vio cómo le temblaban las manos, recibiendo pésames, escuchando con grave semblante de asentimiento los primeros intentos de propuesta de un oficio en memoria del fallecido. Cordelia se preguntaba cómo había podido temer que la señorita Leaming despertase sospechas. Ella misma quedaba un poco aparte, había delinquido. Sabía que la policía la acusaría de la posesión ilegal de la pistola. No podían

dejar de hacerlo. Ciertamente, sería castigada ligeramente, si es que la castigaban. Pero durante el resto de su vida sería la muchacha por cuya despreocupación e ingenuidad había perdido Inglaterra uno de sus científicos más destacados.

Como había dicho Hugo, todos los suicidas de Cambridge eran brillantes. Pero sobre este apenas cabía la menor duda. La muerte de sir Ronald probablemente le elevaría a la categoría de genio.

Casi inadvertida, Cordelia salió sola del juzgado y se dirigió a Market Hill. Hugo debía de haber estado esperándola; en aquel momento le salió al encuentro.

—¿Cómo ha ido? Yo diría que la muerte parece seguirte a todas partes, ¿verdad?

—Ha ido muy bien. Más bien parece que yo sigo a la muerte.

—Supongo que se mató, ¿no?

—Sí. Se mató.

—¿Y con tu pistola?

—Tal como sabrás si has estado en la sala. No te he visto.

—No he estado, tenía clase, pero la noticia ha circulado. No me gustaría que estuvieses preocupada. Ronald Callender no era tan importante como alguna gente de Cambridge se empeña en creer.

—Tú nada sabes de él. Era un ser humano y está muerto. El hecho es siempre importante.

—No lo es, Cordelia, ¿sabes? La muerte es lo menos importante de nosotros. Consuélate con Joseph Hall. «La muerte se cierne sobre nuestro nacimiento y nuestra cuna está en el sepulcro». Y él escogió su propia arma, su propia hora. Estaba harto de sí mismo. Muchas personas estaban hartas de sir Ronald.

Bajaban juntos por el pasaje de St. Edward en dirección al paseo del

King's

. Cordelia no estaba segura de adónde iban.

En ese momento sólo necesitaba hablar, pero su compañía tampoco le resultaba desagradable. Preguntó:

—¿Dónde está Isabelle?

—Isabelle está en su casa, en Lyon. Papá se presentó ayer inesperadamente y halló que mademoiselle no estaba exactamente ganando lo que cobra. Papá decidió que la querida Isabelle sacaba

poco partido (o quizá menos del que podía) de su educación en Cambridge, menos del que él había esperado. Creo que no debes preocuparte por ella. Isabelle está ahora bastante a salvo. Incluso si la policía decidiese que vale la pena ir a Francia a interrogarla (¿y por qué demonios tendría que ir?), de nada les servirá. Papá la rodeará de una barrera de abogados. No está de humor para aguantar en este momento la menor tontería de los ingleses.

—Por lo que a ti respecta, si alguien te pregunta cómo murió Mark, nunca le dirás la verdad, ¿no es cierto?

—¿Tú que crees? Sophie, Davie y yo somos dignos de confianza. En mí se puede confiar siempre que se trate de cosas esenciales.

Por un momento, Cordelia deseó que fuese digno de confianza en cosas menos esenciales. Preguntó:

—¿Estás preocupado por la ausencia de Isabelle?

—Un poco. La belleza es intelectualmente desconcertante; sabotea el sentido común. Yo nunca pude admitir del todo que Isabelle fuera como es: una joven generosa, indolente, excesivamente afectuosa y estúpida. Yo creía que cualquier mujer hermosa como es ella había de tener un instinto con respecto a la vida, acceso a alguna sabiduría secreta que se encuentra más allá de la inteligencia. Cada vez que abría aquella boca deliciosa, yo esperaba que fuese a iluminar la vida. Creo que habría podido pasarme la vida mirándola y esperando el oráculo. Y de lo único que sabía hablar era de trapos.

—Pobre Hugo.

—Nada de pobre Hugo. No soy desgraciado. El secreto de estar contento estriba en que uno no se permita querer algo que la razón le dice que jamás tendrá la oportunidad de obtener.

Cordelia pensaba que era joven, de buena posición, listo, aunque quizá no lo suficiente, guapo; no era mucho lo que tenía que ambicionar en uno u otro sentido. Entonces oyó que Hugo decía:

—¿Por qué no te quedas en Cambridge una semana o así y dejas que yo te enseñe la ciudad? Sophie te dejaría su cuarto de huéspedes.

—No, gracias, Hugo. Debo volver a la ciudad.

En la ciudad nada había para ella, pero con Hugo tampoco habría algo para ella en Cambridge. Sólo había una razón para estar

allí. Permanecería en la cabaña hasta el domingo y hasta su encuentro con la señorita Leaming. Después, por lo que a ella se refería, el caso de Mark Callender habría terminado.

Las vísperas de la tarde de domingo habían tocado a su fin y los fieles, que habían escuchado con respetuoso silencio el canto de respuestas, salmos y antífona por uno de los más bellos coros del mundo, se pusieron de pie y unieron sus voces con alegre abandono en el himno final. Cordelia se levantó y cantó con ellos. Se había sentado en el extremo de la fila, cerca del cancel artísticamente tallado. Desde allí podía ver el presbiterio. Las túnicas de los que cantaban en el coro brillaban en escarlata y blanco, los cirios ardían en hileras dispuestas simétricamente y en altos círculos de luz dorada; dos cirios altos y esbeltos se levantaban a cada lado del suavemente iluminado Rubens, encima del altar mayor, que se vislumbraba como una distante combinación de carmesí, azul y oro. Se dio la bendición, se cantó impecablemente el amén y el coro empezó a desfilas saliendo solemnemente del presbiterio. Se abrió la puerta meridional y la luz del sol entró a raudales en la capilla. Los miembros del colegio universitario que habían asistido al oficio iban saliendo detrás del rector y de los miembros de la junta en animado desorden, con sus sobrepellices de reglamento sucias y mal colocadas encima de una alegre incongruencia de tejido de pana y lana. El enorme órgano resopló y gruñó como un animal que recogiese aliento, antes de emitir su magnífica voz en una fuga de Bach. Cordelia estaba sentada tranquilamente en su silla, escuchando y esperando. En ese momento los feligreses descendían por la nave principal, pequeños grupos en claros trajes de algodón de verano hablando discretamente en voz baja, serios jóvenes con su sobrio traje negro de los domingos, turistas apretando en sus manos sus ilustradas guías y portando sus engorrosas cámaras fotográficas, un grupo de monjas de rostros sosegados y animados.

La señorita Leaming fue una de las últimas personas en salir, figura alta con un vestido gris de lino y guantes blancos, con la cabeza descubierta, y una chaqueta de punto blanca echada descuidadamente sobre los hombros para resguardarse del frío que

reinaba en la capilla. Evidentemente iba sola y no estaba vigilada, por lo que su cuidadosa simulación de sorpresa al reconocer a Cordelia fue quizás una precaución innecesaria. Salieron juntas de la capilla.

El sendero de grava estaba atestado de gente. Un pequeño grupo de japoneses provistos de cámaras y accesorios añadían su jeringonza a las charlas de los otros individuos. Desde allí resultaba invisible la plateada corriente del Cam, pero los cuerpos truncados de los que iban en las bateas se deslizaban hacia la lejana orilla como títeres en un espectáculo, levantando los brazos por encima de la vara y volviéndose para empujarla hacia atrás como si participasen en alguna danza ritual. La gran extensión de césped yacía al sol sin sombra alguna, quintaesencia de verdor que coloreaba el perfumado aire. Un profesor frágil y entrado en años, con toga y birrete, renqueaba a través de la hierba; las mangas de su toga se hinchaban por la brisa y le daban el aspecto de un monstruoso cuervo esforzándose por volar. La señorita Leaming dijo, como si Cordelia le hubiese pedido una explicación:

—Es un miembro de la junta. Por lo tanto, el sagrado césped no queda contaminado por sus pies.

Pasaron por delante del edificio Gibbs. Cordelia se preguntaba cuándo empezaría a hablar la señorita Leaming. Cuando lo hizo, su primera pregunta resultó inesperada.

—¿Cree usted que podrá salir adelante? —Al notar la sorpresa de Cordelia, añadió con impaciencia—. Me refiero a la agencia de detectives. ¿Cree usted que sería capaz de arreglárselas con ella?

—Debo intentarlo. Es el único trabajo que sé hacer.

No tenía intención de justificar ante la señorita Leaming su afecto y lealtad hacia Bernie; habría encontrado cierta dificultad en explicárselo a sí misma.

—Sus gastos generales son demasiado elevados.

Fue una declaración hecha con toda la autoridad de un veredicto.

—¿Quiere decir la oficina y el Mini? —preguntó Cordelia.

—Sí. En su trabajo no veo cómo una sola persona pueda ganar lo suficiente para cubrir gastos. Usted no puede estar sentada en la oficina recibiendo encargos y escribiendo cartas a máquina y al

mismo tiempo estar fuera resolviendo casos. Por otro lado, supongo que no puede costearse una ayuda.

—Todavía no. He estado pensando en poner un contestador automático. Grabará los encargos, aunque, naturalmente, los clientes prefieren ir a la oficina y discutir su caso. Si puedo ganar lo suficiente para vivir, cualesquiera honorarios podrán cubrir los gastos generales.

—Si hay honorarios.

Parecía que nada había que decir a eso, y siguieron caminando en silencio durante unos segundos. Entonces la señorita Leaming dijo:

—De todas maneras, habrá gastos en este caso. Esto al menos la ayudaría a usted en lo referente a la multa por posesión ilegal de pistola. He puesto el asunto en manos de mis abogados. Dentro de poco debería usted recibir un cheque.

—No puedo cobrar por este caso.

—Puedo comprenderlo. Tal como usted indicó a Ronald, ello entra en su cláusula de trato justo. Hablando estrictamente, usted a nada tiene derecho. Sin embargo, me parece que resultaría menos sospechoso si usted cobrase sus gastos. ¿Consideraría razonable treinta libras?

—Perfectamente, gracias.

Habían llegado al ángulo del césped y girado hacia el puente del King's

. La señorita Leaming dijo:

—Tendré que estarle agradecida el resto de mi vida. Eso supone para mí una humildad a la que no estoy acostumbrada y no estoy segura de que me guste.

—No la sienta, entonces. Yo pensaba en Mark, no en usted.

—Yo creía que usted quizás obraba al servicio de la justicia o de una de esas abstracciones.

—Yo no pensaba en una abstracción. Pensaba en una persona.

Habían llegado al puente y se apoyaron en él, una al lado de la otra, para mirar hacia la clara agua que discurría por debajo del mismo. Los senderos que conducían hasta el puente estuvieron desiertos durante unos minutos. La señorita Leaming dijo:

—Un embarazo no es difícil de simular, ¿sabe? Sólo se necesita

un corsé holgado y rellenarlo convenientemente. Es humillante para la mujer, por supuesto, casi indecoroso, ser estéril. Pero no es difícil, en particular si no está estrechamente vigilada. Evelyn no lo estaba. Siempre había sido una mujer tímida, reprimida. La gente esperaba de ella que se mostrase excesivamente modesta con respecto al embarazo. Garforth House no estaba llena de amigos y parientes de esos que cuentan historias de horror sobre la maternidad y que dan golpecitos amistosos en el vientre. Tuvimos que librarnos de aquella fastidiosa y estúpida Tata Pilbeam, por supuesto. Ronald consideró su marcha como uno de los beneficios subsidiarios del fingido embarazo. Estaba cansado de que siempre se le dirigiera como si aún fuese Ronny Callender, el brillante muchacho del instituto de Harrowgate.

Cordelia dijo:

—La señora Goddard me dijo que Mark tenía un gran parecido con su madre.

—No me cabe la menor duda. Era una mujer tan sentimental como estúpida.

Cordelia no dijo palabra. Transcurridos unos momentos de silencio, la señorita Leaming continuó diciendo:

—Yo descubrí que estaba embarazada de Ronald aproximadamente al mismo tiempo que un especialista londinense confirmó lo que los tres suponíamos, que era sumamente improbable que Evelyn concibiese. Yo quería tener el bebé; Ronald necesitaba desesperadamente un hijo varón; el padre de Evelyn estaba obsesionado por su necesidad de tener un nieto y estaba dispuesto a desprenderse de medio millón para demostrarlo. Todo fue muy fácil. Yo dimití de mi trabajo como profesora y me refugié en el seguro anonimato de Londres y Evelyn le dijo a su padre que al final había quedado encinta. Ni Ronald ni yo teníamos conciencia de estar engañando a George Bottley. Era un tonto arrogante, brutal y engreído que no podía imaginar que el mundo pudiera continuar existiendo sin alguien de su descendencia que lo controlase. Incluso financiaba su propio engaño. Empezaron a llegar los cheques para Evelyn, cada uno con una nota que imploraba que cuidase su salud, consultase a los mejores médicos de Londres, descansase, se tomase unas vacaciones en un lugar soleado. Ella siempre había amado

Italia, e Italia pasó a formar parte del plan. Los tres nos encontraríamos en Londres cada dos meses y volaríamos juntos a Pisa. Ronald alquilaría una pequeña quinta en las afueras de Florencia y, una vez allí, yo sería la señora Callender y Evelyn sería yo. Sólo teníamos sirvientes de día y no había necesidad de que vieses nuestros pasaportes. Estaban acostumbrados a nuestras visitas y lo mismo le sucedía al médico local que acudía a vigilar mi salud. A la gente de allí les halagaba que la señora inglesa estuviese tan enamorada de Italia, que regresara mes tras mes, hallándose tan próximo su alumbramiento.

Cordelia preguntó:

—Pero ¿cómo pudo ella hacer eso, cómo podía soportar estar allí con usted en la casa, viéndola con su marido, sabiendo que usted iba a tener un hijo de él?

—Lo hizo porque amaba a Ronald y no podía resignarse a perderle. No había tenido mucho éxito como mujer. Si perdía a su esposo, ¿qué le quedaba? No podía regresar al lado de su padre. Además, nosotros la teníamos sobornada. Ella iba a tener la criatura. Si rehusaba, Ronald la abandonaría y trataría de obtener el divorcio para casarse conmigo.

—Yo habría preferido dejarle y ganarme la vida fregando suelos.

—No todo el mundo tiene talento para fregar suelos y no todo el mundo tiene la capacidad para sentir la indignación moral que tiene usted. Evelyn era religiosa. Por lo tanto, estaba acostumbrada a engañarse a sí misma. Se convenció a sí misma de que estábamos haciendo lo mejor para la criatura.

—Y el padre de ella, ¿nunca llegó a sospechar?

—Él la menospreciaba por ser tan pía. Siempre lo había hecho. Psicológicamente hablando, no era probable que sintiera ese menosprecio por su devoción y al mismo tiempo la creyera capaz de engañarle. Además, necesitaba desesperadamente aquel nieto. No habría podido concebir la idea de que la criatura pudiera no ser hijo de ella. Y tenía el informe de un médico. Después de nuestra tercera visita a Italia, le dijimos al doctor Sartori que el padre de la señora Callender estaba preocupado por los cuidados de su hija. A petición nuestra, escribió un informe médico tranquilizador sobre el proceso del embarazo. Fuimos juntos a Florencia quince días antes del parto

y nos quedamos allí hasta que Mark vino al mundo. Afortunadamente, llegó uno o dos días antes de tiempo. Habíamos tenido la precaución de atrasar la fecha esperada del parto, de modo que en realidad pareció como si Evelyn hubiera sido sorprendida inesperadamente por un alumbramiento prematuro. El doctor Sartori hizo lo que era necesario con perfecta competencia y los tres regresamos con el bebé y un certificado de nacimiento con el nombre correcto.

Cordelia dijo:

—Y nueve meses después la señora Callender estaba muerta.

—Él no la mató, si es eso lo que está usted pensando. No era realmente el monstruo que usted se imagina, al menos no lo era entonces. Pero, en cierto sentido, nosotros dos la destruimos. Ella necesitaba un especialista, ciertamente un médico mejor que aquel incompetente y tonto Gladwin. Pero los tres teníamos desesperadamente miedo de que un doctor eficiente se diese cuenta de que no había dado a luz un hijo. Ella estaba tan preocupada como nosotros. Insistía en no consultar a otro médico. Se había acostumbrado a amar al niño, ¿sabe? De modo que murió y fue incinerada y nosotros creímos estar a salvo para siempre.

—Le dejé a Mark una nota antes de morir, nada más que un garabateado jeroglífico en su libro de oraciones. En él indicaba el grupo sanguíneo al que ella pertenecía.

—Nosotros sabíamos que los grupos sanguíneos eran un peligro. Ronald tomó sangre de los tres e hizo las pruebas necesarias. Pero cuando ella hubo muerto, incluso esa preocupación terminó.

Hubo un largo silencio. Cordelia pudo ver cómo un pequeño grupo de turistas bajaba por el sendero en dirección al puente. La señorita Leaming dijo:

—La ironía de todo esto es que Ronald nunca amó realmente al niño. El abuelo, en cambio, lo adoraba; en eso no había dificultad. Dejó la mitad de su fortuna a Evelyn y luego pasó automáticamente a su marido. Mark habría de obtener la otra mitad a los veinticinco años. Pero Ronald nunca se preocupó por su hijo. Descubrió que nunca podía amarle y a mí no se me permitió hacerlo. Yo le veía crecer e ir a la escuela. Pero no me estaba permitido amarle. Solía hacerle interminables jerséis. Era casi una obsesión. Los dibujos se

hacían más complicados y la lana más gruesa a medida que iba creciendo. Pobre Mark, debía pensar que estaba loca, esta extraña mujer descontenta de la que su padre no podía prescindir, pero con la que no quería casarse.

—En la cabaña hay uno o dos de esos jerseyis. ¿Qué querría usted que hiciese con ellos?

—Lléveselos y déselos a alguien que los necesite. A menos que crea que yo debería deshacerlos y volver a hacer con la lana algo nuevo. ¿Piensa usted que eso sería un gesto adecuado, símbolo de esfuerzo malogrado, compasión, futilidad?

—Ya les encontraré un uso. ¿Y sus libros?

—Deshágase de ellos también. Yo no puedo volver a la cabaña. Deshágase de todo, si quiere.

El pequeño grupo de turistas estaba muy cerca, pero ellas parecían absortas en su conversación. La señorita Leaming sacó de su bolsillo un sobre y se lo entregó a Cordelia.

—He escrito una breve confesión. En ella nada hay sobre Mark, nada acerca de cómo murió ni lo que usted descubrió. Sólo es una breve declaración de que yo disparé contra Ronald Callender inmediatamente después de que usted abandonara Garforth House e hice presión sobre usted para que respaldase mi relato. Valdría más que la guardase en algún lugar seguro. Puede que un día llegue a necesitarla.

Cordelia vio que el sobre estaba dirigido a ella. No lo abrió.

Dijo:

—Ahora, es demasiado tarde. Si lamenta lo que hicimos, debía haber hablado antes. El caso está cerrado.

—Nada lamento. Me alegra haber obrado como lo hicimos. Pero es posible que el caso aún no esté terminado.

—¡Sí que lo está! La investigación ha dado su veredicto.

—Ronald tenía un gran número de amigos muy poderosos. Tienen influencia y, periódicamente, les gusta ejercitarla para demostrar solamente que aún la tienen.

—¡Pero no pueden hacer que este caso vuelva a abrirse! Cambiar el veredicto de un juez requiere prácticamente un decreto del Parlamento.

—Yo no digo que vayan a intentar hacer eso. Pero pueden hacer

preguntas. Y las hacen.

Cordelia dijo de pronto:

—¿Tiene usted fuego?

Sin una pregunta ni una protesta, la señorita Leaming abrió su bolso y le entregó un elegante tubo de plata. Cordelia no fumaba y no estaba acostumbrada a los encendedores. Le costó un poco lograr que surgiera la llama. Entonces se inclinó sobre la barandilla del puente y prendió fuego en el ángulo del sobre.

La incandescente llama resultaba invisible bajo la luz, más intensa, del sol. Todo cuanto pudo ver Cordelia fue una estrecha franja de trémula luz púrpura al prender la llama en el papel y al ir ensanchándose y creciendo los bordes carbonizados. El intenso olor a quemado fue arrastrado por la brisa. Tan pronto como la llama rozó sus dedos, Cordelia dejó caer el sobre, todavía ardiendo, y contempló cómo se retorció y daba vueltas mientras iba flotando y descendiendo como un pequeño y frágil copo de nieve para finalmente perderse en las aguas del Cam. Dijo:

—Su amante se suicidó. Eso es todo cuanto hemos de recordar las dos ahora y siempre.

No volvieron a hablar de la muerte de Ronald Callender, sino que fueron caminando en silencio a lo largo del camino bordeado de olmos en dirección a los Backs. En cierto momento, la señorita Leaming miró a Cordelia y dijo en un tono de airada impaciencia:

—¿Tiene usted un aspecto asombrosamente estupendo!

Cordelia supuso que este breve exabrupto era el resentimiento de la persona de mediana edad ante la resistencia de los jóvenes que tan rápidamente podían recobrase de los males físicos. Sólo había necesitado una noche de largo y profundo sueño para recobrar su lozanía. Incluso sin la bendición de un baño caliente, la piel lastimada de sus hombros y espalda había quedado limpiamente curada. Físicamente, los acontecimientos de los últimos quince días parecían no haber hecho mella en ella. No estaba tan segura con respecto a la señorita Leaming. El suave cabello platino aparecía todavía impecablemente peinado; aún vestía con fría distinción como si fuese importante aparecer como la

competente ayudante, segura de sí misma, de un hombre famoso. Pero la pálida piel presentaba en ese momento un tinte gris; sus ojos aparecían ojerosos y las incipientes arrugas junto a la boca y en la frente se habían ahondado, de suerte que la cara, por primera vez, parecía vieja y fatigada.

Pasaron por la puerta del
King's

y doblaron hacia la derecha. Cordelia había encontrado un sitio y había aparcado el Mini a unos pocos metros de distancia de la puerta; el Rover de la señorita Leaming estaba un poco más abajo de la calle

Queen's

. Dio a Cordelia un fuerte pero breve apretón de manos y le dijo adiós en un tono tan desprovisto de emoción como si fueran dos conocidas de Cambridge que se separasen cortés pero fríamente después de haberse encontrado por casualidad en la ceremonia de vísperas de la capilla. No sonrió. Cordelia contempló cómo aquella figura alta y angulosa bajaba con largos pasos por el sendero entre los árboles en dirección a la puerta del

John's

. No volvió la cabeza para mirar. Cordelia se preguntaba cuándo volverían a verse, si es que volvían a verse alguna vez. Resultaba difícil creer que sólo se habían encontrado en cuatro ocasiones. Nada tenían en común con excepción de su sexo, aunque Cordelia, durante los días que siguieron al asesinato de Ronald Callender, se había dado cuenta de la fuerza de aquella lealtad femenina. Como había dicho la misma señorita Leaming, ni siquiera simpatizaban mutuamente. Sin embargo, cada una tenía en sus manos la seguridad de la otra. Había momentos en los que el secreto de ambas casi horrorizaba a Cordelia por su inmensidad. Pero estos momentos eran pocos y cada vez serían menos. El tiempo disminuiría inevitablemente su importancia. La vida seguiría. Ninguna de las dos olvidaría del todo mientras sus células cerebrales siguieran viviendo, pero Cordelia podía creer que llegaría un día en el que se mirarían la una a la otra en un teatro o en un restaurante o se verían automáticamente transportadas en una escalera mecánica del metro y se preguntarían para sus adentros si

aquello que de pronto recordaban en su casual encuentro había sucedido realmente alguna vez. En ese mismo momento, sólo cuatro días después de la investigación, el asesinato de Ronald Callender empezaba ya a ocupar su puesto en la región del pasado.

Ya nada había que la retuviese en la cabaña. Se pasó una hora limpiando obsesivamente y poniendo orden en unas habitaciones en las que con seguridad nadie entraría durante semanas. Puso agua en el vaso de primulas que había encima de la mesa del cuarto de estar. Dentro de otros tres días esta rían muertas y nadie se daría cuenta, pero era incapaz de tirar aquellas flores estando todavía vivas. Salió al cobertizo y contempló la botella de leche agria y el estofado de buey Su primer impulso fue coger lo uno y lo otro y vaciarlo en el lavabo. Pero formaban parte de las pruebas. Ya no volvería a necesitar aquellas pruebas, pero ¿tenían que destruirse completamente? Recordó la reiterada advertencia de Bernie: «Nunca destruyas las pruebas». El Comi disponía de muchas anécdotas que hacían resaltar la importancia de aquella máxima. Al final decidió fotografiar aquellas muestras, poniéndolas sobre la mesa de la cocina y prestando gran atención a la exposición y a la luz. Parecía un ejercicio inútil, algo ridículo, y se alegró cuando quedó hecho el trabajo y pudo tirar el desagradable contenido de la botella y de la cacerola. Después lavó cuidadosamente ambos recipientes y los dejó en la cocina.

Lo último que hizo fue empaquetar su saco de dormir y colocar en el Mini su equipo junto con los jerseyis y los libros de Mark. Al doblar las prendas de gruesa lana pensó en el doctor Gladwin sentado en su jardín interior, con sus encogidas venas indiferentes al sol. El anciano encontraría útiles los jerseyis, pero ella no podía llevárselos. Tal gesto podría haber sido aceptado viniendo de Mark, pero no de ella.

Cerró la puerta y dejó la llave debajo de una piedra. No podía volver a ver a la señorita Markland cara a cara y no deseaba entregar la llave a algún otro miembro de la familia. Esperaría hasta llegar a Londres, entonces enviaría una breve nota a la señorita Markland para darle las gracias por su amabilidad y explicarle dónde podría encontrar la llave. Dio por última vez un paseo por el huerto. No estaba segura de qué impulso la condujo hacia el pozo,

pero llegó hasta él y quedó sorprendida. Habían quitado las malas hierbas y revuelto la tierra alrededor del borde, y alguien había plantado un círculo de pensamientos, margaritas y pequeños grupos de alhelí y lobelia, que se erguían apareciendo firmes en su hueco de tierra regada. Era un claro oasis de color entre las hierbas que querían invadirlo todo. El efecto era bonito pero ridículo e inquietantemente extraño. Así, arreglado de ese extraño modo, el pozo mismo parecía obsceno, un pecho de madera rematado por un monstruoso pezón. ¿Cómo podía ella haber considerado la cubierta del pozo una extravagancia inofensiva y ligeramente elegante?

Cordelia se sentía dividida entre la compasión y la repulsión. Eso tenía que ser obra de la señorita Markland. El pozo, que durante años había constituido para ella un objeto de horror, remordimiento e irresistible fascinación, iba desde entonces a ser atendido como un relicario. Resultaba algo deplorable y Cordelia habría preferido no haberlo visto. De pronto sintió miedo de encontrarse con la señorita Markland, de ver la incipiente demencia en sus ojos. Casi salió corriendo del huerto, tiró de la portezuela para cerrarla, venciendo el peso de las hierbas, y finalmente se alejó con su coche de la cabaña sin volverse para dirigirle una mirada. El caso de Mark Callender había terminado.

VII

A la mañana siguiente, fue a la oficina de la calle Kingly a las nueve en punto. El tiempo caluroso, poco natural, había cambiado finalmente, y cuando Cordelia abrió la ventana, un airecillo frío removi6 las capas de polvo de la mesa escritorio y del archivo. Sólo había una carta. Estaba dentro de un largo sobre rígido y llevaba el membrete con el nombre y la dirección de los abogados de Ronald Callender. Era muy breve.

«Distinguida señora: le incluyo un cheque por valor de treinta libras esterlinas por los gastos que usted tuvo en la investigación que realizó a petición del difunto sir Ronald Callender sobre la muerte de su hijo, Mark Callender. Si está conforme con esta suma, le agradeceré se sirva firmar y remitir el recibo adjunto».

Bien, como había dicho la señorita Leaming, tendría por lo menos para pagar parte de su multa. Tenía dinero suficiente para seguir haciendo funcionar la agencia durante otro mes. Si para entonces no había más casos, siempre quedaba el recurso de la señorita Feakins y otro trabajo provisional. Cordelia pensaba sin entusiasmo en la Agencia de secretarias Feakins. La señorita Feakins operaba, y esta era la palabra adecuada, desde una pequeña oficina tan escuálida como la de Cordelia, pero que tenía una desesperada alegría impuesta sobre ella bajo el aspecto de paredes multicolores, flores de papel y una variedad de recipientes en forma de urna, adornos de porcelana y un póster. El póster había fascinado siempre a Cordelia. Una rubia llena de curvas, sucintamente cubierta por un breve pantalón y riendo histéricamente, aparecía saltando como una rana por encima de su máquina de escribir, proeza que procuraba realizar con la máxima exposición mientras tenía en cada mano un puñado de billetes de cinco libras. El póster decía:

«Conviértete en una Chica Viernes y únete a la gente divertida. Todos los mejores robinsones los encontrarás en nuestros libros».

Debajo de este póster, la señorita Feakins, flaca, infatigablemente animada y engalanada como un árbol de Navidad, entrevistaba a una recua desalentada de mujeres viejas, feas y prácticamente inempleables. Sus vacas lecheras raramente encontraban un empleo permanente. La señorita Feakins solía advertir contra los indeterminados peligros de aceptar un empleo fijo casi tanto como las madres victorianas advertían contra el sexo. Pero Cordelia la quería. La señorita Feakins la volvería a recibir bien, tras haberle perdonado la defección que cometió cuando pasó a trabajar con Bernie, y tendría lugar otra de aquellas furtivas conversaciones telefónicas con el afortunado Robinson, hechas sin quitar la vista de encima de Cordelia, como una madama de burdel que recomendase su último hallazgo a uno de sus clientes más exigentes. «Muchacha con mucha clase, bien educada, le gustará a usted... ¡y muy trabajadora!». El énfasis de asombrada extrañeza puesto en la última palabra estaba justificado. Pocas de las temporeras de la señorita Feakins, atraídas por los anuncios, esperaban seriamente tener que trabajar. Había otras y más eficientes agencias, pero solamente una señorita Feakins. Ligada por la compasión y una excéntrica lealtad, Cordelia tenía pocas esperanzas de escapar a aquellos vivos ojillos. Una serie de empleos provisionales con los robinsones de la señorita Feakins podría ser ciertamente su único recurso. ¿El ser convicta del delito de posesión ilegal de un arma según el artículo primero de la Ley sobre Armas de Fuego de 1968 no se consideraría un antecedente penal que la privaría de por vida de ejercer empleos socialmente responsables y seguros en el servicio civil y en el gobierno local?

Se sentó a la máquina de escribir, teniendo a mano la guía telefónica de las páginas amarillas, para terminar de enviar la carta circular a los veinte últimos abogados de la lista. La carta misma la dejó un poco deprimida. La había redactado Bernie tras llenar una docena de borradores preliminares y en aquellos momentos no había parecido demasiado absurda. Pero su muerte y el caso Mark Callender lo habían cambiado todo. Las pomposas frases acerca de un amplio servicio profesional, asistencia inmediata en cualquier

parte del país, operadores discretos y experimentados y precios moderados se le antojaron pretensiones ridículas, incluso peligrosas. ¿No se decía algo sobre las descripciones falsas en la Ley de Descripciones Comerciales? Pero la promesa de precios moderados y discreción absoluta era suficientemente válida. Era una lástima, pensó fríamente, que no pudiera obtener una referencia de la señorita Leaming. Arreglo de coartadas; realización de investigaciones; asesinatos eficientemente ocultados; perjurio; todo con nuestras tarifas especiales.

El ronco sonido del teléfono la sobresaltó. La oficina estaba tan silenciosa y tranquila, que había dado por sentado que nadie llamaría. Se quedó mirando el aparato durante varios segundos, con los ojos muy abiertos y repentinamente asustada, antes de extender la mano.

La voz era sosegada y segura, cortés pero de ningún modo deferente. No profirió amenaza alguna, pero para Cordelia cada una de las palabras sonaba amenazadora.

—¿La señorita Cordelia Gray? Aquí New Scotland Yard. Nos preguntábamos si regresaría usted alguna vez a su oficina. ¿Tendría la bondad de procurar pasar por aquí algo más tarde, hoy mismo? Al comisario Dalgliesh le agradecería tener una entrevista con usted.

Diez días más tarde, Cordelia fue llamada por tercera vez a New Scotland Yard. Aquel bastión de hormigón y cristal de la calle Victoria le resultaba ya bastante familiar, aunque todavía entraba en él con la sensación de perder provisionalmente una parte de su identidad, como si dejase el calzado a la entrada de una mezquita.

El comisario Dalgliesh había impuesto a su despacho poco de su personalidad. Los ejemplares que había en la librería de reglamento eran evidentemente libros de texto sobre leyes, copias de reglamentos y leyes del Parlamento, diccionarios y libros de consulta. El único cuadro era la acuarela del viejo edificio sobre el malecón, pintado desde el río, un agradable estudio en grises y suaves ocres iluminado por las brillantes alas doradas del Monumento a la RAF. En esta visita, como en ocasiones anteriores, había un jarrón de rosas sobre su mesa, rosas de jardín de robustos

tallos y espinas curvadas como fuertes picos, no las flores descoloridas y sin perfume de una floristería del West End.

Bernie nunca le había descrito; se había limitado a atribuirle su propia filosofía obsesiva, antiheroica, tosca. Cordelia, aburrida de tanto oír su nombre, no le hacía preguntas. Pero el comisario que ella se había imaginado era muy diferente de la figura alta, austera que se había levantado para estrecharle la mano cuando ella entró por primera vez en su despacho, y la dicotomía entre sus imaginaciones particulares y la realidad había sido desconcertante. De un modo irracional, se sintió algo irritada contra Bernie. El Comi era viejo, desde luego, más de cuarenta años, por lo menos, pero no tan viejo como ella había esperado. Era moreno, muy alto y desenvuelto, mientras que ella había esperado que fuese rubio, bajo y rechoncho. Era serio y le hablaba como a una persona adulta responsable, no de modo paternalista y condescendiente. Su cara era sensible sin ser débil, y a ella le gustaban sus manos y su voz. Parecía gentil y amable, lo que no dejaba de ser una astucia, porque Cordelia sabía que era peligroso y cruel y se veía obligada a recordar de qué modo había tratado a Bernie. En algunos momentos, durante el interrogatorio, se había preguntado realmente si era posible que fuese Adam Dalgliesh, el poeta.

Nunca habían estado los dos solos. En cada una de sus visitas, una policía, que fue presentada como sargento Mannering, se había hallado presente, sentada al lado de la mesa con su libreta de notas. A Cordelia le parecía como si conociese bien a la sargento Mannering, porque guardaba una gran semejanza con su compañera de escuela Teresa Champion Hook. Las dos muchachas habrían podido pasar por hermanas. Jamás acné alguno había marcado sus pieles brillantemente limpias; su rizado cabello rubio con la largura reglamentaria por encima de los cuellos de sus uniformes; ambas tenían la voz autoritaria, decididamente animada pero nunca estridente; exhalaban una inefable confianza en la justicia y en la lógica del universo y en lo justo que era el puesto que ellas ocupaban en el mismo. La sargento Mannering había sonreído brevemente a Cordelia cuando entró. La mirada era franca, no abiertamente amistosa, ya que una sonrisa demasiado generosa podría perjudicar el caso, pero tampoco era de censura. Era una

mirada que predisponía a Cordelia a la imprudencia; pero ella no quería parecer una tonta ante aquella mirada de competencia.

Por lo menos había tenido tiempo, antes de su primera visita, para decidir en cuanto a su táctica. Había poca ventaja y mucho peligro en ocultar hechos que un hombre inteligente podía fácilmente descubrir por sí mismo. Confesaría, si se lo preguntaban, que había hablado sobre Mark Callender con los Tilling y su tutor; que había buscado a la señora Goddard y la había entrevistado; que había visitado al doctor Gladwin. Decidió no decir una palabra sobre el intento de asesinato de que había sido objeto ni sobre su visita a Somerset House. Sabía qué hechos serían de vital importancia ocultar: el asesinato de Ronald Callender; la pista en el libro de oraciones; la verdadera manera en que había muerto Mark. Se dijo firmemente a sí misma que no debía dejarse inducir a hablar del caso, no debía hablar de sí misma, de su vida, de su trabajo actual, de sus ambiciones. Recordaba lo que le había dicho Bernie: «En este país, si la gente no quiere hablar, es inútil que intentes obligarla a ello. Afortunadamente para la policía, la mayoría de las personas no son capaces de tener cerrada la boca. Los inteligentes son los peores. Sólo quieren demostrar lo listos que son, y una vez que consigues hacerles hablar del caso, incluso discutiéndolo en términos generales, ya los tienes». Cordelia procuraba no olvidar el consejo que le había dado a Elizabeth Leaming: «No se embrolle, no invente, no tenga miedo de decir que no puede recordar».

Dalglish estaba hablando:

—¿Ha pensado usted en consultar a un abogado, señorita Gray?

—No tengo abogado.

—La Asociación de Abogados puede darle a usted los nombres de algunos muy valiosos y dignos de confianza. Yo, en su lugar, pensaría seriamente en ello.

—Pero, tendría que pagarle, ¿no? ¿Por qué habría de necesitar un abogado, si estoy diciendo la verdad?

—Es cuando la gente empieza a decir la verdad cuando con mayor frecuencia siente la necesidad de un abogado.

—Pero yo siempre he dicho la verdad. ¿Por qué habría de mentir?

Aquella retórica pregunta era una equivocación. Él respondió a

ella seriamente, como si Cordelia hubiera querido realmente saber.

—Bien, podría ser para protegerse a usted misma (cosa que no creo probable) o para proteger a alguien más. El motivo para ello podría ser amor, temor o un sentido de justicia. No creo que haya usted conocido a alguna persona de este caso el tiempo suficiente para preocuparse profundamente por ella y no creo que usted sea muy fácil de amedrentar. De modo que nos queda el motivo de la justicia. Un concepto muy peligroso, señorita Gray.

Cordelia había sido muy estrechamente interrogada con anterioridad. La policía de Cambridge había sido muy minuciosa. Pero esa era la primera vez que estaba siendo interrogada por alguien que sabía; sabía que ella estaba mintiendo; sabía todo lo que había que saber, y ella se daba desesperadamente cuenta de ello. Tuvo que obligarse a sí misma a aceptar la realidad. No era posible que él estuviese seguro. No tenía la menor prueba legal y jamás la tendría. Nadie había con vida para decirle la verdad, excepto Elizabeth Leaming y ella misma. Y ella no iba a decírsela. Dalglish podía tratar de forzar su voluntad con su implacable lógica, su curiosa amabilidad, su cortesía, su paciencia. Pero ella no hablaría, y en Inglaterra no había un medio que pudiese obligarla a hacerlo.

Al ver que no respondía, Dalglish dijo en tono animado:

—Bien, veamos adónde hemos llegado. Como resultado de sus indagaciones, usted sospechaba que Mark Callender pudiera haber sido asesinado. Usted no lo ha admitido ante mí, pero dejó bien claras sus sospechas cuando visitó al sargento Maskell de la policía de Cambridge. A continuación buscó usted a la antigua aya de Mark y se enteró por medio de ella de algo de los primeros años de su vida, del matrimonio Callender, de la muerte de la señora Callender. Después de esa visita, fue usted a ver al doctor Gladwin, médico de cabecera que había atendido a la señora Callender antes de morir. Mediante un sencillo ardid, pudo usted conocer el grupo sanguíneo de Ronald Callender. Ese habría sido el único punto que le hizo sospechar que Mark no era el hijo del matrimonio de sus padres. Entonces hizo usted lo que habría hecho yo en su caso, visitar Somerset House para examinar el testamento del señor George Bottley. Era comprensible. Si uno tiene la sospecha de un

asesinato, siempre considera quién puede salir beneficiado por ello.

De modo que había descubierto lo de Somerset House y la llamada al doctor Venables. Bien, era de esperar. Él la había distinguido con su propia marca de inteligencia. Ella se había comportado como se habría comportado él.

No obstante, Cordelia no habló. Él dijo:

—Usted nada me dijo de su caída en el pozo. La señorita Markland sí lo hizo.

—Aquello fue un accidente. Nada recuerdo acerca de ello, pero seguramente decidí explorar el pozo y perdí el equilibrio. Siempre me intrigó un poco.

—No creo que fuese un accidente, señorita Gray. Usted no pudo haber apartado la cubierta del pozo sin una cuerda. La señorita Markland tropezó con una, pero estaba muy bien enrollada y medio escondida en la maleza. ¿Se habría usted molestado en desprenderla del gancho si sólo hubiese estado explorando?

—No lo sé. No recuerdo lo que ocurrió antes de caermé. Mi primer recuerdo es el contacto con el agua. Y no sé qué tiene esto que ver con la muerte de sir Ronald Callender.

—Podría tener mucho que ver Si alguien intentó matarla, y creo que así fue, esa persona podía proceder de Garforth House.

—¿Por qué?

—Porque el atentado contra su vida se relacionaba probablemente con su investigación de la muerte de Mark Callender. Usted había llegado a ser un peligro para alguien. Matar es un asunto grave. A los profesionales no les gusta a menos que sea absolutamente esencial, e incluso los aficionados son menos despreocupados de lo que usted supone en lo referente a asesinar. Usted debe de haber llegado a ser una mujer muy peligrosa para alguien. Alguien volvió a colocar en su sitio aquella cubierta, señorita Gray. Usted no cayó a través de sólida madera.

Cordelia aún nada decía. Hubo una pausa, entonces él volvió a hablar:

—La señorita Markland me contó que después de haberla salvado del pozo, no quería dejarla sola. Pero usted insistió en que se fuera. Usted le dijo que no tenía miedo de estar sola en la cabaña porque tenía una pistola.

Cordelia se sorprendió de que le doliera tanto esta pequeña traición. Sin embargo, ¿cómo podía censurar por ello a la señorita Markland? El comisario habría sabido cómo manejarla y probablemente la persuadió de que el hablar con franqueza redundaría en interés de la propia Cordelia. Bien, ella podía por lo menos traicionarla a su vez. Y esta explicación, al menos, tendría la autoridad de la verdad.

—Yo deseaba desembarazarme de ella. Me contó una terrible historia acerca de un hijo ilegítimo suyo que se cayó al pozo y murió. Yo acababa de ser salvada de la muerte. No quería oír aquella historia, no podía soportarla en esos momentos. Le dije una mentira acerca de la pistola sólo para que se fuese. Yo no le pedía que me hiciera confidencias, no estaba bien. Era una manera de pedir ayuda, y no podía dársela.

—¿Y no quería usted librarse de ella por otra razón? ¿No sabía usted que su asaltante tendría que volver aquella noche; que la cubierta del pozo tenía que volver a retirarse si la muerte de usted tenía que parecer un accidente?

—Si hubiese pensado realmente que estaba en peligro, le habría rogado que me llevase con ella a Summertrees House. No habría esperado sola en la cabaña sin mi pistola.

—Desde luego que no, señorita Gray, lo creo. No habría esperado usted sola en la cabaña aquella noche sin su pistola.

Por primera vez, Cordelia se sintió desesperadamente asustada. Aquello no era un juego. Nunca lo había sido, aunque en Cambridge el interrogatorio de la policía había tenido algo de la irrealidad de un juego formal en el que el resultado era a la vez predecible y exento de preocupación, dado que uno de los contrincantes ni siquiera sabía que estaba jugando. Pero en ese momento era bien real. Si Cordelia llegaba a ser víctima de un truco, llegaba a ser persuadida, coaccionada para decir la verdad, iría a la cárcel. Era algo que seguiría inevitablemente al hecho. ¿Cuántos años se le imponen como castigo a uno por ayudar a encubrir un asesinato? Le quitarían la ropa. Le encerrarían en una claustrofóbica celda. Había remisión por buena conducta, pero ¿cómo podía uno ser bueno en la cárcel? Quizá la enviarían a una prisión abierta. Abierta. Era una contradicción en los términos. ¿Y cómo viviría después? ¿Cómo

obtendría un empleo? ¿Qué verdadera libertad personal podría haber jamás para quienes la sociedad etiquetaba como delincuentes?

Sentía miedo por la señorita Leaming. ¿Dónde estaba en ese momento? Nunca se había atrevido a preguntárselo a Dalglish y el nombre de la señorita Leaming apenas se había mencionado. ¿Estaría acaso siendo interrogada en alguna otra habitación de New Scotland Yard? ¿Hasta qué punto era de fiar bajo presión? ¿Estarían planeando carear a las dos conspiradoras? ¿Se abriría de pronto la puerta y harían entrar a una señorita Leaming deshaciéndose en excusas, llena de remordimientos, fuera de sí? ¿No era ese el truco que solía emplearse, interrogar a los conspiradores por separado hasta que el más débil se rendía? ¿Y quién resultaría ser la más débil?

Oía la voz del comisario. Y creyó percibir en ella cierto matiz de conmiseración.

—Tenemos alguna confirmación de que la pistola estaba en posesión de usted aquella noche. Un automovilista nos dice que vio un coche aparcado en la carretera a unos cinco kilómetros de Garforth House y cuando se paró para preguntarle si podía ayudar en algo, se vio amenazado por una joven con una pistola.

Cordelia recordó aquel momento, la suavidad y el silencio de la noche de verano dominados de repente por el aliento caliente y alcohólico de aquel hombre.

—Debió de haber estado bebiendo. Supongo que la policía le detuvo posteriormente aquella noche para hacerle una prueba de alcoholemia y entonces decidió salir con este cuento. No sé lo que espera ganar con ello, pero no es cierto. Yo no llevaba una pistola. Sir Ronald me quitó el arma la primera noche que estuve en Garforth House.

—La policía metropolitana le detuvo por exceso de velocidad. Creo que puede persistir en su relato. Fue muy preciso en su declaración. Naturalmente, no la ha identificado a usted todavía, pero pudo describir el coche. Él dice que creyó que usted tenía dificultades con su coche y paró para ayudarla. Usted interpretó mal sus motivos y le amenazó con una pistola.

—Yo interpreté sus motivos perfectamente. Pero no le amenacé

con una pistola.

—¿Qué dijo usted, señorita Gray?

—Déjeme o le mato.

—Sin la pistola sin duda era una vana amenaza, ¿no?

—Siempre habría sido una vana amenaza. Pero hizo que se marchase.

—¿Qué sucedió exactamente?

—Yo tenía una tuerca en la guantera del coche y cuando asomó la cara por la ventanilla la cogí y le amenacé con ella.

—¡Pero nadie en sus cabales habría podido confundir una tuerca con una pistola!

Pero él no estaba en sus cabales. La única persona que había visto la pistola en posesión de Cordelia aquella noche era un automovilista que no estaba sobrio. Cordelia sabía que esta era una pequeña victoria. Había resistido a la tentación de cambiar su historia. Bernie había tenido razón. Recordaba sus consejos; los consejos del comisario; esa vez casi podía oírlos pronunciados con su voz profunda, ligeramente ronca: «Si te ves tentada al crimen, aférrate a tu declaración original. Nada hay que impresione más al jurado que la congruencia. He visto triunfar la defensa más improbable simplemente porque el acusado se atuvo a su relato. Después de todo, sólo se trata de la palabra de alguien contra la tuya; con un abogado competente, esto es la mitad del camino para llegar a una duda razonable».

El comisario hablaba de nuevo. Cordelia habría deseado poder concentrarse más en lo que estaba diciendo. No había dormido muy profundamente durante los últimos diez días, quizás eso tenía algo que ver con esa perpetua fatiga.

—Creo que Chris Lunn le hizo a usted una visita la noche en que murió. No pude descubrir otra razón de su presencia en aquella carretera. Uno de los testigos del accidente dijo que salió de aquella carretera lateral con su furgoneta como si todos los demonios del mundo le estuvieran persiguiendo. Alguien le estaba persiguiendo... Usted, señorita Gray.

—Ya tuvimos antes esta conversación. Yo iba a ver a sir Ronald.

—¿A aquella hora? ¿Y con tanta prisa?

—Quería verle urgentemente para decirle que había decidido

dejar el caso. No podía esperar

—Pero pudo esperar, ¿no? Fue a dormir en el coche al lado de la carretera. Por eso transcurrió casi una hora desde que vio el accidente hasta que llegó a Garforth House.

—Tuve que parar. Estaba cansada y sabía que no era seguro continuar conduciendo.

—Pero también sabía que era seguro dormir. Sabía que la persona de la que tenía más que temer estaba muerta.

Cordelia no respondió. Se produjo un silencio en la habitación, pero le parecía que ese silencio más bien la acompañaba en vez de acusarla. Habría deseado no estar tan cansada. Más que nada, habría deseado tener alguien con quien hablar acerca del asesinato de Ronald Callender. Bernie no habría sido aquí de la menor ayuda. Para él, el dilema moral que constituía el meollo del crimen carecía de interés, de validez, le habría parecido una obstinada confusión de hechos sencillos. Podía imaginar los comentarios groseros y fáciles sobre las relaciones de Eliza Leaming con Lunn. Pero el comisario habría comprendido. Podía imaginarse a sí misma hablando con él. Recordaba las palabras de Ronald Callender de que el amor era tan destructivo como el odio. ¿Estaría conforme Dalgliesh con aquella fría filosofía? Habría deseado poder preguntarle. Ese, reconoció Cordelia, era el verdadero peligro que corría, no la tentación de confesar, sino el anhelo de hacer confidencias. ¿Sabía él lo que ella sentía? ¿Acaso eso formaba también parte de su técnica?

Llamaron a la puerta. Un policía de uniforme entró y entregó una nota a Dalgliesh. En el despacho reinó un profundo silencio mientras él estuvo leyendo. Cordelia hizo un esfuerzo para mirarle a la cara. Tenía una mirada grave e inexpresiva y continuó con los ojos clavados en el papel un buen rato después de haber asimilado el breve mensaje de la nota.

Cordelia pensó que estaba tomando alguna decisión. Luego Dalgliesh dijo:

—Esto se refiere a alguien a quien usted conoce, señorita Gray. Elizabeth Leaming ha muerto. Se mató hace dos días al salirse su coche de la carretera de la costa, al sur de Amalfi. Esta nota es una confirmación de identidad.

Cordelia fue inundada por una oleada de alivio tan inmensa que se sintió físicamente enferma. Apretó el puño y sintió que empezaba a brotar el sudor en su frente. Comenzó a temblar de frío. Ni por un momento se le ocurrió que Dalglish pudiera estar mintiendo. Sabía que era despiadado e inteligente, pero siempre había dado por supuesto que a ella no le mentiría. Dijo en un susurro:

—¿Puedo irme a casa ahora?

—Sí. No creo que haya motivo alguno para que se quede aquí, ¿no es cierto?

—Ella no mató a sir Ronald. Él me había quitado la pistola. Él cogió la pistola...

Algo pareció haberle sucedido en la garganta. Las palabras no querían salir

—Eso es lo que ha venido usted diciéndome. No creo que tenga necesidad de molestarse en decirlo de nuevo.

—¿Cuándo tengo que volver?

—No creo que tenga necesidad de volver, a menos que decida que hay algo que quiera decirme. En aquella conocida frase, a usted se le pidió que ayudase a la policía. Usted ha ayudado a la policía. Gracias.

Ella había ganado. Estaba segura y, con la muerte de la señorita Leaming, aquella seguridad dependía únicamente de ella misma. No necesitaba volver a aquel horrible lugar. El alivio, tan inesperado y tan increíble, era demasiado grande para poder ser soportado. Cordelia estalló en un llanto dramático e incontrolable. Fue consciente de una ligera exclamación de la sargento Mannering y de un doblado pañuelo blanco ofrecido por el comisario. Hundió la cara en el blanco lino que olía a limpio y dio rienda suelta a su reprimida aflicción y a su ira. Cosa extraña —tan extraña que a ella misma la sorprendió en medio de su angustia—, su aflicción se hallaba centrada en Bernie. Levantando una cara desfigurada por las lágrimas y sin preocuparse por lo que pudiera pensar de ella, profirió una última e irracional protesta:

—Y después de haberlo despedido, nunca quiso usted averiguar cómo le iban las cosas. ¡Ni siquiera estuvo usted en el funeral!

Dalglish había acercado una silla y se había sentado al lado de Cordelia. Le dio un vaso de agua. El vaso estaba frío, pero resultaba

reconfortante, y la joven se sintió sorprendida al darse cuenta de que tenía mucha sed. Fue tomando a pequeños sorbos aquella agua fría y le dio un ligero acceso de hipo. El hipo le hizo sentir ganas de reír histéricamente, pero consiguió dominarse. Transcurridos unos minutos, Dalglish dijo amablemente:

—Lo siento por su amigo. No me había dado cuenta de que su socio era el Bernie Pryde que una vez trabajó conmigo. En realidad, es aún peor que eso. Me había olvidado de todo lo relacionado con él. Si ha de servirle de consuelo, le diré que este caso podría haber terminado de un modo algo diferente, si no lo hubiese olvidado.

—Usted le despidió. Todo cuanto él quería era ser detective y usted no quiso darle una oportunidad.

—Los reglamentos de la policía metropolitana sobre contrataciones y despidos no son tan sencillos. Aunque es cierto que todavía habría podido ser un policía de no haber sido por mí. Pero no habría sido un detective.

—No era tan malo.

—Pues sí, lo era, ¿sabe usted? Pero estoy empezando a preguntarme si en realidad no le subestimé.

Cordelia se volvió para devolverle el vaso y sus ojos se encontraron con los de él. Se sonrieron mutuamente. La joven habría deseado que Bernie hubiera podido oír lo que el comisario acababa de decir de él.

Media hora después, Dalglish se hallaba sentado frente al subcomisario jefe en el despacho de este último. No simpatizaban, pero sólo uno de ellos lo sabía y era aquel a quien esto no le importaba. Dalglish hizo su informe, concisamente, lógicamente, sin consultar sus notas. Era su costumbre invariable. El subcomisario jefe había considerado esto poco ortodoxo y un tanto vanidoso y en ese momento lo consideraba también así. Dalglish terminó con estas palabras:

—Como puede usted imaginar, señor, no estoy proponiendo confiar todo eso al papel. No hay verdaderas pruebas y, como Bernie solía decirnos, la idea es un buen sirviente pero un mal amo. ¡Dios, cómo podía ese hombre concebir tan horribles perogrulladas!

No dejaba de ser inteligente, no carecía totalmente de buen juicio, pero todo, incluidas las ideas, se deshacía en sus manos. Tenía una mente como un cuaderno de notas de un policía. ¿Se acuerda usted del caso Clandon, homicidio por disparo de pistola? Fue en 1954, creo.

—¿Debería acordarme?

—No. Pero habría sido útil que lo hubiese recordado yo.

—No sé realmente de lo que está usted hablando, Adam. Pero comprendo que tiene razón; usted sospecha que sir Ronald mató a su hijo. Ronald Callender está muerto. Usted sospecha que Chris Lunn trató de asesinar a Cordelia Gray. Lunn está muerto. Usted sugiere que Elizabeth Leaming mató a Ronald Callender. Elizabeth Leaming está muerta.

—Sí, todo está convenientemente en orden.

—Yo sugiero que lo dejemos así. El comisario jefe ha tenido incidentalmente una llamada telefónica del doctor Hugh Tilling, el psiquiatra. Se siente ofendido porque su hijo y su hija han sido interrogados en relación con la muerte de Mark Callender. Estoy dispuesto a explicarle sus deberes civiles al doctor Tilling, de sus derechos ya es bien consciente, si usted realmente lo considera necesario. Pero ¿se ganará algo con volver a ver a los dos Tilling?

—Yo creo que no.

—¿O con molestar a la Sureté acerca de aquella joven francesa que la señorita Markland pretende que visitó a Mark en la cabaña?

—Pienso que podemos ahorrarnos esa molestia. Ahora sólo hay una persona viva que conoce la verdad de esos crímenes, y ella está a salvo de cualquier interrogatorio que podamos emplear. Puedo consolarme con la razón. Con la mayoría de los sospechosos tenemos un inapreciable aliado que está acechando en el fondo de su mente para traicionarlos. Pero cualesquiera mentiras que ella haya estado diciendo, está absolutamente libre de culpa.

—¿Piensa usted que ella se engaña a sí misma creyendo que todo es verdad?

—Yo no creo que esa joven se engañe a sí misma en absoluto. Le he cobrado afecto, pero me alegro de no tener que volverme a enfrentar con ella. No me gusta que en un interrogatorio completamente normal se me haga sentir como si estuviese

corrompiendo a los jóvenes.

—¿De modo que podemos decirle al ministro que su compañero de clases murió por su propia mano?

—Puede usted decirle que estamos convencidos de que ningún dedo viviente apretó aquel gatillo. Pero quizá no. Incluso él podría ser capaz de dar a esto una mala interpretación. Dígale que puede admitir con seguridad el veredicto de la investigación.

—Nos habría ahorrado una gran cantidad de tiempo público si él lo hubiese admitido desde el primer momento.

Los dos hombres permanecieron un momento silenciosos. Luego Dalgliesh dijo:

—Cordelia Gray tenía razón. Yo tenía que haberme informado de lo que le había sucedido a Bernie Pryde.

—No cabía esperar que lo hiciese. No formaba parte de sus obligaciones.

—Claro que no. Pero, al fin y al cabo, los olvidos más graves de uno raramente forman parte de sus obligaciones. Y encuentro irónico y extrañamente lógico que Pryde se vengase. Sean cuales fueren las dificultades con que esa criatura tropezó en Cambridge, ella estaba actuando bajo la dirección de él.

—Se está usted volviendo más filosófico, Adam.

—Sólo menos obsesivo, o quizá simplemente más viejo. Es bueno poder sentir en ocasiones que hay algunos casos que es mejor dejarlos sin resolver.

El edificio de la calle Kingly tenía el mismo aspecto, el mismo olor. Siempre sería así. Pero había una diferencia. Fuera de la oficina había un hombre esperando, un hombre de mediana edad con un ceñido traje azul y unos vivos ojillos que brillaban entre los pliegues carnosos de su cara.

—¿Señorita Gray? Ya estaba a punto de irme. Me llamo Fielding. He visto su placa cuando pasaba por aquí por casualidad, ¿sabe?

En sus ojillos había un brillo de avaricia y de lujuria.

—Bueno, veo que no es usted exactamente lo que yo esperaba, no es la clase corriente de detective privado.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, señor Fielding?

El hombre miró furtivamente alrededor del rellano y pareció como si su sordidez le resultase tranquilizadora.

—Se trata de mi amiga. Tengo motivos para sospechar que me la pega. Bueno..., a uno le gusta saber a qué atenerse, ¿no?

Cordelia introdujo la llave en la cerradura.

—Comprendo, señor Fielding. ¿No querrá usted entrar?